Martin Amis

Koba el Temible

La risa y los Veinte Millones



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Martin Amis

Koba el Temible

La risa y los Veinte Millones



EDITORIAL ANAGRAMA
BARCELONA

Índice

Para Bob y Liddie y para Clio

Primera parte

El hundimiento del valor de la vida humana

PREPARACIÓN

He aquí la segunda frase de The Harvest of Sorrow: Soviet Collectivization and the Terror-Famine de Robert Conquest:

Quizá podríamos poner en su justa perspectiva el presente caso diciendo que se perdieron veinte vidas, no por cada palabra, sino por cada letra que hay en este libro.

Esta frase representa 2.700 vidas. El libro tiene 411 páginas.

«Comían boñigas de caballo, entre otras cosas porque solían contener granos de trigo enteros» (1.540 vidas). «Oleska Voitrijovski salvó su vida y la de su familia comiendo carne de caballos que habían muerto de muermo y otras enfermedades en la cooperativa» (2.640 vidas). Conquest cita un pasaje de Forever Flowing, la versión inglesa de Vsie techiet, la novela ensayístico-documental de Vassili Grossman: «Y las caras de los niños estaban avejentadas, atormentadas, como si tuvieran setenta años. Y al llegar la primavera ya no tenían cara. Más bien tenían cabeza como de pájaro, con pico, o cabeza de rana –boca grande de labios delgados–, y algunos parecían peces, con la boca abierta» (4.440 vidas). Grossman prosigue:

En una choza estallaba algo parecido a una guerra. Todos se vigilaban estrechamente [...] La esposa se ponía contra el marido y el marido contra la esposa. La madre odiaba a los hijos. Y en otra choza el amor se mantenía puro y sin mancha hasta el final. Conocí a una mujer que tenía cuatro hijos. Les contaba cuentos de hadas y leyendas para que se olvidaran del hambre. Apenas podía mover la lengua, pero los llevaba en brazos aunque apenas tenía fuerzas para levantar los brazos solos. El amor seguía viviendo dentro de ella. Y todos se daban cuenta de que donde había odio la gente se moría más aprisa. Pero el amor no salvó a nadie. Murieron todos los de la aldea, desde el primero hasta el

último. No quedó en ella ningún vestigio de vida.

Así pues, 11.580 vidas. El canibalismo era una práctica extendida y en general se castigaba. No a todos aquellos desdichados antropófagos les aplicaron la pena máxima. A fines de los años treinta había aún 325 antropófagos de Ucrania cumpliendo cadena perpetua en campos de trabajo bálticos.

El hambre era un hambre impuesta: se quitaba la comida a los campesinos. El 11 de junio de 1933, el periódico ucraniano Visti felicitó a un «despierto» agente de la policía política por desenmascarar y detener a un «saboteador fascista» que había escondido pan en un agujero tapado con un puñado de tréboles. La palabra fascista. Ciento sesenta vidas.

En estas páginas, preposiciones inocentes como en y para representan el asesinato de seis o siete familias numerosas. Sólo hay un libro sobre este tema: el de Conquest. Y tiene, repito, 411 páginas en la edición original inglesa.

CREDENCIALES

Soy un novelista y crítico de cincuenta y dos años que hace poco ha leído varios metros de libros sobre el experimento soviético. El 31 de diciembre de 1999 asistí, con Tony Blair y la Reina de Inglaterra, a los actos que se celebraron en el Millennium Dome de Londres. Anunciada como un festival de alta tecnología en un estético paisaje onírico, la velada fue como una escala de cinco horas en un aeropuerto alemán de segunda categoría. Para otros fue una tentativa de cinco horas por alcanzar la categoría de un aeropuerto alemán de segunda, así que no voy a quejarme. Yo sabía que lo del milenio era un fiasco que reflejaba poco más que nuestro interés por los ceros; y sabía que, en cualquier caso, el 31 de diciembre de 1999 no señalaba el cambio de milenio.[1] Pero aquella noche pareció que se acababa el siglo XX; y el siglo XX se considera por unanimidad el peor siglo que hemos tenido (una impresión confirmada por el último libro que estaba leyendo: Reflections on a Ravaged Century, de Robert Conquest). Había esperado sentir alguna clase de escalofrío milenarista a medianoche. Pero no lo sentí en el Dome. Sin embargo, un par de días después me puse a escribir

sobre el siglo XX y el que me parecía su principal defecto. El artículo, o ensayo, creció hasta convertirse en el volumen que tiene el lector en las manos. He escrito sobre el genocidio nazi en una novela (La flecha del tiempo). Su epílogo comienza con estas palabras:

Este libro está dedicado a mi hermana Sally, que, cuando era muy pequeña, me prestó dos grandes servicios.

Despertó mi instinto de protección; y me procuró si no mi primer recuerdo infantil, sí el más fértil y radiante. Creo que en aquel instante tenía media hora de vida. Yo tenía cuatro años.

Creo necesario consignar que entre la Noche del Milenio y el verdadero cambio de milenio, que se produjo un año después, mi hermana falleció a la edad de cuarenta y seis años.

ANTECEDENTES

Pasé el verano de 1968 ayudando a cambiar la instalación eléctrica de una mansión burguesa de un barrio del norte de Londres. Fue mi único contacto con la vida proletaria. Además, fue una experiencia breve y especializada: terminada la faena, me instalé inmediatamente en la mansión burguesa, con mi padre y mi madrastra (los dos novelistas, aunque mi padre era además poeta y crítico). Mi hermana tampoco tardó en instalarse con nosotros. Aquel año, como es lógico, estábamos pendientes de los acontecimientos de Checoslovaquia. En junio, Breznev desplegó a 16.000 hombres en la frontera. La posibilidad de intervenir militarmente en «el problema checo» se llamaba Operación Tumor... Mi padre había estado en Praga en 1966 y había hecho allí muchas amistades. Más tarde se convirtió en una broma de familia, por el río de checos que pasaban por Londres para visitarnos. Hubo checos rebotados, checos con carta de

presentación y por lo menos uno al que se rindieron honores, el novelista Josef Skvorecki. Y de pronto, la mañana del 21 de agosto, apareció mi padre en la puerta del patio, donde los electricistas nos estábamos tomando un respiro, y exclamó con una voz que aunaba la derrota y la desdicha: «Los tanques rusos están en Praga.»

Cumplí diecinueve años cuatro días después. En septiembre fui a Oxford.

Entre las Letters of Kingsley Amis, un volumen de 1.200 páginas, sólo hay dos, las dos primeras, en las que mi padre se me aparece como una persona irreconocible. En ellas, sin ningún sentido del humor, anima a un desmoralizado camarada a seguir en la brecha. El tono (serio, de viejo, condescendiente) resulta totalmente extraño: «Mira, con franqueza, tú sabes que no sirve de nada dejar el Partido de ese modo. Vamos, vamos, John. Estoy muy disgustado contigo.» Al final de la segunda carta hay una hoz y un martillo dibujados a mano. Mi padre era miembro con carné del PC y recibía órdenes de Moscú, como solía decirse, del Moscú de Stalin. Era el mes de noviembre de 1941; mi padre tenía diecinueve años y estaba en Oxford.

1941. Kingsley, permitámonos suponerlo, no sabía absolutamente nada de las catástrofes internas de la URSS. Pero la política exterior rusa se esforzaba poco por ganarse la lealtad de nadie. Hago un resumen. Agosto de 1939: el pacto nazi-soviético. Septiembre de 1939: invasión-reparto nazi-soviético de Polonia (y otro pacto: el Tratado sobre Fronteras y Amistad germano-soviético). Noviembre de 1939: anexión de Ucrania occidental y de Bielorrusia occidental y conato de invasión de Finlandia (que causó la expulsión de la URSS de la Sociedad de Naciones al mes siguiente). Junio de 1940: anexión de Moldavia y Bucovina. Agosto de 1940: anexión de Lituania, Letonia y Estonia; y asesinato de Trotski. Estas adquisiciones y decapitaciones podrían parecer modestas en comparación con los aparatosos triunfos de Hitler durante el mismo período. Y de pronto, en junio de 1941, Alemania atacó a la Unión Soviética. Mi padre esperaba participar en la guerra, y con razón; los rusos eran entonces sus aliados. Fue por aquellas fechas cuando se afilió al Partido, en el que creyó durante quince años.

¿Cuánto sabían los camaradas de Oxford en 1941? Ya en 1931 había protestas públicas en Occidente contra los campos de trabajo soviéticos. También había informes convincentes sobre el violento caos de la Colectivización (1929-1934) y sobre el hambre de 1933 (aunque ninguna insinuación todavía de que el hambre fuera un acto terrorista). Y estaban los Procesos de Moscú de 1936-

1938, que se celebraron delante de periodistas e informadores extranjeros y que pudo seguir todo el mundo. En aquella farsa grandilocuente e histérica, reputados bolcheviques de la vieja guardia «confesaron» que eran enemigos del régimen desde tiempos inmemoriales (y otros delitos igual de absurdos). Al adolescente Solzhenitsyn le dejó «estupefacto la falsedad de aquellos procesos». Pero el mundo en general adoptó el punto de vista contrario y llegó a aceptar las indignadas negativas soviéticas sobre el hambre, la esclavización del campesinado y el trabajo forzoso. «No había ninguna excusa razonable para creer en la versión estalinista. Las excusas que podrían proponerse son irracionales», dice Conquest en El gran terror. Al mundo se le dio a elegir entre dos realidades; y el joven Kingsley, al igual que la abrumadora mayoría de intelectuales de todas partes, optó por la realidad que no debía.

No hay duda de que los comunistas oxonienses conocieron el decreto soviético de 7 de abril de 1935, por el que los niños de doce años quedaban sometidos a «todas las medidas penales», comprendida la pena de muerte. Esta ley, que se publicó en la primera página de Pravda y causó consternación en todo el mundo (obligando al PC francés a aducir que los niños, en el socialismo, se hacían adultos muy aprisa), tenía al parecer dos objetivos fundamentales. Uno era social: acelerar la eliminación del ejército de huérfanos salvajes e indigentes que había creado el régimen. Pero el otro era político: presionar por un medio bárbaro a los veteranos de la oposición, Kaménev y Zinóviev, que tenían hijos mayores de doce años; no tardarían en caer estos personajes, y sus clanes con ellos. El decreto de 7 de abril de 1935 fue la cristalización del estalinismo «maduro». Imaginad el tamaño del guante con que Stalin nos cruzaba la cara; imaginad el tamaño.[2]

El 7 de abril de 1935 le faltaban a mi padre nueve días para cumplir trece años. ¿Se preguntó alguna vez, con el paso del tiempo, por qué un estado necesitaba aplicar «la última política de defensa» (como decía una secreta instrucción complementaria) contra los doceañeros?

Puede que haya a la postre una excusa razonable para creer en la versión estalinista: que la versión auténtica –la verdad– era totalmente increíble.

MÁS ANTECEDENTES

Creo que fue el verano siguiente, el de 1969, cuando pasé una hora en el inmenso jardín de la mansión fascista del sur de Hertfordshire, con Kingsley Amis y Robert Conquest. Hay una parte de la conversación que sigue aferrada al recuerdo, porque conseguí soltar una frase medio ingeniosa en una etapa en que estaba todavía angustiado (y con razón) por mi solvencia general en compañía adulta. Kingsley y Bob (o bien «Kingers» y «Conquers», del mismo modo que Aleksandr Solzhenitsyn, luego traducido por Bob, acabaría siendo «Solzhyers») se quejaban de una reciente puesta en escena de Hamlet en la que el príncipe era homosexual y el papel de Ofelia lo interpretaba un hombre. Retrospectivamente, y para ser 1969, casi parece cursi. El caso es que dije: «¡Vete a un monasterio!» No fue gran cosa, pero parece que encajó.

Kingsley había publicado en 1967 un artículo titulado «Por qué Lucky Jim se hizo de derechas». El ex comunista estaba transformándose en un laborista razonablemente activo, antes de volverse (y seguir siendo) un conservador notablemente ruidoso. En 1968 Bob había publicado El gran terror, el conocido estudio sobre las purgas de Stalin durante los años treinta, y estaba acumulando méritos para recibir el título, que se le concedió en un pleno del Comité Central celebrado en Moscú en 1990, de «antisoviético número uno». En los años sesenta era normal llamar «fascistas» a Kingsley y a Bob en las discusiones políticas generales. La acusación no se hacía totalmente en serio (tampoco eran serias las discusiones políticas generales, por lo que hoy parece. En mi medio llamábamos fascistas a los agentes de policía e incluso a los guardas de los parques). Kingers y Conquers llamaban «el almuerzo fascista» a la reunión semanal que celebraban en Bertorelli's, de Charlotte Street; allí charlaban y bromeaban con otros fascistas, entre ellos el periodista Bernard Levin, los novelistas Anthony Powell y John Braine (un partícipe infrecuente y muy temido) y el historiador y desertor Tibor Szamuely. Lo que unía a los comensales fascistas era un anticomunismo bien fundado. Tibor Szamuely sabía lo que era el comunismo. Lo había conocido todo: purga, detención, gulag.

No leí El gran terror en 1968 (más probable habría sido, dada la época, que hubiera leído la poesía de Conquest). Pero lo estuve hojeando durante una hora y nunca he olvidado la fría elegancia de sus observaciones sobre las «fuentes»: «1. Los informes oficiales contemporáneos apenas merecen comentarse. Son esencialmente falsos, pero siguen siendo muy instructivos. (Es mentira que Mdivani fuera espía británico, pero es verdad que fue ejecutado.)»

Recientemente he leído dos veces el libro, la primera edición (que tuve que robarle a mi padre) y la versión corregida y posterior a la glasnost, y que se titula The Great Terror: A Reassessment. Cuando le pidieron que sugiriese un título para la nueva edición, Conquest dijo a su editor: «¿Qué te parece Ya os lo dije, tontos del culo?» Porque el libro, ya revolucionario en el momento de su aparición, se ha confirmado sobremanera desde entonces. A mediados de los años sesenta estuve presente en cientos de conversaciones como la que sigue (los interlocutores son mi padre y A. J. Ayer):

–Por lo menos en la URSS están forjando algo positivo.

–¿Qué importa lo que estén forjando? Han matado ya a cinco millones de personas.

–No haces más que hablar de los cinco millones.

–Si te aburren esos cinco millones, estoy seguro de que te puedo encontrar otros cinco.

Hoy se puede. Pueden encontrarse otros cinco millones, y otros cinco, y cinco más.

Por las mismas fechas se hablaba en Inglaterra de un tema mucho más candente: la guerra de Vietnam. En las discusiones sobre la URSS se mantenía cierta educación. Pero en las discusiones sobre Vietnam se gritaba, se lloraba, se cambiaban golpes y desplantes. Yo he visto a mi padre perder la amistad de dos personas por culpa de Vietnam (A. Alvarez y Karl Miller). Porque mi padre, al igual que la mayoría, pero no la totalidad, de los asistentes a las comidas fascistas, apoyaba en términos generales la política de Estados Unidos. Y era una postura defendida por una minúscula y muy detestada minoría. El primer trimestre que pasé en Oxford (otoño de 1968) fui a una manifestación contra la invasión de Checoslovaquia. Participamos unas sesenta o setenta almas. Oímos discursos. Había tristeza y buenos modales. Compárese esta actitud con las exteriorizaciones y autoflagelaciones, salvajemente paritario-competitivas pero indisimulables, de las decenas de miles de personas que se concentraban delante de la Embajada de Estados Unidos, en Grosvenor Square.

En 1968, el mundo parecía más izquierdista que nunca y fue más izquierdista de lo que sería ya en el futuro. Pero este izquierdismo era el de la Nueva Izquierda: presentaba, o acabó presentando, la revolución como un juego. La clase

«redentora» no se encontraba ya en las minas y en las fábricas; se encontraba en las bibliotecas y en las aulas universitarias. Había manifestaciones, disturbios, incendios, batallas callejeras en Inglaterra, Alemania, Italia, Japón y Estados Unidos. Y acordaos del Mayo parisino: barricadas, teatro en la calle, culto a la juventud («los jóvenes hacen el amor; los viejos hacen obscenidades»), la reaparición de Marcuse (el dialéctico de invierno), y Sartre, que se apostaba en las esquinas y repartía octavillas maoístas... La agonía de la Nueva Izquierda adoptó la forma de terrorismo de vanguardia (las Brigadas Rojas, la banda Baader-Meinhof, los Weathermen).[3] Su vida póstuma es anarquiforme, enfrentada a la última mutación del capital: después del imperialismo, después del fascismo, ahora se enfrenta a la globalización. Señalemos aquí que no hay forma de que el islamismo combativo encaje en este «modelo», ni en ningún otro.

Pero los rojos no estaban muertos en 1968. Cuando estuve en Oxford solían colarse en todas las habitaciones: los creyentes, los duros, los proselitistas. Tal vez venga al caso el viejo chiste. Pregunta: ¿En qué se diferencia un coche comunista de un proselitista comunista? Respuesta: En que al proselitista le puedes cerrar la puerta. He aquí una paradoja reveladora: siempre se ha podido bromear a costa de la Unión Soviética, pero nunca sobre la Alemania nazi. No es sólo una cuestión de respeto. En el caso alemán, la risa se va automáticamente. Con el permiso de Adorno, no fue la poesía lo que se volvió imposible después de Auschwitz. Lo que se volvió imposible fue la risa. En cambio, en el caso soviético, la risa se niega a irse. La inmersión en los hechos de la barbarie bolchevique puede aumentar la resistencia a admitirlo, pero dicha inmersión no borrará nunca la risa de la barbarie...

Debo decir que durante un tiempo, con una postura asquerosa pero leal, seguí la política de mi padre sobre Vietnam. No tardé en cambiar de opinión y discutimos al respecto, a veces con acritud, durante treinta años.[4] Tal como lo entiendo actualmente, Estados Unidos no tenía por qué entrometerse en una serie de lejanas convulsiones, por culpa de las cuales las ideas de un economista alemán del siglo XIX estaban causando estragos de magnitud bíblica en China, Corea del Norte, Vietnam, Laos y Camboya. Acabé pensando que la continuación norteamericana de la guerra era intolerable e insufrible, no sólo por lo que estaba ocasionando en Vietnam, sino también por lo que estaba ocasionando en Estados Unidos. Hubo una revelación fantasmagórica, una confirmación fantasmagórica, cuando, a fines de los años ochenta, la cantidad de bajas propias en la guerra fue oficialmente superada por la de suicidios entre los veteranos. Es una prueba

contundente del embrutecimiento ideológico de la madre patria. Los veteranos que volvían no recibían flores ni abrazos, como bien sabemos, sino imprecaciones. Y no se trataba de ideólogos. ¿Cómo se podía despreciar la sensibilidad humana corriente hasta el punto de recibirlos con imprecaciones y no con flores y abrazos?

Los Szamuely. Los cuatro Szamuely –Tibor, Nina, Helen y George– se alojaban en la mansión fascista aquel día de 1972 en que cogí el coche y fui a Oxford para el examen oral que concluiría la licenciatura. Cuando terminó todo, comuniqué la noticia por teléfono y al llegar me encontré con un escenario de celebración. A la una de la madrugada le hice una educada proposición a Helen Szamuely, que no aceptó, y me quedé frito en el sofá de la sala. Desperté a eso de las cinco, me levanté desconcertado y me dirigí a la puerta. Al abrirla, se dispararon todas las alarmas fascistas antirrobo y desperté a todo el mundo, a mi padre, a mi madrastra, a mi tiastro y a los cuatro Szamuely.

LA POLITIZACIÓN DEL SUEÑO

Tras comentar una entrada particularmente violenta de un jugador particularmente violento, el ex futbolista Jimmy Greaves observó: «Por decirlo de algún modo, es un chico encantador cuando está dormido.» Los bolcheviques no daban tanto respiro. En 1910, un adversario político dijo, a propósito de Lenin, que no se podía tratar con un hombre que «está con la revolución las veinticuatro horas del día, que no tiene en la cabeza más que ideas sobre la revolución y que ni siquiera cuando duerme sueña con otra cosa que con la revolución». La Revolución de verdad no alteró esta costumbre. Como dijo el joven secretario Jrushov ante un vitoreante público de miembros del Partido, «un bolchevique es una persona que se siente bolchevique incluso cuando duerme». He aquí lo que pensaba del sueño un bolchevique:

Muerte de la vida diaria, baño del fatigoso trabajo,

bálsamo de mentes doloridas, segundo curso de la naturaleza,

principal alimentador en el banquete de la vida.

El sueño era otra oportunidad para sentirse bolchevique.

Pero eso es lo que quieren ellos, los creyentes, los duros, para eso es para lo que viven: para la politización del sueño. Quieren que la política esté en todas partes en todo momento, política permanente y omnímoda. Quieren la omnipresencia de la política; quieren la politización del sueño.

No tardaremos en ver lo que Stalin hizo a los Meyerhold: el ejemplo extremo de la politización del sueño.

Tomo este pasaje de una carta a Máximo Gorki sobre la condición de los intelectuales en el nuevo régimen:

La fuerza intelectual de los obreros y campesinos crece en la lucha por derrocar a la burguesía y sus acólitos, esos intelectuales de segunda fila y lacayos del capitalismo que se creen el cerebro de la nación. No son el cerebro de la nación. Son su mierda.

No es Stalin quien habla. Es Lenin. Stalin también detestaba a los intelectuales, pero sentía interés y una incómoda debilidad por lo que llamamos literatura creativa. Su célebre y parodiada observación, «los escritores son los ingenieros del alma humana», no es sólo una jactancia grandilocuente: es una descripción de lo que él quería que fuesen los escritores bajo su mando. No comprendía que los escritores de talento no pueden ir contra su talento para sobrevivir, que no pueden ser ingenieros. Los escritores sin talento pueden, o pueden intentarlo; era una gran ventaja ser un escritor sin talento en la URSS y una tremenda desventaja tenerlo.

Stalin en persona observó de cerca a una serie de novelistas, poetas y dramaturgos. En este plano titubeó como en ningún otro. A Zamiatin le dio la

libertad: la emigración. Amenazó pero hasta cierto punto toleró a Bulgákov (y fue a ver Los días de los Turbín quince veces, como indican los archivos del teatro). Torturó y fusiló a Bábel. Destruyó a Mandelstam. Fue responsable del sufrimiento y la desgracia de Anna Ajmátova (y de Nadezda Mandesltam). Sometió a Gorki a un destino mucho más extraño, deformando su talento y su integridad poco a poco; después de la ejecución, la deformación era el efecto más habitual entre los escritores rusos posteriores a Octubre y su modalidad expresiva más elocuente era el suicidio. Soportó a Pasternak; le cerró la boca y le quitó una amante y un hijo; pero lo perdonó («No toquéis a este morador de las nubes»). Sin embargo, he aquí lo que les hizo a los Meyerhold.

El mundialmente famoso Vsiévolod Meyerhold había disgustado a Stalin, en el período culminante del Gran Terror, con la puesta en escena de una obra sobre la guerra civil. Meyerhold fue atacado por Pravda (era un ritual, como un aviso de lo que se avecinaba) y su teatro clausurado. Al cabo del tiempo, Stanislavski le dio un empleo y algo de protección. Stanislavski murió en agosto de 1938. No transcurrió un año cuando se dio a Meyerhold la oportunidad de retractarse en una conferencia organizada por la Comisión de Asuntos Artísticos. No se retractó. Entre otras cosas, dijo:

Por ejemplo, el trabajo de los teatros me parece lamentable y bochornoso [...] Id a los teatros de Moscú y fijaos en esas producciones insípidas y aburridas, todas iguales y sólo diferentes por su grado de insignificancia [...] Con vuestros esfuerzos por erradicar el formalismo, habéis destruido el arte.

Lo detuvieron al cabo de unos días. El expediente Meyerhold contiene esta carta que escribió a Mólotov en la cárcel:

Los investigadores empezaron a emplear la fuerza conmigo, un enfermo de sesenta y cinco años. Me tendieron boca abajo y me golpearon en la planta de los pies y en la espalda con una correa de goma [...] Unos días después, cuando tenía las piernas plagadas de hemorragias internas, volvieron a golpearme con la correa encima de las moraduras, y el dolor era tan fuerte como si me hubieran derramado agua hirviendo en las zonas sensibilizadas. Aullaba y lloraba de dolor

[...] no podía dejar de llorar. Con la cara contra el suelo averigüé que podía sacudirme, retorcerme y gemir como un perro cuando el amo lo castiga [...] Cuando caía en el jergón y me dormía, después de un interrogatorio de dieciocho horas, para sufrir otro a continuación tras una hora de sueño, me despertaban mis propios quejidos, y porque sufría convulsiones, como un enfermo de tifus en las últimas etapas de la enfermedad.

Cuando es eso lo que nos despierta, sabemos que nos han politizado el sueño. El interrogador, añadía, le orinaba en la boca. Meyerhold escribió esta carta el 13 de enero de 1940, después de confesar todo lo que quisieron que confesase (que espiaba para los británicos y para los japoneses, entre otras cosas). Stalin necesitaba confesiones; siguió de cerca el desarrollo de algunos interrogatorios (que duraban meses e incluso años) y no dormía tranquilo hasta que obtenía una. Así pues, también su sueño estaba politizado.

Unos días después de la detención de Meyerhold, su mujer, la joven actriz Zinaida Raij, apareció muerta en su casa. Le habían asestado diecisiete cuchilladas. Los vecinos habían oído los gritos; pensaron que estaba ensayando. Se dice que le habían sacado los ojos, probablemente cerrados de sueño cuando sonó el timbre de la puerta.

Meyerhold fue fusilado el 2 de febrero de 1940.

Acababa de empezar este libro cuando encontré lo que sigue, en una historia de la «revolución» húngara, de importación soviética, de 1919:

Con una veintena de «Hijos de Lenin» [el ala terrorista del Consejo Revolucionario], Tibor Szamuely [...] ejecutó a varios elementos locales acusados de colaborar con los rumanos [...] Un colegial judío que intercedió por su padre fue muerto por llamar «bestia salvaje» a Szamuely [...] Szamuely había requisado un tren y recorría el país ahorcando a los campesinos que se oponían a la colectivización.

Al principio pensé enviar un fax a Bob Conquest con una pregunta: «¿Era Tibor Szamuely pariente de Tibor Szamuely?» Pero entonces recordé las páginas que había escrito mi padre en sus Memoirs acerca de Tibor, de nuestro Tibor. Me puse a releerlas, pensando que conocía muy bien la historia de Tibor, y pensando además que era una historia grata, una historia de lucha, astucia heroica, suerte, fuga y triunfo subversivo. Terminé las páginas con un nudo en la garganta. No era una historia como la de Meyerhold; pero también era una historia sobre la politización del sueño.

Tibor Szamuely era tío de Tibor Szamuely y un célebre colaborador de Lenin. Tibor, nuestro Tibor, «tenía una foto enmarcada, situada en lugar destacado, con los dos monstruos subidos a una tribuna y dando la cara a una multitud», dice mi padre. Descendiente de una familia política húngara, Tibor nació en Moscú en 1925. Cuando tenía once años, su padre desapareció entre las fauces de 1936. Tibor combatió en el Ejército Rojo siendo aún adolescente. A principios de los años cincuenta se le ocurrió decir, delante de alguien en quien pensó que se podía confiar, que estaba harto de ver al «cerdo seboso» de Georgui Malenkov (primer ministro de la URSS, 1953-1955). Los agentes de «los Órganos» fueron a buscarlo a medianoche. Lo condenaron a ocho años, que debía cumplir en un campo del norte, Vorkutá, un nombre que significa para un ruso tanto como Dachau para un judío. O quizá más. He elegido Dachau deliberadamente y tal vez por comodidad. Murieron muchos allí, pero Dachau no tuvo tiempo de transformarse en campo de exterminio (sus cámaras de gas se construyeron muy tarde). Vorkutá no era un campo de exterminio. El gulag no tenía campos de exterminio al estilo nazi, ningún Belzec, ningún Sobibor (aunque tenía campos de ejecución). Pero, dadas las circunstancias, todos los campos eran campos de exterminio. Los que no morían inmediatamente en Auschwitz, que era campo de trabajo y campo de exterminio, solían durar tres meses. Parece que la media en los campos de trabajo del archipiélago gulag era de dos años.

Cuando se lo llevaron a las tres de la madrugada, lo último que dijo Tibor a su mujer fue: «Escribe a tu madre.» Solía jactarse de haber sido el único prisionero liberado por Stalin; por Stalin en persona. Por lo visto, la madre de Nina Szamuely tenía una estrecha amistad con el dictador estalinista húngaro Matyas Rakosi. El estalinista, como estaba mandado, llamó o cablegrafió a Stalin; se enviaron órdenes a Vorkutá. Los hombres del KGB encargados de poner en libertad a Tibor le pidieron perdón, ya en el andén de la estación, besándole los zapatos. El sentenciado calumniador del Estado gozaba ahora del favor de la autoridad. Y Tibor, por una serie de cabriolas y casualidades maravillosas, huyó

a la Inglaterra que había visitado de pequeño. Huyó con su mujer, sus dos hijos y además (todo un golpe) con su amplia e insustituible biblioteca. Así pues, una historia feliz, me dije: una historia feliz.

No tardó Tibor en instalarse: historiador, académico, periodista, observador de la URSS. Cuando obtuvo la nacionalidad, los fascistas organizaron un almuerzo para celebrarlo. Acerca de su nueva ciudadanía, dijo después a mi padre: «Significa que ya no tendré más preocupaciones. Ahora ya nada me importa. Ni siquiera morirme. Podré decirme a mí mismo: Bueno, por lo menos es en Inglaterra.» Y fue en Inglaterra: dos años más tarde, cuando tenía cuarenta y siete. Y Nina falleció dos años después que él; el mismo día y del mismo cáncer. A ella la recuerdo con más claridad y emoción que a él. Antes sonreía al pensarlo: su aire de preocupación, su constante preocupación activa. También me acuerdo de su entierro y de «uno de los espectáculos más desgarradores que puedan imaginarse –en palabras de mi padre–, los dos pequeños huérfanos, Helen y George, en lo alto de las escaleras de la iglesia, para recibir el pésame de los asistentes, completamente solos».

Tibor se levantaba siempre muy tarde y Kingsley se quejó de ello en cierta ocasión hablando con Nina. Ésta le dijo que su marido necesitaba ver las primeras luces del alba para pensar en dormirse. Incluso en Inglaterra. Necesita, dijo Nina, «estar completamente seguro de que no irán a buscarlo esa noche».

Nosotros no lo entendemos y no hay ningún motivo por el que debamos entenderlo. Hace falta un poderoso esfuerzo de imaginación para tener una idea de lo que es un «miedo que para millones de personas resulta invencible –en palabras de Vassili Grossman–, ese miedo escrito en letras rojas en el cielo plomizo de Moscú, el miedo sobrecogedor al Estado».

MÁS ANTECEDENTES

–Hugh MacDiarmid, menudo cabrón –dijo mi padre hacia 1972, a propósito del hombre que casi todo el mundo consideraba el más grande poeta escocés del siglo XX–. Se hizo comunista en 1956, después de lo de Hungría.

–¿Y qué escribe? –pregunté.

–Pues eso. Clichés marxistas espolvoreados con exabruptos «escoceses» arcaicos.

–¿Por ejemplo?

Pensó unos instantes. Mi memoria responde de la exactitud de los versos dos y cuatro, no de los versos uno y tres, que para el caso podrían sustituirse por cualquier morralla parecida. Dijo mi padre aproximadamente:

Todo sistema político es una superestructura con una

[base socioeconómica determinante.

Whah-hey!

El principio de distribución según las necesidades

[excluye la conversión de los productos en

[mercancías y su transformación en valor.

Och aye!

Las condiciones objetivas para la transición al

[socialimo sólo pueden...

–Basta –dije, aunque ahora desearía que hubiera continuado.

Era fácil bromear sobre el comunismo. Era una de las cosas que también los rusos habían hecho siempre. En cambio, viviendo en el comunismo (como bien sabía Tibor), podían caer varios años de cárcel por bromear sobre él. Un chiste. Pregunta: ¿En qué se parecen la URSS y Estados Unidos? Respuesta: En que en los dos países se pueden hacer chistes sobre Estados Unidos.

A mediados de los años setenta colaboré en New Statesman (o NEW STATESMAN, según la tipografía de la casa), el célebre, histórico y hoy quizá

anticuado semanario laborista.[5] Mis contemporáneos allí fueron Julian Barnes (novelista y crítico), Christopher Hitchens (periodista, ensayista y literato politizado) y James Fenton (periodista, crítico, ensayista y, por encima de todo, poeta). Políticamente nos desglosábamos del siguiente modo. Julian era laborista en términos generales, aunque Christopher Hitchens se burlaría de él sin parar por haber votado en cierta ocasión a los liberales. Yo era quietista y no alineado. Fenton y Hitchens, en cambio, eran militantes trotskistas que (por ejemplo) se pasaban los sábados vendiendo ejemplares del Socialist Worker en las empobrecidas calles comerciales de Londres.

–Si escribo el artículo, ¿cómo he de llamaros? –pregunté a Christopher, mientras hablaba con él desde Washington D.C.–. ¿Trotskistas o trotskitas?

–Trotskistas, claro. Sólo un estalinista nos llamaría trotskitas.

Me eché a reír. Reí con indulgencia. Seguimos hablando.

A mediados de los años setenta solíamos discutir sobre el comunismo en New Statesman. Yo estaba al margen, aunque en cierto modo era un anticomunista congénito, contagiado, no al nacer, sino a los seis o siete años, en 1956, cuando los Amis se amoldaron con sincero ateísmo al Partido Laborista. En cualquier caso, la polémica seguramente estaba ya desfasada, con la publicación, en 1973 y 1975, de los dos primeros volúmenes de Archipiélago Gulag. Arriba, en el departamento literario, habíamos publicado una reseña del segundo volumen, firmada por V. S. Pritchett, bella y (para mí) inolvidablemente titulada «Cuando los muertos despertemos». El artículo de Pritchett terminaba diciendo: «[Solzhenitsyn] no es un activista político; carece de retórica y de planteamientos con dobles verdades; es un despertador.» Cuando los muertos despertemos: Sí, me dije. Eso es lo que toca ahora... Y no ha sucedido. Para la conciencia general, los muertos rusos siguen durmiendo.

Hitchens y yo solíamos discutir sobre comunismo en los pasillos, de manera esporádica, medio en broma. El novelista fascista John Braine (proletario, del norte, eternamente borracho y con una absurda influencia en el plano sociocultural, no en el político, en una generación por lo menos) solía decir a los izquierdistas:

–¿Por qué amáis el despotismo? ¿Por qué añoráis la tiranía?

Y eso fue más o menos lo que le pregunté a Hitch:

–El gobierno de los gamberros. Eso es lo que queréis. ¿Por qué?

–Sí. El gobierno de los gamberros. Lo que yo quiero es a los burros en el poder. El gobierno de los gamberros.

Estos cruces de frases se producían con un talante de evaluación cómica, de evaluación recíproca. No éramos aún los buenos amigos que seríamos en el futuro y la política formaba parte de la distancia que había entre ambos. Por cierto: gobierno de los gamberros, o dictadura del proletariado (un resultado sólo previsto académicamente por los bolcheviques), tenía el sabor de los reajustes superficiales y provisionales que se estaban produciendo entonces en Inglaterra: el trasvase de la riqueza, como decía el Partido Laborista, a las clases trabajadoras y sus familias. Yo congeniaba quizá hasta cierto punto con el programa cultural, pero aquella idea (impuestos del 99 por ciento para el nivel superior de ingresos, etc.) me molestaba tan poco que también yo votaba por la continuación de la política laborista. O lo intentaba. El día de las elecciones de 1978, mi hermano y yo (laboristas) accedimos, en la mansión fascista, a quedarnos en casa para intercambiar los votos con dos conservadores en el terreno. Los conservadores (según nos pareció) fingieron no entender el acuerdo y se fueron a votar con el coche de mi tiastro, un Jaguar fascista. («Nos habéis escamoteado cuatro votos», le dije a mi tiastro con cierta indignación. «No. Dos», me corrigió.) En el ínterin, se advertía en todas partes el efecto social del predominio de los sindicatos. Era profundo y retroactivo. Me hizo creer que los habitantes de estas islas se habían odiado desde siempre. Y no es cierto. El odio, la desatención general, era una deformación política, y no duró.

James Fenton hablaba poco durante aquellas discusiones desenfadadas, aunque solían tener lugar en su despacho (que siempre estaba increíblemente ordenado, a lo sumo con algún sujetapapeles perdido en la inmensidad de la mesa. La mesa de Julian estaba increíblemente ordenada, y también con algún sujetapapeles perdido. La mía era un caos. La de Christopher era un caos. «Tú y Christopher deberíais casaros», dijo James con resignación. También él era muy amigo de Christopher. Y compartían ideas políticas). James hablaba poco durante aquellas discusiones. Al igual que Christopher, no veía ningún porvenir en el socialismo «realmente vigente» en la URSS. Muy a grandes rasgos, su credo político imaginaba un regreso a la fuente de la energía revolucionaria con la figura de Trotski, ese ídolo supremo de las posibilidades frustradas. James había tenido sus experiencias negativas en Vietnam y Camboya. Pero me preguntaba cómo era posible que él, en tanto que poeta, se alineara con un sistema para el que la

literatura era sierva del Estado; y yo me decía: sin duda detesta el lenguaje, los clichés metálicos, las fórmulas y los eufemismos, los acrónimos y condensaciones supuestamente futuristas y económicos.[6] Cierta vez que comíamos con toda solemnidad, James expuso su postura (local) del siguiente modo: «Quiero un gobierno laborista con manga ancha para los sindicatos.» Inglaterra, pensé sin tristeza, iba a tener ese gobierno. Tal sería el futuro, y sería de izquierdas.

De modo que al día siguiente le dije a Christopher por teléfono:

–Tenemos que hablar largo y tendido sobre esto.

–Largo y tendido.

–Porque me hago preguntas sobre la distancia que media entre la Rusia de Stalin y la Alemania de Hitler.

–Ah, no caigas en eso, Mart. No caigas en las comparaciones morales.

–¿Por qué no?

–Lenin fue... un gran hombre.

–De eso nada.

–Hablaremos largo y tendido.

–Largo y tendido.

Pero ya habíamos progresado un poco. Ahora las discusiones eran sobre si la Rusia bolchevique había sido «mejor» que la Alemania nazi. Cuando apareció la Nueva Izquierda, las discusiones eran sobre si la Rusia bolchevique era mejor que Estados Unidos.

DIEZ TESIS SOBRE ILICH

(I)

En su carta a Máximo Gorki sobre la suerte de los intelectuales del país («no son su cerebro. Son su mierda»), decía Lenin (15 de septiembre de 1922):

«[Vladímir Korolenko] es un filisteo lamentable, atrapado en prejuicios burgueses. Para estos caballeros, diez millones de muertos en la guerra imperialista es algo que vale la pena apoyar [...] mientras que la muerte de cientos de miles en una guerra civil justa contra los terratenientes y los capitalistas les hace exclamar ¡ah! y ¡oh!, y suspirar, y ponerse histéricos.

La cantidad que se da habitualmente para las bajas militares de la Primera Guerra Mundial (del total de los países beligerantes) está en torno a 7.800.000. La cantidad que se da habitualmente para las bajas militares de la guerra civil rusa ronda el millón. Pero es que en el caso ruso hubo además 12 millones de civiles muertos. «Estas cantidades cuentan sólo la mitad de la historia, porque, como es obvio, en circunstancias normales la población no se estanca, sino que aumenta», dice Richard Pipes en Russia Under the Bolshevik Regime. Según este cálculo, la cantidad asciende a 23 millones. Y creo que hay una buena razón para incluir el déficit de nacimientos. Que el experimento ruso no se llevó a cabo para medro de los pobres infelices que por casualidad estaban vivos entonces; se llevó a cabo por sus hijos y por los hijos de sus hijos... ¿Era inevitable la guerra civil, una guerra civil? ¿Tanto odio había que el censo se condenó de antemano a un descenso astronómico? Bueno, la guerra civil fue inevitable cuando Lenin tomó el poder. Hay docenas de citas, eslóganes, consignas de manifestación que dan fe de su entusiasmo por la guerra civil. Lo mismo cabe decir de Trotski. La guerra civil era una piedra angular de la política bolchevique.

(II)

Lenin sufrió el primer ataque en mayo de 1922. En septiembre escribió la terrible carta a Gorki. En julio había estado elaborando sus listas de intelectuales que había que detener y deportar o confinar. Un mes antes, sus médicos le habían dicho que multiplicara 12 por 7. Resolvió el problema al cabo de tres horas, mediante sumas: 12 + 12 = 24, 24 + 12 = 36... El ex creyente Dmitri Volkogónov comenta en Lenin: A New Biography:

Había llenado un cuaderno de veintiuna páginas con garabatos infantiles [...] El futuro de toda una generación de intelectuales rusos lo estaba decidiendo un hombre que apenas podía resolver un problema aritmético para niños de siete años.

Sufrió más ataques. Krúpskaia, su mujer, tuvo que enseñarle a repetir (y esto sólo funcionaba instigándole de manera directa) las palabras «campesino», «obrero», «pueblo» y «revolución»... Adam Ulam ha dicho que el nihilismo de la tradición revolucionaria rusa era «a la vez infantil y de pesadilla». El Lenin moribundo –y con frecuencia también el Lenin vivibundo– fue infantil y de pesadilla. Durante sus últimos diez meses sólo pronunció monosílabos. Menos mal que eran monosílabos políticos: vot-vot (ahí, ahí) y sezd-sezd (congreso, congreso).

(III)

Se queda uno estupefacto al enterarse de que Lenin leyó el insuperable bodrio ¿Qué hacer? (1863) de Nikolái Chernichevski cinco veces en un solo verano. Leerlo una vez en cinco veranos es superior a las fuerzas de la mayoría de nosotros; pero Lenin era tenaz. «Me transformó por completo –dijo en 1904–. Es un libro que le cambia a uno para toda la vida.» Su mayor mérito, remachaba, era que enseñaba «cómo ha de ser un revolucionario». Por vergonzoso que resulte, no hay más remedio que admitir que ¿Qué hacer? es la novela más influyente de todos los tiempos. Gracias a su didáctico retrato del Nuevo Hombre revolucionario, a la «rusificación» de temas radicales del momento y a su desprecio por la gente normal, «la novela de Chernichevski aportó, mucho más que El capital de Marx, la dinámica emocional que al final acabó haciendo la revolución rusa» (Joseph Frank). Me acuerdo ahora de un comentario que hizo recientemente un escritor ruso (Víctor Erofeiev) que trataba de explicar el culto a Rasputín. Hay, dijo, «cierta base para afirmar que, en el fondo, Rusia no tiene nada en común con Occidente».

(IV)

Por defender la «paz vergonzosa y sin precedentes» de Brest-Litovsk con la Alemania imperial, Lenin perdió autoridad dentro del Partido durante un tiempo. En política económica le estaban presionando los visionarios, en particular Bujarin. Habla Trotski:

En las «Tesis sobre la paz» que escribió Lenin a principios de 1918 se dice que «el triunfo del socialismo en Rusia [exigía] cierto tiempo, unos cuantos meses». En la actualidad [1924] estas palabras parecen completamente incomprensibles; ¿no fue un lapsus?, ¿no quiso decir unos cuantos años o décadas? Pues no [...] Recuerdo claramente que en la primera época, en el Smolni, en las reuniones del Consejo de Comisarios del Pueblo, Lenin repetía invariablemente que tendríamos socialismo en medio año y seríamos el Estado más poderoso.

Así, el régimen pasó a eliminar: a) la ley, b) las relaciones exteriores, c) la propiedad privada, d) el comercio, y e) el dinero. El medio elegido para eliminar el dinero fue la hiperinflación controlada por el Estado. En «la segunda mitad de 1919, ciertas "operaciones financieras" –a saber, la impresión de papel moneda– consumieron entre el 45 y el 60 por ciento de los gastos presupuestarios» (Richard Pipes, The Russian Revolution). Durante la frustrada invasión de Polonia de 1920, Lenin envió la siguiente orden a un comisario del Ejército Rojo:

Un plan precioso. Rematadlo con Dzeryinski. Disfrazados de «Verdes»[7] (ya se lo cargaremos a ellos después), nos adentraremos diez o veinte verstas y ahorcaremos a los kulaki, curas y terratenientes. Recompensa: 100.000 rublos por ahorcado.

En 1921, cien mil rublos equivalían a dos copecas de antes de la guerra.[8] En esta época, la serie de medidas políticas etiquetadas retrospectivamente Comunismo de Guerra se estaba abandonando en beneficio de la Nueva Política Económica

(NEP), que legalizó el mercado negro que alimentaba a las ciudades, aunque no sin problemas. El resultado neto del Comunismo de Guerra fue la destrucción de la base industrial y la peor época de hambre que conoce la historia europea.

(V)

Lenin (19 de marzo de 1922):

Ahora y sólo ahora, cuando en las zonas afectadas por el hambre hay antropofagia y las carreteras están pavimentadas con cientos de cadáveres, si no miles, es cuando podemos (y por lo tanto debemos) insistir en la apropiación de los objetos de valor [de la Iglesia], con la energía más implacable y despiadada, sin reparar en medios para aplastar toda resistencia [...] Un momento como el del hambre y la desesperación es único para crear entre las masas campesinas en general una disposición que nos garantice su simpatía o en cualquier caso su neutralidad [...] Debemos declarar ahora [al clero] una guerra decisiva y despiadada, y someter su resistencia con una brutalidad que no olviden durante décadas [...] Cuantos más representantes de la burguesía y el clero reaccionarios consigamos ejecutar en este asunto, mejor.

Los archivos eclesiásticos indican que aquel año mataron a 2.691 sacerdotes, 1.962 monjes y 3.447 monjas. Durante una carestía anterior, la de 1891, en la que murió medio millón de personas, la lucha contra el hambre fue una prioridad nacional. En la capital regional de Samara (Kuíbishev), sólo un intelectual, un abogado de veintidós años, se negó a participar en la campaña y, desde luego, fue denunciado públicamente. Era Lenin. Tuvo «la valentía», como dijo un amigo suyo,

de decir a los cuatro vientos que aquella carestía tendría muchos resultados positivos [...] El hambre, explicó, por destruir la desfasada economía campesina, sería [...] el preludio del socialismo [...] El hambre destruiría asimismo la fe no sólo en el zar, sino también en Dios.

El hambre pertenece a la tetrarquía comunista; los otros tres elementos son el terror, la esclavitud y, evidentemente, el fracaso, el sempiterno e incorregible fracaso.

(VI)

Se ha dicho a menudo que los bolcheviques gobernaron como si libraran una guerra contra su propio pueblo.[9] Pero podríamos ir más allá y decir que los bolcheviques libraron una guerra contra la naturaleza humana. Lenin a Gorki:

Toda idea religiosa, toda idea de Dios [...] es una abyección indescriptible [...] de la especie más peligrosa, una epidemia de la especie más abominable. Hay millones de pecados, hechos asquerosos, actos de violencia y contagios físicos [...] que son menos peligrosos que la sutil y espiritual idea de Dios engalanada con los ropajes «ideológicos» más elegantes.

La religión es reaccionaria, desde luego (¿y no pretendía el zar ser divino?). Pero la religión es además una parte de la naturaleza humana. Recuerdo el argumento de John Updike: la única prueba de la existencia de Dios es el colectivo humano que la desea. La guerra contra la religión formaba parte de la guerra contra la naturaleza humana que se hacía en muchos otros frentes.

(VII)

El hambre leninista de 1921-1922 (unos 5 millones de muertos) no fue al principio un acto terrorista. El clima desempeñó un papel; pero también la política bolchevique de las requisas, el embargarles el trigo a los campesinos sin darles nada a cambio. Privados de incentivos, los campesinos practicaron el estraperlo; y el régimen, como siempre, respondió con un creciente empleo de la fuerza cuyo desenlace fue el hambre. A diferencia del hambre estalinista de

1933, el hambre leninista fue oficialmente reconocida como tal.[10] En julio de 1921, Máximo Gorki obtuvo permiso para formar una comisión de ayuda humanitaria (compuesta básicamente por intelectuales) y organizar una campaña internacional. El socialismo, lejos de catapultar a Rusia a la supremacía planetaria, la había reducido a la miseria. Incluso Lenin se sintió molesto por una realidad que hoy se conoce en todo el mundo y la humillación se exteriorizó con una rencorosa xenofobia defensiva. No hizo más que fastidiar y poner pegas a la American Relief Administration (ARA). Pero cuando pasó la crisis, la emprendió contra la comisión de Gorki. Primero hubo una campaña de difamación en la prensa, afirmando que la ARA era «contrarrevolucionaria», nada menos. He aquí un pasaje de The Harvest of Sorrow:

[...] los representantes rusos de la ayuda humanitaria que no eran comunistas fueron detenidos en otoño de 1921 (mientras Gorki estaba fuera del país). Gracias a la intervención personal de [Herbert] Hoover, se les conmutó la pena de muerte.

(VIII)

Por decirlo claramente: Lenin legó a sus sucesores un Estado policíaco que marchaba a toda máquina. La independencia de la prensa desapareció a los pocos días del golpe de Estado de octubre. El código penal se revisó en noviembrediciembre (y ya tenemos la dúctil y maleable categoría de «enemigo del pueblo»: «Todos los individuos sospechosos [sic] de sabotaje, especulación y oportunismo podrán ser detenidos inmediatamente»). Los embargos de provisiones comenzaron en noviembre. La Checa (policía política) estuvo lista en diciembre. Se abrieron campos de concentración a principios de 1918 (y empezaron a utilizarse los hospitales psiquiátricos como centros de reclusión). Luego llegó el terror sin rodeos: las ejecuciones por cupos; la «responsabilidad colectiva», por la que la familia e incluso los vecinos de los enemigos del pueblo, o presuntos enemigos del pueblo, se tomaban como rehenes; y el exterminio, no sólo de los adversarios políticos, sino también de grupos sociales y étnicos, por ejemplo los kulaki, que eran los agricultores acomodados, y los cosacos (la «descosaquización»). Las diferencias entre el régimen de Lenin y el de Stalin fueron cuantitativas, no cualitativas. La única novedad original de

Stalin fue el descubrimiento de otro estrato social al que había que purgar: los bolcheviques.

(IX)

A diferencia de Stalin, Lenin podría alegar atenuantes, aunque, a semejanza de Stalin, no los habría alegado.[11] En marzo de 1887 detuvieron al hermano mayor de Lenin, Aleksandr, por conspirar para matar a su tocayo, el zar Alejandro III; una petición de clemencia habría reducido la sentencia a trabajos forzosos, pero Aleksandr estaba poseído por el valor de la juventud y lo ahorcaron dos meses más tarde. Tenía veintiún años. Vladímir Ilich tenía diecisiete. Y el padre de ambos había fallecido el año anterior. Las consecuencias de estos sucesos podrían ser infinitas. Yo creo que las facultades morales de Lenin dejaron de evolucionar desde entonces. De aquí sus pataletas con palabras soeces, su amoralidad premeditada, su coqueto nihilismo, su reacción realmente infantil ante la violencia: su infantilismo de pesadilla. Qué terrible resulta leer el veredicto del historiador australiano Manning Clark, para quien Lenin era «semejante a Cristo, al menos por su piedad» y «tan animado y encantador como un niño».

(X)

El problema de Lenin era que creía que se podían conseguir cosas mediante la coerción, el terror y el asesinato. «Dictadura –y apréndase esto de una vez para siempre– significa poder ilimitado basado en la fuerza, no en la ley» (enero de 1918). «Es una gran equivocación creer que la NEP pondrá fin al terror. Volveremos al terror y al terror económico» (marzo de 1922). Y así sucesivamente; hay docenas de declaraciones parecidas. Lenin, durante su primer día de mandato, prefirió no enterarse cuando el Segundo Congreso de los Sóviets abolió la pena de muerte.[12] «Bobadas –decía Lenin–: ¿cómo se puede hacer una revolución sin ejecuciones?» Pensar de otro modo era «debilidad intolerable», «ilusión pacifista», etc. Hacía falta la pena capital o no sería una revolución «de verdad», como la francesa (pero no como la inglesa, la de Estados Unidos ni, desde luego, la rusa de febrero de 1917). Lenin quería ejecuciones; tenía el corazón puesto en las ejecuciones. Y las tuvo. Se ha

sugerido la posibilidad de que en el período 1917-1924 muriera más gente a manos de la policía política que en todos los frentes de la guerra civil.†

Dicho escuetamente: con Lenin, el «valor de la vida humana se vino abajo», en palabras de Alain Brossat. Y así quedó zanjado el asunto durante treinta y cinco años.

Vassili Grossman:

«Todo lo inhumano carece de sentido y de valor». [...] En medio del triunfo absoluto de la inhumanidad se ha puesto de manifiesto que todo lo que se consigue mediante la violencia carece de sentido y de valor, que no tiene ningún futuro y que desaparecerá sin dejar rastro.

¿QUIÉN A QUIÉN?

¿Quién describe aquí a quién?

En el transcurso de aquellos cinco días de febrero en que se libraba la lucha revolucionaria en las frías calles de la capital revoloteó ante nosotros varias veces, como una sombra, la figura de un liberal de noble familia, el hijo de un ex ministro del zar, •••••••, casi un símbolo por su autosatisfecha corrección y su seco egotismo [...] Pasó a ser entonces administrador general del gobierno provisional [...] Durante su destierro berlinés, en el que por fin lo mató una bala perdida que disparó un guardia blanco, dejó unas memorias sobre el gobierno provisional que no carecen de interés. Concedámosle ese mérito.

El a quién es Vladimir Nabokov (el padre) y el quién es León Trotski, Historia de la revolución rusa (1932, escrita en el exilio). Qué claramente sanguinaria es la frase «por fin lo mató...». Porque Trotski incluía a Nabokov entre aquellos a

quienes quería muertos, y alguien «por fin» lo mató. Trotski no estaba acostumbrado a esperar tanto. Es tan culpable como Lenin de los cargos básicos, pero de manera típica presentaba su causa con más entusiasmo revolucionario: «Tenemos que poner fin de una vez para siempre a las paparruchas cuáquero-papistas sobre la santidad de la vida humana.» Una ruptura importante. Trotski no carecía de talento literario, de capacidad para expresarse literariamente. Pero Edmund Wilson roza el ridículo en Hacia la estación de Finlandia (1940) cuando dice que la producción de Trotski forma «parte de nuestro acervo literario». La Historia de Trotski es un valioso documento histórico, pero no tiene valor como historia, como historiografía, como escrito; la verdad, como todos los demás valores humanos, se puede aplazar indefinidamente. Al cabo de un rato el lector se siente físicamente oprimido por la insinceridad de su prosa. De todos modos, las últimas páginas del libro, pese a toda su complacencia ciclópea y desordenada –histórico-universal, cómo no–, resultan totalmente irónicas cuando se piensa en la suerte que corrió el autor. La versión inglesa de la Historia tiene tres volúmenes y estas citas proceden de las páginas 1258-1259:

Los enemigos se sienten contentos porque quince años después de la revolución el país soviético sigue siendo poco más que un pequeño reino de bienestar general [...] El capitalismo necesitó cien años para llevar la ciencia y la técnica al punto más alto y hundir a la humanidad en el infierno de la guerra y la crisis. Los enemigos del socialismo sólo conceden a éste quince años para crear e implementar un paraíso en la tierra [...]

El lenguaje de las naciones civilizadas ha delimitado dos épocas del desarrollo de Rusia. Donde la cultura aristocrática introdujo en la jerga internacional barbarismos como zar, pogromo y knut, Octubre ha internacionalizado palabras como bolchevique, sóviet y piatiletka. Esto sólo ya justifica la revolución proletaria, en el caso de que necesite justificación.

FIN

Lo cual hace que nos preguntemos si piatiletka será la traducción rusa de «ejecución sumaria», o de «campo de trabajo».[13] «Quince años después de la

revolución»: 1932. Stalin, enemigo y al final asesino de Trotski, estaba inamoviblemente instalado y se estaba matando de hambre de manera sistemática a 6 millones de personas. Ucrania, en palabras de Conquest, se estaba convirtiendo en «un gigantesco Belsen».

Vladimir Nabokov (el hijo) conoció a Edmund Wilson en 1940, poco después de la publicación de Hacia la estación de Finlandia; y se hicieron tan amigos que escribieron una imaginativa correspondencia: Dear Bunny, Dear Volodia: The Nabokov-Wilson Letters 1940-1971. Como dice en la introducción Simon Karlinsky, editor del volumen, Wilson hizo al principio de «agente literario no remunerado» de Nabokov. Este espontáneo regalo energético fue recibido con desesperada gratitud por Nabokov, que seguiría trabajando mucho y ganando poco hasta Lolita (1955). Acababa de huir de Francia, que estaba cayendo ante los alemanes, con su esposa Vera, que era judía, y con su hijo Dmitri. Acto seguido, retrocediendo en el tiempo, el Berlín de Weimar y Hitler, donde Nabokov incorporó a una novela (La dádiva, 1937-1938) una biografía erudita pero también brillantemente impresionista de Nikolái Chernichevski, cuyo manual revolucionario fue el espejo en que se miró Lenin.[14] Luego, retrocediendo más aún, la huida de la Rusia revolucionaria. Intimidados quizá por las críticas nabokovianas al arte y las «ideas», olvidamos el aspecto político que hay en él y en su ficción. Escribió dos novela sobre Estados totalitarios (Barra siniestra e Invitado a una decapitación); eran imaginarios, pero los Estados totalitarios que Nabokov había conocido eran auténticos: el de Lenin y el de Hitler. Y, como señalaba Trotski con alegría, en Berlín mataron a Vladimir Nabokov (el padre) en 1922, cuando Vladimir Nabokov (el hijo: en Habla, memoria dice que los autores del atentado fueron «dos fascistas rusos») iba a cumplir veintitrés años; aquella noche –«Padre ya no existe»fue el momento crucial de su vida. De modo que sí, hubo una actitud política. Y a esto, entre otras cosas, se debe que Nabokov, en toda su ficción, escriba con incomparable perspicacia del engaño y la coacción, de la crueldad y la mentira. Incluso Lolita, sobre todo Lolita, es el análisis de una tiranía.

Wilson y Nabokov se pelearon. Su primer desacuerdo de larga duración fue por la revolución rusa. El segundo tuvo que ver con la prosodia rusa, y fue esto, pintoresca pero comprensiblemente, esto y las frías palabras de Wilson acerca de Lolita, lo que finiquitó su amistad. A mi pesaroso modo de ver, Bunny (el apodo que Volodia no tardaría en emplear) empezó a pelearse con su amigo más o menos cuando la fama de Nabokov estaba eclipsando la suya. La amistad se fue a pique en 1966, cuando Wilson publicó una crítica hostil (e ignorante) de la

traducción nabokoviana de Eugenio Oneguín, y exhaló el último suspiro, tensa y educadamente, cinco años después.

Wilson, en Hacia la estación de Finlandia, había pintado un retrato romántico de Lenin: Lenin el poeta soldado, el hombre silencioso con un destino, con una pizca de la gracia instintiva del buen salvaje: Lenin, el sabio salvaje. Cuando se reeditó el libro, en 1971, Wilson le cambió la introducción:

Se me ha acusado también de hacer un retrato demasiado agradable de Lenin, y creo que existe cierta justicia en esta acusación [...] se comprende la poca paciencia de Lenin con el carácter contemporizador y polémico de los rusos, pero a nadie puede sorprender que fuese un hombre agresivo y no tan amable como quizá lo he expuesto.

No obstante, a Lenin se le sigue juzgando como si fuera un ente social o corporativo. En cuanto a Trotski, «No he encontrado nada que me obligue a hacer rectificaciones», dice Wilson, que ha leído la (muy mitificadora) biografía de Isaac Deutscher. Así, entre muchas otras frases, se mantiene ésta: «Trotski es para nosotros un héroe de la fe en la Razón.»

Wilson no se dejó engañar mucho tiempo por Stalin, pero nunca fue capaz de renunciar a la pureza esencial de Octubre. Así que representó su papel en la gran humillación de los intelectuales. Para explicar esta humillación se suelen aducir ciertos condicionantes históricos, que son: la herida generacional de la Primera Guerra Mundial (una guerra triunfalmente calificada de «imperialista» y por lo tanto de capitalista), la depresión económica de 1929-1934, el ascenso del fascismo y luego del nazismo (y su confluencia en la guerra civil española) y, más tarde, el peso moral de las bajas rusas en la Segunda Guerra Mundial. Pero el hecho es que, a pesar de «la creciente cantidad de pruebas insoslayables» en sentido contrario (como ya señaló mi padre por escrito a mediados de los años cincuenta), siguió presentándose a la URSS como un país básicamente progresista y bienintencionado; y el malentendido prosiguió hasta mediados de los años setenta. ¿Por qué? Con la perspectiva que proporciona la distancia se diría que hubo una especie de epidemia de desinterés selectivo, un juego psicológico que comenzó como autohipnosis y prosiguió como histeria colectiva.

Y aunque la aberración tenía una importante utilidad política para Moscú, todavía tendemos a considerarla un fenómeno anómalo y turbador pero secundario en comparación con los principales acontecimientos. Esperemos que se encuentre una conexión más estructural.

Wilson viajó a la URSS en 1935 y escribió sobre esta experiencia en Travels in Two Democracies (1956), que, como ha señalado el profesor Karlinsky,

es una conmovedora mezcla de ingenuas expectativas personales y crudas realidades que justifica lo mejor que puede [...] A diferencia de otros visitantes occidentales, como G. B. Shaw, que estuvo en la URSS en el período más duro del hambre de la poscolectivización y al regresar dijo que los ciudadanos soviéticos eran las personas mejor alimentadas de Europa, Wilson captó suficientes realidades soviéticas para comprender que aquello no era la utopía libre e idealista, gobernada por obreros y campesinos, que había esperado encontrar.

Ahora bien: pensemos en esta utopía, en la utopía plenamente realizada que Wilson esperaba encontrar. Diez segundos de sobria meditación bastarán para convencernos definitivamente de que un lugar así no es el paraíso, sino una especie de infierno; de que un lugar así es ajeno a nosotros; de que un lugar así no es humano. Las «aldeas Potemkín» que se improvisaban de vez en cuando para engañar a los VIP extranjeros, con fachadas de la abundancia transportadas desde las ciudades en camiones, con agentes de la policía política disfrazados de agricultores y pastoras, y con árboles importados y metidos en hoyos ya preparados en los arcenes: este decorado ilustra muy bien la utopía, cualquier utopía, porque es una farsa, porque es un simulacro.

Wilson se fue a la tumba con sus ilusiones (1972). Me gustaría citar unos pasajes de la extraordinaria carta que le escribió Nabokov el 23 de febrero de 1948: 1948. En las primeras frases entrevemos a Nabokov subiéndose las mangas y percibimos el pequeño paso que da su prosa hacia su mejor estilo:

Apreciado Bunny:

Comparas ingenuamente mi actitud (mía y de «los viejos liberales») ante el régimen soviético (en sentido general) con la del «fracasado y humillado» sudista americano ante el «malvado» Norte. Muy poco nos conoces, a mí y a los «liberales rusos», si no te das cuenta del desenfado y el desprecio con que miro a los emigrados rusos cuyo «odio» a los bolcheviques se debe a su hundimiento económico o a su dégringolade de clase. Es ridículo (aunque totalmente coherente con la literatura soviética sobre el tema) suponer que hay un interés material en el fondo del rechazo del régimen soviético por parte de los liberales (o de los demócratas, o de los socialistas).

A pesar de la palpable subida de tono, Nabokov se muestra aquí contenido. Porque es evidente que Wilson ha incurrido en una grave ofensa contra su amigo y contra su amistad. Nabokov tiene en cuenta que, por no entender la realidad bolchevique, Wilson tampoco se entera de la ofensa.

Con fuerza amenazadoramente creciente, prosigue la carta. Nabokov recuerda o explica a Wilson que la oposición al bolchevismo era y es plural. Acto seguido hay una aclaración relativamente maliciosa («secundaria pero importantísima») sobre la composición exacta de la intelligentsia (eran inequívocamente profesionales: «la verdad es que un típico intelligent ruso miraría con malos ojos a un poeta vanguardista»); Nabokov enumera sus valores y virtudes (aquí percibimos el poderoso ejemplo de VN padre) y añade con contundencia:

Pero, evidentemente, no es de esperar que sepan esto quienes leen a Trotski para informarse sobre la cultura rusa. Yo también tengo la impresión de que la idea general de que la literatura y el arte vanguardistas conocieron un gran momento con Lenin y Trotski se debe sobre todo a las películas de Eisenstadt [Eisenstein], la técnica del montaje, cosas por el estilo, y gruesas gotas de sudor corriendo por rudas mejillas. Que los futuristas prerrevolucionarios se unieran al Partido ha contribuido también a crear la atmósfera vanguardista (totalmente falsa) que el intelectual de Estados Unidos asocia con la revolución bolchevique.

Nabokov da comienzo a otro párrafo. Cuanto más leo esta carta, más me impresiona. Me gusta su ritmo uniforme, por ejemplo cuando reivindica el valor

de la amistad: «No quisiera personalizar, pero así me explico tu actitud [...]» Sigue un análisis perspicaz, generoso y casi universal (al que espero añadir algo) de las condiciones que facilitan una discordancia cognitiva tan señalada. En 1917, Wilson tenía veintidós años; el «experimento» ruso –lejano y en general confuso– sintonizaba con su vehemencia natural.

Tu idea de la Rusia presoviética pasó por un prisma pro soviético. Cuando, más tarde (es decir, en un período coincidente con el ascenso de Stalin), una mejor información, la maduración del criterio y el peso de hechos innegables matizaron tu entusiasmo y frenaron tu simpatía, no te molestaste en revisar tus prejuicios sobre la antigua Rusia, mientras que el reinado de Lenin siguió teniendo el resplandor emocional que le habían puesto tu optimismo, tu idealismo y tu juventud [...] El trueno de las purgas administrativas [1937-1938] te despertó (cosa que no habían conseguido los gemidos de Solovki o de la Lubianka), porque afectaban a hombres en cuyo hombro se había posado la mano de San Lenin.

Solovki: cuna del gulag (y fundada durante el gobierno de Lenin). La Lubianka era la dirección general de la Checa en Moscú; sus fechas son 1918-1991.

«Voy a decirte ahora unas cuantas cosas –dice Nabokov para terminar– que creo que son ciertas y que no creo que puedas refutar.» La carta se cierra con dos broches. Antes de 1917:

Con los zares (a pesar del carácter bárbaro e ineficaz de su régimen), un ruso amante de la libertad tenía muchísimas más posibilidades y medios de expresarse que durante el gobierno de Lenin y Stalin. Estaba protegido por la ley. Había en Rusia jueces valientes e independientes. El sud [sistema jurídico] ruso era una magnífica institución después de las reformas de Alejandro, y no sólo sobre el papel. Legal o ilegalmente, florecieron periódicos de diversas tendencias y partidos políticos de todas las clases posibles, y todos los partidos tenían representación en la Duma. La opinión pública fue siempre liberal y progresista.

Después de 1917:

Con los sóviets, y desde el principio, la única protección que podía esperar un disidente dependía de los caprichos gubernamentales, no de las leyes. No podía existir ningún partido, exceptuando el que estaba en el poder. Vuestros Alimov [Serguéi Alimov, un poetastro de escaparate] son fantoches que corretean detrás de un turista extranjero. El burocratismo, descendiente directo de la disciplina de partido, se impuso inmediatamente. La opinión pública se desintegró. La intelligentsia dejó de existir. Todos los cambios que ha habido entre noviembre [de 1917] y la actualidad han sido cambios en la fachada que oculta a medias un negro e inmutable abismo de opresión y terror.

A menudo se ha llamado «intelectuales» a los dirigentes bolcheviques (y se ha dicho con frecuencia que Stalin era «el único no intelectual»). Supongo que se les podría considerar intelectuales del ala radical, en el sentido de que tenían ciertos conocimientos de historia y economía política, pero de nada más. Sin embargo, como Nabokov ha explicado más arriba, un intelectual ruso es un profesional; y fueron muy pocos los bolcheviques de la vieja guardia que buscaron alguna vez un empleo útil (aunque Lenin, en fecha temprana, perdió dos casos como abogado). También hemos visto que la vanguardia revolucionaria adquirió una aversión exagerada a los intelectuales, que, según Lenin, eran «mierda». Y en 1922 Lenin se dedicó de lleno a la actividad que Solzhenitsyn, haciendo una metáfora del gulag, llama «tratamiento de aguas residuales». Unos fueron ejecutados o confinados, y docenas de miles fueron deportados. Para los comentaristas norteamericanos «sólo éramos –dice Nabokov– generales sin honor, magnates del petróleo y señoras demacradas con impertinentes», pero los emigrados eran en términos generales la intelligentsia. Eran la sociedad civil.

Los revolucionarios eran profesionales en otro sentido: reconocida y catastróficamente, eran «revolucionarios profesionales», tal como Chernichevski les había incitado a ser, «revolucionarios a tiempo completo», con chaqueta de cuero, revólver, guaridas, lugares de encuentro, escisiones, conspiraciones, contraseñas, barbas postizas y alias.[15] Espiados, seguidos, vigilados, amenazados, parados, cacheados, infiltrados, provocados, detenidos, encerrados,

interrogados, juzgados, condenados: cuando, en el curso de una sola tarde, estos clandestinos se vieron en las cumbres todopoderosas, sólo restaba ya el quién-a-quién, según la famosa pregunta de Lenin. ¿Quién vencerá a quién? ¿Quién destruirá a quién?

La «Vida de Chernichevski», que abarca unas cien páginas de La dádiva, es seria (y cómica) y erudita, y se basa en abundantes lecturas. Y el infeliz de Nikolái Gavrílovich se nos aparece como un grotesco personaje de Gógol (obsesionado por enciclopedias y máquinas de movimiento perpetuo), un cornudo ridículo y un antitalento literario (que, con su estilo «torturante y circunstancial», era «una persona absurdamente ajena a la creación artística»). El pasaje que sigue es aplicable a muchas cosas, si pensamos que Chernichevski es el espíritu tutelar, el gafe o el genio del bolchevismo y de su sueño transformador:

En las descripciones de sus absurdos experimentos y en sus comentarios a los mismos, en esta mezcla de ignorancia y raciocinio, se puede detectar ya ese defecto apenas perceptible que más tarde se manifestó como un aire de curanderismo [...] Era tal la suerte de Chernichevski que todo se volvía contra él: tocara lo que tocase, acababa resultando –insidiosamente, y con el fatalismo más ofensivo– lo contrario de lo que se había propuesto [...] Todo lo que toca se hace pedazos. Entristece leer en sus diarios a qué aparatos trata de dar uso –barras de romana, cebos, corchos, palanganas–, y nada gira, y si gira, en virtud de leyes ingratas, gira en dirección contraria a la que quiere: un motor perpetuo que va al revés; en fin, una pesadilla absoluta, la abstracción que acaba con todas las abstracciones, el infinito con signo menos, y con un jarro roto por añadidura [...] es sorprendente que todo lo amargo y heroico que fabricó la vida para Chernichevski estuviera invariablemente acompañado por un sabor a farsa de mal gusto.

Pero ahora somos libres, ¿no?, libres del quién-a-quién. Edmund Wilson, a su cachazuda manera, podía haber esperado que Nabokov albergara algún resentimiento contra el responsable de su despojo y desarraigo. Y no es así. Nabokov escribe de Chernichevski con compasión y respeto, con amor artístico. Y me temo que esto es lo máximo a que podemos llegar con la utopía y el paraíso en la tierra. Sólo en el arte yacerá el león con el cordero y crecerá la rosa

sin espinas.

INSEGUROS: MÁS ANTECEDENTES

Considerando que Trotskí

no practicaba el esquí,

fue una pasada picarle el cerebelo

con un punzón para el hielo.

Siempre se podía bromear al respecto. Lo que antecede es lo que presentó Robin Ravensbourne en un certamen de epigramas organizado por New Statesman (otro destacado ganador fue «Karl Marx vio necesario / dar a cada funcionario / una dialéctica razón / para cometer traición», de Basil Ransome). Un mes después se celebró un certamen de fin de semana en el que había que inventar instituciones cuyos nombres formaran acrónimos humorísticos y relacionados con ellas, por ejemplo: Bar con Un Reservado para Damiselas Echadas Longitudinalmente. Robert Conquest se llevó el primer premio por Liga Autorizada para Mejorar el Estado de Cosas con Un Largo Ósculo in Situ, y por Sanatorio para Infelices con Fuego Interior y Lesiones de Imposible Solución, entre otras flores. (También me gustó el posmoderno Hermandad de Estampadores de Rotativos y Revistas de Alta Tipografía Artística, del señor Ransome.) Pero mi padre se llevó la palma con éste: Instituto New Statesman de Escritores que Garantizan la Utopía Rusa del Orden Socialista. Y una vez al mes, aproximadamente, se presentaba en los despachos de arriba otra conexión: nuestro crítico de ballet, Oleg Kerenski, sobrino de Alejandro Kerenski, el «bufón, embaucador y papanatas», como un contemporáneo lo describió con no poca propiedad, que presidió el gobierno provisional de 1917. Una subida de diez puntos en el cociente intelectual de Kerenski habría salvado a Rusia de Lenin; y una subida equivalente en el del zar Nicolás II posiblemente habría salvado a Rusia de Kerenski. Pero estamos en 1975 y Kerenski ha muerto hace poco, en Nueva York. Y su sobrino, Oleg (un homosexual típico: cordial, amable

y apasionado por las artes), asoma la nariz una vez al mes con su columna sobre ballet.

Inseguros. Cuando bromeamos sobre algo damos a entender que nos sentimos seguros al respecto. Y siempre se podía bromear sobre la URSS. Christopher Hitchens bromeaba sobre la URSS. Por ejemplo... Dos camaradas comentan el inexplicable fracaso de un bar de lujo, de estilo occidental y dirigido por el Estado, que se ha inaugurado recientemente en Moscú. El lugar se está hundiendo, a pesar de que tiene todos los incentivos: música rock, juegos de luces, camareras ligeras de ropa. ¿Por qué? ¿Será por la decoración? No, imposible que sea por la decoración: se ha importado de Milán, y a un precio exorbitante. ¿Será por las bebidas? No, imposible que sea por las bebidas: el alcohol es del mejor y los camareros de la barra son todos del Savoy de Londres. ¿Será por las camareras, por los sujetadores sin tirantes, por los sujetadores sin copa, por los tangas y las minibragas? No, imposible que sea por las camareras («Las tías no», recuerdo que dijo Christopher). Imposible que sea por las camareras: todas han sido leales militantes del Partido por lo menos durante cuarenta y cinco años.

Es un chiste con una gracia limitada (a las mujeres no suele gustarles), pero apunta a uno de los proyectos más ambiciosos de los bolcheviques. Querían destruir al campesinado; querían destruir a la Iglesia; querían destruir toda oposición y disidencia. Y además querían (como dijo Conquest hablando de Stalin) «destruir la verdad».

A veces, en nuestras espontáneas discusiones de oficina, vi en los ojos de Christopher que se daba cuenta de aquello. Podía bromear al respecto. Pero no estaba seguro. ¿Y cómo podía estarlo?

–¿Qué me dices del hambre? –le pregunté en cierta ocasión.

–No había hambre –dijo, sonriendo ligeramente y bajando la mirada–. Puede que hubiera escaseces ocasionales...

Él sabía que no era verdad. Pero la verdad, como muchas otras cosas, podía aplazarse; había cosas más urgentes en aquel momento.[16] Aunque siempre me gustó el periodismo de Christopher, me parecía que en él había algo que fallaba, algo ligeramente contraproducente que lo impregnaba todo: la impresión de que la verdad podía aplazarse. Este defecto desapareció en 1989 y su prosa ganó

muchísimo en lustre y autoridad. En general he atribuido este cambio a la muerte del padre de Christopher, a fines de 1988, y a las posteriores convulsiones que hubo en su vida. Pero no tuvo nada que ver con eso, o tuvo que ver poco, ahora me doy cuenta. Tuvo que ver con la caída del comunismo. La verdad se había convertido por fin en un tema urgente.

Seguiremos bromeando al respecto, porque en el bolchevismo hay algo dolorosa e ineludiblemente cómico. Se hizo palpable cuando el experimento ruso entró en la fase de decadencia: la vanidad y cleptomanía altoburguesa de Breznev, la desdichada figura de Chernenko (un antiguo conserje, apenas con fuerzas para nombrarse a sí mismo Héroe de los Trabajadores Socialistas). Estos dos hombres, más Andrópov (el intelectual del KGB), al que respaldaron, fueron responsables del sufrimiento de muchos millones de personas. El país vivía con unos niveles africanos de pobreza, desnutrición, enfermedad y mortalidad infantil. (Y en Afganistán, mientras tanto, se estaba diezmando a la población; en realidad, casi reduciendo a la mitad.)[17]

Los únicos mensajes que los rusos recibieron de labios de sus dirigentes durante todo este período fue una letanía de autofelicitaciones. Y la verdad, que ya no era aplazable por los medios bolcheviques habituales (la violencia), se tronchaba de risa ante lo que veía. Decía Napoleón que el poder nunca da risa (y es de suponer que el poder despótico es doblemente serio); pero el bolchevismo, en esta etapa, daba risa. La glasnost, un eufemismo por «no mentir», hizo reír tanto que los bolcheviques tuvieron que salir del escenario. Los poetas habían hablado de la fuerza inhumana de la mentira, aunque hay una antítesis de esto: la fuerza humana de la verdad. Ya no se podía imponer la mentira y el régimen cayó. Los dirigentes habían madurado demasiado y eran ya incapaces de recurrir a la crueldad necesaria, la crueldad de Lenin y Stalin, cuya dureza, más que medieval, era prehistórica.

En Lenin's Tomb, David Remnick entra de lleno en la sórdida comedia de la desintegración bolchevique:

La exposición de Triunfos Económicos, una especie de gigantesco Epcot Center estalinista, próximo a la torre de televisión de Moscú, llevaba años exhibiendo las hazañas soviéticas conseguidas en las ciencias, la ingeniería y el espacio, en amplias salas neohelenísticas. La gigantesca escultura de Vera Mujina El obrero

y la campesina (pechos y bíceps prominentes, ojos saltones) dominaba la entrada, dando a los ciudadanos la sensación de que ahora formaban parte de una raza de musculosos proletarios gracias a la ingeniería social y genética. Pero a raíz de la glasnost, los directores se volvieron humildes y organizaron una exposición asombrosamente sincera: «La exposición de artículos de mala calidad».

Una larga cola de soviéticos avanzaba con solemnidad entre un desconcertante muestrario de fracasos: lechugas podridas, zapatos rotos, samovares oxidados, cazuelas desportilladas, pelotas de bádminton deshechas, latas de pescado aplastadas, y la principal atracción, una botella de agua mineral con un pequeño ratón muerto en el interior. Todos los artículos se habían comprado en almacenes del barrio.

Hay algo horriblemente cómico en lo que dice Remnick sobre que «la causa principal de los incendios domésticos en la Unión Soviética era los aparatos de televisión que explotaban espontáneamente». Pero los hechos son dramáticos. Como señaló el economista Anatoly Deryabin en el periódico oficial Molodoi Kommunist: «Sólo el 2,3 por ciento de las familias soviéticas pueden llamarse ricas y alrededor del 0,7 por ciento de este grupo ha obtenido sus ingresos legalmente [...] Alrededor del 11,2 por ciento se pueden considerar clase media o clase acomodada. El resto, el 86,5 por ciento, son lisa y llanamente pobres. Hacia el final del capítulo («Los pobres»), Remnick visita un poblado fantasma de la Colectivización que se aplicó en la región de Volgoda; antaño fue una comunidad próspera y hoy «poco más que un puñado de chozas destartaladas, un cementerio y surcos en el barro». Una anciana le dijo: «Las granjas colectivas son un desastre. Ya no queda nada. Todo se ha perdido.» Y un vecino añade:

En teoría, después de la Colectivización éramos una gran familia. Pero todos criticaban a todos, todos sospechaban de todos. Y mírenos ahora, una ruina apestosa. Ahora cada cual barre para su casa [...] Qué risa. Una risa tremenda.

Puede que V. S. Pritchett se cruzara con Oleg Kerenski en las escaleras de New Statesman, a fines de 1975, cuando fue a entregar su crítica del segundo

volumen de Archipiélago Gulag. Las carcajadas habrían tenido que detenerse por entonces. ¿Por qué no fue así?

EL HUNDIMIENTO DEL VALOR DE LA VIDA HUMANA EN LA PRÁCTICA, 1[18]

Sir C. Eliot a Earl Curzon. (Recibido el 23 de febrero.)

(Telegráfico.) Vladivostok, 22 de febrero de 1919

«Sigue informe de 71 víctimas bolcheviques [quiere decir víctimas de los bolcheviques], recibido del Consulado de Ekaterinburgo, con fecha de 19 de febrero:

»“N.os 1 a 18 ciudadanos de Ekaterinburgo (conozco personalmente a los tres primeros) fueron encarcelados sin que se formulara contra ellos ninguna acusación y a las cuatro de la madrugada del 29 de junio fueron conducidos (con otro, sumando 19 en total) al vertedero municipal de Ekaterinburgo, que está casi a un kilómetro de Ekaterinburgo, donde se les ordenó ponerse en hilera, a lo largo de una zanja recién cavada. Cuarenta hombres armados, se cree que milicianos comunistas, con aspecto de tener pocas luces, abrieron fuego y mataron a 18. El 19.o, el señor Chistorserdov, escapó milagrosamente aprovechando la confusión general. Junto con otros cónsules destinados en Ekaterinburgo, protesté ante los bolcheviques por aquella barbaridad y los bolcheviques respondieron aconsejándonos que nos ocupáramos de nuestros asuntos, alegando que habían fusilado a aquellas personas para vengar la muerte del camarada Malishev, muerto en el campo de batalla, frente a los checos.

»”N.os 19 y 20 son 2 de un grupo de doce trabajadores detenidos por negarse a apoyar al gobierno bolchevique, y el 12 de julio arrojados vivos en un hoyo en que se depositan residuos calientes de las fábricas de Verhisetski, en los alrededores de Ekaterinburgo. Los cadáveres los identificaron sus compañeros.

»”N.os 21 a 26 se tomaron como rehenes y fueron fusilados en Kamishlof el 20 de julio.

»”N.os 27 a 33, acusados de conspirar contra el gobierno bolchevique, detenidos el 16 de diciembre en Troitsk, aldea del gobierno de Perm. Conducidos el 17 de diciembre a la estación de Silva, ferrocarril de Perm, y todos decapitados con sable. Las pruebas indican que les habían cortado el cuello a medias por detrás, la cabeza del N.o 29 colgaba de un fragmento de piel.

»”N.os 34 a 36, sacados con otros 8 desde julio de un campo donde trabajaban cavando trincheras para los bolcheviques y que se descubrió en los alrededores de Oufalay, a unas 80 verstas de Ekaterinburgo, fueron asesinados por guardias rojos con fusiles y bayonetas.

»”N.os 37 a 58, retenidos en cárcel de Irbit como rehenes y el 26 de julio asesinados a tiros y rematados con bayoneta. Fueron fusilados en pequeños grupos, la matanza la organizaron marineros y la llevaron a cabo letones, todos borrachos. Los bolcheviques ocultaron el crimen y cobraron a los familiares de las víctimas el dinero del rescate.

»”N.o 59 fue fusilado en Klevenkinski, aldea del distrito de Verhotury, el 6 de agosto, tras ser acusado de agitador antibolchevique.

»”N.o 60, tras obligársele a cavar su propia tumba, fue fusilado por bolcheviques en Mercoushinski, aldea del distrito de Verhotury, el 13 de julio.

»”N.o 61 asesinado a mediados de julio en fábrica de Kamenski por permitir que doblaran las campanas de la iglesia, contraviniendo órdenes bolcheviques, cadáver encontrado después con otros en fosa, con la cabeza a medio cortar.

»”N.o 62 detenido sin acusación, 8 de julio, en Ooetski, aldea del distrito de Kamishlov. Cadáver hallado posteriormente tapado con paja y estiércol, barba arrancada de cuajo con carne, palmas desolladas y frente con cortes.

»”N.o 63 fue muerto después de largas torturas (no hay detalles) en estación de Antracyt.

»”N.o 67 asesinado, 13 de agosto, cerca de aldea llamada Mironoffski.

»”N.o 68 fusilado por bolcheviques delante de su iglesia en Korouffski, aldea del distrito de Kamishlov, delante de sus paisanos, de sus hijas y su hijo, fecha no establecida.

»”N.os 69 a 71, muertos en fábrica de Kaslingski, cercanías de Kishtin, el 4 de junio, con otros 27 civiles. N.o 70 tenía la cabeza abierta, el cerebro al descubierto. N.o 71 tenía la cabeza aplastada, brazos y piernas rotos, y dos heridas de bayoneta.

»”Las fechas de este telegrama son de 1918.”»

Sir C. Eliot a Earl Curzon. (Recibido el 25 de febrero.)

(Telegráfico.) Vladivostok, 24 de febrero de 1919

«Sobre mi telegrama de 22 de febrero.

»Prosigue el cónsul de Ekaterinburgo:

»“N.os 72 a 103 examinados, 32 civiles encarcelados y llevados por bolcheviques con otros 19 en fechas diversas entre 9 de julio, 7 de agosto, 27 de julio, los 51 declarados proscritos previamente. Inspección médica oficial de 52 cadáveres (de los cuales 32 examinados, N.os 72 a 103 no identificados) encontró varios agujeros: en 3 de Kamishlof se vio que habían sido muertos a golpes de bayoneta, de sable y a balazos. Siguientes casos son típicos: N.o 76 tenía veinte bayonetazos ligeros en la espalda; N.o 78 tenía 15 bayonetazos en la espalda, 3 en el pecho; N.o 80, bayonetazos en la espalda, mandíbula y cráneo partidos; N.o 84, cara machacada y un hachazo en la muñeca; N.o 89 con bayonetazos y 2 dedos cortados; N.o 90, las dos manos cortadas por la muñeca, hachazo en mandíbula superior, boca rajada por ambos extremos, bayonetazos en los hombros; N.o 98, meñique izquierdo y todos los dedos de la mano derecha menos el pulgar cortados, cabeza aplastada; N.o 99 tenía 12 bayonetazos; N.o 101 tenía 4 heridas de sable y 6 de bayoneta.

»”Estas víctimas son diferentes de los 66 niños retenidos como rehenes en Kamishlof y muertos con ametralladoras en cercanías de Ekaterinburgo a comienzos de julio, nombres no disponibles.”»

NICOLÁS EL ÚLTIMO

Carlos I de Inglaterra y Luis XVI de Francia fueron ejecutados públicamente tras ser juzgados a la vista de todos. Nicolás II fue fusilado en secreto en un sótano de provincias con su familia inmediata (y cuatro miembros de su séquito). Era una habitación pequeña y en ella había once víctimas y once verdugos. En teoría, cada uno tenía que concentrarse en una víctima, pero los verdugos dispararon muy pronto al azar. Cuando se despejó el humo de la pólvora, remataron a los moribundos a bayonetazos y tiros en la cabeza. Los cadáveres se trasladaron en camión a una mina de oro abandonada; antes de enterrarlos en otro lugar se les echó ácido sulfúrico en la cara, para que costase identificar a los Románov.

En la «Introducción de 1971», como hemos visto, Edmund Wilson se vio obligado a hacer concesiones en la cuestión de la amabilidad y simpatía de Lenin (son palabra suyas). Podría parecer una muestra de sadismo seguir citándolo, pero Wilson era un hombre notable y representativo, y en modo alguno el peor infractor (en la actualidad sostiene que «no tenía ni la menor sospecha de que la Unión Soviética fuera a convertirse en la tiranía más despreciable que ha conocido el mundo, y Stalin en el más cruel e insensible de los despiadados zares rusos»). Al final de la introducción, sin embargo, Wilson sigue esforzándose por justificar los malos modales de Lenin. ¿No se deberían, quizá, a la deficiente herencia que recibió de su padre? «En cuanto al propio Lenin, tuvo siempre modales bruscos y groseros, a pesar de que su madre procedía de un estrato social algo más alto [que el del padre] y a pesar de haber destacado él mismo como hombre de letras.» Wilson añade con pesar:

[...] he comprobado, sin embargo, que no era cierto, como yo había llegado a suponer –este asunto se mantuvo en el más absoluto secreto en la Unión Soviética–, que Lenin no supiera nada de la ejecución de la familia real y que no la hubiera aprobado. Trotski, y cabe suponer que también Lenin, mostraron la mayor sangre fría a este respecto.

Y reproduce a continuación, sin comentarios, una página que escribió Trotski para justificar los asesinatos. La verdad es que Wilson escribe como si el regicidio y los malos modales fueran los únicos defectos de Lenin; y es posible

que personalmente «llegara a creer» que no había otros. Un hincapié chocante. Se despejan las nubes de la ignorancia y lo que vemos es el fuego solar de las antiguas pretensiones.

Trotski tenía razón a medias cuando dijo (en otra parte) que los hijos de los Románov pagaron el precio del principio de sucesión. Esto es válido ciertamente en el caso del príncipe Alejandro, pero las cuatro hijas no eran depositarias de ese principio, ni el médico, ni el ayuda de cámara, ni la doncella, ni el cocinero, ni el perro.[19] Wilson cita un pasaje del Diario del exilio (1935) de Trotski:

La ejecución de la familia del zar fue necesaria no sólo para atemorizar, horrorizar y desalentar al enemigo, sino también para espolear a nuestras filas, para mostrarles que ya no era posible retroceder, que nos aguardaba la victoria total o la destrucción completa. Es probable que en los círculos intelectuales del Partido hubiera recelos y gestos de preocupación. Pero en las masas obreras y los soldados no hubo un solo momento de duda. No hubieran comprendido ni aceptado ninguna otra decisión. Esto lo intuyó muy bien Lenin.

Pero Trotski miente. A las masas de obreros y soldados no se les comunicó la «decisión» de ejecutar a toda la familia; por el contrario, se les dijo durante casi una década que la zarina y sus hijos estaban en «un lugar seguro».† Tampoco se anunció, para fortalecer más la moral, que la Checa había asesinado al mismo tiempo a la gran duquesa Isabel Fedórovna, al gran duque Sergio Mijaílovich, al príncipe Iván Konstantínovich, al príncipe Constantino Konstantínovich, al príncipe Ígor Konstantínovich y al conde Vladímir Paley. Este grupo fue torturado recreativamente poco antes de morir. El gran duque Sergio estaba muerto cuando llegaron, pero a los demás los echaron vivos por el pozo de la mina donde con el tiempo encontraron los cadáveres.

El asesinato de los Románov me parece infinitamente menos detestable que, por ejemplo, el asesinato de una familia cosaca igual de numerosa. El zar era culpable de crímenes auténticos (el fomento de los pogromos, por ejemplo). Su final suscitó pocos comentarios entre las masas y ninguna protesta. Los bolcheviques se dieron cuenta de que el asesinato de la zarina y sus cinco hijos era políticamente contraproducente. Fue un acto irracional, una expresión de

cólera y odio, aunque, como era de esperar, se capitalizó para afirmar el carácter implacable de los bolcheviques, que «no se detenían ante nada». Las muertes secundarias no significaron nada para el Ejército Rojo ni para el resto del Partido (para el que sólo fue un rumor). El Politburó, en cambio, vio allí un mensaje, y este mensaje decía: hay que vencer ahora, porque por fin somos dignos de lo que nos harán si nos derrotan. Los Románov fueron asesinados a mediados de julio de 1918. El régimen había perdido por entonces buena parte del apoyo que tenía antes de Octubre y reaccionaba con inseguridad histérica, esto es, con violencia. Los días 3 y 5 de septiembre se emitieron los decretos que legitimaban el Terror Rojo.

Algunos guardianes, verdugos y enterradores de los Románov hicieron declaraciones, verbales y por escrito. Un enterrador dijo que ya podía «morir en paz porque le había dado a la emperatriz un pellizco en el...».[20] Imaginémoslo y llegaremos a tener una imagen representativa de la ruda mano de Octubre. Un verdugo declaró por escrito (y lo cito por el embotamiento moral de su estilo):

Estoy al tanto de todo. Se fusiló a todos en la casa. Eso lo sé [...] Medvedev apuntó a Nicolás. Él sólo disparó a Nicolás [...] En cualquier caso, era una sentencia más que había que cumplir y la afrontamos como una faena más[21] [...] Inevitablemente, uno empieza a pensar en su importancia histórica [...] La verdad es que todo se organizó muy mal. Alejandro, por ejemplo: hubo que dispararle muchas veces hasta que murió. Era un chico fuerte.

Sí, un enemigo impresionante: tenía trece años y era hemofílico. El príncipe vivió más tiempo que Nicolás II (a quien chirriante y merecidamente se llama también Nicolás el Último). Durante esos segundos de diferencia, el muchacho fue Alejandro IV. O Alejandro el Último, aunque inmerecidamente.

EL HUNDIMIENTO DEL VALOR DE LA VIDA HUMANA EN LA PRÁCTICA, 2

Dicen que Stalin dijo: «La muerte soluciona todos los problemas. No hay hombre, no hay problema.» Después de la muerte no habría ni hombre ni problema; pero era inevitable que hubiese un cadáver.

La eliminación de cadáveres fue un drama de alcance nacional durante todo el período del bolchevismo duro, que terminó en 1953. En diciembre de 1918, cuando el régimen, en respuesta a la crisis, monopolizó la industria funeraria, había montañas de cadáveres (y manadas de perros con la panza llena) delante de los cementerios de todas las ciudades importantes, y el olor de los hospitales se percibía a varias calles de distancia; con el deshielo de primavera llegaron las epidemias de todos los años. «Morir en Rusia en estos tiempos es fácil –escribe el autor de un diario–, el entierro es lo difícil.» A raíz de la nacionalización de los camposantos, el entierro pasó a depender del soborno, un proceso surrealizado por la hiperinflación:

El entierro de Ninotchka, en noviembre de 1919, costó 30.000 [escribe el autor de otro diario]; el del tío Edward, en diciembre de 1921, 5.000.000; el de M. M., en marzo de 1922, 33.000.000.

Al régimen le gustaba la incineración. Entre otras cosas, debilitaba la autoridad de la Iglesia ortodoxa, que prescribía manifiestamente la inhumación. Además, era un procedimiento moderno, «un mundo nuevo de llamas y cenizas, industrializado y científico».[22] Después de muchos ensayos lentos y pesados, se inaguró el primer crematorio en Petrogrado, en diciembre de 1920. Apenas podía despachar 120 cadáveres al mes y en febrero de 1923 también él se quemó, al incendiarse el techo, que era de madera. Otra solución fue el enterramiento colectivo. Se cree que en las fosas de Butovo, en las cercanías de Moscú, hay 100.000 cadáveres; y se calcula que hay 200.000 en otra necrópolis de la era estalinista, en Bikovna, Ucrania.

En 1919, para asestar otro golpe a la religión, se abrieron los sepulcros de los «santos» medievales con objeto de analizarlos científicamente. Los cadáveres que según la doctrina de la Iglesia estaban incorruptos, envueltos en olor de santidad y llorando eternamente resultaron ser montones de polvo y huesos. «El culto de los muertos y de estos muñecos debe terminar», decía la orden del

Ministerio de Justicia. La medida dejó de aplicarse en enero de 1924, cuando Lenin sufrió el último ataque. Se importó de Alemania un potente refrigerador y la Comisión de la Inmortalidad trabajó sin descanso durante seis meses, vigilando con angustia la aparición de moho en la nariz y los dedos de Lenin. La ciencia declaró incorruptible el cadáver, que fue consagrado como un icono.

En Kolymá, el Auschwitz estaliniano del Ártico, se produjo un extraño descubrimiento, ya después de la guerra, gracias a la erosión natural: «Una fosa, una fosa común de presos, una fosa de piedra, abarrotada de cadáveres intactos de 1938, se deslizaba por la ladera, poniendo al descubierto el secreto de Kolymá.» Los cadáveres se trasladaron a otra fosa común con palas mecánicas. Varlam Shalamov[23] estuvo allí:

La pala recogía los cadáveres congelados, miles de cadáveres esqueléticos. Ninguna de sus partes se había descompuesto: las manos crispadas, los dedos de los pies reducidos a muñones purulentos a causa de la congelación, la reseca piel surcada de arañazos ensangrentados, los ojos inflamados por el hambre [...]

Y entonces me acordé del fuego voraz de la leña de arbusto, del vistoso florecimiento de la taiga en verano, cuando se esforzaba por ocultar entre la hierba los actos de los hombres, buenos y malos. Si yo olvido, la hierba olvidará. Pero el hielo y la piedra no olvidarán.

EL PASO AL OTRO PLANETA

Nunca sentimos más cómoda la silla, ni más cálida la habitación, ni más segura la perspectiva de la cena que cuando leemos sobre el gulag: el sufrimiento épico del gulag. Ni es más intenso nuestro amor lector por Aleksandr Solzhenitsyn (en tales momentos dan ganas de dar un abrazo a Aleksandr Isáievich). «¿Cuánto pesa la Unión Soviética?», preguntó retóricamente Stalin en cierta ocasión a un equipo de interrogadores que tenía problemas para hacer cantar a un sospechoso (Kámenev). Lo que quería decir era que ningún individuo podía enfrentarse a la masa coordinada del Estado. En febrero de 1974, la Checa moscovita entregó a Solzhenitsyn una citación. En vez de firmar el acuse de recibo, devolvió el sobre

con una declaración que comenzaba diciendo:

En las circunstancias creadas por la incensante y generalizada ilegalidad que gobierna desde hace muchos años en nuestro país [...] me niego a reconocer la legitimidad de la citación y no me presentaré para que me interrogue ningún departamento del Estado.

Durante aquel momento, la Unión Soviética y Aleksandr Solzhenitsyn pesaron aproximadamente lo mismo.

Hoy se les llama esfuerzos de imaginación. Las penúltimas navidades, cuando llegó mi madre para quedarse unos días, manifestó cierto interés por la literatura «testimonial» rusa. Le pasé un libro de bolsillo que se titulaba Man Is Wolf to Man: Surviving the Gulag. Me lo agradeció con un comentario.

–Verdad que pasaron épocas atroces –preguntó, pero sin inflexión interrogativa.

–Sí –dije–. Verdad.

–Épocas atroces –dijo.

La experiencia del gulag fue como una pesadilla que no dejara de empeorar. Fue una tortura cuyo retorcimiento parecía ideado por un dios; y cuando oímos las palabras de Job (que le susurran reiteradamente a Eugenia Semiónovna Ginzburg al oído): «Porque lo que tanto temía me ha sucedido y aquello que temía ha venido contra mí...», estamos sólo en la página 94 de El vértigo.

Pasaron épocas atroces: increíblemente atroces. Y los campos del gulag eran sólo la última y más larga parada de un trayecto increíblemente atroz. En primer lugar, la detención (casi siempre de noche).[24] Solzhenitsyn describe la química corporal del detenido fijándose en la brusca subida de la temperatura: nos quemamos, hervimos. «La detención es un empujón tremendo y repentino, una expulsión, un salto mortal entre un estado y otro [...] Esto es la detención: es [...] un golpe que traslada el presente al pasado y lo imposible a la realidad omnipotente.» En un instante así escribió un poeta: «sentimos el cansancio de toda una vida». Nos sacan pues de nuestro mundo y nos introducen..., ¿dónde

nos introducen? Hay que tener presente la advertencia general de Martin Malia: no se puede entender en un momento «la extraordinaria mezcla de dinamismo y horror que caracterizaba al experimento soviético».

A continuación el encierro y el interrogatorio: esta fase duraba normalmente unos tres meses. En el capítulo titulado «El interrogatorio», Solzhenitsyn presenta treinta y una formas de tortura física y psicológica (el uso de la primera pasó a ser oficial en 1937). La tortura del Terror Rojo era competitiva, histérica y barroca. La tortura de la época estalinista podía ser todo eso también, pero aquí, en los calabozos de las ciudades, el ambiente era burocrático y pragmático. Los interrogadores necesitaban confesiones. Y hay que entender que los acusados de delitos políticos eran casi invariablemente inocentes. Los interrogadores necesitaban confesiones porque desde arriba les habían exigido un cupo, esa piedra angular de la metodología bolchevique. El aparato estaba inamoviblemente conectado con el psicodrama de Stalin y respondía como es debido a sus rachas de miedo y cólera, y a su necesidad, más sencilla, de ejercer el poder mediante la simple intensificación.

Las torturas descritas por Solzhenitsyn son insoportables. Este lector no ha soportado ninguna; así que proseguiré con cautela y nerviosismo. Parece inevitable porque la tortura, al margen de sus restantes aplicaciones, formaba parte de la guerra de Stalin contra la verdad. No torturaba para obligar a revelar un hecho, sino para obligar a ser cómplice de una ficción. He aquí cómo describe Solzhenitsyn «el salto del ángel»:

Se ponía un largo jirón de toalla entre los dientes del preso, como un freno de caballo; los extremos se pasaban por detrás de sus hombros y se le ataban a los tobillos. Trate el lector de estar panza abajo, como una rueda, con la columna doblada hacia atrás, sin agua ni comida, durante dos días...

Otro método consistía en encerrar al preso en un armario en el que

había cientos, quizá miles de chinches. Los guardianes le quitaban al preso la chaqueta o la camisa de faena e inmediatamente le atacaban las hambrientas

chinches, corrían hacia él desde las paredes o le saltaban desde el techo. Al principio, el preso, asfixiado por su hedor, peleaba con ellas con energía, las aplastaba contra su cuerpo o contra las paredes. Pero al cabo de unas horas se debilitaba y dejaba que le chuparan la sangre sin protestar.

Sin embargo, incluso aquí, en estas representaciones de la derrota extenuante, Solzhenitsyn, de manera tácita, enriquece nuestro conocimiento de lo que es ser humano. Lo hace continuamente:

Palizas: pero de las que no dejan señales. Utilizan porras de caucho, martillos de madera y saquitos de arena. Golpean al general de brigada Karpunich-Braven durante veintiún días seguidos. Y actualmente dice: «Treinta años después aún me duelen todos los huesos, y también la cabeza.»

Matar de hambre se ha mencionado ya, en combinación con otros métodos [...] A Chulpenyev lo tuvieron durante un mes con un panecillo de cien gramos; después, cuando lo sacaron del pozo [una fosa profunda en la que el sospechoso, medio desnudo, estaba día y noche, a merced de los elementos], el interrogador Sokol le puso delante un plato de caldo con col y remolacha y un pan blanco cortado en diagonal. (¿Qué importancia puede tener cómo estuviera cortado?, podríamos preguntarnos. Pues Chulpenyev insistirá todavía hoy en que le pareció un corte muy atractivo.) Sin embargo, no le dieron nada para comer.

Y todo esto superpuesto a un régimen de hacinamiento inimaginable («apretujados en celdas del GPU en cantidades que nadie había creído posible hasta entonces»)[25] e insomnio crónico y despersonalizador: «En todos los centros de interrogatorio se impedía que los presos durmieran un solo minuto entre el toque de diana y el toque de silencio.» El toque de silencio es el clarinetazo que ordena apagar las luces; pero allí las luces estaban encendidas toda la noche, en las atestadas celdas y en las salas de interrogatorios. El proceso global se denominaba «cinta de transporte», porque el enemigo, que tampoco dormía

nunca, se iba turnando. Muy de tarde en tarde leemos que había individuos (¿eran humanos?) que resistían el desgaste y se negaban a confesar, lo que casi siempre era mortal. La confesión, a fin de cuentas, sólo era una parte de un proceso más o menos inevitable. Cuando les llegó la hora de ser purgados, los antiguos interrogadores (y todos los demás chequistas) pedían inmediatamente con un gesto el bolígrafo y la línea de puntos.

Tres meses así y luego emprendían el viaje a la isla que les tocaba en el archipiélago. Las descripciones de estos trayectos en tren pueden compararse perfectamente con las de la literatura de la Shoá. Al principio pensé que a lo mejor había una diferencia cualitativa: la ausencia de niños o, mejor dicho, su no omnipresencia. A comienzos de 1930 se deportó y encerró en campos a millones de familias enteras de kulaki, los agricultores perseguidos; y durante la guerra y después de ella se deportó a poblaciones enteras y se las encerró en campos.[26] No, los niños estaban allí, como víctimas, y no sólo en los transportes. En el genocidio nazi murió alrededor de un millón de niños. En el Terror famélico de 1933 perecieron alrededor de 3 millones.

Es el viaje que todos conocemos por Primo Levi y otros, pero además hubo un retorcimiento propiamente ruso. El trayecto tendía a ser mucho más largo (y mucho más frío: Stalin, como veremos, disponía de recursos que Hitler no tenía): un mes, seis semanas. Hasta que leí Man is Wolf to Man: Surviving the Gulag no supe nada de aquel preso tendido de espaldas, aplastado y trabado en un sector agrietado de la madera, y cuya espalda quedó acribillada por astillas monstruosas. La dieta de los presos –en ocasiones una ración de anchoas muy saladas del mar de Azov y ninguna ración de agua– tiene cierta característica rusa. Y está la ineludible cuestión del estoicismo y el humor rusos, y la de la obediencia rusa al rebaño.

Eugenia Ginzburg ya había pasado dos años en la cárcel cuando la enviaron a Vladivostok en el «vagón 7», donde había otras setenta y seis mujeres. En un apeadero de los alrededores de Irkutsk subió otra tanda de presas. Las mujeres del vagón 7 estaban medio muertas de hambre o a causa de alguna enfermedad, pero el aspecto de las recién llegadas las dejó consternadas a todas: les habían afeitado la cabeza. Es díficil, de entrada, que el lector masculino entienda el sentido de esta «suprema ofensa a la feminidad» (Solzhenitsyn señala que, entre los hombres, las cabezas afeitadas no llamaban la atención): «[Las recién llegadas] miraban con envidia y admiración nuestras greñas sucias, grisáceas y enredadas [...] “Mañana pueden hacernos lo mismo a nosotras.” Me pasé los

dedos por el pelo. No, es una prueba que pensaba que no podría resistir.» Sigue una conmovedora escena de conmiseración general. Entonces:

Del rincón en el que se habían instalado las marxistas ortodoxas (no habían cedido ni un centímetro de espacio a las recién llegadas) surgió una voz disconforme:

–¿No se os ha ocurrido pensar que la orden de afeitaros la cabeza pudo haberse dado por razones de higiene?

Las mujeres de Suzdal hacía tiempo que habían pensado en esa posibilidad y la habían descartado.

–No, no tuvo nada que ver con la higiene; sólo querían humillarnos.

–Bueno, no se puede decir que cortar el pelo al rape sea precisamente una ofensa. En las cárceles zaristas era otra cosa: allí se afeitaba sólo media cabeza.

Tania Stankóvskaia [que tenía escorbuto y se estaba muriendo] ya no pudo más. Fue un milagro que pudiera reunir fuerzas suficientes para gritar de modo que todo el vagón la oyera:

–¡Así me gusta, chicas! Un voto de gratitud para el camarada Stalin [...] Ya no se nos afeita sólo una parte, sino las dos. ¡Gracias, padre, jefe, creador de nuestra felicidad!

La misma Ginzburg, en el epílogo de su estoico y humorístico libro –devastador en todos los sentidos–, después de dieciocho años de torturas, nos deja pasmados cuando dice: «Menos mal que [...] la gran verdad leninista ha prevalecido en el país y en el Partido [...] He aquí pues los recuerdos de una comunista de base, una crónica de los tiempos del culto a la personalidad.»[27] Al leer esto, Solzhenitsyn, con su entendimiento histórico-nacional, debió de lanzar un largo silbido.

Había otra innovación soviética: los barcos de esclavos. Pero antes, en la terminal de Vladivostok, los campos de tránsito, y la escala tolstoiana de la

operación, con poblaciones enteras cruzando vastos paisajes. «Hasta donde alcanzaba la vista había columnas de presos que desfilaban en una dirección u otra, como ejércitos en un campo de batalla –escribe el testigo rumano Michael Solomon–. Se veían columnas interminables de mujeres, de tullidos, de ancianos e incluso de adolescentes [...] dirigidas por silbatos y banderas.» En Vanino, camino de Kolymá, los presos entraron en lo que en la práctica era un mercado de esclavos, donde se les palpó, se les clasificó y se les dio destino. Los presos políticos, a diferencia de los honrados malversadores y especuladores, se destinaron a los trabajos más duros, para lo cual se necesitaba una autorización sanitaria de primera clase. Ciega y en los huesos a causa del escorbuto, a Tania Stankóvskaia («¡Así me gusta, chicas!») le dieron una autorización sanitaria de primera clase. Murió cuatro horas después. Dicen que en el planeta Tierra hay un millón de insectos por cada ser humano. Parece que los presos de paso por Vanino lo confirmaron empíricamente. «Eran unos insectos tan terribles, para lo que era normal en los campos, que casi todos los presos cuentan que se pasaban la noche matándolos» (Conquest, Kolyma: The Arctic Death Camps). Pero ni siquiera los insectos se acercaron a Tania Stankóvskaia.

Para la fantástica sordidez de los barcos de esclavos confiamos nuevamente en Michael Solomon:

[...] mis ojos contemplaron una escena que ni Goya ni Gustavo Doré habrían podido imaginar. En aquella inmensa, profunda y tenebrosa bodega había más de dos mil mujeres apelotonadas. Estaban metidas en jaulas abiertas de tres metros de lado, a razón de cinco por jaula, y las jaulas llegaban hasta el techo, como en una gigantesca instalación avícola. En el suelo había más mujeres. A causa del calor y la humedad, casi todas vestían harapos y algunas estaban completamente desnudas. Como no había donde lavarse y el calor era incesante, tenían la piel cubierta de manchas rojas, granos y ampollas de feo aspecto. Casi todas tenían alguna enfermedad cutánea, además de trastornos intestinales y disentería.

Al pie de la escalera [...] había un tonel gigantesco, en cuyos bordes, a la vista de los soldados que estaban de guardia en la parte superior, se acuclillaban las mujeres como si fueran pájaros, adoptando las posturas más increíbles.[28] No les daba vergüenza ni reparo agacharse allí para orinar y hacer aguas mayores. Daba la sensación de que eran seres mitad humanos y mitad pájaros, y de que pertenecían a otro mundo y otra era. Sin embargo, cuando veían que un hombre

bajaba la escalera [...] muchas esbozaban sonrisas y algunas trataban de peinarse.

El barco mayor de la flota (en total 9.180 toneladas) se llamaba Nikolái Yeyov, por el jefe de la Checa que fue responsable del Gran Terror; cuando las purgas alcanzaron al mismo Yeyov, en 1939, el Nikolái Yeyov pasó a llamarse Feliks Dzeryinski, en homenaje al feroz fundador de la Checa. El barco de Eugenia Ginzburg, el Dyurma, «apestaba de un modo intolerable» a raíz de un incendio en el que muchas presas, regadas con agua helada durante un disturbio, hirvieron vivas. En 1933, el Dyurma se hizo a la mar en fecha demasiado avanzada y quedó atrapado entre los hielos cerca de la isla de Wrangel: todo el invierno. Llevaba 12.000 presas. Murieron todas.

A bordo de los barcos, tanto las «políticas» (o «las cincuenta y ochos», por el artículo 58 del Código Penal), como «las contras» (contrarrevolucionarias) y las «fascistas» solían entrar en contacto con otro rasgo característico del archipiélago: los urka. Al igual que muchos elementos de la historia del gulag, los urka eran una tortura dentro de otra. La señora Ginzburg se encuentra en la mazmorra flotante del Dyurma:

«Cuando ya parecía que allí no había espacio ni para que cupiera un gatito, caía por la escotilla otro centenar de seres humanos [...] una horda medio desnuda, tatuada y simiesca.» Y se trataba sólo de las mujeres. Los urka: una clase, una casta, una cultura clandestina altamente desarrollada que «había pervivido –dice Conquest– con sus propias leyes y tradiciones desde la Época de los Disturbios, a principios del siglo XVII, y se había multiplicado considerablemente al acoger a los huérfanos y desheredados de la revolución y la colectivización». Individualmente grotescos y colectivamente un ejército mortal, los urka eran degolladores de circo que se dedicaban al juego, el saqueo, la mutilación y la violación.

En el gulag estaba establecido que los urka tuvieran la condición de presos privilegiados y autoridad absoluta sobre los políticos, los fascistas, que siempre eran el grupo más escarnecido e indefenso del sistema de los campos. Los del 58 estaban permanentemente a merced de los urka por principio, para aumentar su sufrimiento. Además, se veía que aquella política era ideológicamente

constructiva. Era muy leninista hacer que una clase exterminara a otra superior a ella. Cuánto había deseado Lenin que los campesinos más pobres lincharan a todos los kulaki... Los ladrones que cumplían condena fueron amnistiados por Lenin, dentro de la campaña de «saquear a los saqueadores», en el período del Comunismo de Guerra. Como dice Solzhenitsyn, robar la propiedad del Estado pasó a ser un delito castigado con la pena máxima, mientras que el robo urkoburgués quedó como poco más que una fechoría. Aparte de la nueva «priviligentsia» y de unos cuantos proletarios hereditarios, los urka fueron la única clase que salió beneficiada con la política bolchevique. Los urka, que se jugaban a las cartas los propios ojos, que se tatuaban monos masturbándose, que hacían que sus mujeres les ayudaran a violar a monjas y políticas. En Vida y destino, Vassili Grossman habla casi con indiferencia de un urka «que en cierta ocasión había acuchillado a una familia de seis miembros». El gulag llamaba oficialmente a los urka Elementos Socialmente Simpatizantes.

En el caso de Kolymá, la geografía aportaba otro rasgo extraño y cruel. No sabría decir con exactitud cómo se forjaron la idea (los guardianes parecían haberse esfumado y a los presos raras veces se les sacaba de la bullente bodega), pero tenían la impresión de que el barco estaba desapareciendo por el hombro del mundo. «Por fin», dice Conquest,

las columnas bajaban a los botes. Casi ningún preso había visto el mar hasta entonces y casi ninguno había viajado por mar anteriormente. En los rusos en concreto, el efecto de viajar por el océano hacia el norte reforzaba muchísimo la sensación, ya común entre los presos, de que habían abandonado el mundo normal. No parecía un simple traslado desde el «continente» (como los presos llamaban siempre al resto del país) hasta una lejana isla penitenciaria, sino hasta otro «planeta», como siempre se llamaba a Kolymá en canciones y dichos.

EL SUFRIMIENTO ÉPICO DEL GULAG

El calzado: trozos de neumático viejo, atados con alambre o cordón eléctrico.

A un recluso (P. Yakúbovich), el aguado puré de alforfón le parecía

«indeciblemente repugnante al paladar».

En los campos del Ártico, los presos, en teoría, no tenían que trabajar en el exterior cuando la temperatura bajaba de –45 grados centígrados; o en todo caso de –50. A 45 bajo cero se volvía difícil respirar. Estaba prohibido encender hogueras.

Un grupo de presos de Kolymá tenía tanta hambre que se comió un caballo que llevaba muerto más de una semana (a pesar del hedor y de la capa de moscas y gusanos que lo cubría).

El escorbuto vuelve los huesos quebradizos; pero «todos los presos agradecen que se les rompa un brazo o una pierna». Las llagas escorbúticas extragrandes despertaban «mucha envidia». Los ingresos en los hospitales se hacían por cupos. Para que se diagnosticara diarrea había que evacuar cada media hora (con sangre). Los hospitales parecían a punto de venirse abajo, pero nunca se venían abajo. Un hombre se cortó medio pie para que lo ingresaran. Y los presos cultivaban las infecciones, echando saliva, pus o queroseno en las heridas.

El trabajo en las minas de oro podía destruir la salud de un hombre en tres semanas y para siempre. Los turnos de tala de tres semanas se conocían también como «ejecuciones en seco». Solzhenitsyn: «[Varlam] Shalamov menciona casos en los que murieron brigadas enteras durante una temporada de lavado de oro en Kolymá, pero el jefe de la brigada siempre era el mismo.» El jefe de la brigada, evidentemente, era un urka.

En Serpantinka, el anus mundi del gulag, los presos tenían que estar de pie en un cobertizo, tan apretados que no podían ni mover los brazos. El hielo que llevaban encima tenían que quitárselo con la boca, como los pingüinos. Así pasaban «varios días»; y estaban esperando a que los fusilaran.

Según Solzhenitsyn, casi todas las presas –muchas eran esposas y madres– acababan acercándose antes o después a las literas de los hombres, diciendo: «Medio kilo. Medio kilo.» «Una litera múltiple protegida con trapos para que no viesen nada las mujeres de al lado –dice– era una escena habitual en el campo.»

A principios de los años treinta, quien no era miembro del Partido pasaba hambre en la URSS, y los campesinos morían de hambre por millones. Los zeki

[presos corrientes] del gulag, de 1918 a 1956, siempre estuvieron en un punto intermedio.

El gulag maduro conjugaba la comida con la privación de comida. De manera reveladora, la historia del comunismo no deja de conducirnos a esto: a la escasez o ausencia de comida.

En 1929, Stalin conoció a un obsesivo con talento que se llamaba Naftaly Frenkel. Atención al tono de Solzhenitsyn:

He aquí que la estrella roja de Naftaly Frenkel describe otra vez su complicado bucle en el cielo del Archipiélago [...] No se cansaba de ambicionar el único servicio auténtico ni se cansaba el Sabio Maestro de buscarlo.

El estilo es épico-burlesco, y queda bien, porque Frenkel es una figura estrafalaria por su severidad. Al parecer no tenía ideología (sólo deseaba dinero y poder), pero por su literalidad, su cientifismo y su natural indiferencia a todo sufrimiento humano, Frenkel era un bolchevique excelente. Fue él quien aconsejó a Stalin que tuviera subalimentado el gulag.

Una vez más, se valieron de medidas y cupos:

Medida completa: 700 gramos de pan, más caldo y alforfón

para los que no llegan a la medida: 400 gramos de pan, más caldo.

La «medida completa» era casi inobtenible (en ocasiones era 200 veces más difícil que su equivalente zarista). Un superhombre del realismo socialista la habría obtenido, durante un tiempo. Pero no estaba previsto que la obtuviera nadie. Y como el zek quedaba cada vez más por debajo de la medida, se iba debilitando y su ración pasaba a ser «punitiva» (300 gramos). Por lo que se refiere a las raciones, Conquest menciona las de los campos japoneses de

prisioneros de guerra del río Kwai (Tha Majam): «Allí los prisioneros recibían raciones diarias de 700 gramos de arroz, 600 de verduras, 100 de carne, 20 de azúcar, 20 de sal y 5 de aceite»; estos artículos eran manjares y auténticas rarezas en el archipiélago. Solzhenitsyn describe un trozo de pan de 218 gramos: «pegajoso como la arcilla, un taco apenas mayor que una caja de fósforos».

Marx condenaba la esclavitud porque era improductiva por definición. Pero Frenkel argüía que podía funcionar económicamente, siempre que los esclavos murieran muy aprisa. Solzhenitsyn parece que cita aquí a Frenkel: «A un preso hay que sacárselo todo en los tres primeros meses; pasados éstos, ya no lo necesitamos para nada.» Tres meses: aunque leamos toda una monografía sobre la esclavitud en el mundo no encontraremos una esperanza de vida tan baja. Tres meses. En las fotos de las paredes del Museo de Auschwitz que conmemoran a unas docenas de víctimas que no fueron eliminadas en el acto figuran la fecha de su llegada y la fecha de su muerte. El período medio es de tres meses. Es, evidentemente, el tiempo que el cuerpo humano puede resistir trabajando sin descanso, sin comida y, finalmente, sin esperanza.

¿Qué diferencia había entre sucumbir y sobrevivir? No hay duda de que la fuerza más poderosa del cosmos del gulag era la oportunidad, la suerte; pero había que ser candidato de la suerte. Leo acerca de dos búlgaros, dos hermanos, que se ahorcaron con su bufanda el primer día; y una parte de mí reconoce que fue un acto totalmente juicioso. Otros conseguían incorporar a su entidad parte del gulag y extraer fuerzas de aquí. En un lugar consagrado a la muerte, lo que el yo necesita es fuerza de vida: fuerza de vida. Nuestros testigos no son representativos: son profesionales, intelectuales. Las historias ajenas, las de los campesinos, por ejemplo, siguen en su mayor parte sin contarse ni escribirse. Pero no dejo de sorprenderme por la calidad de estos testimonios, por el alma que respiran y por su talento: la expresividad, el nivel de percepción. Y también éstos son síntomas secundarios de una fuerza de vida.

«La peor cárcel es mejor que el mejor campo», decía categóricamente Tibor Szamuely (el sobrino). «La cárcel, y sobre todo el aislamiento –dice Eugenia Ginzburg–, ennoblecía y purificaba a los seres humanos y sacaba a relucir sus recursos más auténticos.» Dice Solzhenitsyn en una de sus estrofas más extraordinarias: «¡La cárcel tiene alas!» Lo que tenemos delante es un vasto plan de autocomunión y, en principio al menos, una tremenda polémica con el miedo y la desesperación; más tarde, quizá, llega el momento en que (en palabras de Solzhenitsyn) «tenía conciencia de que la cárcel no era el abismo para mí, sino el

punto de inflexión más importante de mi vida». No la convicción, sino la «conciencia», el descubrimiento de algo que ya estaba allí. Después de eso parecía posible un estado espiritual diferente, un grado de humanidad diferente. He aquí dos vislumbres de este proceso. El primero de Solzhenitsyn (después de siete días con sus noches de aislamiento e interrogatorio):

[...] cuando llegué, los de la Celda 67 ya estaban dormidos en los catres metálicos, con las manos encima de las mantas.

Al oír que se abría la puerta, los tres despertaron y levantaron la cabeza durante un segundo. También ellos esperaban a ver a cuál se llevaban para interrogarlo.

Y aquellas tres cabezas levantadas, aquellas tres caras demacradas, arrugadas y sin afeitar, me parecieron tan humanas, tan entrañables que allí me quedé, abrazado al colchón y sonriendo de felicidad. También ellos sonrieron. Qué imagen tan olvidada ya..., ¡y sólo hacía una semana!

El segundo, una vez más, de Eugenia Ginzburg:

No hay palabras para describir lo que siente la aislada que, después de dos años e incontables guardianas, ve a sus compañeras de cautiverio [todas desconocidas]. ¡Personas! ¡Seres humanos! Así pues, existís, queridas mías, amigas a las que pensaba que no vería nunca.

Tan humano, tan querido.[29]

Pero la peor cárcel es mejor que el mejor campo. En los campos, estas palabras (querido, humano) se emplean en broma, o con desprecio, o no se emplean en absoluto; no se oye conjugar verbos en tiempo futuro; y en cuanto al zek, por lo general, «el natural deseo de comunicar lo que ha experimentado desaparece en él» (Solzhenitsyn); «Ha olvidado lo que es identificarse con el sufrimiento ajeno; sencillamente, no lo entiende ni siente deseos de entenderlo» (Varlam

Shalamov). Así pues, no había más lugar al que dirigirse que la propia interioridad. Especulando sobre la «sorprendente escasez» de suicidios en el campo, Solzhenitsyn dice:

Si aquellos millones de ratas indefensas y desdichadas no ponían fin a su vida era porque en su interior ardía alguna clase de sentimiento de invencibilidad. Una idea muy poderosa.

Era su fe en la inocencia universal.

Porque todos eran inocentes, todos los políticos. Ninguno había hecho nada. Cuando los detenían, su reacción invariable era: Dsachtó? ¿Por qué? Cuando Nadezda Mandelstam se enteró de que habían pillado a un amigo (fue a principios de los años treinta), preguntó: Dsachtó? Anna Ajmátova perdió la paciencia. ¿No os dais cuenta, dijo, de que ahora detienen a la gente sin ningún motivo? ¿Por qué? Era la pregunta que se formulaba cada cual todos los días en el archipiélago gulag. Y podemos imaginar esta palabra grabada en todos los árboles de la taiga: Dsachtó?

Hay varios nombres para designar lo que ocurrió en Alemania y Polonia a principios de los años cuarenta. Holocausto, Shoá, Viento de la Muerte. En rumano lo llaman Porreimos, la Consumición. No hay nombres para designar lo que ocurrió en la Unión Soviética entre 1917 y 1953 (aunque los rusos, simbólicamente, hablan de «los Veinte Millones» y de la Stalinschina, la época de Stalin). ¿Cómo habría que llamarlo? ¿La Carnicería, el Fratricidio, la Matanza del Espíritu? No. Llamémoslo Dsachtó? Llamémoslo Por qué.

EL AISLADOR

«Empujando a unos individuos contra otros, el terror totalitario destruye el espacio que los separa», dice Hannah Arendt. Esto es muy cierto por lo que se refiere a la vida durante el bolchevismo. ¿Explica el tamaño de la URSS (sin

duda el país más grande del mundo: la sexta parte de la superficie terrestre), explica el tamaño de la URSS, contra toda lógica, el prodigio de su superpoblación, de su densidad claustrofóbica, de su hacinamiento, del amontonamiento de personas? En el campo estaban las cabañas atestadas y, en las ciudades, detrás de cada ventana había una familia. Los tranvías (y los trenes) siempre iban peligrosamente llenos; ir en ellos era una experiencia magullante y cualquiera con más de cincuenta años tenía que pensárselo dos veces. De este modo pensamos también en las proximidades punitivas: los hombres de Stapianka, esperando la muerte, hacinados, de pie, con los brazos pegados a los costados; los hombres de Kolymá, atados y amontonados como troncos de árbol en vagones que los conducían al lugar de la ejecución; los hombres de la cárcel de Yitomir, 160 en una celda de ocho, sin espacio para que los muertos yazcan en el suelo y al parecer ni siquiera para que se desplomen. Esta forma de tortura no era ningún secreto para los rusos corrientes. Formaba parte del ambiente, del rumor, del terror. Reader Bullard, veterano funcionario del Foreign Office británico, anota en su diario con fecha de 2 de abril de 1934 (la calma que precede a la Purga):

[La mujer] no es mala persona. Estuvo nueve meses en una cárcel del OGPU[30] sin que su ánimo decayera. Me contó que, a veces, en aquellas atestadas prisiones, un preso sufre un ataque de histeria, se pone a gritar y contagia a otros, hasta que de pronto hay centenares de presos chillando de manera incontrolada. Dice que quienes viven cerca de esa cárcel de Moscú han oído los gritos más de una vez, y que es aterrador.

En los campos había momentos de soledad emocionante: en la taiga, en la estepa, en el desierto. Pero la soledad tiene también sus aplicaciones penales.

Janusz Bardach no es un literato y el libro que publicó en 1998, Man Is Wolf to Man, lo escribió con otra persona.† Pero tiene lo que al parecer tienen todos los supervivientes que saben expresarse: fuerza de vida, amplitud de alma. Los cinco días con sus noches que pasó en el aislador no figuran ni por asomo entre los episodios más dolorosos de la literatura sobre el gulag: el mismo Bardach tuvo experiencias peores. Pero por su lóbrego espíritu conserjeril, su modo de reflejar una condensación organizada de la crueldad, de segunda generación...

Estamos en Kolymá. Adviértase la escalofriante solidez del ritmo (y la integridad del recuerdo):

El aislador era un edificio gris de hormigón, sin ventanas, con techumbre plana e impermeabilizada con alquitrán. Pasaba por delante dos veces al día [...] El edificio estaba fuera de la zona y rodeado por una alambrada doble.

Cada vez que pasaba por allí sentía inquietud y un poco de miedo. Miedo a que también a mí me encerrasen allí algún día. Era como una premonición; porque de un modo misterioso, mi suerte estaba vinculada al aislador.

A raíz de una pelea a puñetazos con un capataz ferozmente antisemita (un urka convertido en preso de confianza y por lo tanto, técnicamente, un «cabrón»), a Bardach le cayeron cinco días.

Unos aisladores consistían en una yuxtaposición de troncos partidos longitudinalmente; otros no tenían techo y dejaban al preso a merced de los elementos... y de los insectos; otros se habían construido para obligar al preso a estar de pie (a veces bastaba mantener esta postura setenta y dos horas para sufrir lesiones permanentes en las rodillas). El aislador de Bardach era de hormigón, gris y sin ventanas. Se conduce al preso a una antecámara; y Man Is Wolf to Man nos dice lo siguiente: «Había una sola bombilla encendida, protegida por tela metálica y cubierta por una película de polvo; había telarañas e insectos muertos.» La bombilla está «sola» (lógicamente) y como «enjaulada». Le ordenan que se quede en paños menores y lo llevan por un pasillo. La luz de otra bombilla con tela metálica se refleja en el agua del suelo de la celda. El agua, fría como el hielo, era «un rasgo endémico del aislador; lo sabía por la gruesa capa de cieno que cubría las paredes».[31] El techo tiene goteras. El mobiliario consiste en un cubo y un banco «de madera podrida y sin desbastar» (con «astillas blandas pero puntiagudas») en el que el preso está permanentemente tendido. Muchos pensamientos han ido a parar al banco: es una obra excelente. Pegado a la pared, con las patas clavadas en el suelo de hormigón (para que al preso no se le ocurra mejorar la postura), el banco era tan estrecho que «no podía ponerme de espaldas, y cuando me ponía de costado, las piernas me colgaban por el borde; tenía que tenerlas encogidas todo el tiempo. Costaba elegir la

postura [...] Me pongo de espaldas a la pared, porque prefiero tener la espalda fría y húmeda a la cara cubierta de moho». El silencio se intensifica. No tarda Bardach en ponerse a canturrear, luego a maldecir, luego a gritar.

Durante el segundo día se fue creando una especie de ritmo, un extraño pas de deux entre el agotamiento físico y el mental. En la celda había agua (las aguas residuales del suelo), pero no agua potable. Bardach pasaba tanta sed que incluso consideró la posibilidad de lamer la pasta bacteriana de las paredes. «Tenía los labios agrietados, la lengua pegada al paladar, la garganta pegajosa. Apenas podía tragar.» Permanecía echado «como en un río muy lento», acumulando un pensamiento tras otro. El sueño, un tesoro de valor incalculable para el zek (cuando tocaban diana, dice Solzhenitsyn, se suspiraba con todas las células por otro medio segundo de descanso), era ahora «un refugio que se buscaba con desesperación». Estaba agotado, agotado de tanto tiritar; pero el sueño no llegaba. A la sed, el hambre, el frío, el dolor, los piojos y las chinches (le caían del techo), el aislador sumaba ahora la disentería. Y el encierro añadía el miedo, «tolerable al principio, pero más difícil de vencer conforme pasaba el tiempo». Los músculos se le contraían, le castañeteaban los dientes, la lengua reseca no le cabía en la boca.

Bardach no tuvo más remedio que emprender un viaje a su interior para analizar las fronteras de su ánimo: «¿Es insoportable o puedo resistirlo?, me preguntaba. ¿Qué es insoportable? ¿Cómo puedo saber dónde están mis límites? [...] ¿En qué consiste derrumbarse?» Pensó en los que se infligían mutilaciones; pensó en el hombre «que al acercarse a los guardianes arrastraba un pie parcialmente cortado». Pensó en los dojodiaga, los «desahuciados», los que se atracaban de basura: «¿Por qué unos sí y otros no? ¿Por qué unos y no todos?» La respuesta le salió del alma sin palabras. De algún modo, «la esperanza volvió dando un rodeo, aunque no supe cómo ni por qué.»

El quinto día al anochecer el guardián le abrió la puerta y Bardach se reincorporó al campo de esclavos y al invierno de Kolymá.

LOS HOMBRES NUEVOS

¿Dónde, en qué punto de este paisaje se encuentran los Hombres Nuevos?

¿Dónde está el homo sovieticus, esa nueva raza de seres humanos «plenamente humanos»?

¿Entre los profesores y bailarines de ballet que tratan de romper el suelo helado con la cuchara? ¿Entre los cabrones y los urka, entre el pasicorto conserjerado?

Tal vez los encontremos en Elgen («Elgen significa “muerto” en yakuto»), entre los trabajadores que vio Eugenia Ginzburg cuando volvían:

Era el descanso de mediodía y cerca de nosotras pasaron largas columnas de trabajadores, rodeados por guardianes, en dirección al campo [...] Todos, como si obedeciesen una orden, volvieron la cabeza para mirarnos. También nosotras, sacudiéndonos la fatiga y el aturdimiento del viaje, miramos fijamente a la cara a aquellos futuros compañeros [...] aquellos seres de pantalón remendado, con los pies envueltos en polainas rotas, con el gorro calado hasta los ojos y tapándose con trapos la parte inferior de una cara color rojo ladrillo a causa de la congelación.

En teoría podían ser Hombres Nuevos. Pero no eran trabajadores, sino trabajadoras. «A eso habíamos llegado», dice Ginzburg. Nadie notaba la diferencia.

Pero los candidatos más prometedores hay que buscarlos entre los dojodiaga: los desahuciados. Era fácil pasar por alto a los desahuciados porque (como dice Bardach) «escarbar entre la basura, comer restos de carne seca y masticar raspas de pescado era una práctica tan frecuente que nadie se fijaba en ella». Los desahuciados eran «medio subnormales –dice Vladímir Petrov–[32] a los que no se conseguía apartar de los montones de desperdicios por muchos palos que les dieran». Piénsese en esto: por muchos palos que les dieran. Si los desperdicios se tiraban a la letrina, los desahuciados los cogían igualmente.

«El nombre de dojodiaga viene del verbo dojorit, que significa llegar o alcanzar», dice Petrov:

Al principio no entendí la relación, pero me la explicaron: los dojodiaga eran «arribistas», los que habían «arribado» al socialismo, y eran el modelo acabado del ciudadano de la sociedad socialista.

Sabía que encontraríamos a los Hombres Nuevos. Helos aquí, apaleados, apaleados y vueltos a apalear, a cuatro patas y gruñendo como perros, coceándose y mordiéndose entre sí por un pegote de basura podrida.

Helos aquí.

BIGOTE PEQUEÑO Y BIGOTE GRANDE

En las primeras páginas del tercer volumen del Gulag, Solzhenitsyn habla de los castigos que se impusieron a los ciudadanos soviéticos que siguieron trabajando normalmente durante la ocupación alemana. Entre estos ciudadanos estaban los maestros de escuela. ¿Qué diferencia había en las aulas bajo los dos regímenes? Con Hitler, dice Solzhenitsyn, los maestros pasaban mucho menos tiempo mintiendo a los alumnos (con Stalin, «ya se estuviera explicando a Turguéniev o señalando el curso del Dniéper con el puntero, era obligatorio anatematizar el pasado azotado por la pobreza y entonar encendidos cánticos a la abundancia del presente»). Por lo demás, la diferencia era más que nada simbólica. Se celebraba más la Navidad que el Año Nuevo; un aniversario imperial se sustituía por el de la Revolución de Octubre; y «en las escuelas se quitaron los retratos del bigote grande y se pusieron los del bigote pequeño».

Solzhenitsyn reanuda el tema 400 páginas después. Estamos ya en 1952; lo han liberado del campo y lo han confinado (una existencia muy difícil que por lo general no se distinguía de la mendicidad, de la mendicidad aterrorizada en este caso). Solzhenitsyn pensó que tenía una suerte increíble: pasó a ser maestro de escuela en Kazajstán. (También sus alumnos, indudablemente, tuvieron una suerte increíble.) Hasta que pasó un año no averiguó

que la escuela soviética había muerto durante la guerra o después de ella; ya no existía; allí no quedaba más que un cadáver hinchado. En la capital y en la aldea había muerto la escuela.

Más bajas: las escuelas muertas.

¿Qué diferencia hay entre el bigote pequeño y el bigote grande (en el que deberíamos incluir el bigote mediano de Vladímir Ilich)?

En 1997, en una entrevista aparecida en Le Monde, preguntaron a Robert Conquest si el Holocausto le parecía «peor» que los crímenes estalinistas: «Respondí que sí, pero cuando el entrevistador me preguntó por qué, sólo pude responder con toda sinceridad que "porque creo que es así"». Conquest, el antisoviético número uno, cree que es así. Nabokov, el noble despojado, también lo cree. Nosotros también lo creemos. Cuando leemos cosas sobre la guerra, sobre el sitio de Leningrado, o cuando leemos sobre Stalingrado, sobre Kursk, el cuerpo nos dice de parte de quién estamos. Creemos que es así. Al tratar de explicar por qué, entramos en un terreno minado por las dudas.

(I)

Cifras. Aunque añadiéramos las bajas totales de la Segunda Guerra Mundial (40-50 millones) a las del Holocausto (alrededor de 6 millones), parece que el bolchevismo podría superarlas. La guerra civil, el Terror Rojo, el hambre; una Colectivización que, según Conquest, causó tal vez 11 millones; Solzhenitsyn calcula («una estimación modesta») que fueron entre 40 y 50 millones los que cumplieron condenas largas en el gulag de 1917 a 1953 (y muchos otros después del breve deshielo de Jrushov); y luego el Gran Terror, la deportación de poblaciones de los años cuarenta y cincuenta («los especialmente desplazados»), Afganistán... Los «Veinte Millones» comienzan a parecer cuarenta. Las cifras, evidentemente, siguen sin conocerse con exactitud y varían de un modo alarmante. Pero no se trata de los ceros «imaginarios» del milenio y por lo visto necesitamos siete en el inventario del experimento soviético.[33] Necesitamos con urgencia conocer la cantidad de muertos. Más aún, necesitamos saber sus

nombres.† También los muertos necesitan que los sepamos.

(II)

El carácter excepcional del genocidio nazi tiene mucho que ver con su «modernidad», su escala y su ritmo industriales. Este detalle nos ofende con viveza, pero el asco no es rigurosamente moral; en parte es estético. (En Hiroshima murieron alrededor de 50.000 personas en 120 segundos, casi todas en el acto. También aquí, al mismo tiempo que sentimos asco moral, sentimos asco estético, una afrenta supererogatoria. Pero ¿con cuál nos quedamos? Entre las muertes de este nutrido muestrario, yo me quedaría con la de agosto de 1945; me habría convertido en sombra chinesca a la velocidad de la luz.) En los círculos nazis, a principios de los años cuarenta, hubo conversaciones serias sobre la necesidad de estilizar las matanzas, de hacerlas más «elegantes»; lo que en teoría preocupaba era la salud mental de los verdugos. «Fíjese en los ojos de los hombres de este Kommando –le dijo a Himmler el general Erich von Bach-Zelewski al término de una matanza de 1941–. Estos hombres están acabados [fertig] para el resto de su vida.» La preocupación básica no era tanto la salud de los hombres cuanto su eficacia, y la búsqueda subsiguiente de «métodos [más] humanos» (es decir, el gas) era sobre todo la búsqueda del ritmo idóneo. Pero el régimen cumplió las formalidades, proveyó de «ayuda psicológica» a los verdugos, etc. Parece que en la URSS ha habido poca preocupación por los problemas morales y psicológicos de los chequistas.[34] Lo único que Lenin decía al respecto era: «Buscad personal más insensible.» Y Stalin, que seleccionaba hacia abajo, como siempre, es innegable que quería que sus hombres estuvieran acabados, moralmente acabados; este factor los ponía en sus manos y, más aún, confirmaba su tácita opinión sobre la naturaleza humana. Stalin sabía que los seres humanos, en determinadas condiciones, pueden pasarse el día matando, y todo un año. ¿Hay alguna diferencia moral palpable entre los ferrocarriles y chimeneas de Polonia, y el silencio antinatural y sobrecogedor que cayó poco a poco sobre las aldeas de Ucrania en 1933? El Holocausto es «el único caso que conoce la historia en el que una política se dirigió expresamente a la destrucción física completa de todos los miembros de un grupo étnico», dicen Ian Kershaw y Moshe Lewin en Stalinism and Nazism: Dictatorships in Comparison; mientras que, bajo Stalin, «no se hizo hincapié en la aniquilación completa de ningún grupo étnico». La diferencia, pues, radica en el empleo del adjetivo «completa», porque Lenin emprendió campañas genocidas (la descosaquización) y lo mismo

hizo Stalin (véase más abajo). En realidad, casi todos los historiadores están de acuerdo en que si Stalin hubiera vivido un año más, su pogromo antisemita habría producido otra catástrofe en el judaísmo a mediados de los años cincuenta. La diferencia podría estar en que el terror nazi se esforzaba por ser exacto, mientras que el terror estalinista era deliberadamente aleatorio. Todo el mundo era víctima del terror, desde el primero hasta el último; todos menos Stalin.

(III)

Ideología. Orlando Figes resume la opinión más extendida:

El programa bolchevique se basaba en los ideales de la Ilustración –partía de Kant tanto como de Marx–, motivo por el cual los liberales occidentales, incluso en la era posmoderna, simpatizan con él o, por lo menos, nos sentimos obligados a comprenderlo, aunque no compartamos sus objetivos políticos; en cambio, el empeño nazi por «mejorar la humanidad», mediante la eugenesia o el genocidio, es un escupitajo a la cara de la Ilustración y no puede producirnos más que repugnancia.

El marxismo era un producto de la clase media intelectual; el nazismo era sensacionalista, de prensa basura, de los bajos fondos. El marxismo exigía de la naturaleza humana esfuerzos sin ningún sentido práctico; el nazismo era una invitación directa a la abyección. Y, sin embargo, las dos ideologías funcionaron exactamente igual en sentido moral. «La imaginación y fuerza espiritual de los malvados de Shakespeare se detenía a la vista de una docena de cadáveres –dice Solzhenitsyn–.[35] Porque no tenían ideología.» Y prosigue:

La física conoce fenómenos que se producen sólo en los límites de ciertos valores, que no existen en ningún sentido hasta que se cruza determinado umbral codificado y conocido por la naturaleza [...] Como es lógico, la maldad también tiene magnitudes fronterizas. Sí, un ser humano duda y oscila entre el bien y el

mal toda la vida [...] Pero mientras no cruce el umbral de la maldad, siempre tendrá la posibilidad de retroceder y estará al alcance de nuestra esperanza.

La ideología fomenta una fusión catastrófica: la de la violencia y la razón, el salvajismo inocente. La ideología de Hitler era sucia, la de Lenin parecía limpia. Y aquí recordamos la sencilla observación de Figes: la revolución rusa aceleró «un experimento que la especie humana estaba obligada a hacer en algún momento de su evolución futura, la conclusión lógica de la lucha histórica de la humanidad por la justicia social y la fraternidad». Mientras que el proyecto de Hitler tuvo una excelente oportunidad para quedarse en el lugar que le correspondía: la delirante cabeza del joven pintor tendido en la litera del Asyl für Obdachlose, un refugio para indigentes de Viena.

(IV)

¿Hay alguna diferencia moral entre el médico nazi (bata blanca, botas negras, bolas de Zyklon B) y el interrogador salpicado de sangre del campo de castigo de Orotukán? Los médicos nazis no sólo participaban en experimentos y «selecciones». Inspeccionaban todas las etapas del proceso ejecutor. En realidad, el sueño nazi era en el fondo un sueño biomédico. He aquí un pasaje del clásico de Robert Jay Lifton, The Nazi Doctors:

[La doctora Ella Lingens-Reiner], señalando las lejanas chimeneas, preguntó a un médico nazi, Fritz Klein: «¿No contradice aquello su juramento de médico?» La respuesta fue: «Soy médico y, naturalmente, quiero que la vida continúe. Y, por respeto a la vida humana, extraería un apéndice gangrenoso de un cuerpo enfermo. El judío es el apéndice gangrenoso del cuerpo de la humanidad.»

Fue una subversión que no practicó el bolchevismo: el empleo coordinado de los médicos como matarifes. Dice Lifton:

Podría decirse que el médico que aguardaba junto a la rampa representaba una especie de punto omega, un portero mitológico entre el mundo de los vivos y el de los muertos, la última etapa de la idea nazi de la terapia mediante el asesinato en masa.

(V)

El nazismo no destruyó la sociedad civil. El bolchevismo sí. Es una de las razones del «milagro» de la recuperación alemana y de los fracasos y la vulnerabilidad de la Rusia actual. Stalin no destruyó la sociedad civil. Lenin sí.

(VI)

La resistencia de la risa a desaparecer se ha señalado ya (y volveremos sobre el tema) en el caso soviético. Parece que los Veinte Millones no tendrán nunca la dignidad fúnebre del Holocausto. Esto no es, o no sólo es, una muestra de la «asimetría de la tolerancia» (la expresión es de Ferdinand Mount). No sería así si en la naturaleza del bolchevismo no hubiera algo que lo permitiera.

(VII)

Hitler y Stalin, o sus fantasmas, podrían hacer en este punto una alegación de responsabilidad limitada. ¿Quién presenta el alegato más débil? En su ensayo «Working Towards the Führer», Ian Kershaw se remueve, se rasca y carraspea, pero al final dice:

El régimen de Stalin, pese a todo el dinámico radicalismo del brutal programa de colectivización, el afán industrializador y la fase paranoica de las purgas, no era incompatible con un orden racional de prioridades ni con la obtención de objetivos limitados y comprensibles, aunque sus métodos fueron bárbaros y la inhumanidad de los mismos se desplegó a una escala que supera todo lo creíble. Podría discutirse si los métodos fueron los más apropiados para conseguir los

fines propuestos, pero la voluntad de forzar la industrialización a una velocidad suicida en una economía tremendamente atrasada para introducir el «socialismo en un solo país» no se puede considerar un objetivo irracional o sin delimitar.

Bueno, parece que está casi lista la defensa; a nadie se le ocurriría hacer nada parecido por Hitler. Cuando leemos las mil páginas de Hitler y Stalin, de Alan Bullock, en las que los protagonistas se estudian en capítulos alternos, nos sentimos como inspectores que recorren un pabellón psiquiátrico y ven por todas partes al mismo dúo de pacientes. El paciente alemán da muestras de una vistosa megalomanía de corte obsesivo. Hitler fundó realmente un estilo nuevo de enfermedad mental que propagaba con incesantes duchas de saliva un simulacro de seguridad sobrenatural. Mientras exponía sus razones para atacar inmediatamente a Polonia (22 de agosto de 1939), Hitler, que estaba en Berghof, dijo lo siguiente a su círculo de jefazos:

Ante todo, dos factores personales: mi personalidad y la de Mussolini. Todo depende de mí, de mi existencia, a causa de mi talento político. No es probable que el pueblo alemán vuelva a confiar en nadie como confía en mí. Probablemente no habrá nunca un hombre con más autoridad que yo. Mi existencia, por lo tanto, es un factor de gran valor.

Tres días después (según la versión de un diplomático alemán):

De repente se detuvo y se quedó en el centro de la habitación, con la vista fija. Farfullaba y se comportaba como una persona totalmente anormal. Dijo con frases entrecortadas: «Si hay guerra, construiré submarinos, construiré submarinos, submarinos, submarinos.» Sus palabras empezaron a ser confusas y al final no había forma de entenderle. Entonces se calmó, levantó la voz como si hablara a un amplio público y gritó: «Construiré aviones, construiré aviones, aviones, aviones, y aniquilaré a mis enemigos.» Parecía más un fantasma de cuento infantil que una persona real. Yo lo miraba asombrado y me volví para ver qué hacía Göring, pero éste no movió ni un músculo.

Porque Göring estaba acostumbrado. Ésta era la energía demencial que Hitler utilizaba a veces en su demagogia. Después de Stalingrado sufrió una inflamación cerebral. Sus síntomas eran, hasta la fecha, dolores de cabeza espectaculares, temblores en un brazo, parálisis de una pierna, insomnio a prueba de tratamiento y depresión aguda crónica (a pesar de lo cual le daban pataletas frecuentes). Su medicación lo denota: una muestra de orina hitleriana pondría de manifiesto que le administraban hormonas y entre ocho y dieciséis dosis de un medicamento patentado, las «Píldoras Antiflato del Dr. Koester» (¡mi reino por una ele!), que consistían básicamente en dos venenos, estricnina y atropina, que avivaban el fuego de la caldera interior. Göbbels, a mediados de abril de 1945, mandó trazar el horóscopo del Führer, que vaticinó la victoria. Hitler se casó en primeras nupcias el último día completo de su vida: el 30 de abril... El otro caso, el paciente soviético, como veremos enseguida, es más difícil de diagnosticar. Es un caso de introversión inescrutable, con episodios violentos. No obstante, tenemos aquí a un demente con mayor dominio de sí; en realidad lo que tenemos aquí es un demente paciente.[36]

(VIII)

Stalin, a diferencia de Hitler, hizo todo el mal que pudo. Hizo todo el mal que pudo, entregándose en cuerpo y alma a una empresa de muerte. El año que murió estaba preparando lo que por lo visto era otra gigantesca campaña de terror, víctima, a los setenta y tres años, de un antisemitismo remozado y senil. Hitler, por el contrario, no hizo todo el mal que pudo. Lo peor de Hitler se alza como una larga sombra que afecta de manera implícita a nuestro concepto de los crímenes que cometió. De haber sobrevenido, el nazismo «maduro» habría sido, entre otras cosas, un desbarajuste genético a escala hemisférica (ya había planes, a principios de los años cuarenta, para depurar más aún el linaje ario). El laboratorio de Josef Mengele en Auschwitz se habría ampliado hasta alcanzar las dimensiones de un continente. La psicosis hitleriana no era «reactiva», no respondía a los acontecimientos, sino a ritmos propios. Poseía además una tendencia fundamentalmente suicida. El nazismo fue incapaz de madurar. Doce años era quizá la duración natural de una agresividad tan sobrenatural.

(IX)

El bolchevismo era exportable y en todas partes producía resultados casi idénticos. El nazismo no se podía reproducir. Comparados con Alemania, los demás Estados fascistas fueron simples aficionados.

(X)

Hitler, al final de su trayectoria, afrontó la derrota y el suicidio. «Cuando Stalin cumplió setenta años, en 1949 –dice Martin Malia–, era realmente el "padre de los pueblos" para un tercio de la humanidad; y parecía que era posible, incluso inminente, que el comunismo triunfara a nivel mundial.»

(XI)

Los historiadores la llaman tesis del Sonderweg, del «camino especial» de la modernidad alemana o, mejor dicho, del camino especial que conducía hasta Hitler. Pero Rusia también tiene un camino especial, y lo mismo cabe decir de todos los países, incluso del imaginario Estado «modelo» del que se cree que se apartó la evolución de Alemania. La combinación alemana de desarrollo avanzado, alta cultura y barbarie infinita es, desde luego, muy singular. Sin embargo, no podemos aislar el nazismo alegando que era exclusivamente alemán; tampoco podemos poner en cuarentena el bolchevismo alegando que era exclusivamente ruso. La verdad es que los dos relatos abundan en noticias terribles sobre lo que es humano. Producen vergüenza y al mismo tiempo indignación. Y la vergüenza es mayor en el caso de Alemania. Por lo menos es lo que yo creo. Prestemos atención al cuerpo. Cuando leo libros sobre el Holocausto experimento algo que no me sucede cuando leo libros sobre los Veinte Millones: es como una infestación física. Es vergüenza de la especie. Y esto es lo que el Holocausto nos pide.

(XII)

Pero Stalin, al dar las gruesas pinceladas de su odio, disponía de armas que

Hitler no tenía.

Tenía el frío: el frío abrasador del Ártico. «En Oimiakón [en Kolymá] llegaron a registrarse temperaturas de –72 ºC. Incluso a temperaturas mucho más altas se resquebraja el acero, revientan los neumáticos y saltan chispas cuando el hacha golpea el tronco de los alerces. Cuando baja la temperatura, el aliento se congela en cristales que tintinean en el suelo con un rumor que llaman “susurro de las estrellas”.»[37]

Tenía la oscuridad: el secuestro bolchevique, la crudelísima e implacable autoexclusión del planeta, con su miedo a las comparaciones, su miedo al ridículo y su miedo a la verdad.†

Tenía el espacio: el inmenso imperio de once zonas horarias, las distancias que extremaban el confinamiento y el aislamiento, la estepa, el desierto, la taiga, la tundra.

Y lo más importante: Stalin tenía tiempo.

Segunda parte

Cursillo sobre Iósif el Terrible

CENSO

En 1937 hubo un censo nacional, el primero después del de 1926, que había dado una población de 147 millones. Extrapolando la tendencia de las cifras de los años veinte, Stalin dijo que esperaba un total de 170 millones. La Oficina del Censo dio 163 millones, una cifra que reflejaba las consecuencias de la política estalinista. Stalin mandó detener y fusilar a los de la Oficina del Censo. Las cifras reales del censo se mantuvieron ocultas, pero la oficina fue denunciada públicamente como nido de espías y saboteadores, a pesar de que había comunicado sus resultados a Stalin y no (por ejemplo) al Times de Londres.

En 1939 hubo otro censo. Esta vez, la Oficina se las arregló para dar 167 millones, que Stalin en persona redondeó en 170. Puede que el informe de la Oficina del Censo contuviera una cláusula adicional, diciendo que si a Stalin le parecía una cantidad demasiado baja, entonces tendría que reducirla un poco más, ya que habría que restar los miembros de la oficina.

Los censistas de 1937 fueron fusilados por «traidores que reducían la población de la URSS».

Ya lo tenemos: el estalinismo es la perfección negativa.

GEORGIA

Las biografías de los grandes monstruos históricos son siempre tragicómicas cuando hablan de su infancia. En vez de decir, por ejemplo, que «a X lo educaron los cocodrilos en una fosa séptica de Kuala Lumpur», nos hablan de padres, hermanos, casas y patrias. Podría decirse que la atmósfera familiar que reinaba en la casa de los Dyugashvili, en Gori, Georgia, dejaba mucho que desear. Los padres de Iósif se peleaban a bofetadas y Iósif las recibía de ambos. Pero no hay nada en sus primeros años que prefigure la desmesura de Stalin. Lo mismo le ocurrió a Hitler. También éste nació en la periferia del país que gobernaría (en la Alta Austria) y de padres campesinos (aunque la situación del

padre, que pasó a ser funcionario imperial, mejoró hasta el punto de que la posición social de Hitler se parecía a la de Lenin); tanto Adolf como Iósif cantaron de niños en el coro de la iglesia; y los dos acabarían midiendo 1,62 m. El padre de Hitler se fue obsesionando por la apicultura en la vejez (en cierto modo, muy oportunamente). El padre de Stalin era un zapatero remendón medio analfabeto y empinaba el codo.

Iósif Vissariónovich era el típico muchacho que se ponía apodo. Este apodo fue «Koba». Koba era el protagonista de una novela popular de título sugestivo: El parricida; pero Koba no era el parricida del título. Lo más destacado de Koba es que era una figura a lo Robin Hood, azote de los ricos y benefactor de los pobres. Stalin tenía otro sobrenombre, «Soso» (diminutivo georgiano de Iósif), que en esta etapa resumía bastante bien su personalidad. Exceptuando su memoria (obligatoriamente descrita como «fabulosa»), fue un chico normal. «Stalin», como se sabe, fue otro apodo que se puso. Hombre de Acero. El de Acero.

Empezó a aprender ruso a los ocho o nueve años (sus padres eran georgianos monolingües). En 1894, a los quince años, dejó la escuela parroquial de Gori y obtuvo una especie de beca para estudiar en el seminario de teología de Tiflis. Lo expulsaron, o se marchó él, al cabo de cinco años. Desde entonces fue revolucionario a tiempo completo.

Dos detalles de la niñez. Un compañero de estudios diría más tarde que nunca había visto llorar a Iósif. Viene a la memoria la célebre frase que fue moneda corriente en los años treinta: Moscú no cree en las lágrimas. En cambio, Koba era poeta. Se cree que estos versos salieron de su pluma:

Sabed que quien cayó en tierra como la ceniza, quien fue hecho esclavo hace mucho,

volverá a levantarse con las alas de la esperanza, por encima de las cordilleras.

Robert Conquest sugirió en cierta ocasión que «con los poemas de Stalin, Castro, Mao y Ho Chi Minh podría prepararse un pequeño y curioso volumen, con ilustraciones de A. Hitler». A los veinte años, con sus sueños artísticos por los

suelos, Hitler era un vagabundo: bancos de los parques, colas de la sopa boba. Con un poco más de talento tal vez se habría suicidado, no en el búnker, sino en un pequeño y acogedor estudio de Klagenfurt.

No sabemos qué pensaba Stalin de su infancia. Pero sabemos qué pensaba de Georgia. ¿Por qué desfogarnos con los padres cuando podemos desfogarnos con una provincia?

En 1921, con el apoyo total de Stalin, Lenin volvió a anexionarse Georgia (que había obtenido la independencia el año anterior) invadiéndola. Stalin se desplazó al sur para asistir a un pleno del nuevo gobierno: la primera visita que hacía en nueve años. Se dirigió a un grupo de trabajadores del ferrocarril, que le obligaron a guardar silencio con gritos de «renegado» y «traidor». En una reunión posterior arengó a los dirigentes bolcheviques:

¡Gallinas! ¡Hijos de asno! ¿Qué pasa aquí? ¡Hay que tratar esta tierra georgiana con un hierro al rojo vivo! [...] Me parece que habéis olvidado el principio de la dictadura del proletariado. ¡Tenéis que romperle las alas a esta Georgia! ¡Que corra la sangre de los pequeñoburgueses hasta que depongan toda resistencia! ¡Empaladlos! ¡Descuartizadlos!

Lenin se inclinaba últimamente por una política permisiva en el tema de los nacionalismos, sobre todo en el caso georgiano. Stalin era partidario de la mano más dura posible.

Su violenta prepotencia, su alarde de «patrioterismo panruso» (expresión de Lenin) en la cuestión de Georgia, estuvo a punto de hundirle en 1922: un notable testimonio de que la fuerza de sus sentimientos lesionaba sus intereses. (El poder, según veremos, produjo en Stalin un efecto perturbador inmediato; durante la guerra civil no hizo más que insubordinarse y apretar el gatillo por cualquier cosa; le costó muchos años aprender a dominar la efervescencia glandular que le producía el poder.) La cuestión de Georgia habría acabado con Stalin si Lenin hubiera conservado la salud. Lenin empezó a sufrir ataques en mayo de 1922, un mes después de cumplir cincuenta y dos años (además, hay que recordar que en 1918 se había interpuesto en el camino de tres proyectiles rusos y que uno de ellos seguía alojado en su garganta). Estoy convencido de que

tal era la intención de Lenin, no por las referencias a la «rudeza» de Stalin (vobost: ordinariez, grosería, vulgaridad), sino por la siguiente conversación que sostuvo con su hermana María. Stalin había pedido a María que intercediera por él; la presionó sentimentalmente diciéndole que no podía dormir porque Lenin lo trataba «como a un traidor». La charla de Lenin y su hermana terminó así:

[–Stalin dice que te quiere. Y te manda saludos cariñosos. ¿Le doy recuerdos tuyos?]

–Dáselos.

–Pero, Volodia, si es muy inteligente.

–No tiene ni un ápice de inteligencia.

Y esto lo dijo «taxativamente», pero «sin irritarse», lo que da a entender que Lenin hacía mucho que había dejado de pensar en Stalin como en un socio válido. Por lo general se admite que incluso un Lenin en malas condiciones lo habría marginado, aunque Richard Pipes, en Three «Whys» of the Russian Revolution, señala que «Stalin, tal vez ya en 1920, pero sin lugar a dudas en 1922, iba el primero en la competición por el puesto de Lenin».

En 1935 Stalin fue a ver a su madre, a la que había instalado en el palacio del virrey imperial del Cáucaso (donde ocupaba una sola habitación). Se cree que esta aireadísima visita formaba parte de una campaña pro familiar, lanzada para contrarrestar la decreciente natalidad. El hijo preguntó a la madre, entre otras cosas, por las palizas que le había dado de pequeño. La madre le respondió:

–Gracias a eso eres un hombre de provecho.

En 1936, cuando falleció la anciana Ekaterina, Stalin escandalizó a lo que quedaba de la opinión pública georgiana no asistiendo al entierro.

En 1937 llegó el Gran Terror a Transcaucasia: «En ningún sitio se trató peor a las víctimas que en Georgia», dice Robert C. Tucker. De los 644 delegados que asistieron al congreso del partido georgiano, que se celebró en mayo, 425

acabaron fusilados o en el gulag (que alcanzó su punto más mortífero en 1937-1938). A Mamia Orajelashvili, cofundador de la república, le sacaron los ojos y le perforaron los tímpanos delante de su mujer. El jefe del partido, Néstor Lakoba, ya había sido envenenado y enterrado con honores en 1936; pero lo exhumaron por ser enemigo del pueblo y su mujer fue torturada hasta la muerte delante de su hijo, que tenía catorce años (y que fue enviado al gulag con tres amigos de su edad. «Cuando, tiempo después, escribieron a Beria pidiéndole la libertad para continuar sus estudios –dice Tucker–, ordenó que los volvieran a llevar a Tiflis y los fusilaran»). Budu Mdivani, ex jefe de gobierno, fue detenido, torturado durante tres meses y fusilado. Su mujer y sus cinco hijos, cuatro varones y una chica, también fueron fusilados.

Se dice que cuando los interrogadores abordaron a Mdivani, éste protestó:

–¡Decís que Stalin ha prometido perdonar la vida a los bolcheviques de la vieja guardia! Conozco a Stalin desde hace treinta años. ¡No descansará hasta que nos haya masacrado a todos, desde el primer niño sin destetar hasta la última bisabuela cegata!

El «nos» parece referirse a «los bolcheviques de la vieja guardia», pero podría significar «todos los georgianos» (o, para el caso, todos los ciudadanos soviéticos). De todos modos, está muy clara la naturaleza del odio de Stalin. Normalmente se atribuye a su tremenda inseguridad y a la vergüenza que le daban sus orígenes. También es posible que tratara de cortar sus últimas conexiones con lo humano. En los años treinta, y en fecha posterior, Stalin mataba a todos los que habían conocido a Trotski. Pero también mataba a todos los que habían conocido a Stalin: conocido, visto o respirado el mismo aire.

DEMIAN BEDNY

Entre todos los escritores con quienes Stalin tenía trato, ninguno era menos distinguido que Demian Bedny. Poetastro de última fila, Bedny era, para colmo, el «poeta coronado» del proletariado soviético. Había estado activo desde la época de la guerra civil y sus poemas (o cantos de batalla: «¡Matad a las ratas! ¡Matadlas a todas, hasta la última!») se pegaban en las paredes y se lanzaban desde los aviones. Trotski ensalzaba su vehemencia, «su odio bien fundado» y su

capacidad para escribir «no sólo en las raras ocasiones en que se recibe la visita de Apolo», sino «día tras día, al pie de los acontecimientos [...] y del Comité Central». Stalin gritó «¡Que salga el autor! ¡Que salga el autor!» en 1926, cuando Bedny publicó un poema antitrotskista, «Todo tiene un fin», al que pertenecen estos versos:

¡Nuestro partido, durante mucho tiempo,

ha sido blanco de políticos acabados!

¡Ya es hora

de poner fin a esta ignominia!

Conforme el proceso de Zinóviev y Kámenev, bolcheviques de la vieja guardia, se acercaba a su desenlace, Pravda se llenaba de manifiestos colectivos y artículos firmados que pedían la pena de muerte. El poema de Bedny de 21 de agosto de 1936 se titulaba «Sin piedad».[1]

Demian Bedny, que recibía una pensión y vivía en un apartamento de lujo en el Kremlin, tuvo varios roces con Stalin. Nadezda Mandelstam cuenta una anécdota que habla ya de una frialdad temprana. Parece que a Bedny le fastidiaba dejarle libros a Stalin porque éste se los devolvía con los márgenes manchados de grasa. Tuvo la imprudencia de confiar esta observación a su diario; un secretario del Kremlin vio la anotación y la copió. Salta a la vista, dicho sea de paso, que el poeta coronado nunca fue para Stalin más que un idiota relativamente útil. Stalin sabía muy bien que la poesía era algo más que una sirena de fábrica...

En 1930, Bedny publicó «Despega la espalda del horno», un poema que lamentaba el descenso de la producción carbonífera del Donbás (algunos mineros eran campesinos recientemente reclutados), y «Pererva», que trataba de un accidente ferroviario (por negligencia de un guardagujas de la línea Moscú-Kursk). El tema de este segundo poema era el sopor fantasioso propio de los rusos, lo que Lenin había calificado de «oblomovismo». Como esta crítica fuera a su vez criticada por el Comité Central, Bedny escribió a Stalin, alegando en su defensa que era una sátira constructiva del carácter nacional, dentro de la

tradición de Gógol y Schedrin. La respuesta de Stalin fue, según Tucker, «tajantemente condenatoria». Acusó a Bedny de «calumniar» al proletariado ruso.

Bedny no se había dado cuenta de que la actitud de Stalin hacia la antigua Rusia estaba cambiando ni de que el mandatario se había empeñado en exaltar las tradiciones folclóricas y a los héroes del pasado (rehabilitaría no sólo a Pedro el Grande, sino también a Iván el Terrible, a su imagen y semejanza). En palabras de Tucker, Stalin se estaba convirtiendo en un «panruso ultraderechista». Así pues, Bedny se dejó aconsejar muy mal cuando en 1936 escribió una ópera bufa titulada Bogatiri («Grandes héroes»), en la que se burlaba descaradamente de un capítulo sagrado de la historia rusa.

Robert Tucker:

Pintó como borrachos y cobardes a estos personajes legendarios [...] La conversión al cristianismo del príncipe Vladimiro, que condujo a la población de Kiev al río Dniéper para celebrar un bautizo colectivo en lo más crudo del invierno, allá en el siglo X, fue transformada en una orgía de borrachos.

Mólotov estuvo presente la noche del estreno y se marchó al finalizar el primer acto («¡Es indignante!»). Bedny fue expulsado del Sindicato de Escritores. Y del apartamento del Kremlin.

Nuestro poeta siguió escribiendo y publicando... hasta 1938. Aquel año, sin tener más idea que antes de la situación general, sintió deseos de atacar el nazismo. Por lo visto no estaba al tanto del sutil coqueteo que había entre Hitler y Stalin (que no tardarían en ser aliados nominales). Titulada «Infierno», la obra de Bedny reinventaba Alemania desde el punto de vista del infierno clásico (para contrastarlo, sin duda, con el paraíso de la Unión Soviética). Y a las dos de la madrugada lo citaron en la redacción de Pravda. Mejlis, el director, le enseñó el manuscrito, que llevaba una anotación de Stalin: «Decidle a este Dante de última hora que ya puede dejar de escribir.»

«He inventado un género nuevo –dijo Isaac Bábel, el gran autor de cuentos, en 1934–: el silencio.» Dejaron de publicarse escritos de Bábel en 1937; lo

detuvieron en 1939 y lo fusilaron en 1940.

Demian Bedny, Damián el Pobre (su verdadero nombre era Efim Pridvorov). Fue una vergüenza para la poesía; y su aspecto físico reflejaba esa vergüenza. Pero nos consuela saber que el peor castigo que padeció fue vivir en la miseria, ya que el silencio, en su caso, no lo fue ni aquí ni allí.

MANCHA GRIS, OJOS AMARILLOS

En noviembre de 1915, Lenin escribió a su colega Viacheslav Karpinski para pedirle

un gran favor: averiguar (por mediación de Stepko [N. D. Kiknadze] o de Mija [M. G. Tsjákaia]) el nombre de «Koba» (¿no es Iósif Dy...? Lo hemos olvidado). ¡¡¡Es importantísimo!!!

Resulta más bien cómico cuando pensamos en las revisiones históricas emprendidas posteriormente por Stalin. Películas, pinturas y libros de consulta solían traer escenas con Lenin y Stalin planeando juntos la revolución (mucho antes de 1915) y reflejar la «gran alegría», los «abrazos viriles» que presidían sus encuentros, etc. Hay algo palpablemente infantil en las falsificadas transcripciones de 1929, que en teoría eran comunicados telegráficos de Lenin de principios de 1918, cuando el nuevo régimen bregaba con el Tratado de BrestLtovsk. El objetivo de Stalin era validar con efectos retroactivos, y exagerar, su propio papel (y, desde luego, desacreditar el de Trotski):

1. Aquí Lenin. Acabo de recibir vuestra carta especial. Stalin no está aquí y no he podido enseñársela todavía [...] En cuanto llegue Stalin le enseñaré vuestra carta [...] 2. Antes de responderos me gustaría consultar con Stalin [...] 3. Acaba de llegar Stalin, estudiaremos el asunto y os daremos una respuesta conjunta [...]

Decidle a Trotski que solicitamos un alto en las conversaciones y que vuelva [a Petrogrado]. Lenin.

«Os daremos una respuesta conjunta»: muy rápido había subido «¿Iósif Dy...?» Lenin, en 1915, hacía diez años que conocía a Stalin. En 1912 lo nombró personalmente para formar parte del Comité Central. Aquel mismo año, Stalin cruzó dos veces (ilegalmente) la frontera austriaca para visitar a Lenin en Cracovia. Lenin lo llamaba «mi fabuloso georgiano». Y, sin embargo, no se acordaba de su nombre. «¡¡¡Es importantísimo!!!», decía Lenin. Y lo era.

Cuando llegó el momento de falsear o refalsear la historia, Stalin tenía ante sí una tarea descomunal. Sus actividades prerrevolucionarias (agitación, propaganda y organización de huelgas) destacaban un poco únicamente porque lo habían encerrado a menudo. Entre 1903 y 1917 sufrió siete detenciones; unas veces lo metían en la cárcel y otras, las más numerosas, lo confinaban (en lugares de los que escapó en cinco ocasiones). Entre 1908 y 1917 había estado en libertad dieciocho meses en total. Parece que incluso su papel en las célebres «expropiaciones» fue secundario. El extraordinario atraco al banco de Tiflis (1907), con cañones, bombas, docenas de heridos y muertos inocentes (contando los caballos mutilados), no fue obra de «Koba», sino de «Kamo» (el enloquecido Ter-Petrosián). Las hazañas de Stalin anteriores a 1917 se resumen en el puñado de artículos que, por encima de toda duda, publicó en Pravda. Luego vinieron los acontecimientos de Octubre en Petrogrado.

En 1938, durante la primera oleada del Terror, Stalin dio a la imprenta un Cursillo de historia del Partido Comunista de la Unión Soviética. En parte manual de consulta, en parte autobiografía escrita por otro, se vendieron decenas de millones de ejemplares y se convirtió en piedra angular de toda la cultura. Puede que no toda su popularidad se prefabricara e impusiera. A fin de cuentas, el Cursillo era el mejor manual para aprender a evitar las detenciones. Por entonces, en 1938, estaban ya muertos casi todos los que recordaban las cosas de otro modo. Fue uno de los oscuros deseos del Terror: hacer tabla rasa del pasado... Por lo que dice el Cursillo, Stalin hizo la revolución (y ganó la guerra civil) prácticamente solo, con la ayuda y el apoyo de Lenin, y las siniestras zancadillas de Trotski. Cuando lo cierto es («un hecho curioso pero indiscutible», como dice Isaac Deutscher) que Stalin no tuvo el menor papel en Octubre.[2]

Parece que entre sus contemporáneos era de rigor decir en esta etapa (durante la guerra civil descollaría ruidosamente) que Stalin era «una medianía gris e incolora», «una mancha gris» (con un «brillo de animosidad» en «sus ojos amarillos»: Trotski) o «un político de pueblo» (Liev Kámenev). Estos juicios se suelen presentar como ejemplos de falta de previsión o como homenaje a la capacidad simuladora de Stalin. Pero salta a la vista que eso es exactamente lo que era Stalin en 1917: una mancha gris de ojos amarillos (algunos observadores hablan de «ojos atigrados»). Sin embargo, ya estaba capacitado para ganarse la antipatía de sus compañeros. En marzo recibió un desaire marginador que a Conquest le parece «totalmente asombroso si recordamos que fue en descrédito de su elevada posición oficial» (fue rechazado para un ascenso menor «a causa de determinadas características personales»). Estamos pues ante una figura a la vez anónima y propensa a agredir. En cuanto se bajaba la guardia, asomaba algo salvaje. Tras la mancha gris aparecían los ojos amarillos.

Cuando Lenin, en 1912, lo designó miembro del Comité Central, no propuso su nombre según el procedimiento de costumbre, sino que lo impuso por decreto, como si admitiera que su protegido no gozaba de la simpatía general. Lenin toleraba a Stalin, entre otras cosas, por sus antecedentes, porque era el único bolchevique (exceptuando a Tomski) que tenía algo de proletario; y pensaba que la brutalidad obrera de Stalin era más «sincera», ideológicamente hablando, que la brutalidad cerebral que tenían él y Trotski, y, en menor medida, los demás miembros de la cúpula. En 1922, como hemos visto, Lenin rechazaba totalmente a Stalin, su bajo nivel cultural y su lumpeninestabilidad. Intuía que el poder («un poder inmenso») se estaba concentrando en Stalin y parece que de súbito se dio cuenta del efecto que ese poder le había producido y le estaba produciendo. La verdad es que el poder, más que corromper a Stalin, lo reinventó por simbiosis.

Cuando se anunció la composición del nuevo gobierno de 1917, Stalin figuraba en el lugar decimoquinto y último. (En 1937-1938 no estaba bien visto recordar este detalle.) Stalin era la industriosa y mestiza mascota de Lenin, su perro de lanas. Cinco años después, Lenin se dio cuenta de que el perro echaba espumarajos de rabia. Dos años antes, desde la perspectiva de Lenin, el perro ni siquiera tenía nombre.

Convendría que abordáramos ahora la desconcertante conversación telefónica que sostuvieron Stalin y Krúpskaia, la mujer de Lenin, el 22 de diciembre de

1922, en la que Stalin la llamó, entre otras cosas (según se rumoreó en el Partido), «puta sifilítica».

La fecha es importante. En esta etapa, después del altercado de Georgia, las relaciones Lenin-Stalin estaban en el punto más bajo. Sin embargo, cuatro días antes, el Comité Central había responsabilizado a Stalin de los cuidados médicos de Lenin.[3] Trece días más tarde Lenin redactó su «Testamento» («Stalin es demasiado rudo», etc.). Pero Lenin no se enteró de la charla telefónica hasta marzo, la víspera de su último ataque.

El 22 de diciembre de 1922, Stalin supo que Krúpskaia supuestamente había contravenido las indicaciones médicas que seguía Lenin. Según ella misma (en carta a Kámenev):

Stalin me bombardeó ayer con una andanada de insultos terribles, por una breve nota que me dictó Lenin con permiso de los médicos. Yo no soy una novata en el Partido. En los últimos treinta años jamás he oído una palabra soez en boca de un camarada.

¿Cómo se explica este comportamiento de Stalin? La «breve nota» que Lenin dictó a Krúpskaia era para Trotski, para felicitarle por haber sido más listo que Stalin (en el asunto del monopolio del comercio extranjero). Una prueba, para Stalin, de un bloque Lenin-Trotski. Pero ¿por qué su agresividad tomó aquel rumbo? Fue a todas luces un atropello imperdonable, y perpetrado con tal saña que se dice que Krúpskaia (una mujer muy tranquila, incluso mientras cuidaba de su moribundo marido) se puso histérica (según dijo a Kámenev, tenía los nervios «a punto de estallar»). Cuando Lenin se enteró, como inevitablemente tenía que ocurrir, se movilizó en el acto y, también inevitablemente, para desprestigiar y desacreditar a Stalin. El 7 de marzo sufrió el último ataque. Vivió, sin poder hablar, otros diez meses; y Stalin sobrevivió.

Si no hay una explicación racional que dé cuenta de la conducta de Stalin, tendrá que servirnos una explicación irracional. El destacado chequista Dzeryinski, cuando le reprocharon amistosamente el salvajismo con que había llevado a cabo la purga de Georgia, admitió que la represión se le había ido completamente de las manos, y añadió: «Pero no pudimos evitarlo.» Desde luego que creemos que

la conquista y el ejercicio del poder tenían esa cualidad incontenible. Podemos entenderlo imaginando la fuerza coercitiva de los bolcheviques y los adjetivos asociados con ella: desnuda, cruda, brutal, despiadada, absoluta. El 25 de mayo de 1922, Stalin había experimentado una ingobernable subida de tensión, con motivo del primer ataque de Lenin (con la masiva descarga del 13 de diciembre, ataques dos y tres). Cuando habló con Krúpskaia, Stalin sentía los escalofríos y vértigos de la omnipotencia presentida. No pudo evitarlo.

Krúpskaia hablaba totalmente en serio cuando dijo que si Lenin hubiera vivido, habría acabado, junto con los demás bolcheviques de la vieja guardia, en las celdas de la muerte de Stalin. Cuando se enteró de la conversación telefónica, Lenin escribió a Stalin: «No voy a olvidar lo que se me ha hecho, y no hace falta decir que lo que se ha hecho contra mi mujer es como si se hubiera hecho contra mí.» Exactamente. Por primera y única vez, y con una temeridad incontenible, Stalin había dejado ver un secreto que tenía muy escondido: su odio a Lenin. En la medida en que Stalin tenía un yo dividido o «duplicado», una mitad suya odiaba a Lenin con la furia y la determinación con que todo él odiaba a Trotski.

Obedeciendo instrucciones, Krúpskaia presentó el «Testamento» al Comité Central nada más fallecer Lenin. Stalin anunció su dimisión.

Pero había transcurrido un año, las reconfiguraciones políticas estaban ya en marcha y no se aceptó la oferta táctica de Stalin.

Su aliado desde el principio, su instrumento más fiel, fue la esclerosis cerebral. La enfermedad empezó por debilitar a Lenin, luego lo marginó parcialmente, luego lo enmudeció, y por último, tras una prórroga crucial, lo aniquiló, sirviendo siniestramente en todo momento a las necesidades de Stalin.

LA CARA DE KREMLIN

–Lázar –dijo Stalin cierto día del difícil año de 1937, para trabar conversación con su hábil subordinado Lázar Moiséievich Kaganóvich–, ¿sabías que tu [hermano] Mijaíl se relaciona con elementos derechistas? Hay pruebas sólidas contra él.

Kaganóvich replicó al cabo de un momento:

–Entonces debe tratársele de acuerdo con la ley.

Kaganóvich llamó puntualmente a su hermano Mijaíl (bolchevique desde 1905 y a la sazón comisario para la construcción aeronáutica), que aquel mismo día se pegó un tiro en el cuarto de baño de un colega. Lázar Kaganóvich falleció de muerte natural en 1988.[4]

Gracias a estas bajezas se podía vivir más que Stalin: había que darle un poco de sangre propia, sin titubear, aunque se dice que Poskrébishev, secretario de Stalin, cayó de rodillas con la esperanza de salvar a su mujer de la pena máxima.

La nuera de Nikita Jrushov fue encarcelada.

La mujer de Viacheslav Mólotov fue enviada al gulag.

La mujer de Mijaíl Kalinin fue golpeada por una interrogadora, que la dejó inconsciente en presencia del dirigente chequista Lavrenti Beria; luego la mandaron al gulag.

Los dos hijos de Anastas Mikoyán fueron enviados al gulag.

La mujer de Aleksandr Poskrébishev fue enviada al gulag. Tres años más tarde la fusilaron.

Estos hombres formaban el círculo íntimo de Stalin, eran el personal con «cara de Kremlin» (pálida, con manchas cárdenas) que trabajaba con él todos los días y bebía con él todas las noches. Imaginemos estos rostros alrededor de la mesa del comedor o parpadeando en el cine privado (musicales y películas de vaqueros durante los primeros años, luego propaganda exaltadora de las granjas colectivas y cosas por el estilo). Imaginemos sus rostros cuando levantan los ojos de la mesa del despacho al día siguiente. Estos hombres pálidos habían dado a Stalin parte de su sangre.

RITMOS DE PENSAMIENTO

Las dos frases más célebres de Stalin son: «La muerte soluciona todos los problemas. No hay hombre, no hay problema» y (aquí estaba aconsejando a los interrogadores sobre cómo arrancar una confesión concreta) «Golpead, golpead y golpead otra vez».

Las dos se nos han transmitido en diferentes versiones. «Donde hay un hombre hay un problema. No hay hombre, no hay problema.» Ésta es menos epigramática y más catequística, más propia del estilo seminarista de Stalin (pensemos en su discurso fúnebre sobre Lenin y su vaivén litúrgico).

La variante de la número dos es: «Golpead, golpead y, una vez más, golpead.» Otra clara mejora, si queremos percibir los ritmos del pensamiento de Stalin.

LA SUCESIÓN

Los años de su ascenso al poder absoluto, 1922-1929, son poco espectaculares: bloques, alineamientos, remodelaciones burocráticas y cierta cantidad de palabras dulces en relación con la Revolución Permanente (condenada luego como «contrabando trotskista») y con el «socialismo en un solo país» (la idea estalinista de que la URSS debía sobrevivir sin revoluciones comunistas en Alemania, Francia, Inglaterra y Estados Unidos): son años tan poco espectaculares que lo mejor es hacerlos a un lado para echar una ojeada a Trotski y preguntarse por qué a la postre causó tan pocos problemas a Stalin. Le causó problemas psicológicos, pero no políticos.

Se mire como se mire, el grupo de competidores que dejó Lenin al morir era notablemente pequeño. Nadie espera morirse a los cincuenta y tres años; pero la cuestión de la sucesión era una de las grandes despreocupaciones integrales del leninismo. La cadena de mando, según El Estado y la revolución (escrito a toda prisa entre las dos revoluciones de 1917), se basaba en «la incuestionable obediencia a la voluntad de una sola persona, el jefe del sóviet». ¿Y qué pasaría cuando el jefe del sóviet muriera? La justificada inquietud por este tema confirma la impresión de melancolía y fracaso que producen las últimas y poscríticas meditaciones de Lenin.

Al principio parecía ir en cabeza el jefazo del Partido en Petrogrado (ya

Leningrado), Grigori Zinóviev. No deja de ser chocante, porque nadie ha dicho jamás nada bueno de él. Conquest, contra su costumbre, es rotundo: «Parece que tanto la oposición como los estalinistas, tanto los comunistas como los no comunistas, lo tenían por un cero a la izquierda, vanidoso, incompetente, insolente y cobarde.» Otra estrella del partido era Liev Kámenev, personaje más comedido y respetable, pero quisquilloso y un perfeccionista incorregible. Zinóviev y Kámenev solían trabajar juntos (también los eliminaron juntos); quizá superaban su común debilidad con alguna clase de coalición desvencijada. ¿Quién más había? Lenin, luciendo su vanidad y, ya enfermo, su apagada voluntad, recomendaba un gobierno de consenso mayoritario: gobernar mediante el Politburó. Pero el sistema que había construido medio por casualidad estaba hecho para que lo gobernase la personalidad más fuerte. La inevitabilidad de Stalin: Richard Pipes cree que Stalin era inevitable. Casi todos los historiadores, cuando hablan del vertiginoso ascenso de Stalin, prefieren «lógico» a «inevitable»... Kámenev, por cierto, el 21 de diciembre de 1925 pidió pública y vehementemente que se expulsara a Stalin, que aquel día cumplía cuarenta y seis años. A él y a Zinóviev les quedaban once años de vida.[5] A Bujarin trece.

Nikolái Bujarin, a quien Lenin llamaba «el niño mimado del Partido», se rebajó muchas veces. «Estoy muy contento de que los hayan matado como a perros», dijo, refiriéndose a Zinóviev y Kámenev, en 1936. Por entonces vivía amenazado por Stalin. Pero se había rebajado ya en fecha anterior, cuando no estaba sometido a ninguna presión, en el juicio de propaganda de 1922 contra los socialistas revolucionarios (Pipes dice que su papel allí fue «sórdido». Se comportó como una horda linchadora unipersonal). Bujarin, según todos los testigos, era tornadizo como un borracho y lo mismo rompía a reír que a llorar. Cuando los Mandelstam le pidieron ayuda, a comienzos de los años treinta, Nadezda se quedó atónita al ver el ataque de cólera que sufrió, en favor de ellos, no en contra. Pero Bujarin era elocuente y perspicaz: entendía la realidad mejor que sus colegas. Por consiguiente era la única eminencia no contaminada por el vicio crítico de los bolcheviques: el desprecio criminal por los campesinos. («Enriqueceos», les decía, ganándose así una reprimenda doctrinal.) Y cuando llegó la Colectivización, ésta produjo en él una reacción bastante rara en aquellos años y en aquellos hombres: la duda moral. Bujarin dijo en privado que durante la guerra civil había visto cosas que yo no querría que vieran ni mis enemigos. Pero lo de 1919 no puede ni compararse con lo que sucedió entre 1930 y 1932. En 1919 luchábamos por sobrevivir. Ejecutábamos enemigos, pero también nosotros arriesgábamos la vida en el proceso. En el segundo período, sin embargo, llevamos a cabo un exterminio masivo de hombres totalmente

indefensos, acompañados por sus mujeres y sus hijos.

Conquest añade:

[Bujarin] estaba más preocupado aún por el efecto que había producido en el Partido. Muchos comunistas se habían sentido muy afectados. Unos se habían suicidado; otros habían perdido la razón. En su opinión, las peores consecuencias del terror y el hambre no fueron los padecimientos del campesinado, por muy horribles que fuesen. Fueron «los profundos cambios psicológicos de los comunistas que participaron en la campaña y que, en vez de perder la razón, pasaron a ser burócratas profesionales para quienes el terror era ya un método normal de gobierno y una elevada virtud obedecer cualquier orden emanada de arriba». Hablaba de una «auténtica deshumanización de la gente que trabajaba en el aparato soviético».

Es en este punto y no en las secuelas del asesinato de Kírov (diciembre de 1934) donde vemos la aceleración del Gran Terror. «Koba, ¿qué necesidad tienes de matarme?»: así empezaba la cuadragésima tercera carta sin respuesta que Bujarin escribió a Stalin, en el largo período de su arresto domiciliario, su juicio y su condena. ¿Por qué? Dsachtó? El mismo Bujarin lo dijo en 1936:

[Stalin] sufre porque no es capaz de convencer a nadie, ni siquiera a sí mismo, de que es más grande que los demás; y este sufrimiento podría ser su rasgo más humano, quizá el único rasgo humano que había en él. Pero lo que no es humano, sino más bien diabólico, es que a causa de este sufrimiento se sienta obligado a vengarse de la gente, de todo el mundo, pero en particular de quienes en un sentido u otro son mejores o superiores a él.

Quienes son mejores o superiores a él: numeroso ejército. Cuando eran mucho más jóvenes y más felices, Stalin y Bujarin acostumbraban a pelearse en broma

en el jardín de la dacha del uno o del otro. Solzhenitsyn cuenta de pasada que Bujarin solía derribar a Stalin. Este hecho habría bastado.[6]

Con lo cual sólo nos queda Trotski. Lenin le atribuía una ambición suprema, pero había algo fundamentalmente cómico en la idea de Trotski como sucesor. A fines de 1922 tenía que solicitar instrucciones a la dacha de Lenin en Gorki... de la que Stalin era asiduo visitante. Luego cometió la elemental torpeza de no suspender sus vacaciones para asistir al entierro de Lenin. (Stalin no le engañó esta vez con las fechas.) La ausencia de Trotski se notó muchísimo, como la de Stalin en otro entierro, en 1936. El filósofo Alexander S. Tsipko identifica dos elementos en el ímpetu bolchevique: el desdén por lo trivial y el deseo de asombrar al mundo. Trotski encarnaba ambos. Stalin quería asombrar al mundo, como veremos enseguida. Pero no sentía el menor desdén por lo trivial. Los bolcheviques habían construido un mundo en el que el Estado tenía que vigilar las actividades de cualquier grupo de dos o más personas. Stalin aceptó las consecuencias de esto. Los románticos enfocan románticamente el fracaso total de Trotski en su lucha por el poder. La verdad es que sus esfuerzos fueron torpes, necios e incluso chochos (de la página en que se nos habla de sus diversas indisposiciones y recuperaciones surge como un trémolo de senectud). En las elecciones al Comité Central de 1921 quedó en décimo lugar, «muy por debajo de Stalin e incluso detrás de Mólotov», señala Pipes. En cualquier caso, no había ninguna duda sobre quién estaba más capacitado por su carácter para la tarea de mimar, animar, acariciar y cuidar en general de la gigantesca barriga de la burocracia.

LA TEORÍA

–Déjalo, Koba, no te pongas en ridículo. Todo el mundo sabe que la teoría no es tu fuerte.

La observación salió de labios del viejo y sabio comunista David Riazonov. La ofensa le costó cara.

Al poco de morir Lenin, en abril de 1924, Stalin dio una serie de conferencias que más tarde se publicaron en forma de libro con el título de Fundamentos del leninismo. Era prácticamente una antología de citas (sin ellas, dice Volkogónov,

el libro contendría poco más que signos ortográficos). Las citas se las había preparado un ayudante de investigación llamado F. A. Xenofóntov. También éste pagaría por su colaboración.

En 1925, Stalin nombró tutor personal suyo a Jan Sten, subdirector del Instituto Marx-Engels. La misión de Sten era conseguir que Stalin progresara en su comprensión del materialismo dialéctico. Dos veces por semana, durante tres años, acudió Sten al apartamento del Kremlin para introducirlo en el pensamiento de Hegel, Kant, Feuerbach, Fichte, Schelling, Plejánov, Kautsky y Francis Bradley (Apariencia y realidad). La inquietante sensibilidad de Stalin encontraba «monótona» la voz de Sten, pero se las arregló para soportar las clases, interrumpiendo ocasionalmente al profesor con preguntas como «¿Para qué sirven en la práctica estas tonterías?» y «¿Qué tiene que ver todo esto con la lucha de clases?» Como dijo Bujarin, a Stalin «le corroe el inútil deseo de llegar a ser un teórico reputado. Cree que es lo único que le falta». Sten, con aquella voz monótona, no tendría suerte.

Las clases finalizaron en 1928. En diciembre de 1930, Stalin se sentía ya preparado para ser profesor de sus profesores. En calidad de dictador indiscutible cuya revolución desde arriba (su «Segundo Octubre») estaba ya en marcha con una histeria y una confusión sin precedentes, encontró tiempo para dirigirse al Instituto de Profesores Rojos en los siguientes términos:

Tenemos que poner boca abajo y dar la vuelta a todo el montón de mierda que se ha acumulado en cuestiones de filosofía y ciencias naturales. Hay que machacar todo lo que ha escrito el grupo de Deborin [el académico Abram Deborin era un pensador influyente por aquellos años]. A Sten y a Kárev podemos echarlos. Sten fanfarronea mucho, pero sólo es un seguidor de Kárev. Sten es un vago sin remedio. Sólo sabe hablar.

Sten y otros fueron acusados además de «idealismo menchevizante» y de «subestimar la dialéctica materialista». Fue imposible saber con exactitud qué estaba prescribiendo –o proscribiendo– Stalin. El resultado de su intervención fue, en palabras de Volkogónov, que «la filosofía se estancó: nadie se atrevió ya a escribir nada sobre el asunto».

A Xenofóntov, colaborador de Stalin en Fundamentos del leninismo, se le dijo que dejara su trabajo. Acabó fusilado. Jan Sten fue denunciado por ser «lameculos de Trotski». Acabó fusilado. La suerte de David Riazonov («Déjalo, Koba») fue un poco más insólita.

Riazonov tenía un protegido, I. I. Rubin, que se sentó en el banquillo en el proceso contra los mencheviques de 1931. Cuando lo detuvieron, lo metieron en lo que Solzhenitsyn llama «la caja» («construida de tal modo que [el detenido] tenía que estar de pie y, aun así, aplastado contra la puerta»). Rubin estuvo allí un tiempo, pero lo soportó. Los chequistas le presionaron presentándole a un desconocido y amenazando con matarlo si Rubin seguía resistiéndose. Mataron a dos antes de acceder a firmar. Rubin confesó en el juicio que Riazonov poseía documentos que permitían ver el alcance de la conspiración menchevique. «No los encontraréis, salvo que los hayáis puesto vosotros allí», dijo Riazonov cuando el Politburó lo mandó llamar. Fue destituido, expulsado del Partido y confinado. Acabó fusilado.

Parece que el único superviviente de aquellas discusiones teóricas fue Abram Deborin, que murió (en la pobreza) en 1963, una fecha asombrosamente tardía.

EL SEGUNDO OCTUBRE Y LA DESTRUCCIÓN DEL CAMPESINADO

La Colectivización (1929-1933) fue la fase inaugural y definitoria del reinado indiscutido de Stalin; fue lo primero que acometió en cuanto tuvo las manos libres. En tanto que crimen contra la humanidad, eclipsa al Gran Terror, al que además potenció en dos sentidos, haciendo que la purga fuese más segura y al mismo tiempo más severa. La Colectivización hace que nos preguntemos por lo que habría ocurrido si los cincuenta años del gulag se hubieran comprimido en el tiempo (cinco años) y ampliado en el espacio (hasta abarcar todo el país). Porque la Colectivización fue peor, demográficamente peor. Se calcula que Stalin mató alrededor de 4 millones de niños durante la Colectivización. Sin embargo, para el hombre, y para la psicología del hombre, el rasgo más sobresaliente de la Colectivización fue su fracaso, profundo, abismal y con un impacto gigantesco. Con su ofensiva administrativa inicial, Stalin arruinó al país para el resto del

siglo. Además, fue entonces cuando perdió el contacto con la realidad, y lo hizo con toda su furia bolchevique. Como dijo el economista del Partido S. G. Strumilin: «Nuestra misión no es estudiar la economía, sino cambiarla. No estamos atados por ninguna ley.» Fue la primera etapa del torpe –y apenas comprensible– esfuerzo de Stalin por enfrentarse a la verdad, meterla en cintura, humillarla y destruirla.

Me acercaba ya a la treintena cuando caí en la cuenta –fue a causa de un artículo sobre el islam que leí en el TLSde que las teocracias tienen intención de funcionar bien. Hasta entonces había creído que la represión, la censura, el terror y la miseria eran el precio que había que pagar por vivir según el Libro. Pero no, no era ésa la idea, en absoluto: la intención del régimen coránico es que todos tengamos piscina y bombas de hidrógeno. Del mismo modo, la Colectivización tenía intención de funcionar bien. Stalin, en fecha anterior, había manifestado dudas sobre la postura «izquierdo-desviacionista» (es decir, excesivamente doctrinaria) que se tenía ante el campesinado: esta política, dijo, «conduciría inevitablemente [...] a una gran subida en los precios de los productos agrícolas, a una caída de los salarios reales y a una carestía creada artificialmente». Y sus preparativos para la Colectivización, en la fiebre inicial, fueron frívolamente tibios. Sin embargo, Stalin creía que la Colectivización funcionaría. La Colectivización dejaría pasmado al mundo. Era una muestra de cómo hervía la sangre estalinista. Y quizá sea ésta la mejor forma de representarse el estalinismo: como una serie de ebulliciones sangrientas.

Desde la perspectiva bolchevique, el campesinado era (como dicen los psicólogos cuando se refieren a un desajuste familiar grave e innombrable) «un elefante en la sala». El campesinado, en el universo marxista, no tenía por qué estar allí. En el universo marxista, Rusia tenía que parecerse más a Alemania, a Francia o a Inglaterra, con su proletariado urbano plenamente desarrollado. Sin embargo, los campesinos rusos eran obstinadamente reales: representaban el 85 por ciento de la población. Y como poseían tierras, eran técnicamente burgueses, técnicamente capitalistas.[7] Lenin había tratado de socializar el campo. Se requisó grano por medio del terror; y sobrevino el hambre. Su política agraria produjo además, en 1920-1921, una insurrección nacional que resultó ser más peligrosa que todos los ejércitos de los Blancos: fue parte de una fracasada pero sincera revolución que dejó en mantillas las de 1905 y febrero de 1917. La réplica de Lenin fue la Nueva Política Económica, vergonzosamente capitalista; fue una lacra doctrinal que tuvieron que sobrellevar los bolcheviques. Entusiasta al principio, Lenin pareció perder interés por la Colectivización y lo que

significaba. La derecha del Politburó estuvo de acuerdo. La izquierda estaba más impaciente por acometer empresas atrevidas, pero se avino a regañadientes a una socialización del campo que podía tardar diez o veinte años. En 1928, con Trotski en la picota, nadie hablaba ya con pasión de la Colectivización forzosa y menos aún de una Colectivización forzosa inmediata.[8] A principios de los años veinte, Stalin se había presentado como un centrista temeroso de Dios. Más tarde, liquidada la oposición, viró bruscamente a la izquierda. La polémica con los profesionales se solucionó con facilidad. Desde 1929, dice Conquest, los economistas soviéticos «tenían que elegir entre apoyar los nuevos planes de los políticos o ir a la cárcel».

Los objetivos de Stalin estaban claros: la Colectivización intensiva, con la exportación de todo el grano, financiaría la industrialización a destajo y redundaría en una militarización suicida para fortalecer el Estado y el imperio «en un mundo hostil». Según Robert Tucker, Stalin empezaba a pintarse a sí mismo como una especie de zar marxista; esperaba mejorar y sustituir el leninismo (por el estalinismo), y además apuntalar el Estado «desde arriba», como Pedro el Grande. Lo que no está tan claro es si fue una estrategia meditada o una simple y embriagadora improvisación sobre la marcha. A fin de cuentas, el Plan Quinquenal no fue un plan, sino una lista de deseos. Stalin tenía realmente intención, o necesidad, de reactivar el bolchevismo, de comprometerlo una vez más con la lucha «heroica». Sin embargo, a diferencia de Hitler, que hizo públicos sus objetivos en 1933 y trató de conseguirlos con un sentido de la autoridad particularmente repulsivo, hay que ver a Stalin en este mismo momento como una figura que fantasea continuamente no con el éxito, sino con el fracaso.

Para que las cosas funcionaran necesitaba un enemigo y una urgencia. La urgencia fue una «crisis cerealística», declarada a raíz de la decepcionante pero no desastrosa cosecha de 1927. El enemigo fue el kulak rural. Los kulaki (kulak significa «tacaño») eran un estrato prerrevolucionario de agricultores ricos; eran usureros, prestamistas y «explotadores de los braceros»; y casi todos desaparecieron durante el terror rural del Comunismo de Guerra. Como es lógico, durante la NEP, unos agricultores siguieron siendo más ricos que otros (alrededor del doble en los casos extremos). Llegaban a tener una vaca más, un bracero más durante la siega, una ventana más en la fachada de la cabaña de madera. El 21 de diciembre de 1929 Stalin cumplió cincuenta años y se echaron las campanas al vuelo; esta fecha señaló también el comienzo del «culto a la personalidad», un fenómeno que le pasaría factura psiquiátrica. Ocho días

después hizo pública su política de «eliminar a los kulaki como clase».

Solzhenitsyn insiste («Esto es importantísimo, lo más importante») en que la deskulakización fue ante todo un medio de aterrorizar y obligar a someterse a los demás agricultores: «Si no se les metía el miedo en el cuerpo, no había forma de quitarles la tierra que les había dado la Revolución ni de colocarlos en aquella misma tierra en calidad de siervos.» (Y Mólotov hablaba de asestar «tal golpe» a los kulaki que «los agricultores medios se pondrán firmes ante nosotros».) El «estudio de clases» que los bolcheviques aplicaron al medio rural fue, incluso tratándose del Partido, excesivamente voluntarioso, vago, ignorante y contradictorio;[9] pero tuvo la presunta virtud de ponerse al lado de los menos aptos, la virtud de la selección hacia abajo. Al parecer había tres clases de agricultores (pobres, medianos y kulaki) y tres clases de kulaki (numéricamente hinchadas por diversos «subkulaki», o «cuasikulaki», o podkulakniki, que significa «pro kulaki». Un plan aprobado en enero de 1930 contemplaba, en relación con los kulaki de la primera clase (los más ricos), «detenerlos y fusilarlos o encarcelarlos –dice Conquest–, y a las familias desterrarlas; y a los de la segunda clase solamente desterrarlos; mientras que (en esta etapa) los de la tercera clase, los "no hostiles", podían ponerse a prueba en las granjas colectivas». A los campesinos más pobres (que no tienen buena prensa en la historiografía: «borrachos», «vagos», «charlatanes», «inaprovechables», etc.) se les animaba a denunciar a los más ricos, y se les pagaba por ello. Una vez más vemos la extraordinaria persistencia de este tema: que un régimen basado en la perfectibilidad humana recompense, glorifique, estimule y desde luego necesite todo lo humanamente vil. En el contexto de la «hipocresía sin precedentes» (N. Mandelstam) de los bolcheviques, tenemos aquí que mientras se llamaba a la guerra contra «la explotación de los braceros» se reimponía la servidumbre no sólo a los kulaki, sino a todo el campesinado... Para los bolcheviques eran hipócritas la moralidad burguesa y el derecho burgués. Esta convicción fomentó una fabulosa expansión del potencial hipócrita. Los bolcheviques llevaron la hipocresía a lugares donde no había existido nunca; fue una hipocresía muy innovadora, muy refinada y casi ingeniosamente paralela. Fue la perfección negativa.

Contando con la acción coordinada de decenas de miles de militantes del Partido, los organismos punitivos partieron de las ciudades, armados con fusiles y con paquetes de órdenes e instrucciones. No en todos los pueblos y aldeas soviéticos había kulaki, pero había que aterrorizar a todos los pueblos y aldeas soviéticos. Stalin, para variar, se valía de un sistema de cupos (como haría en el

Gran Terror). Parece que tenía en la cabeza una cantidad inferior al 10 por ciento, unos 12 millones de personas. Los agitadores y chequistas habían tenido tres años de ruidoso adoctrinamiento (y de servicio activo: requisa de cereal, exacción de impuestos), con el habitual fanfarroneo sobre la dureza y la falta de escrúpulos; también ellos estaban medio aterrorizados (por ambas partes); y los cupos de Stalin eran siempre mínimos que era un honor superar. Lo que viene es de Vsie techiet, de Vassili Grossman:

Los padres ya estaban encarcelados y a comienzos de 1930 se llevaron también a las familias [...] Les amenazaban con fusiles, como si estuvieran poseídos, y llamaban «bastardos de kulaki» a los niños pequeños, y gritaban: «¡Chupasangres!» Y los «chupasangres» estaban tan aterrorizados que no les quedaba una gota de sangre en las venas. Estaban blancos como el papel.

Stalin, durante un tiempo, había hecho correr el rumor de que los campesinos pobres y medianos acudían en masa a las granjas colectivas «espontáneamente», un adverbio chocante porque la espontaneidad no era una cualidad que acostumbrara a elogiar. Para los campesinos, la Colectivización significaba entregar al Estado sus bienes, sus animales e incluso sus cuerpos. No tenían ante sí más alternativa que colectivizarse o ser deskulakizados. El objetivo de Stalin era el objetivo de Lenin en 1921: el monopolio estatal de la alimentación.

Así, la anarquía, el pillaje, la histeria y el sadismo cayeron sobre el campo. La resistencia campesina adquirió dos formas básicas, una previsible, la otra imprevista. En primer lugar, la insurrección directa. La Checa informó de 402 disturbios y revueltas producidos en enero de 1930, de 1.048 en febrero y de 6.528 en marzo.[10] Por lo general eran sofocados por las fuerzas armadas: caballería, vehículos blindados e incluso aviación de guerra. En cambio, la otra estrategia de los campesinos, que puso de manifiesto un sentido terrible de la dignidad, no pudo combatirse ni contrarrestarse. He aquí la declaración de un militante citado por Tucker:

Convoqué a una reunión de la aldea y dije a los presentes que tenían que integrarse en el colectivo, que eran órdenes de Moscú, y que si no lo hacían,

serían desterrados [...] Todos firmaron el papel aquella misma noche, desde el primero hasta el último. Que nadie me pregunte cómo me sentía yo ni cómo se sentían ellos. Y aquella misma noche empezaron a hacer lo que hacían las demás aldeas de la URSS cuando se las obligaba a entrar en los colectivos: matar su ganado.

«Todos tenían la boca llena de grasa –observaba con asco otro militante–, todos parpadeaban como búhos, como embriagados de tanto comer.» Fue la última cena del campesinado. Y fue aproximadamente la mitad de la cabaña nacional.

Iniciada el segundo semestre de 1929, la Colectivización era un desastre innegable ya a fines de febrero de 1930. Aunque había diferencias, Stalin había llegado al mismo callejón sin salida que Lenin en 1921. Lenin había aceptado la derrota, la retirada y una solución de compromiso. En otras palabras, aceptó la realidad. Stalin no. El campesinado no tenía ya ante sí a un frío intelectual. Tenía a un vehemente personaje popular cuya personalidad se deformaba y resquebrajaba con el calor del poder. No iba a aceptar la realidad. Iba a destruirla.

El primer movimiento de Stalin fue un amago de conciliación. El 2 de marzo de 1930, todos los periódicos soviéticos publicaron el famoso artículo «Mareados por el triunfo» (que Stalin no había enseñado al Politburó). Con la consiguiente consternación de todos los niveles del Partido, el artículo acusaba alegremente de los recientes abusos y excesos a una burocracia triunfalista. En abril, haciendo gala de una conciencia de sí primitiva y semisubliminal, Stalin se explicó como sigue:

[Las desdichadas consecuencias] se produjeron a causa de nuestro rápido éxito en el movimiento de las granjas colectivas. El éxito, a veces, se sube a la cabeza. Con frecuencia da lugar a mucha vanidad y a mucho engreimiento. Es muy fácil que esto le ocurra a algunos representantes de un partido como el nuestro, cuya fuerza y prestigio son casi inconmensurables. Es perfectamente posible encontrar aquí casos de aquella vanagloria comunista que Lenin combatió con tanta tenacidad.

La nueva línea trajo concesiones temporales. La Colectivización pisó el freno y hasta cierto punto dio marcha atrás. Pero la deskulakización se aceleró. El gulag no crecía con rapidez suficiente para albergar a todos los deportados. En su larga novela Vida y destino, Grossman describe los sentimientos de un ciudadano soviético sobre el que pesa la amenaza de la detención (y por pura casualidad repite a Stalin: «¿Cuánto pesa la Unión Soviética?»):

Sentía de un modo muy tangible la diferencia de peso entre el frágil cuerpo humano y el coloso del Estado. Sentía los brillantes ojos del Estado mirándole a la cara; el Estado caería sobre él en cualquier momento; se oiría una detonación, un grito, y él desaparecería.

El campesinado iba a experimentar ahora lo que Grossman llama repetidas veces «la cólera del Estado». Cuando Pasternak viajó al campo a principios de los años treinta para «recoger material sobre la nueva vida aldeana», cayó enfermo y no escribió ni una sola palabra durante un año. «Había una infelicidad tan inhumana e inimaginable, un desastre tan terrible que casi parecía una abstracción.» Lo que vio «desbordaba los límites de la conciencia». No de su conciencia. Lo que vio fue la materialización de la conciencia de otro, de la mente de otro, de la cólera de otro.

En el otoño de 1930, el ciclo de la violencia se convirtió en espiral: caleidoscópica y vertiginosa. He aquí parte de las declaraciones de un requisador:

[...] se ha juzgado ya al 12 por ciento de los granjeros, cantidad que no incluye a los kulaki deportados, a los agricultores sancionados con multas, etc. [...] Las cárceles están abarrotadas. En Balachevo hay cinco veces más presos de los que permite la capacidad original del edificio, y en la pequeña prisión del distrito de Elan hay 610 presos apretujados. El mes pasado, la cárcel de Balachevo devolvió a Elan 78 presos, 48 de los cuales tenían menos de diez años [...] Parece que no hay ya más mentalidad que la violencia, siempre estamos «atacando». «Arremetemos» contra las cosechas, contra los préstamos, etc. Todo es agresión; «acometemos» la noche entre las nueve y las diez y el amanecer. Todo el mundo

es agredido: las fuerzas de choque visitan a todo el que no cumple con sus obligaciones y lo «convencen» empleando todos los medios imaginables. Agreden a todos los que figuran en sus listas, y así es siempre, noche tras noche.

Tras enumerar, en una carta a Stalin, cinco torturas empleadas para obligar a los campesinos a revelar dónde estaban las reservas de cereal, el novelista Mijaíl Shólojov añadía: «Podría poner miles de ejemplos parecidos. No son “abusos” del sistema; es el sistema de recoger el cereal.» El 7 de agosto de 1932, Stalin promulgó una de las leyes más salvajes de toda la historia. Los campesinos la llamaron «ley de los cinco tallos» o, simplemente, «ley de la espiga». «Todo robo o daño contra la propiedad socialista» podría castigarse con diez años o, como rezaba el dicho, con nueve gramos (de plomo). Por llevarse un puñado podía aniquilarse a una familia entera. Entre agosto de 1932 y diciembre de 1933 llegaron a dictarse 125.000 sentencias y hubo 5.400 ejecuciones.

¿Qué más pedía la cólera de Stalin? ¿Cómo podía ampliarse e intensificarse? A una mujer cuyo marido había muerto de inanición aquel mes le caen diez años de gulag por robar unas cuantas patatas. Empieza a ser una costumbre fusilar en masa a los niños huérfanos. La Checa ejecuta a veterinarios y meteorólogos. De súbito se detiene a 20.000 militantes y cuadros comunistas (por «complacencia criminal» en la represión), para aterrorizar a los aterrorizadores, para añadir terror al terror, y a continuación más terror, y luego más, hasta que Stalin, el gradualista, recurre a un terror atípico o nuclear: el hambre.

Conforme caían las cosechas, aumentaban las cuotas de requisa, con sólo un resultado posible. Stalin siguió hostigando a los campesinos hasta que no quedó nadie para sembrar la siguiente cosecha.

LAS MUJERES

Enviudó dos veces.

De su primera mujer, Yekaterina (Kato) Svanidze (m. c. 1905: dos años después de la primera detención de Stalin), dice Conquest en Stalin: Breaker of Nations:

Sabemos poco de su breve período de convivencia, aunque quienes los conocían dicen que, aunque ella rezaba porque él abandonase su peligrosa profesión, era, de acuerdo con la tradición georgiana, una esposa obediente que cumplía sus deseos; él era ajeno a la idea socialdemócrata oficial de la igualdad de los sexos. No obstante, aunque a veces era muy brusco, se dice que le tenía mucho cariño.

Kato murió de tifus en 1905. En su Stalin, Dmitri Volkogónov describe (pero no reproduce) unas fotos de su entierro en las que se ve a Koba «bajo y delgado, con el pelo revuelto, de pie junto a la tumba, con cara de dolor sincero». Acabada la ceremonia, Stalin dijo a un amigo de confianza: «Esta criatura ablandaba mi duro corazón. Ahora que está muerta, ha muerto también lo que me quedaba de simpatía por los seres humanos.» Algunos historiadores se fían tanto de esta declaración de Stalin que suprimen las comillas y la parafrasean en tercera persona. Pero no es tan sencillo, o no tan natural. Si yo pusiera esas palabras en boca de un personaje de novela, sería para que el lector sobreentendiera lo siguiente: He aquí a un hombre hasta entonces desconcertado –y quizá avergonzado– por su falta de sentimientos humanitarios. La muerte de la joven esposa lo libera del desconcierto y de la vergüenza (no es culpa suya, es del mundo). En lo sucesivo podrá aliarse con la inhumanidad. Kato le dejó un niño de seis meses, Yákov. Mientras Koba entraba en el ciclo de detención, confinamiento y fuga (un año de libertad en la década siguiente), Yákov vivía en Georgia con sus tíos maternos. La verdad es que Stalin sólo manifestó desprecio por él y desempeñó un papel extraño en la horrible muerte del niño.

Stalin conoció a su segunda mujer, Nadezda (Nadia) Alilúyeva, cuando ésta tenía dos o tres años. Los Alilúyev eran bolcheviques de la vieja guardia, personas cultas, que solían alojar a Stalin en su casa cuando éste iba al San Petersburgo de antes de la guerra. Se cuenta que en cierta ocasión salvó a Nadia y a su hermana Anna de morir ahogadas y es evidente que la primera idealizó con el paso del tiempo al rudo agitador, con sus bigotes, su tupé revuelto y sus múltiples detenciones. Después de la revolución, ya con dieciséis años, pasó a ser secretaria de Stalin, y un año más tarde, su esposa. En 1921 nació Vasilii y en 1926 Svétlana. Nadia se pegó un tiro en la cabeza después de una fiesta que se celebró en el Kremlin para conmemorar el decimoquinto aniversario de la Revolución. Noviembre de 1932: en cierto modo, como veremos, Nadia fue una

víctima más de la Colectivización. Mientras la observaba en el ataúd abierto, se vio a Stalin hacer un gesto de reprobación y se le oyó murmurar: «Me ha dejado como si fuera un enemigo.»

Se dice que tuvo un hijo en Siberia, durante su confinamiento más largo. Y corrieron rumores de que en sus últimos años se acostaba a veces con su ama de llaves, Valentina Istomina. Y esto es todo, más o menos. Si tenemos en cuenta hasta qué punto pudo aprovecharse y si recordamos hasta dónde se aprovechó Beria (por ejemplo), la vida sexual de Stalin fue notablemente recatada. Es difícil rehuir la tentación de establecer comparaciones con Hitler (cuyo único «gran amor», Geli Raubal, se pegó un tiro en septiembre de 1931, y cuya compañera, Eva Braun, intentó suicidarse en el otoño de 1932, y otra vez en 1935, y por fin en 1945, esta vez con más suerte, con el marido al lado). Tanto Stalin como Hitler se sentían amenazados por las mujeres inteligentes. Stalin: «una mujer con ideas [...] una sardina con ideas: pellejo y raspa». Hitler: «El hombre de inteligencia elevada debe tomar una mujer primitiva y necia.» Los dos reaccionaban ante las (frecuentes) quejas de abandono lanzando un exabrupto o un insulto; y a los dos les gustaba humillar. La sexualidad, o asexualidad, de Hitler era con diferencia la más extrema: era un castrado monotesticular, un impotente, un virgen radical. Su voluntad de poder absorbía toda su energía erótica. De un modo muy general, el nazismo, y también el bolchevismo, producen una confusa impresión de criptohomosexualidad, de homosexualidad secreta y no admitida, con aquel culto a la dureza y con la supresión programática de todas las cualidades femeninas. La heterosexualidad se ve; la homosexualidad también; pero en la zona intermedia aguarda mucha violencia. El nazismo, es verdad, mató a miles de homosexuales. El bolchevismo, con su contradictoria tradición de permisividad y puritanismo miliciano, sólo se fijaba en los enemigos sexuales en contadas ocasiones, por ejemplo en los «colchones alemanes» (mujeres sospechosas de fraternizar con las fuerzas de ocupación durante la guerra).

Hay varias versiones sobre la última noche de Nadia. Durante el banquete del Kremlin (ofrecido por el cretino de Kliment Voroshílov), Stalin «ofendió» a Nadia; parece que hubo un cruce de frases al estilo de «Oye, tú, tómate un trago» (Nadia era alérgica al alcohol) y «¡A mí no me hables así!». Stalin le arrojó un cigarrillo apagado (según otra versión, un cigarrillo encendido que le cayó en el vestido). Nadia se fue; salió tras ella su amiga Polina Mólotov, que la alcanzó y dio con ella un paseo relajador por el patio del Kremlin. Al volver al apartamento de Stalin, Nadia se encerró en su dormitorio (tenían dormitorios

separados por entonces) y se pegó un tiro con un revólver alemán. Había escrito una nota... En un censuradísimo capítulo de sus memorias, Jrushov dice que Nadia llamó por teléfono a la dacha y que el torpe oficial de guardia le dijo que Stalin estaba «con una mujer». Esto parece descartable. Habría sido la primera infidelidad de Stalin en catorce años de matrimonio; y contradice nuestra idea de su pueblerina inseguridad sexual (y da un poco de asco: con una «sardina»). Tampoco tiene mucho peso otro rumor que dice que Stalin presenció o aceleró el suicidio de Nadia. Al fin y al cabo, ésta dejó una nota.

Svétlana Stalin, que tenía entonces siete años, contaría que la nota era «personal por un lado y política por el otro». Corría el mes de noviembre de 1932: cabe preguntarse si Stalin era todavía divisible en estos términos. Era ya casi totalmente político y después de los acontecimientos de aquella noche se libró por fin de lo personal... Es muy probable que el precipitante del suicidio fuera también político. Nadia se había matriculado hacía poco en la Academia Industrial de Moscú para estudiar química. Como buena comunista, iba allí en tranvía. Una prueba de capacidad empática es imaginar aunque sea la décima parte de la náusea gangrenosa que sentiría Nadezda Alilúyeva (una madre de treinta y un años, seria, culta, fuerte y guapa), sentada en el aula, mientras los compañeros de clase le hablaban de la situación real en Ucrania (donde habían pasado el verano haciendo activismo). Nadia se enfrentó a su marido y una vez más hay que imaginar el carácter de este enfrentamiento. Parece que Stalin hizo algo típico de él, negarlo todo rotundamente (como ya había hecho con el asunto de Krúpskaia en una carta a Lenin que llegó inmediatamente después de la última incapacitación de éste). Le dijo a Nadia que aquellas historias eran «chismes trotskistas». Pero Nadia volvió a la carga más tarde, tras oír más historias de sus compañeros de clase, por ejemplo la de dos hermanos detenidos por vender carne humana. La respuesta de Stalin esta vez fue reprocharle a Nadia su indisciplina política, detener a los estudiantes de la Academia Industrial y ordenar una purga en todas las universidades que habían aportado personal a la Colectivización. Hablar del hambre en la URSS no tardaría en ser un delito castigado con la pena de muerte. La ejecución de Nadia fue autoejecución, pero anticipó esta ley.

En esta época, cuenta Svétlana, su madre fue víctima de una «decepción devastadora». Nadia acabó comprendiendo que «mi padre no era el Hombre Nuevo que ella había imaginado de joven». Pero Stalin era un Hombre Nuevo, vaya que sí: había hecho unos progresos espantosos. El suyo era un poder sin precedentes y había querido ponerlo en práctica con un experimento. El

experimento había fracasado (y se había convertido simplemente en una guerra de exterminio contra los cobayas). En el campo, en vez de engordar en las leales y ronroneantes fábricas del trigo con que había soñado fugazmente un filósofo alemán, los campesinos se comían entre sí y a sí mismos.

Nadia Alilúyeva no sabía ni la mitad de lo que pasaba. Ignoraba que en Ucrania hubieran muerto 5 millones. Ignoraba que habían muerto por resolución de su marido.

Para saber lo que un hombre siente por su esposa hay que fijarse en cómo trata a sus hijos. Es lo que vamos a hacer. Hay que fijarse también en cómo trata a la familia de su esposa. Y los sentimientos de Stalin, como siempre, están escritos en rojo. He aquí el resumen de Alan Bullock:

Por parte de su primera esposa, Ekaterina Svanidze, su hermano Aleksandr, antaño amigo íntimo de Stalin, fue fusilado por espía; su mujer fue detenida y enviada a un campo, donde murió, mientras que el hijo común fue desterrado a Siberia por ser «hijo de un enemigo del pueblo». María, hermana de Ekaterina, fue igualmente detenida, y murió en la cárcel. Por parte de su segunda esposa, Nadezda Alilúyeva, su hermana Anna fue detenida en 1948 y condenada a diez años por espionaje; Stanislav Redens, marido de Anna, ya había sido detenido en 1938 por ser «enemigo del pueblo» y más tarde fue fusilado. Xenia, viuda de Pável, hermano de Nadezda, y Yevgenia, tía política de Nadezda, fueron detenidas al acabar la guerra y no salieron hasta después de la muerte de Stalin.

Epílogo. Cuando Milovan Djilas en persona se quejó de que el Ejército Rojo violaba a mujeres yugoslavas, dijo Stalin acerca de su soldado universal: «Cómo va a reaccionar normalmente un hombre así? ¿Y qué hay de malo en divertirse con una mujer después de tales horrores?» Parece que las yugoslavas recibían mejor trato que otras. Solzhenitsyn, oficial de artillería en Prusia oriental en el momento de su detención (1945), contaría después: «Todos sabíamos muy bien que si las chicas eran alemanas podíamos violarlas y después fusilarlas. Era casi una distinción en combate.» ¿También esto era «divertirse con una mujer» desde el punto de vista de Stalin?

HOMBRES Y MONTAÑAS

Todos los jefazos del Partido habían prestado su nombre a alguna que otra institución. Así como existían los Laboratorios Químicos Stalin, estaban la Fábrica de Tejidos Voroshílov, las Fábricas de Papel Zinóviev, la Fábrica de Vidrio Bujarin, etc. Las viejas poblaciones cambiaron de nombre: de pronto hubo lugares que se llamaban Ordyonikidze, Kalinin, Kírov. Conquest comenta en su Stalin:

Con el paso de los años el país tendría que soportar no sólo Stalingrado y Stalino (al final habría seis Stalinos), sino además Stalinabad, Stalinsk, Stalinogorsk, Stalinskoye, Stalinski, Staliniri (capital de Osetia meridional), Monte Stalin (el pico más alto de la URSS, que luego estaría acompañado por los picos más altos de Checoslovaquia y Bulgaria), Bahía Stalin, la Cordillera Stalin y diversas aldeas que llevaban sencillamente el nombre de Stalin...

En 1938, año en que hubo 4,5 millones de detenciones supererogatorias y quizá 500.000 ejecuciones, el jefe de la Checa, alegando «sugerencias de los trabajadores», puso ante el Politburó la propuesta de que Moscú se llamara Stalinodar. Haciendo alarde ahora de una humildad bolchevique más tradicional, Stalin vetó el cambio de nombre. Siempre dijo que el culto a la personalidad, aunque políticamente útil, le disgustaba. «En términos generales –dice Conquest–, sus críticas al culto, esporádicas y sin efecto, podrían considerarse una estratagema para añadir la modestia a su abanico de virtudes.»

Cuando Janusz Bardach, ayudado por insultos y culatazos, bajó tambaleándose del barco de esclavos (su punto de destino era el aislador de Kolymá), vio escritas en la cara del risco las siguientes palabras:

GLORIA A STALIN, EL MAYOR GENIO DE LA HUMANIDAD.

GLORIA A STALIN, EL MAYOR CAUDILLO MILITAR.

GLORIA A STALIN, EL MAYOR DIRIGENTE DEL PROLETARIADO INTERNACIONAL.

GLORIA A STALIN, EL MEJOR AMIGO DE LOS OBREROS Y CAMPESINOS.

Y mucho más.

Como es lógico, el «culto a la personalidad» pasó a ser el eufemismo oficial por los Veinte Millones. Podría decirse que la expresión es ridícula y al mismo tiempo idónea. Según Marx, la personalidad no desempeñaba ningún papel en la historia; la ruta de la locomotora estaba determinada por los raíles de la economía política y no por las características del fogonero. Pues bien, los bolcheviques sometieron esta teoría, como muchas otras, a una refutación gráfica. Stalin tenía personalidad y Lenin también.[11] La personalidad establecía una diferencia. En el caso de Stalin, la diferencia era una cordillera de cadáveres, uno de cuyos picos (bauticémoslo con su nombre) abrió sus entrañas ante los ojos de Varlam Shalamov.

1933: EL TERROR DEL HAMBRE

Hablamos de un hambre «atroz», que «devasta la tierra» y tiene a la gente «en sus garras». Al describir la inmovilidad y el silencio de las aldeas, Vassili Grossman dice: «Sólo el hambre se movía. Sólo el hambre no dormía.» Metafóricamente atribuimos al hambre voluntad e intención, pero el hambre no es más que una carencia, carencia de comida y luego carencia de vida. Posee un olor, señalado por su extrema duración: el de la purulencia. Y Grossman dice que, a pesar del silencio, «todo parecía violento y salvaje [...] y la tierra bullía». Para pensar en el Terror famélico de 1933 hay que pedir al lector que personifique otra vez el hambre, con intensidad, y que la llame Stalin. Es Stalin quien tiene a la gente en sus garras, Stalin quien devasta la tierra, Stalin quien es atroz.

Por lo general se cree que el uso del hambre como arma del Estado contra la

población es una innovación introducida por Stalin (luego adoptada por Mao y otros dirigentes comunistas), pero el hambre leninista de 1921-1922 también tuvo sus aspectos terroristas. Las dos hambrunas tuvieron la misma causa: requisa alimentaria punitiva. Mientras que Stalin fomentó y consolidó el hambre total, Lenin permitió al final y a regañadientes la intervención norteamericana, que salvó más de 10 millones de vidas. Sin embargo, el hambre leninista se imbricó con el terror, al menos en Ucrania. Como dijo en 1927 el historiador H. H. Fisher: «El gobierno de Moscú no sólo no informó a la American Relief Administration de la situación en Ucrania, tal como había informado en el caso de regiones mucho más lejanas, sino que deliberadamente puso obstáculos.» Y Conquest añade: «La verdad es que entre el 1 de agosto de 1921 y el 1 de agosto de 1922 se sacaron de Ucrania 5 millones de quintales de cereal para repartirlos por otros lugares.» Durante toda su vida adulta, Lenin fue un admirador del hambre como elemento «radicalizador» (y secularizador) del campesinado. Y en qué otra cosa podía estar pensando sino en el Terror del Hambre cuando, en 1922, advirtió a Kámenev: «Es un gran error creer que la NEP pondrá fin al terror; tendremos que recurrir otra vez al terror y al terror económico.» Así pues, Stalin, en 1933, se limitó a demostrarse a sí mismo, una vez más, que era «el más capacitado discípulo de Lenin». Su única novedad cualitativa, al margen de las purgas del Partido, fue la farsa de los Procesos de Moscú. Podemos traer a colación el comentario de Solzhenitsyn sobre el juicio «de propaganda» de los socialistas revolucionarios de 1922: Lenin «casi casi estuvo allí».

Ucrania era la república más refractaria tanto para Lenin como para Stalin. Durante el caos de 1918-1920, período en que el gobierno de Kiev cambió de manos trece veces, los bolcheviques se entrometieron, o reentrometieron, en campañas anuales. Y durante la ofensiva estalinista de 1929-1933 y después, se purgaron todas las instituciones ucranianas imaginables. Se puede calcular la intensidad de la desucranización por un pasaje del Testimonio de Shostakóvich. Se refiere a la suerte de los kobzari, poetas campesinos (muchos ciegos) que iban de aldea en aldea con sus versos y canciones. Es de creer que no representaban ninguna amenaza directa para el poder soviético, aunque se les podía clasificar en distintas categorías de indeseables («elementos desfasados», por ejemplo, o simplemente «otros», una clasificación muy empleada). No obstante, recordaban a los campesinos ucranianos que antaño habían tenido una patria. Los kobzari, centenares de kobzari, fueron invitados a participar en su primer Congreso Panucraniano. «Herir a un ciego –comentaba Shostakóvich–, ¿qué puede haber más bajo?» Algunos fueron encarcelados, pero «casi todos» fueron fusilados, porque (como señala Conquest) no valía la pena alimentar a un ciego en el

gulag.

Así pues, Stalin tenía dos motivos para atacar a los campesinos ucranianos: eran campesinos y eran ucranianos. La URSS siguió exportando grano y siguió acumulándolo. La requisa alimentaria prosiguió hasta marzo de 1933, epicentro del período del hambre. Pero las brigadas recolectoras sólo se interesaban ya por las casas donde era evidente que no se pasaba hambre. Ucrania tenía otras semejanzas con el «gigantesco Belsen» de la descripción de Conquest: guardias armados, y torres de vigilancia activas día y noche, para detectar e impedir que robaran trigo. A pesar del bloqueo y de las barricadas, cientos de miles de campesinos consiguieron llegar a las ciudades, donde se arrastraban con las multitudes que formaban serpeantes y quejumbrosas colas delante de las panaderías «comerciales»[12] (también las ciudades pasaban hambre: Stavropol perdió 20.000 habitantes, Krasnodar 40.000, Jarkov 120.000). En diciembre de 1932, para combatir «la infiltración de kulaki en las ciudades» el régimen aumentó las restricciones sobre los viajes interiores:

El Comité Central y el gobierno están en posesión de la prueba definitiva que demuestra que este éxodo masivo de los campesinos ha sido organizado por los enemigos del régimen soviético, por contrarrevolucionarios y por agentes polacos, como un golpe de propaganda contra el proceso colectivizador en particular y el gobierno soviético en general.

En el seno de las aldeas, en el seno de las familias, dice Grossman, «las madres miraban a sus hijos y gritaban de miedo. Gritaban como si se les hubiera colado una serpiente en la casa. Y esta serpiente era el hambre, la inanición, la muerte». Esta serpiente era Stalin. Al principio, los niños lloraban todo el día porque no tenían comida; luego, por si no bastara, lloraban toda la noche por el mismo motivo. Otros se los llevaban a las ciudades y los dejaban allí. El cónsul italiano en Jarkov entregó este informe:

Hace ya una semana que patrullan por la ciudad los dvorniki, ayudantes de uniforme blanco que recogen niños y los llevan a la comisaría de policía más cercana [...] A eso de medianoche se los llevan en camiones a la estación de

mercancías de Severodonetsk. Es donde se concentra a todos los niños que se encuentran en estaciones o en trenes, a las familias campesinas, a los ancianos [...] Un equipo médico hace una especie de selección [...] Todo el que no está hinchado todavía y tiene alguna posibilidad de sobrevivir es enviado a los edificios de la Jolodnaya Gora, en cuyos grandes hangares hay una población constante de 8.000 personas agonizando en camas de paja. Casi todas son niños. Los que ya han empezado a hincharse se transportan en trenes de mercancías y se abandonan a unos sesenta kilómetros de la ciudad...

Unos progenitores mataban a sus hijos. Otros se los comían. Dsachtó? «¿Por qué, para qué, con qué fin?», pregunta Grossman. Su narrador prosigue:

Fue entonces cuando me di cuenta de que toda persona que pasa hambre es semejante a un caníbal. Consume su propia carne y no deja intactos más que los huesos. Devora su propia grasa hasta la última gota. Luego se oscurece su mente, porque ha consumido su propia mente. Al final, el hambriento se ha devorado del todo.

Veinte páginas antes, Grossman describe la suerte, no de la víctima, sino del verdugo:

Sólo hay una forma de castigo para el verdugo: como ya no ve a su víctima como a un ser humano, él mismo deja de ser un ser humano y por lo tanto se ejecuta a sí mismo en tanto que ser humano. Es su propio verdugo.

Puede que radique aquí el sentido del Terror famélico de 1933: los autocanibalizados fueron aniquilados por los autoejecutados. Y ésta es la surreal gangrena moral del estalinismo.

En Ucrania murieron unos 5 millones, y alrededor de 2 millones en las cuencas

del Kubán, el Don y el Volga, y en Kazajstán. Anteriormente habían sido las tierras más fértiles de la URSS.

LA ACUSACIÓN ANÓNIMA

En los años treinta, nos cuenta Nadezda Mandelstam, el verbo escribir adquirió un significado nuevo. Cuando se decía él escribe o ¿escribe ella? o (refiriéndose a todos los alumnos de una clase) ellos escriben, se quería decir que él, ella o ellos escribían informes para los organismos. (Del mismo modo, los casos amañados de la Checa se denominaban «novelas».) «Escribir» significaba informar, denunciar. Solzhenitsyn lo llama «asesinato por difamación».

La denuncia tiene una larga tradición en Rusia, se remonta por lo menos al siglo XVI y al largo reinado de Iván el Terrible (1533-1584). El juramento que se prestaba venía a ser «espía o muere». Esta práctica, crecientemente institucionalizada en el antiguo régimen, era una barbaridad zarista que era lógico esperar que Lenin cuestionara. Y el caso es que titubeó, hasta el extremo de que propuso sin resultado (en diciembre de 1918) que los calumniadores fueran fusilados. Prevalecieron voces más moderadas y el castigo que se acordó fue de uno o dos años, según la gravedad del caso. A Solzhenitsyn le escandalizaba esta abulia. En el gulag, una condena de cinco años, en comparación con las de diez o de un cuarto (de siglo), «no era nada».

La denuncia dio el gran salto adelante durante el período de la Colectivización. En las aldeas, como ya vimos, se incitaba a los campesinos más pobres a denunciar a los más ricos. «Era muy fácil cargarse a un hombre –explica Grossman–: bastaba con escribir una denuncia; ni siquiera había que firmarla.» A mediados de los años treinta, cuando el terror se orientó hacia los pueblos y ciudades, la prensa elogiaba la denuncia alegando que era «el sagrado deber de todo bolchevique, del Partido o de fuera del Partido». Como era de esperar, hubo inmediatamente un alud de denuncias. El proceso era quintaesencialmente estalinista, dado que: a) fomentaba lo más abyecto de la naturaleza humana, y b) seleccionaba hacia abajo (los últimos eran los primeros).

Una vez más, se produjo una situación surrealista. Se denunciaba a X por miedo a que X lo denunciara a uno; uno podía ser denunciado por no hacer bastantes

denuncias; el impulso denunciador no conocía más freno que la posibilidad de ser denunciado por no haber denunciado antes; etc. Hubo casos de denuncia a cambio de recompensa estatal. De El gran terror:

En una aldea bielorrusa, mencionada en un reciente artículo soviético, se ofrecían quince rublos por cabeza, y había un grupo de delatores habituales que se gastaban en juergas lo que cobraban, e incluso habían compuesto una canción que celebraba sus hazañas.

Un solo comunista denunció a 230 personas; otro denunció a más de cien en cuatro meses. «Stalin –dice Conquest– exigía no sólo sumisión, sino también complicidad.» Liberado del gulag, y mientras se buscaba a sí mismo como escritor, Solzhenitsyn estuvo sometido a una fuerte presión para que fuera escritor en el sentido de Nadezda Mandelstam. Se calcula que, en una oficina normal, uno de cada cinco empleados informaba a la Checa. Como dice Dmitri Volkogónov: «Quién iba a imaginar que hubiera tantos “espías, saboteadores y terroristas”. Era casi como si, en vez de vivir ellos entre nosotros, nosotros viviéramos entre ellos.»

Es de rigor rendir ahora un homenaje a quien delató con más celo que nadie, la gran Nikolaenko, azote de Kiev. Esta increíble valquiria fue distinguida con un elogio del mismo Stalin: aunque «persona sencilla procedente de abajo», era una «heroína». Las aceras de Kiev se vaciaban cuando Nikolaenko salía a la calle; allí donde estaba, generaba un miedo mortal. Al final, Pável Póstishev (primer secretario de Ucrania, miembro candidato del Politburó) la expulsó del Partido. Stalin la restituyó «con honor». En un discurso de 1937, un discurso asombroso (porque este episodio es otro ejemplo de la epifánica y polifacética perfección negativa del estalinismo), dijo Stalin:

La rehuían como si fuera una mosca inoportuna. Por fin, con objeto de deshacerse de ella, la expulsaron del Partido. Ni la organización de Kiev ni el Comité Central del Partido Comunista de Ucrania la ayudaron a obtener justicia. Únicamente la intervención del Comité Central del Partido consiguió deshacer el enrevesado nudo. ¿Y qué se averiguó al analizar el caso? Se averiguó que

Nikolaenko tenía razón, mientras que la organización de Kiev se equivocaba.

Suponiendo que la traducción sea de confianza (y creo que lo es), «justicia» es la monda, y lo mismo «obtener» justicia; «mosca inoportuna» y «el enrevesado nudo» son la monda; la pregunta retórica cerca del final es la monda; y el concluyente «mientras» es la monda.

La reivindicada Nikolaenko volvió a sus labores delatoras y Kiev fue purgado con saña. Póstishev, amonestado, degradado y trasladado, adquirió cierta fama por la ferocidad excepcional con que purgó su nuevo feudo, Kuíbishev. Tiempo después, cuando el Terror cambió de dirección, fue criticado por Moscú a causa (precisamente) de su ferocidad excepcional: «con llamadas a la “vigilancia” que ocultaban su brutalidad en relación con el Partido». Fue detenido en febrero de 1938 y más tarde fusilado.

Mientras tanto, la birreivindicada Nikolaenko seguía trabajando con ahínco en lo de las denuncias. Se ha hablado mucho de los «pequeños Stalines» que había en toda la URSS, pero Nikolaenko era una auténtica Stalina: su apego al poder desorganizó su sentido de la realidad. Cuando los nuevos jefazos posteriores a las purgas, encabezados por Jrushov, se instalaron en Kiev, Nikolaenko denunció al segundo de Jrushov, Korotchenko. Jrushov defendió a su hombre, una actitud que Stalin declaró «incorrecta»: «El diez por ciento de la verdad, eso ya es una verdad, y tenemos que adoptar medidas decisivas, y pagaremos las consecuencias si no obramos de este modo.» Pero entonces Nikolaenko denunció a Jrushov, lameculos y hombre de confianza de la esfera más alta, por su «nacionalismo burgués», y Stalin admitió por fin que la mujer estaba como un cencerro. Gracias a ella murieron unas 8.000 personas.

Cualquiera que haya recibido alguna vez un anónimo habrá percibido la impresión de impotencia desesperada que manifiesta el autor. En la URSS, con Stalin, la acusación funcionaba: tenía poder. Y a eso se reducía todo: al escritor y a la acusación anónima.

No he leído nada sobre la suerte que corrió Nikolaenko. O fue reexpulsada o desestimaron discretamente la mayor parte de sus ulteriores denuncias. Puede que la fusilaran, naturalmente, aunque Stalin ponía algunos reparos a matar a las mujeres de la vieja guardia bolchevique.

En cuanto al impresionable Póstishev, condenado por Moscú por su falta de freno y moderación... He aquí lo que dice El gran terror:

El hijo mayor de Póstishev, Valentín, fue fusilado, y sus otros hijos enviados a campos de trabajo. Su mujer, Támara, fue brutalmente torturada noche tras noche en Lefortovo y a menudo la devolvían a la celda con toda la espalda sangrando e incapacitada para andar. Se dice que la fusilaron.

INDUSTRIA PESADA

La industria soviética avanzaba y daba traspiés, como un cíclope de dos años, provocando toda clase de catástrofes (choques, explosiones), con jóvenes campesinos cayéndose de andamios congelados, con multitud de muertes, repentinas o precoces, en la atmósfera habitual de mito y coacción, de error y terror; pero el caso es que avanzaba. John Scott, un voluntario estadounidense que trabajaba en la monstruosa ciudad satélite de Magnitogorsk (250.000 trabajadores), juraba que «en la batalla de la metalurgia rusa hubo más bajas que en la del Marne». Y además había unas insuficiencias espantosas: que por lo general no se pudiera encontrar en todo Moscú una sola «bombilla o una pastilla de jabón» (Tibor Szamuely), por ejemplo, o que no pudieran circular fletes pesados por el canal entre el Báltico y el Blanco, construido «a fuerza de pedos» (Solzhenitsyn) por cientos de miles de esclavos. Siempre se culpaba a alguien de las insuficiencias, cuando no se podían negar; en consecuencia, Stalin (tras los pasos de Lenin) institucionalizó el delito de vandalismo, «a pesar –dice Solzhenitsyn– de la inexistencia de este concepto en toda la historia humana».[13] Mientras que el verdadero vándalo, el «supervándalo» (Tucker), era, evidentemente, Stalin.

Uno de los «triunfos» de la industrialización, parcial y deformante, fue ideológico. Hasta entonces, los bolcheviques, en contra de Marx, formaban una «superestructura» sin una adecuada «base» proletaria. Durante la década del Gran Cambio se vieron obligados a buscar trabajo en las ciudades unos 30 millones de campesinos. Martin Malia es característicamente panorámico:

[Stalin] inició desde arriba una segunda revolución que reconstruyó la Madre Rusia como una pseudo-América soviética y transformó su excedente de campesinos en proletarios de verdad. Así, la hazaña suprema del Partido fue transmutar su condición de «superestructura» en el demiurgo creador de la «base» industrial y obrera que en teoría tenía que haberlo creado a él.

El comunismo soviético puede arrogarse dos hazañas. La industrialización compensó lo que Malia llama «déficit de modernidad» de Rusia, aunque intensificó la anormalidad sistémica que condujo al hundimiento del Estado. Ésta fue una hazaña. La otra fue la derrota de Hitler. Las dos se debieron totalmente al pueblo ruso; a sus lágrimas, su sudor y su sangre.

KAZAJSTÁN

Hasta 1930, la economía y la cultura del Kazajstán, en el Asia central soviética, se basaba en el nomadismo y en la ganadería trashumante. La idea era deskulakizar a aquellos vagabundos y luego colectivizarlos. Una vez desnomadizados, los kazajstaníes se dedicarían a la agricultura. Pero la tierra no servía para la agricultura. Servía para el nomadismo y la ganadería trashumante. El plan no resultó.

En el curso de dos años, Kazajstán perdió el 80 por ciento de su cabaña total. Y murió el 40 por ciento de la población: de hambre y enfermedades.

El plan no resultó.

EL CONGRESO DE LOS VENCEDORES, 1

«El año 1937 comenzó en realidad el 1 de diciembre de 1934.» Así dice la célebre frase inicial de El vértigo de Eugenia Ginzburg. El año 1937 es el inicio del Gran Terror; y el 1 de diciembre de 1934 es el asesinato de Serguéi Kírov. El Terror «empezó» en 1934, pero antes de diciembre. Creo que estamos en condiciones de concretarlo.

El 26 de enero se inauguró el XVII Congreso del Partido en la sala de conferencias del Gran Palacio del Kremlin. El Congreso se denominó a sí mismo Congreso de los Vencedores. En Stalin in Power, Robert Tucker lo rebautiza Congreso de las Víctimas y por razones comprensibles: de sus 1.996 delegados, 1.108 morirían en el Terror. Se pueden buscar otros nombres para el Congreso. Congreso de las Víboras, por ejemplo, si consultamos brevemente la realidad del campo; o Congreso de los Vampiros. Y también Congreso de los Vodeviles: en enero-febrero de 1934 hasta el Partido se fue de la realidad. Y entró en el psicoteatro de la cabeza de Stalin.

En el momento de inaugurarse el Congreso de los Vencedores, la URSS se estaba estabilizando tras haber esquivado la ruina total. La Colectivización había redundado en una serie de catástrofes planetarias. Alrededor de 10 millones de campesinos muertos (fue la cantidad que dio Stalin hablando con Churchill) podrían resultar aceptables para un buen bolchevique, si se hubiera conseguido el objetivo político (control directo de la producción campesina). Pero un momento de serena reflexión habría permitido entender a cualquiera que el Gran Cambio de Stalin había sido un fracaso. La URSS había perdido más de la mitad de su cabaña nacional. Alrededor de la cuarta parte del campesinado había huido del campo a las ciudades, donde la crisis de la vivienda era ya legendaria. En 1932, Moscú desfallecía de hambre, y eso que Moscú, como señaló Reader Bullard, estaba «mejor abastecida de comida que las provincias, incluso las más cercanas». (La larga lista de productos que se enumeran bajo el artículo «carestía» en el índice del libro de Bullard contiene, entre otras cosas, libros, velas, cemento, ropa, carbón, picaportes y cerraduras de puerta, electricidad, fertilizantes, combustible, vidrio, herramientas domésticas, bombillas, cerillas, metal, semillas de cebolla, papel, petróleo, caucho, sal, jabón y cuerda. Cuando se enviaba un paquete, se pedía al consignatario que devolviera el papel de embalar.) La sextuplicada inflación coincidió con bruscos recortes de salarios y con la exacción periódica de «préstamos al Estado». Era una Rusia de cupones de racionamiento y cartillas de trabajo, y de creciente «pasaportización», una imposición de lo más antileninista, por no decir que abiertamente zarista. Tal era el telón de fondo cuando los bolcheviques de la vieja guardia (casi todos los

camaradas eran de la generación de Octubre) se reunieron en Moscú para celebrar el Congreso de los Vencedores. Estos viejos idealistas ya tenían que haberse dado cuenta de que los heroicos progresos de la industrialización se habían logrado gracias a una vasta y creciente red de mano de obra esclavizada.[14]

No sería exacto decir que Stalin superó las catástrofes de 1929-1933 sin oír comentarios escépticos de labios de sus colegas. Zinóviev, Kámenev y Bujarin eran ya figuras lamentables e impotentes (que se rebajarían más aún en el curso del Congreso). Pero el fetichismo bolchevique de la unidad, o de la cohesión impotente y desesperada, no era absoluto. Hubo una fuerte oposición por parte de M. N. Riutin, que en el presente contexto viene a ser una especie de héroe menor y sin lustre, pero indómito. En 1930 hizo circular un tratado antiestalinista, conocido después con el nombre de Plataforma Riutin; fue denunciado, detenido, encarcelado, liberado y restituido «con una advertencia». En 1932 hizo circular la más breve e incisiva «Llamada a los miembros del Partido». Volvió a ser denunciado, detenido y encarcelado. Y aquí vemos una intensificación crucial del nivel de malevolencia de Stalin: su sensualidad glandular y su ferviente atención al detalle... El Politburó se encontró con que Stalin solicitaba que Riutin fuera ejecutado por traidor. El Politburó, encabezado por Kírov, se negó a llegar a aquel extremo: se negó a matar a un antiguo camarada (o, más exactamente, se negó a decidir la suerte de un viejo camarada antes del juicio). Hasta Mólotov estuvo en contra. Stalin sólo pudo contar con Kaganóvich. En el ínterin había ordenado que trasladaran a Riutin de una cárcel política a otra más severa en Verhne-Uralsk. Podemos figurarnos el continuado interés que sintió por el bienestar de Riutin. Y el caso prosiguió durante cinco años: ni que decir tiene que Stalin le echó encima todo lo que tenía, pero Riutin no confesó. (Fue fusilado en 1937, al igual que sus dos hijos; su mujer fue asesinada en un campo próximo a Karaganda.) Al final, la disidencia se venció sin esfuerzo; el caso dio a entender a Stalin, con indignante claridad, que había cosas que aún no podía hacer y que su versión de la realidad no se había impuesto todavía.

Así, inmediatamente después de «consumarse la caída más vertiginosa que se conoce de los niveles de vida en tiempos de paz»,[15] Stalin subió al estrado y el Congreso, puesto en pie, lo recibió con una ovación que, según Pravda, «no parecía tener fin».

Pero entonces falló algo en la realidad autorizada y ocho días más tarde se puso en marcha el Terror.

UNA LARGA Y ATRONADORA OVACIÓN

No hay duda de que el mismo Stalin interrumpió los aplausos en aquella ocasión, tal vez levantando las manos con timidez. Pero interrumpir los aplausos a Stalin era un asunto mortalmente serio. ¿Quién interrumpiría los aplausos a Stalin cuando Stalin no estuviera presente?

En una conferencia del Partido en la provincia de Moscú durante los años del Terror, un nuevo secretario ocupó el lugar del anterior secretario (que había sido detenido). El acto se clausuró con un homenaje a Stalin. Todos se levantaron y rompieron a aplaudir; nadie se atrevió a parar. Según la versión que da Solzhenitsyn de esta célebre anécdota, cinco minutos más tarde «los viejos jadeaban agotados». Diez minutos más tarde:

Mirándose unos a otros con fingido entusiasmo y decreciente esperanza, los jefes de distrito siguieron aplaudiendo hasta que cayeron redondos al suelo, hasta que se los llevaron de la sala en camilla.

El primero que dejó de aplaudir (el director de una fábrica local) fue detenido al día siguiente y condenado a diez años por otro delito.

En la época había una grabación discográfica de uno de los discursos más largos de Stalin. Duraba ocho caras, mejor dicho, siete, porque en la octava estaban los aplausos.

Ahora cerremos este libro unos instantes e imaginemos que estamos oyendo la octava cara, de noche, en el Moscú de 1937. Debió de sonar a inminencia del miedo, a música de psicosis, a cólera del Estado.

EL CONGRESO DE LOS VENCEDORES, 2

Conforme avanzaba el Congreso de los Vencedores parecía robustecerse la garrulería de Stalin. Seis meses después de tocar fondo la peor hambruna de la historia de Rusia, los gobernantes del país seguían inmersos en un espíritu de triunfalismo vociferante. La sonrisa de los bigotes de Stalin fue responsable de la humillación voluntaria de sus adversarios más distinguidos. Bujarin:

Con brillante aplicación de la dialéctica marxista-leninista, Stalin fue totalmente correcto al refutar toda una serie de premisas teóricas del desviacionismo derechista del que yo era el máximo responsable.

Zinóviev:

Ahora sabemos que en la lucha que el camarada Stalin desarrollaba en el elevado nivel de los principios, al nivel de la alta teoría, sabemos que en esa lucha no hubo nada personal en absoluto.

Y Kámenev, por increíble que parezca, calificó a Riutin y a su grupo de «rabiosa escoria kulak» que merecía un castigo «más tangible» que la simple refutación teórica. Kírov fue fehacientemente infantil:

Nuestros triunfos son realmente tremendos. Maldita sea, por decirlo humanamente, lo que queréis es seguir viviendo, ¿no? Pues mirad lo que está pasando. ¡Es una realidad!

No era una realidad. Eran datos procedente del universo paralelo de Stalin. Cuando las verdades desagradables conseguían abrise paso hasta la superficie, la

plantilla bolchevique presentaba los chivos expiatorios de siempre: la impresionante reducción de la cabaña nacional, por ejemplo, se atribuyó a la barbarie típica de los kulaki.

La realidad era que las realidades estaban perdiendo su valor. Stalin había aniquilado a la oposición. Además, llevaba mucho trecho recorrido en su avance hacia el curiosísimo objetivo de destruir la verdad. Aunque puede que fuera al revés: que, con Stalin, era tal la realidad que el miedo y el asco impedían aceptarla, incluso pensarla. Como dice convincentemente el ex marxista Leszek Kolakowski:

Gente medio muerta de hambre, que ni siquiera tenía lo básico para sobrevivir, asistía a mítines donde se repetían las mentiras del gobierno sobre lo bien que les iba a todos, y por no se sabe qué mecanismo, medio se creían lo que estaban diciendo [...] Sabían que la verdad era asunto del Partido y por lo tanto las mentiras se convertían en verdades aunque negaran los hechos escuetos de la experiencia. Conseguir vivir en dos mundos distintos a la vez fue una de las conquistas más notables del sistema soviético.

El asombroso servilismo de los Vencedores de 1938, aún sin aterrorizar, se suele explicar así: ya que no se podía echar a Stalin (se decían), al menos se le podría ablandar, dulcificar, adular, seguir la corriente. Esto equivalía a cooperar con la psicosis. Ellos ponían en práctica la psicosis de Stalin y, al hacerlo, previsible y catastróficamente, la alimentaban y engordaban.

Pero entonces intervino la realidad.

El último día del Congreso, los delegados, como de costumbre, tenían que votar la composición del nuevo Comité Central. Aunque no era ni universal ni equitativo, el sufragio era por lo menos directo y secreto. A los 1.200 delegados y pico se les entregó la lista de los nominados para que tacharan los nombres de los que no elegían. Según Volkogónov, el resultado fue «¡increíble!». Casi todos los contadores de votos, como es lógico, fueron fusilados más tarde, pero un superviviente declaró que Stalin había obtenido más de 120 votos negativos (frente a los tres de Kírov). Otras fuentes, entre ellas Jrushov, dicen que fueron 300. Stalin amañó el resultado y, en cualquier caso, llenó el Comité Central de

estalinistas...

Aquellos 300 votos representarían la muerte de una generación. Como observa Tucker, Stalin había sospechado siempre que estaba rodeado de simuladores e hipócritas: ahora tenía la prueba. ¿Cuántos panegiristas del Congreso habían tachado su nombre de la lista? Tucker añade que tenía más pruebas de la traición. Conocía a otra persona que había simulado, que había fingido moderación e indiferencia ante los ascensos, que había intrigado, soñado y por fin prevalecido. Esa persona era él.

Mientras tanto, en el mundo exterior a la psicosis de Stalin... Una población a la que se aplasta totalmente, en todos los sentidos, sólo tiene una forma de protestar: como si se declarase en huelga genética, deja de reproducirse. Los bolcheviques venían minando sistemáticamente la institución de la familia desde 1917. Se estimulaba el divorcio (para obtenerlo bastaba con notificárselo al cónyuge en una postal); se despenalizaron el incesto, la bigamia, el adulterio y el aborto; la distribución laboral y las deportaciones dispersaban a las familias; y los niños que denunciaban a sus padres se convertían en figuras nacionales, exaltadas en poemas y canciones. Habla Moshe Lewin:

Los tribunales recibían una increíble cantidad de casos que daban fe del deterioro humano causado por la congestión de las viviendas. El decreciente nivel de vida, las colas delante de las tiendas y la proliferación de especuladores reflejan hasta qué punto había tensiones y problemas. Los efectos acumulados de estas condiciones no tardaron en producir manifestaciones generalizadas de neurosis y anomia, que culminaron en un alarmante descenso de la natalidad. Sin ir más lejos, en 1936 se produjo un descenso en la población de las grandes ciudades, ya que morían más niños de los que nacían, lo cual explica la alarma que cundió en los círculos gubernamentales y las famosas leyes contra el aborto que se dictaron aquel año.

Se movilizó hasta Stalin. Se dejó fotografiar con sus sonrientes retoños y, como está mandado, fue a Tiflis para visitar a su madre por primera y última vez.

RELATOS DE KOLYMÁ

Varlam Shalamov fue detenido y enviado a un campo en 1929. Tenía veintiún años, era estudiante de derecho; y a diferencia de muchos millones acusados de serlo, era realmente trotskista. La «T» que figuraba en su expediente criminal («Actividades Trotskistas Antisoviéticas») agravaría dramáticamente sus dos primeras condenas. Fue juzgado y sentenciado por tercera vez en 1943 –por haber elogiado a Iván Bunin– y reclasificado como simple agitador antisoviético. Salió de Kolymá en 1951 y, tras dos años de confinamiento, salió de Magadán. Entonces escribió los Relatos de Kolymá.

La naturaleza se simplifica sola conforme corre hacia los polos (y nosotros nos vamos ahora al norte, siguiendo los pasos de docenas de millares, mientras se fortalecía el régimen de Stalin y los campos se multiplicaban). La naturaleza se simplifica sola y lo mismo cabe decir del discurso humano:

Mi lenguaje era el lenguaje rudimentario de las minas y era tan pobre como las emociones que vivían cerca de los huesos. Levantarse, ir a trabajar, descansar, ciudadano, jefe, puedo hablar, pala, trinchera, sí señor, instrucción, pico, hace frío fuera, lluvia, caldo frío, caldo caliente, pan, ración, déjame la colilla; estas pocas palabras eran las únicas que había necesitado durante años.

La vida se había reducido. Relatos de Kolymá es el terrible gemido de un hombre reducido a perpetuidad. Solzhenitsyn pinta el sufrimiento del gulag en un lienzo épico, en 1.800 páginas incontenibles e infatigables. Shalamov lo hace con la historia breve, que para él es la única forma posible. Su sufrimiento en el gulag fue más extremo, más completo y más interior que el de Solzhenitsyn, que comenta con franqueza:

La experiencia de Shalamov en los campos fue más larga y más acerba que la mía, y admito con todo respeto que es él y no yo quien toca el fondo de bestialidad y desesperación hacia el que nos arrastraba la vida en el campo.

Shalamov contó a Nadezda Mandelstam que habría vivido «muy contento» en el campo descrito en Un día en la vida de Iván Denísovich. Mientras que Kolymá, a fines de los años treinta (después del discurso en que Stalin pedía peores condiciones), representaba la perfección negativa. Osip Mandelstam iba camino de Kolymá cuando murió de hambre y en plena demencia en 1938, en la prisión de tránsito de Vtoraia Rechka.

Relatos de Kolymá... Dos presos emprenden un largo viaje, de noche, para desenterrar un cadáver: cambiarán su ropa interior por tabaco. Un preso se ahorca en un árbol «sin cuerda siquiera». Otro se da cuenta de que las herramientas que maneja le han deformado los dedos para siempre («nunca más podría estirar las manos»). Las botas de goma de otro «estaban tan llenas de pus y de sangre que cada paso que daba, chapoteaba como si cruzara un charco». Los hombres lloraban a menudo, por perder unos calcetines, por ejemplo, o de frío (pero no de hambre, que produce una ira torturante pero sin lágrimas). Todos sueñan lo mismo, «con panes de centeno que pasan volando entre nosotros, como meteoritos o ángeles». Y acaban olvidándolo todo. Un profesor de filosofía olvida el nombre de su mujer. Un médico empieza a dudar que haya sido médico alguna vez. «Lo real era el minuto, la hora, el día [...] Nunca preveía nada más allá ni tenía fuerzas para preverlo. Ni él ni nadie.» «Me había olvidado de todo –dice un narrador–; ni siquiera recordaba lo que era recordar.» Todas las emociones se evaporan; todas menos el sufrimiento.

En el segundo volumen de Archipiélago Gulag, Solzhenitsyn se opone radicalmente a lo que piensa que es la conclusión de Shalamov, que «en la situación de los campos, los seres humanos siempre dejan de ser seres humanos; los campos se crearon con esta finalidad». Abogando por una estimación más generosa de la ductilidad espiritual, Solzhenitsyn presenta el caso del mismo Shalamov. A fin de cuentas, Shalamov nunca traicionó a nadie, nunca denunció, nunca delató, nunca buscó el nivel más bajo. «¿Qué significa eso, Varlam Tijonóvich? –pregunta Solzhenitsyn (y adviértase el persuasivo patronímico)–. ¿Significa que hiciste pie en una piedra y dejaste de hundirte? ¿No rebates tu propia idea con tu carácter y tus versos?» En nota a pie de página añade: «Ay, optó por no rebatirla», y acto seguido cuenta que Shalamov «repudió» su propia obra en la Literaturnaya Gazeta de febrero de 1972. Aquí, por motivos no aclarados, Shalamov acusaba a sus editores norteamericanos y se declaraba leal ciudadano soviético. «Hace ya mucho que la vida superó los problemas de los

Relatos de Kolymá», dijo. Solzhenitsyn añade: «Este repudio se publicó enmarcado en negro como una necrológica y así entendimos todos que Shalamov había muerto. (Nota al pie de página de 1972.)» En realidad, Shalamov murió en 1982. Incluso así, incluso metafóricamente, Solzhenitsyn confundió la fecha.

Shalamov «murió» en 1937, si no antes. A pesar de su originalidad, del peso de su voz y de su infinito talento, Relatos de Kolymá es un libro totalmente agotado. El agotamiento es lo que describe y el agotamiento es lo que pone en escena. Shalamov sabe remontar el vuelo, cabalga a lomos de sus epifanías, pero sus frases se arrastran, cojean y se tambalean como una cuadrilla de obreros que vuelve después de un turno de doce horas. Se repite, se contradice, se lía, como en una pesadilla de retrasos y huida frustrada. En un poema que hizo que Solzhenitsyn «temblara como si hubiera visto a un hermano perdido hace mucho tiempo», Shalamov hablaba de su promesa de «cantar y llorar hasta el fin». La cumplió, y honorablemente. Pero, a diferencia de Solzhenitsyn, Shalamov había conocido la perfección negativa; y ésta lo destruyó.

En cambio, el libro vive y, en este sentido, la observación de Solzhenitsyn sigue vigente. Dice Shalamov en «La Cruz Roja»:

En el campo, un ser humano aprende lo que es la pereza, el engaño y la crueldad. Cuando «lamenta su suerte» acusa a todo el mundo [...] Ha olvidado lo que es identificarse con el sufrimiento ajeno; sencillamente, no lo entiende ni siente deseos de entenderlo.

Shalamov no olvidó lo que era identificarse con los demás. En «Tarea individual», un cuento de cuatro páginas, el joven preso Dugaev trabaja dieciséis horas diarias y cumple sólo la cuarta parte de su cupo. Una noche se queda boquiabierto cuando Baranov, un compañero de trabajo, le lía un cigarrillo.

Dugaev aspiró con avaricia el humo dulzón del tabaco de cultivo casero y la cabeza empezó a darle vueltas.

–Me siento débil –dijo.

Baranov no dijo nada.

A Dugaev le cuesta dormir y pierde interés por la comida; el trabajo le destruye más aún. La historia termina:

Al día siguiente estaba otra vez en el grupo de trabajo, con Baranov, y por la noche los soldados se lo llevaron detrás de las cuadras, por un camino que conducía al bosque. Llegaron a una valla alta y coronada con alambre espinoso. La valla tapaba a medias un pequeño barranco y por la noche los presos oían a lo lejos los ruidos de los tractores. Cuando comprendió lo que iba a pasar, Dugaev lamentó haber estado trabajando para nada. No había habido ningún motivo para agotarse aquel día, su último día.

El cigarrillo que le dio Baranov fue el último que fumó Dagaev.

En el momento de la detención, escribió el poeta, «se siente el cansancio de toda una vida». En el Kolymá de Shalamov todos los momentos eran así.

EL ASESINATO DE KÍROV

El 2 de diciembre de 1934, Pravda informaba solemnemente a sus lectores de que el día anterior, a las 16.30, en la ciudad de Leningrado, en el edificio del Sóviet de Leningrado (anteriormente el Smolni), había caído a manos de un asesino, de un enemigo camuflado de la clase obrera, el camarada Serguéi Mirónovich Kírov, secretario de los Comités Central y de Leningrado del Partido Comunista de la Unión (bolchevique) y miembro del Presídium del Comité Central Ejecutivo de la URSS. El pistolero estaba detenido.

Mientras Pravda llegaba a los quioscos, Stalin y numerosos miembros de su séquito salían de Moscú en tren, rumbo a Leningrado.

A Borísov, guardaespaldas personal de Kírov, le quedaban unas horas de vida.

El pistolero, un «inadaptado» llamado Leonid Nikoláiev, vivió lo justo para ver aquellas navidades. Fue fusilado (de noche, en los sótanos de la cárcel Liteyni) con muchos otros supuestos conspiradores. Alrededor de un millón correría la misma suerte durante el Terror.

Dice Conquest en la primera página de Stalin and the Kirov Murder:

Los acontecimientos aislados, incluso los casuales, han cambiado a menudo el curso de la historia. El atentado contra el archiduque Francisco Fernando, poco más de veinte años antes, desencadenó una Gran Guerra, por lo demás quizá evitable. En cualquier caso, es el único crimen individual (o dual, porque también murió en el atentado la esposa morganática[16] del archiduque) con el que puede compararse el asesinato de Kírov.

El proyectil de Nikoláiev produjo convulsiones sangrientas e inconmensurables. La sociedad soviética, estabilizada en una normalidad de cartilla de racionamiento tras los épicos tambaleos de 1929-1933, estaba madura para sufrir otra escalada de cólera estatal. Pese a todo su dramatismo y complejidad, sin embargo, el asesinato de Kírov fue básicamente una táctica de diversión monstruosa: un arenque rojo del tamaño de una orca. Fue una semiinsignificancia incluso para Kírov. El Terror iba a llegar de todas formas y él habría figurado entre las primeras víctimas.

Casi todos los historiadores están convencidos al 99 por ciento de que Stalin organizó el asesinato de Kírov a través de la Checa de Moscú (y un comentarista bien situado, Volkogónov, lo da por seguro). Y ahora me cuentan que las investigaciones posglasnost han puesto en duda esta atribución.[17] Todas las consideraciones de tipo cui bono? señalan a Stalin: éste tenía por lo menos una docena de motivos para querer la muerte de Kírov (12 motivos o 300: aquellos votos del Congreso de los Vencedores). Ningún otro acontecimiento habría sido mejor trampolín para lanzar la represión en masa. Y la suerte ulterior de casi

todos los personajes clave del asesinato (no hay hombre, no hay problema) habla de la diligencia de Stalin. Es verdad que el crimen y la tapadera se prepararon de un modo chapucero; cuesta entender por qué la Checa eligió a Nikoláiev, un personaje de inestabilidad casi epiléptica. Pero hizo el trabajo: Kírov murió. Además, la culpabilidad de Stalin en este caso, comparada con sus culpas mayores, es otra semiinsignificancia. Tal vez debamos alzar los brazos y atribuir la intervención de Nikoláiev a una especie de vudú estalinista, semejante a las afrentas a Lenin de 1922-1923, mágicamente oportunas e inductoras de ataques. La cuestión es que el Terror ya había tomado carrerilla. El asesinato de Kírov dio lugar a una versión fabulosamente exagerada de la purga de Röhm (30 de junio de 1934); pero su equivalente real fue el incendio del Reichstag del año anterior. Nikoláiev ahorró a Stalin el engorro de quemar el Kremlin.

Cuando el tren nocturno de Moscú llegó a la estación ya estaban allí los principales chequistas de Leningrado. Stalin se dirigió al jefe, Medved y, en lugar de darle unas palmaditas en la espalda, le cruzó la cara de un bofetón. Estudioso de Maquiavelo, Stalin sabía que el Príncipe debía ser actor. En el entierro oficial de Kírov hubo un número más siniestro: Stalin besó el cadáver.

Borísov, el guardaespaldas particular, no estaba con Kírov en el momento de la agresión de Nikoláiev (se cree que unos chequistas de Moscú lo entretuvieron o distrajeron en la puerta). La mañana del 2 de diciembre fue trasladado en camión al Smolni para que lo interrogara Stalin. Hubo un pequeño accidente en la calle Voinov. El conductor y los tres guardias de la Checa salieron ilesos. Borísov resultó muerto. Le habían golpeado con barras de hierro en la parte trasera del camión.

La selección hacia abajo hacía mucho que estaba a punto, los cuadros estaban preparados y los organismos punitivos también. Tal como Sergo Ordyonikidze, que se suicidaría tres años más tarde, había dicho en enero de 1934, precisamente a Serguéi Kírov, «los compañeros que vieron la situación en 1932-1933 y le hicieron frente, están hoy templados como el acero. Creo que con personas así podemos construir un Estado sin parangón en la historia».

LOS HIJOS

Svétlana fue la Cordelia de Stalin, en el sentido de que entre la hija y el tirano fluyó o se filtró el amor. Lo siguiente, por increíble que parezca, es de Stalin:

Setanka, mi pequeña ama de llaves, salud.

He recibido todas tus cartas. ¡Gracias por las cartas! No te he respondido porque estoy muy ocupado. ¿Cómo pasas el tiempo, qué tal tu inglés, estás bien? Yo estoy bien y contento, como siempre. Me siento solo sin ti, pero ¿qué puedo hacer sino esperar? Un beso para mi pequeña ama de llaves.

Es de suponer que esta misiva fuera anterior al suicidio de Nadezda, que tuvo lugar en 1932, cuando Svétlana tenía seis años. En aquel momento, contaría Svétlana, «se rompió algo en el interior de mi padre»; «por dentro las cosas habían sufrido un cambio catastrófico». Por fuera también: Stalin supervisaba por entonces uno de los desastres humanos más terribles de la historia; y la muerte de Nadezda, como hemos visto, fue una acusación a la vez política y personal. El caso es que desde entonces se evaporaron rápidamente la vida y el sentimiento familiares.

La relación de Stalin con Svétlana terminó efectivamente en 1943. Las actividades de la hija, como las de los hijos, eran vigiladas por los organismos y las escuchas telefónicas revelaron que Svétlana tenía un lío con un guionista de cine judío llamado Alexéi Kapler, al que Stalin despachó inmediatamente hacia Vorkutá (espionaje: cinco años). «¡Pero le amo!», se quejó Svétlana.

«¡Amor!», exclamó mi padre con un odio hacia aquella palabra que soy incapaz de transmitir. Y por primera vez en su vida me abofeteó en la cara, dos veces. «¡Fíjate en lo bajo que ha caído, enfermera!» No podía dominarse. «¡Una guerra como ésta en curso y ella se pasa todo el tiempo follando!»

Siguió un largo distanciamiento, jalonado por crueldades ocasionales y ocasionales deshielos. De cierta ocasión en que estuvieron juntos a comienzos de

los años cincuenta, cuenta Svétlana que «no teníamos nada que decirnos». Ahora habla Jrushov:

La quería, pero solía expresar estos sentimientos de afecto de un modo fatal. Su ternura era la del gato por el ratón. Rompió el corazón de una niña, luego el de una joven, luego el de una mujer adulta y madre.

Stalin relacionaba a Svétlana con Nadezda y con su fracaso más espectacular. Sin embargo, había habido afecto de padre, quizá reflejo y superficial, pero afecto. Los hijos varones tuvieron que vivir sin él. Y mientras que Svétlana, con sus matrimonios y vagabundeos, consiguió tener una vida sufrida pero coherente, Yákov y Vasilii estuvieron condenados.

Vasilii (1921-1962), hermano carnal de Svétlana, tiene un equivalente actual en la persona de Uday Husein.[18] Los hijos de estos autócratas, a diferencia de los autócratas, crecieron en una realidad prefabricada y sufrieron un deterioro mental distinto. Y no mejoraron las perspectivas de Vasilii cuando, después del suicidio de la madre, también Stalin se ausentó, dejando al muchacho al cuidado de Vlasik, el jefe de su guardia de seguridad. También se dice que Stalin pegaba con frecuencia a Vasilii, dato poco convincente, dada la indiferencia religiosamente observada que sentía por él (aunque no hay la menor duda de que golpeaba a Yákov, con método e inventiva). La mayor dificultad a que se enfrenta el hijo de un autócrata, imagino, es que la realidad no le dirá lo que vale. Más tarde se dará cuenta de que todo el mundo le tiene miedo (menos el padre, naturalmente). Vasilii decidió ser piloto de guerra. En su Stalin: Triumph and Tragedy, el teniente general Dmitri Volkogónov echa un escandalizado vistazo al expediente personal del general de división Vasilii Stalin. Entre una serie de ascensos vertiginosos («subjefe y luego jefe de las Fuerzas Aéreas») hay numerosos informes confidenciales sobre la incompetencia (y brutalidad) de Vasilii. «Cubierto de honores y de bendiciones de aduladores con fines propios –prosigue Volkogónov–, Vasilii, sin que casi nadie se diera cuenta, era ya un alcohólico al ciento por ciento.»

Tres semanas después de la muerte de Stalin degradaron a Vasilii: en realidad lo echaron del servicio activo (y le prohibieron vestir uniforme militar). Tenía

treinta y dos años y murió nueve más tarde. Según Jrushov, era ingobernable. Hubo períodos de cárcel y destierro. Dijo que tenía intención de dirigir una piscina. A los cuarenta años se quedó inválido. Tuvo cuatro esposas. Tuvo siete hijos, tres de los cuales –para subrayar con la despedida una anomalía aparentemente simpática– eran adoptados.

Yákov (1907-1943), el hermanastro, el hijo de Yekaterina, sufrió del modo más terrible y conmovedor. Stalin lo odiaba en el fondo. Asimilarlo me costó varios días de trabajo subliminal. La interpretación al uso podría parecer ridícula, pero es probablemente la verdadera. Hemos visto algo de la violenta inseguridad de Stalin en relación con sus orígenes. Esta inseguridad se volcó sobre Yákov. Stalin odiaba a Yákov porque Yákov era georgiano. Yákov era georgiano porque su madre era georgiana. Yákov era georgiano porque Stalin era georgiano; pero Stalin odiaba a Yákov porque Yákov era georgiano. Las tensiones raciales y regionales dentro de la URSS constituyen un tema colosal, pero el de Stalin, como de costumbre, era un caso fuera de lo común. Hay que imaginarse a un provinciano primitivo que (hacia 1930) había empezado a pensar que era un Pedro el Grande que se había hecho a sí mismo: un Iván el Terrible que había llegado donde estaba por méritos personales. Así pues, Stalin era la personificación de Rusia; y Yákov era georgiano. Para aumentar el asco paterno, Yákov, según se dice, era de carácter dócil y amable.

Criado por sus abuelos maternos, Yákov entró en la casa de los Stalin a mediados de los años veinte. Hablaba poco ruso y con acento muy marcado (como Stalin). Parece que Nadezda simpatizó con él y lo aceptó totalmente. Pero el acoso de Stalin fue tan sistemático que a fines de la década Yákov quiso suicidarse. Sólo consiguió herirse y, cuando lo supo, Stalin dijo: «¡Ja! Ni siquiera sabe disparar.» (Volkogónov dice que en realidad fue a verlo y que le dijo a modo de saludo: «¡Ja! Fallaste.») Poco después, Yákov se mudó a Leningrado y se fue a vivir con la familia de Nadezda, los Alilúyev.

Al igual que Vasilii, Yákov ingresó en el ejército, con el grado de teniente (y no, por ejemplo, con el de mariscal de campo), lo que reflejaba su condición más periférica. Fue un soldado intachable y luchó con valor hasta que la Reichswehr capturó a su unidad. La circunstancia puso a Stalin en una posición doblemente embarazosa. Una ley de agosto de 1941 había declarado que todos los oficiales capturados eran «traidores malintencionados» cuyas familias «serían detenidas». Yákov estaba en la primera categoría y Stalin en la segunda. A modo de solución de compromiso, Stalin detuvo a la esposa de Yákov. Cuando los nazis quisieron

negociar un intercambio, Stalin se negó («No tengo ningún hijo llamado Yákov»). De todos modos temía que el débil Yákov pudiera prestarse bajo presión a alguna exhibición propagandística de deslealtad. No tenía por qué temer. Yákov pasó por tres campos de concentración –Hammelburg, Lübeck, Sachsenhausen– y soportó todas las intimidaciones. Precisamente para no sucumbir (cree Volkogónov), dio Yákov el paso decisivo. En un campo alemán, como en un campo ruso, la forma más segura de suicidarse es correr hacia la alambrada. Yákov corrió. El guardián no falló.

Ya vimos lo que hizo Stalin con las familias de Yekaterina y Nadezda. La mujer de Yákov era judía y Stalin se había opuesto a la boda por este motivo. Sin embargo, la dejaron salir de la cárcel al cabo de dos años solamente: una rara manifestación de apetito saciado.

LA RAZÓN Y EL GRAN TERROR, 1

La salud mental de Stalin es un tema sobre el que no dejaremos de volver. Atrapado por el poder (y por un creciente alejamiento de las verdades amargas), su sentido de la realidad era ya sin duda muy débil; pero sería un error creer que vivía en un estado crónico de dispersión cognitiva. Eso sería subestimar su vanidad y su pedantería. Por lo general se valoraba a sí mismo en el contexto de la legitimación: la legitimación histórica universal. Y, en ocasiones, su mundo interior era morbosamente convincente.

Primero se fijó en Lenin. No había sido difícil encontrar una justificación leninista para la Colectivización: el monopolio nacional de la alimentación siempre se había considerado un objetivo socialista válido. Más difícil fue encontrar una justificación leninista para exterminar a los leninistas. Al sopesar las consecuencias del asesinato de Kírov, puede que Stalin se acordara de agosto de 1918. El atentado frustrado contra Lenin (y, el mismo día, la muerte en atentado de Uritski, jefe de la Checa de Petrogrado) había precipitado el Terror Rojo, que, sin embargo, se dirigió hacia el exterior. Stalin quería dirigirlo también hacia el interior. Lenin había purgado el Partido y autorizado las purgas (citando la carta de Lassalle a Marx: «un partido se fortalece purgándose»), pero fue una purga de papel, un terror «silencioso», consistente sólo en expulsiones,

como el que Stalin practicó en el período 1933-1935. Robert C. Tucker lo explica así:

Después de 1917, cuando pertenecer al que ya era el partido dirigente resultaba atractivo para los oportunistas y similares, Lenin se sirvió de la purga como un medio para expulsar a estas personas [...] y en una ocasión exigió incluso una «purga de carácter terrorista» –concretamente, juicio sumarísimo y fusilamiento– contra «antiguos funcionarios, terratenientes, burgueses y demás escoria que se ha subido al carro de los comunistas...»

Palabras tentadoras para Stalin.

Desde 1920 por lo menos solía ya hablar de las purgas con interés. «El tema de la purga en ¿Qué hacer? [de Lenin] –dice Tucker– encontró eco en el joven.» Volvió a elogiar el método de las purgas en 1927: «¿Qué buscaba Lenin entonces [con la reorganización del Partido de 1907-1908]? Sólo una cosa: librar al Partido lo antes posible de los elementos inestables y gimoteantes, para que no estorbaran. Así, camaradas, es como crece nuestro partido.» Tucker dice a continuación en un pasaje un poco atípico:

Tras decir esto, Stalin añadió: «Nuestro partido es un organismo vivo. Como todos los organismos, experimenta un proceso metabólico: lo viejo y gastado se expulsa; lo nuevo y floreciente vive y se desarrolla.» En resumen, los miembros del partido que se oponían a él eran mierda.

El camino hacia la purga fue largo. Purgar era duro, y la dureza era una cualidad bolchevique. Stalin nunca estuvo totalmente seguro de ser el más listo, ni el más valiente, ni el más visionario, ni siquiera el más poderoso. Pero sabía que era el más duro.

En busca de precedentes, siguió retrocediendo en el pasado (saltándose a Marx y Engels, que condenaban el terror por malum per se). Cuando reflexionaba sobre

su destino histórico, Stalin pensaba en los grandes tiranos rusos, en concreto en Iván el Terrible (el primero que se proclamó zar) y en Pedro el Grande (el primero que se proclamó emperador). Mediante algunas injerencias en historiografía y en las artes, Stalin rehabilitó la imagen de Pedro I, transformando al «industrial capitalista precoz y sádico sifilítico»[19] de la concepción ortodoxa en un forjador del Estado, modernizador y altruista. Alexéi Tolstói (el colmo del oportunismo y del servilismo literario) admitió con voz pastosa en París, en 1937, que se había dejado manipular en sus novelas y obras teatrales:

[Mientras yo trabajaba con la figura de Pedro] el «padre de los pueblos» revisó la historia de Rusia. Sin que me diera cuenta, Pedro el Grande pasó a ser el «zar proletario» ¡y el prototipo de nuestro Iósif! Lo reescribí todo otra vez de acuerdo con los descubrimientos del Partido [...] ¡Me importa un rábano! Esta gimnasia incluso me divierte. En el fondo hay que ser un acróbata.

La época de Pedro (1682-1725) aportó el modelo: burocratización, intensificación de la servidumbre, empleo a gran escala de mano de obra esclavizada, afianzamiento de los organismos punitivos; y, luego, la expansión imperial.

Pedro I fue la estrella polar de Stalin durante la Colectivización. Ya a mediados de los años treinta, a las puertas del Terror, Stalin se fijó en Iván IV, Iván Vasílievich Grozny, Iván el Terrible. Torturador directo por deporte, libertino babeante (siete esposas y fanfarronadas sobre «mil vírgenes») y paranoico (mató a su propio hijo, lo mismo que Pedro, dicho sea de paso), el viejo Iván no parecía reunir muchas condiciones para que los comunistas lo reivindicaran. Pero era un purgador. Y así, en el manual de historia de 1937, patrocinado por Stalin, los escolares soviéticos se enteraron de que

durante el reinado de Iván IV, la superficie de Rusia se multiplicó. Su reino pasó a estar entre los países más grandes del mundo [...] Iván averiguó que los poderosos boyardos feudales iban a traicionarle. Estos traidores se habían vendido a los polacos y los lituanos. El zar Iván detestaba a los boyardos, que

vivían en sus feudos como pequeños zares y trataban de limitar el poder autocrático de Iván, que empezó a desterrar y ejecutar a los ricos y poderosos boyardos.

Ya en 1934, en el Congreso de los Vencedores, Stalin utilizó varias veces la anticuada palabra vel'moyi (que, al igual que boyardo, significa capitoste) para designar a los caciques más tibios del Partido. Y en una charla con Sergio Eisenstein, Stalin repitió de un modo más inquietante aún el principio ivaniano de destruir a todos los traidores «con sus respectivos clanes» (rod: familia y séquito). En su correspondencia con los organismos durante el Terror, el alias de Stalin era Iván Vasílievich...

Iósif el Temible tenía ya algo en común con Pedro el Grande e Iván el Terrible: el fracaso. La opinión dominante sobre la brutalidad «ilustrada» de la revolución desde arriba que acometió Pedro es que contribuyó más a dividir y deformar el país que a europeizarlo. El fracaso de Iván, por el contrario, se acercó a la inconmensurabilidad. Sencillamente, desintegró el Estado. Después de su reinado llegó la llamada Época de los Disturbios, un período de caos y rachas de guerra civil... que supuso de rebote una tremenda purga de la población, ya que se llevó la tercera parte del censo. Tratando de explicar el fracaso de Iván, Stalin dijo (al cineasta Sergio Eisenstein) que Iván estaba fatalmente maniatado por la religión. Después de matar a un clan boyardo, contó Stalin con incredulidad, Iván, en vez de rematar la obra, estuvo un año con remordimientos. (Aquí tenemos un buen ejemplo del siniestro pragmatismo de Stalin, pero también de su sordera congénita a la espiritualidad del prójimo; no admitía que los demás tuvieran alma.)[20] Además, dijo Stalin, hubo «cinco» clanes a los que Iván no liquidó. El fracaso de Iván fue su falta de rigor.

En 1934, 1935 y 1936, la idea del fracaso fue para Stalin el elefante en su despacho, su estudio y su sala del Kremlin, en la luminosidad y amplitud de sus dachas, en el salón de billar de su villa de Crimea. En el transcurso de estos años intermedios, Stalin masticó fracaso, fracaso ingente e irreversible. Obtuvo éxitos políticos, es verdad. (Una singularidad del sistema comunista, por lo visto, es que el fracaso, si es lo bastante grande e irreversible, tiende a consolidar el poder.) Pero su Segundo Octubre fracasó.

Stalin no podía admitir lo que sabía todo el mundo. El desastre económico más

flagrante de la historia escrita no pasa precisamente inadvertido. Y estaba la cuestión de los millones de muertos, conocida en todo el Partido y que sin duda despertaría alguna preocupación incluso en una asamblea tan sonámbula como el Congreso de los Vencedores.

El Gran Terror fue un producto del cuerpo de Stalin. Partió del esfuerzo de la mente por neutralizar las pruebas del intestino.

LOS PROCESOS DE MOSCÚ

Stalin había dicho a Eisenstein (cuyo díptico Iván el Terrible y La conjura de los boyardos data de los años cuarenta) que Iván, de manera imprudente, había salvado a «cinco» clanes boyardos. No sacó esto de ningún libro de historia: en ningún momento se ha sabido la cantidad exacta. Parece que, al decirlo, Stalin estaba pensando en una conocida obra de teatro del siglo XIX, El zar Fiódor Ivánovich, en la que un personaje dice que, al morir Iván, aún vivían «cinco boyardos».

Casi todas las noches había proyección de películas en los cines privados del Kremlin o de las dachas. Jrushov dice que a Stalin le gustaban sobre todo las películas del Oeste: «Solía cubrirlas de improperios y juzgarlas ideológicamente como es debido, pero inmediatamente pedía más.» También invitaron a Milovan Djilas al cine del Kremlin; Djilas señalaría que «Stalin no dejó de hacer comentarios durante toda la proyección; eran reacciones inmediatas a lo que estaba sucediendo, a la manera de un hombre inculto que confunde la realidad artística con la realidad material». Esto me recuerda el magnífico pasaje de La tregua en el que Primo Levi se sienta entre un público mayoritariamente ruso a ver una película en un campo ucraniano de tránsito:[21]

Era como si los personajes de la película, en vez de ser sombras, fueran amigos o enemigos de carne y hueso que estuvieran allí delante de ellos. El marinero, cada vez que hacía algo, era aclamado con vítores ruidosos y metralletas agitadas peligrosamente por encima de las cabezas. Los policías y carceleros recibían insultos homicidas y gritos de «dejadlo en paz», «largo», «como os coja yo...»,

«mátalos a todos». Después de la primera huida, cuando volvían a capturar al agotado y herido fugitivo, y, peor aún, cuando la siniestra y asimétrica máscara de John Carradine se burlaba de él, se armó un escándalo impresionante. El público se levantó gritando en generosa defensa del inocente; una masa vengativa avanzó amenazadoramente hacia la pantalla [...]

Piedras, terrones, maderos de las puertas derribadas [había habido una avalancha humana para entrar en el cine], incluso una bota de reglamento, volaron hacia la pantalla y dieron con violenta precisión en la odiosa cara del gran enemigo, que destacaba gigantesca en primer plano.

Este espíritu –¿cómo llamarlo?–, esta lumpencredulidad primitiva, este semianalfabetismo de la imaginación podría explicar en parte un aspecto de los Procesos de Moscú de 1936-1938, en los que reputados bolcheviques de la vieja guardia como Bujarin, Kámenev, Zinóviev (y Trotski, en rebeldía) «confesaron» una serie de delitos fantasmagóricos: a saber, la confianza estalinista (no compartida en absoluto por todo el círculo de Stalin) en que la opinión mundial «se lo tragaría», como decía el mismo interesado. Es verdad que algunos observadores occidentales tomaron estos antinaturales melodramas por lo que parecían; otros (como el norteamericano Eugene Lyons) se quedaron «estupefactos ante los horrores columbrados a medias». Los horrores se columbraban a medias, y los ciudadanos soviéticos, por lo que parece, se creyeron a medias las confesiones arrancadas a los acusados. La siguiente observación de Solzhenitsyn resulta doblemente significativa: «Yo estaba muy interesado por la política desde los diez años;[22] aunque era un adolescente insensible no creí a [el juez Andréi] Vishinski y me dejó helado la falsedad de los famosos procesos.» Incluso un muchacho detectaba al instante la impostura. No obstante, hay que pensar en niños menos excepcionales que perdían poco a poco esta certeza espontánea y sucumbían a la podredumbre moral y a la realidad flotante del estalinismo maduro.

En los últimos años, como ya hemos señalado, se redujeron los gustos cinematográficos de Stalin. Se olvidó de las películas de vaqueros, de las comedias y de los musicales. Y se dedicó a consumir propaganda: noticiarios falsos sobre la vida en las granjas colectivas. Las mesas crujían con el peso de tanta fruta y tanta verdura, bajo aquellos lechones y aquellos gansos enormes. Acabada la pitanza, los segadores volvían a los campos... ¿Qué clase de placer le

daban estas descripciones? ¿Se las «creía», pensaba que eran «reales»?

LA RAZÓN Y EL GRAN TERROR, 2

«En mi opinión –dijo Jrushov–, fue durante la guerra cuando Stalin empezó a no estar totalmente en sus cabales.» Bueno, él debería saberlo, pero la opinión de Jrushov es muy curiosa, ya que supone que el Stalin de 1929-1933 y de 1936-1938 gozaba de una salud mental de hierro. ¿No totalmente en sus cabales? Stalin hizo cosas realmente descabelladas durante la guerra, sobre todo en el período 1941-1943. Pero el sentido común da la vuelta al juicio de Jrushov. La invasión nazi demostró a Stalin de manera inapelable que su mundo alternativo no existía, y éste es el motivo, tal como iremos viendo, de que se quedara atónito y sin saber qué hacer. La invasión nazi fue un alud de realidad. Y exigió algo colosal: Stalin tuvo que meter la mano hacia el fondo y hacia atrás para encontrar y resucitar lo que quedaba de su salud mental.

Ya en septiembre de 1941, tres meses después de la invasión, cuando le enseñaron los protocolos del juicio y la «sentencia preliminar» de su oscilante comandante en jefe del frente occidental, Stalin dijo: «Apruebo la sentencia [ejecución], pero decidle a Ulrij que quite todas esas tonterías sobre “conspiraciones”.» Y todavía en 1946 (poco antes de la reactivación de la psicosis), Stalin convocó a una reunión en el Kremlin al quizá-demasiado-popular mariscal Yúkov y lo marginó diciendo: «Beria acaba de escribirme un informe sobre los sospechosos contactos de usted con los americanos y los británicos. Él cree que acabará usted espiando para ellos. Yo no me creo esas insensateces.» Así, consternado pero con franqueza práctica, Stalin llama a la «razón» del Gran Terror lo que era exactamente: tonterías e insensateces... De idéntico modo, nunca pidió a sus ciudadanos que libraran la Gran Guerra Patriótica para defender el marxismo-leninismo, la Revolución o la dictadura del proletariado. Les pidió que combatieran en nombre de Rus’, de la Iglesia ortodoxa, de generales zaristas cubiertos de medallas...

Había habido algunos intentos –ninguno, quizá, muy entusiasta– de preparar un Terror «racional»; para evitar una quinta columna en caso de guerra; para rusificar (o al menos desjudaizar) la maquinaria del Partido; para adelantarse a

cualquier objeción a su previsto acercamiento a Hitler; para borrar todos los recuerdos de su mediocre actuación durante la Revolución y la guerra civil; para que no se propalara el dato de que antaño había sido agente de la Ojrana, la policía política zarista. Lo ridículo de esta última insinuación (presentada por algunos bolcheviques de la vieja guardia, sin ninguna prueba) me impulsó a dilucidar por mi cuenta otro motivo: fue para que se acogiera favorablemente su Cursillo de historia del Partido Comunista de la Unión Soviética (los bolcheviques), de 1938, el manual definitivo para evitar las detenciones.

Es una tentación relativa aducir que, en los años treinta, Stalin purgó todos los sectores sociales que estaban en condiciones de destronarlo. El campesinado podía derribarlo (había estado a punto de derribar a Lenin en 1921) y por lo tanto lo purgó; el Partido podía derribarlo y por lo tanto lo purgó; la Checa podía derribarlo y por lo tanto la purgó; el ejército podía derribarlo y por lo tanto lo purgó. Pero la Internacional no podía derribarlo y en cambio purgó la Internacional y con ella las demás instituciones soviéticas. He aquí un chiste que se cuenta a menudo: el agente de la Checa llama a la puerta a las cuatro de la madrugada, y le dicen: «Te equivocas de piso. Los comunistas viven arriba.» Sin embargo, se ha dicho que la cantidad de miembros del Partido barridos durante el Terror fue relativamente «pequeña» e incluso «insignificante». La purga fue de naturaleza realmente exponencial. Las detenciones se practicaban basándose en cupos por kilómetro cuadrado; luego se presionaba a los detenidos para que complicaran a otros; luego se presionaba a estos otros para que complicaran a más...

El Terror supuso para la URSS un déficit gigantesco y multiforme. De forma tan previsible como irracional, Stalin decapitó a las fuerzas armadas, cuya debilidad podía derribarlo (y casi lo consiguió). Según la prensa soviética (de 1987), en el ejército fueron purgados:

3 de los 5 mariscales

13 de los 15 jefes de los ejércitos

8 de los 9 capitanes generales de la armada y almirantes de grado I

50 de los 57 jefes de cuerpos de ejército

154 de los 186 jefes de división

16 de los 16 comisarios políticos

25 de los 28 comisarios de cuerpos de ejército

58 de los 64 comisarios de división

11 de los 11 subcomisarios de la defensa

98 de los 108 miembros del Sóviet Militar Supremo

Más abajo figuran 43.000 oficiales «reprimidos» entre 1937 y 1941. Un militar comparó la purga con «una matanza tártara», pero aun esto es subestimar el caso. Como dice Roy Medvedev: «Ninguna oficialidad ha sufrido tantas bajas en la guerra como la del ejército soviético en tiempos de paz.»

Estas «bajas» no aparecían sólo en las páginas de Pravda: Alan Bullock dice que el gobierno «se tomaba la molestia de traducir las actas y publicarlas en el extranjero». ¿Cómo las interpretaron en Londres, París y Washington, y en Berlín, conforme se acercaba la guerra? Los observadores de la purga tenían que suponer: a) que toda la sociedad soviética bullía de ira y hostilidad; o b) que Stalin era un loco furioso. Berlín (por ejemplo) debía de estar al tanto de que jefes militares como Yakir y Feldman, los dos judíos (y los dos ejecutados), no trabajaban para los nazis. De modo que es probable que predominara la interpretación b. Es indudable que después de la purga castrense de 1937-1938, Hitler se sintió más tranquilo ante la capacidad militar de los soviéticos, un juicio que quedó confirmado por la prolongada humillación del Ejército Rojo a manos de la pequeña Finlandia en la guerra de invierno de 1939-1940, en la que francotiradores de ojos azules y camuflados con ropas de esquí diezmaron de un modo horrible a las multitudes eslavas. Hitler llegó a la conclusión de que podía apoderarse de Rusia en una sola campaña.

Beria a Stalin el 21 de junio de 1941: «Mi pueblo y yo, Iósif Vissariónovich Stalin, recordamos tu sabia predicción: ¡Hitler no atacará en 1941!» Hitler atacó al día siguiente; y Stalin, en palabras de Jrushov, se convirtió de la noche a la mañana en «un saco de huesos con guerrera gris». Tal fue el resultado estratégico del Gran Terror.

¿Por qué entonces? Dsachtó? La respuesta más inmediata y práctica sería aproximadamente ésta: para eliminar toda oposición posible al desarrollo del régimen totalitario (y, mediante la selección hacia abajo, introducir cuadros nuevos, inexpertos, obedientes e implacables). Sin embargo, esto no da cuenta del alcance, la profundidad ni la duración del Terror; ni explica en concreto la necesidad estalinista de confesiones. La aplicación indiscriminada de la pena de muerte era algo que Stalin necesitaba a nivel físico y visceral. También necesitaba confesiones; y se dedicaron muchas horas y recursos humanos a extraerlas incluso en los casos en que nunca hubo intención de hacerlas públicas. Tenía que ver con las dimensiones –la totalidad, la perfección negativa– de la rendición que Stalin exigía a sus víctimas. En un capítulo particularmente fascinante de El gran terror («El problema de la confesión»), dice Robert Conquest:

Había acabado por establecerse el principio de que el mejor resultado que podía obtenerse era una confesión. Los que pudieran obtenerla se considerarían agentes eficaces, pero un chequista malo tendría pocas esperanzas de vida. Al margen de esto, parece evidente que había una voluntad de destruir la idea de verdad para obligar a todo el mundo a aceptar las falsedades oficiales. En realidad, por encima de los motivos racionales para extraer confesiones, casi se intuye una preferencia metafísica por ellas.

Así pues, el Terror impuso la versión estalinista de la realidad (pasada y presente). Trató por todos los medios de materializar el mundo alternativo de Stalin.

Quizá sea útil ver de nuevo a Stalin, no como a una entidad fija o estática, sino como a una entidad doblada y enderezada por el cargo. El Terror dio a Stalin más poder; pero además supuso en sí mismo una aplicación del poder que no tenía precedentes: una doble escalada. Si, como dice el tópico, el poder es una droga, entonces, en algunos casos, la droga dejará de surtir efecto si no se aumenta la dosis, exponencialmente en este caso. Para Stalin, el poder era cosa de los sentidos y de las membranas. Y él, invariablemente, buscaba el límite por arriba.

La Colectivización terminó cuando todos los campesinos estuvieron colectivizados (y todos los kulaki deskulakizados). El Terror del Hambre terminó cuando no quedó nadie para sembrar la siguiente cosecha. El gulag siguió ampliándose hasta que pareció a punto de estallar. El Terror prosiguió hasta que incluso los calabozos, las escuelas y las iglesias estuvieron llenos, y los tribunales trabajaban veinticuatro horas al día. Por entonces se había detenido ya al 5 por ciento de los ciudadanos soviéticos por ser enemigos del pueblo de una categoría u otra. Se ha dicho a menudo que no hubo una sola familia que saliera ilesa del Terror. De ser así, los miembros restantes de estas familias estaban igualmente sentenciados: por ser parientes de enemigos del pueblo. Es lícito decir entonces que, en 1939, todo el pueblo era enemigo del pueblo.

La pregunta «¿por qué?», sea cual fuere el relato, nunca queda totalmente satisfecha con la respuesta «psicosis individual»; una respuesta así suena a agujero o a cabo suelto. De aquí la palabrería revisionista que quiere ver en 1936-1938 una «operación consensuada» (J. Arch Getty) o una época de «terror, progreso y movilidad social» (Sheila Fitzpatrick). Estos autores buscan algo que no está: el sentido común. Otra aproximación a la teoría del loco solitario es ver en las purgas el resultado «lógico» de la ideología y la praxis bolcheviques. Tras seguir adelante con la política dogmática de la Colectivización y obtener como resultado una inesperada penuria económica y moral, ¿qué puede hacer un buen bolchevique sino radicalizarse más aún? Podría decirse que la psique de Stalin fue tal vez la única responsable de este destino.[23] Por cierto, he aquí la definición del fanático que da Santayana: redobla sus esfuerzos conforme olvida sus objetivos. No quiere pensar ni saber. Sólo quiere creer.

Y no deberíamos descuidar lo más evidente: que Stalin lo hizo porque a Stalin le gustaba. No pudo evitarlo. El Terror fue, en parte, un episodio de complacencia de los sentidos. Fue una bacanal cuyo estimulante era el poder, y el círculo se volvió crecientemente vicioso. Stalin volvió de la orgía de fin de semana fortalecido y remozado, algo típico en él; no menos típico fue que la colosal resaca la sufriera su doble, su álter ego, su espejo de feria: la URSS.

Concluiré esta sección con un pequeño caleidoscopio de sinrazones: «A las ancianas como yo no las ponen en tractores», decía en son de queja una campesina a sus compañeras de celda, pensando que la habían denunciado por tractorista y no por trotskista; cuando llegó el momento de reconocer «excesos» en el desenmascaramiento de trotskistas, Stalin comunicó oficialmente que dichos excesos eran obra de trotskistas todavía sin desenmascarar; los directores

de las principales fundiciones de Ucrania fueron detenidos y al cabo de unos meses detuvieron también a sus sustitutos (sólo la tercera o cuarta remesa de sustitutos consiguió permanecer en el cargo); un comisario bielorruso fue detenido (y fusilado) por negarse a emplear la tortura, y otros dirigentes fueron ejecutados sólo por no ejecutar lo suficiente; en los primeros tiempos de su reinado chequista, Yeyov decretó que se tapiaran las ventanas de las cárceles y se asfaltaran los jardines de los patios; a los espías auténticos, los compañeros de celda los trataban como a personajes famosos y exóticos; los futbolistas, deportistas, filatélicos y esperantistas eran detenidos por tener contactos en el extranjero; un estudiante de ciencias fue detenido por tener un corresponsal en Manchester, y eso que sus cartas contenían casi exclusivamente propaganda soviética; tras un interrogatorio que duró toda una noche, un niño de diez años admitió estar relacionado con una organización fascista desde los siete (¿qué fue de este niño?: ¿esperaron a que cumpliera los doce para pedir la pena máxima?); un chico de doce fue violado por su interrogador, se quejó al oficial de servicio y fue debidamente fusilado... Ya en la década siguiente, un hombre fue condenado a quince años, entre otras cosas, por «comparar desfavorablemente al poeta proletario Maiakovski con cierto poeta burgués», un poeta burgués que era Pushkin, cuyo centenario se celebró con algún boato en 1937.

Imaginemos pues la estación de Kiev y la llegada del tren especial de Moscú, con un nutrido contingente de la Checa encabezado por Jrushov, Mólotov y Yeyov. Los chequistas han fijado un cupo: los enemigos del pueblo que esperan desenmascarar han de ser 30.000 como mínimo.[24] Eso significa 30.000 confesiones. Con una media (tirando a la baja) de cuarenta sesiones por detenido, eso significa más de un millón de interrogatorios. Los chequistas necesitarán delantales especiales de caucho, gorros especiales de caucho, guantes especiales de caucho.

INJERENCIAS

La filosofía y la economía política no fueron las únicas especialidades en las que se entrometió Stalin (aquel zoquete lleno de soberbia). Hitler limitó sus injerencias culturales a los campos en los que creía, equivocadamente, que tenía alguna competencia: la pintura y la arquitectura. Pero la vanidad de Stalin era

omnívora y quería o necesitaba inundar toda una sociedad con su esencia. Y entre las características de Stalin debemos incluir ahora una insensibilidad absoluta al pudor más elemental. En septiembre de 1938, como para poner fin a la fase de las críticas del Terror, apareció el Cursillo y se impuso como biografía oficial de Stalin. Por aquella época estaban muertos casi todos los bolcheviques de la vieja guardia que sabían que la biografía era falsa; pero no todos. Más de quinientos bolcheviques veteranos estamparon su firma al pie de una nota de agradecimiento a Stalin que apareció en las páginas de Pravda en 1947 («con palabras de afecto y gratitud»). Y, sin embargo, ahí sigue la impenetrable anomalía del círculo interior: Voroshílov, Mólotov, Kaganóvich, etc. Ellos sabían, por ejemplo, que fue Trotski, no Stalin, quien había protagonizado Octubre y la guerra civil; y sabían que Trotski no era un «espía fascista». ¿Cómo podía tolerar Stalin, no ya la existencia, sino la constante proximidad de este pequeño depósito de verdad silenciosa? ¿No era un reproche y un aviso las veinticuatro horas del día?[25] Como ya se ha señalado, Stalin había asestado golpes muy serios a casi todos los miembros de su cenáculo. Era una humillación doméstica, y su complicidad en el engrandecimiento de Stalin aumentaba el sentido de la humillación. Sin embargo, la supervivencia de los viejos amiguetes (crecientemente precaria para todos después de la guerra) sigue siendo un serio defecto en el mecanismo de la personalidad de Stalin. Sugiere entre otras cosas que nunca «acabó de creerse» su propia novela.

Somos dados a imaginar a Stalin murmurando unas palabras a Mólotov sobre (por ejemplo) la utilidad política de su divinización personal, pero debió de ser algo más incisivo. A fin de cuentas, uno de los objetivos del Terror, como dice Tucker, fue imponer al Partido una espectacular revisión de Marx. Un principio del marxismo, como ya vimos, era que la «personalidad» era una «bagatela» (según expresión de Lenin) cuando se comparaba con las fuerzas superiores de la historia. Ahora bien, el propio Stalin era ya una refutación categórica de esa idea. En su marxismo había un lugar para los «héroes», grandes hombres que, desde su punto de vista, podían percibir un orden en el caos de los acontecimientos y por lo tanto impulsar la historia. Uno de aquellos héroes era Iósif Vissariónovich, «el genio universal», como lo llamaban ya. Poseía los espacios materiales de Rusia. Pero quería también los espacios mentales. Quería entrar en todas las mentes.

No podemos ser omnímodos como Stalin. Aquí sólo ponemos unos ejemplos.

Astronomía. Parece que las investigaciones sobre las manchas solares tomaron un rumbo no marxista. En los años del Terror desaparecieron más de dos docenas de destacados astrónomos.

Historia. Salta a la vista que era una ocupación peligrosa en un período en que el pasado se estaba revisando desde arriba. Pero la historia del Partido y la historia rusa no fueron ni por asomo los únicos campos afectados: las observaciones entre paréntesis sobre Juana de Arco, la leyenda de Midas y la demonología cristiana, por ejemplo, podían tomarse por desviaciones criminales de la línea de Moscú. El martillo de Stalin era un instrumento pesado, desde luego. En 1937 la principal escuela de historiadores del Partido fue detenida en masa y acusada de «terrorismo». «Es extraordinario –dice Conquest– cuántas importantes bandas terroristas habían dirigido aquellos historiadores.» De los 183 miembros del Instituto de Profesores Rojos, eliminaron casi a la mitad.

Lingüística. A principios de los años treinta, Stalin apoyó las doctrinas de N. Marr, que sostenía: a) que el lenguaje era un fenómeno de clase (una superestructura de las relaciones de producción), y b) que todas las palabras procedían de los sonidos «rosh», «sal», «ber» y «yon». Los lingüistas que sostenían otra cosa fueron encarcelados o fusilados. En 1950, cuando Stalin tenía ya setenta años (y estaba metido hasta las axilas en la crisis de Corea), encontró tiempo para escribir o por lo menos supervisar una colérica denuncia del marrismo en 10.000 palabras. Dice Conquest con su sereno estilo habitual: «“Aquellos académicos”, tuvo que confesar [Stalin] con horror, “se habían atribuido demasiado poder.”» Y los marristas desaparecieron a su vez.

Biología. «Stalin hizo su más sonada injerencia en la vida científica», señala sucintamente Tucker,

al apoyar a un botánico advenedizo, Trofim Lysenko, en una serie de proyectos sensacionales para potenciar la agricultura, que fueron un fiasco, y en una cruzada contra la genética, que fue un éxito.

La URSS estaba llena de pequeños Stalines, pero Trofim Lysenko fue un Stalin de peso medio (como Naftaly Frenkel): un embaucador malintencionado que combatió la verdad recurriendo a la violencia. De origen campesino y con estudios limitados, Lysenko seguía la teoría lamarckiana de la herencia de los caracteres adquiridos, en contra del darwinismo más elemental. En 1935 tuvo dos oportunidades para dirigirse a un público entre el que estaba Stalin. En las dos ocasiones atribuyó sus últimos fracasos a sabotajes de colegas hostiles. Stalin, que reaccionaba con naturalidad a aquel tema (culpar a los enemigos de los desastres caóticos), acogió el primer discurso exclamando «¡Muy bien, camarada Lysenko, muy bien!», y el segundo concediéndole una Orden de Lenin (la primera de ocho). Los biólogos serios estaban ya detenidos y Lysenko «siguió adelante con el pogromo de la genética que culminaría en 1948, con la bendición de Stalin». Siguió teniendo influencia hasta los años sesenta.[26]

Religión. Puede parecer poco apto abordar este tema en este apartado: Stalin tuvo muy poco que ver con las sutilezas teológicas. La línea política bolchevique había sido desde el comienzo el «ateísmo combativo». Exceptuando la pobreza y la opresión, «ninguna medida del gobierno de Lenin», piensa Richard Pipes,

produjo más sufrimiento a la población en general, a las llamadas «masas», que la profanación de sus convicciones religiosas, la clausura de los templos y el maltrato del clero.

A semejanza de cualquier otra reunión de dos o más personas, el culto organizado «se tenía por prueba evidente de intención contrarrevolucionaria». El brutal vapuleo de la Iglesia y en concreto de la ortodoxa rusa (retrógrada, corrupta y fatalmente comprometida por sus vínculos con los militares zaristas) fue quizá políticamente comprensible: de ahí los saqueos y linchamientos, las cazas de curas, los juicios amañados,† las ejecuciones. Pero el régimen también tenía intención de desterrar el culto privado e individual (para sustituir «la fe en Dios por la fe en la ciencia y en las máquinas»). En una de sus inquietantes convulsiones posmodernas, los bolcheviques emplearon el arma de la parodia

organizada: carnavales callejeros blasfemos y semipornográficos, con retozantes miembros de las Juventudes Comunistas disfrazados de curas, popes y rabinos. La prensa proclamaba que aquellos desfiles eran recibidos con placer espontáneo, pero la gente, como dice un testigo afectado, los miraba

con horror. No había actos de protesta en las silenciosas calles –los años del Terror habían surtido efecto–, pero casi todos procuraban cambiar de dirección cuando se encontraban con aquella procesión escandalosa. Yo, personalmente, como testigo del carnaval de Moscú, puedo garantizar que no hubo en aquello ni una mota de placer popular. El desfile recorría calles vacías y sus esfuerzos por despertar la risa no tenían más respuesta que el silencio.

¿Sí? ¿Y qué clase de risa habría sido? Durante este período se declararon nulas las bodas por la Iglesia (y se prohibieron los ritos funerarios). La risa y el leninismo: el matrimonio más blasfemo de todos.

Inactiva durante los últimos años de la NEP, la campaña contra la religión se reanudó en 1929. Mientras colectivizaba y deskulakizaba, Stalin, además, desacralizaba. Se asociaba a los curas con los kulaki, se les clasificaba con ellos y compartían su suerte. Es imposible no admirar el tono escandalizado de la acusación de este chequista: «el cura local [...] se opuso abiertamente a la clausura de la iglesia». Por lo general se llevaban antes las campanas (sus repiques, se explicaba con talante práctico, interrumpían a los ateos que trabajaban) que luego se fundían para usos industriales; los iconos se rompían o se quemaban; las arlequinadas profanas se reanudaron, probablemente con menos éxito que en las ciudades. A fines de 1930, el 80 por ciento de las iglesias rurales se habían clausurado o transformado, por ejemplo, en puntos de concentración de kulaki que esperaban ser deportados. Mientras tanto se habían tomado las «medidas necesarias para impedir las reuniones religiosas en las casas».

Podría decirse que en junio de 1941 había desaparecido la religión del mundo alternativo de Stalin. Pero la realidad volvió a irrumpir bajo la forma de la incontenible Wehrmacht: la mayor maquinaria bélica de la historia, y lanzada directamente contra él. Stalin sabía que sus ciudadanos no iban a sacrificar su

vida por el socialismo. ¿Por qué causa sacrificarían su vida? Al analizar esta realidad inesperada, Stalin vio que la religión seguía allí: que la religión, por extraño que pareciera, pertenecía a lo real.

VOCES DE LA YEYÓVSHINA[27]

(I)

He aquí la voz de Stepán Podlubny (nacido en 1914), aprendiz en una escuela industrial:

6 de diciembre de 1937. Nadie sabrá nunca cómo he pasado el año de 1937 [...] Lo tacharé como si fuera una página superflua, lo tacharé y desterraré de mi mente, aunque la mancha negra, la enorme y repugnante mancha negra semejante a una mancha de sangre espesa en la ropa, seguirá conmigo seguramente durante el resto de mi vida.

Permanecerá porque mi vida durante estos 341 días de 1937 ha sido tan repugnante y asquerosa como la sangre coagulada que forma un espeso charco rojo bajo el cadáver de una víctima de la peste.

El origen de la inquietud de Stepán se nos da a conocer en una anotación anterior: ha sido confidente desde 1932. (Solzhenitsyn escribe: «Titubeo a la hora de mancillar el rostro de reluciente bronce del Centinela de la Revolución, pero debo hacerlo: también detenían a quienes se negaban a ser confidentes.») Los Podlubny eran kulaki y habían sido despojados de sus bienes en 1929. La madre de Stepán fue condenada a ocho años por ocultar sus orígenes. Los extractos del diario terminan como sigue:

La consideran un peligro para la sociedad. Uno pensaría que capturaron a un

bandido, pero incluso a los bandidos los condenan a penas menores. Bien, ¿y qué?, no se puede derribar un muro de piedra a cabezazos. Puede que éste sea el fin de la justicia en la tierra. Ya no habrá justicia. Han perecido muchos en nombre de la justicia, y mientras exista la sociedad se seguirá luchando por la justicia. La justicia volverá. La verdad volverá.

Muchos años después, Stepán Podlubny donó su diario a los Archivos Populares Centrales «por arrepentimiento».

(II)

He aquí la voz de Leonid Potiomkin (nacido en 1914), un ingeniero que llegaría a ser subsecretario de Geología (1965-1975):

¡Bienvenido sea 1935 a la patria del socialismo! [...] Después de clase voy a una conferencia: «La vida barriobajera del Grupo de Zinóviev y la Decisión del Comité Administrativo Municipal a propósito de la Asamblea del Partido en el Instituto de Minas». La pronuncia una joven encantadora, una estudiante de último año de nuestro instituto. Es buena oradora y fascina ver y oír su espíritu de Partido [...]

[10 de julio de 1935.] El impecable discurso del comisario del regimiento es un ejemplo de contundencia en la presentación de pensamientos claros que penetran en todas las profundidades de la esencia de los fenómenos. En el sentido de su entusiasmo, la claridad de su sólida estructura y la deliciosa educación de su lenguaje. Con profunda conciencia del significado de las palabras, elevé la voz con fuerza asombrosa y me uní al coro mientras desfilábamos al son de mi canción favorita, la marcha de la película Alegres compañeros.

Leonid había visto Alegres compañeros (que, por cierto, causó sensación en el cine privado de Stalin) en enero, momento en que anotó con obstinación que su «entusiasmo y musicalidad constituyen un espectáculo agradable que despierta

el entusiasmo del espectador».

(III)

He aquí la voz de Vladímir Stavski (nacido en 1900), secretario general de la Unión de Escritores Soviéticos y director de Novy mir:[28]

¡Qué felicidad!

¡Celebrar la llegada del nuevo año con las personas más cercanas y caras a mi corazón! ¡Mi querida, queridísima Liulia! ¡Cuántos sufrimientos hemos pasado, cuánto dolor! ¡Pero ahora tenemos ante nosotros el camino hacia la felicidad! ¡El camino del heroísmo y la victoria! [...] ¡Qué caro me eres! Un semejante, un ser humano, en el mejor sentido de la palabra. La nieve cae de los abetos y los pinos, ya lo sé. La noche es de un azul oscurísimo y no hay ni una sola estrella en el cielo. Pero en nuestros corazones, el tuyo y el mío, hay estrellas, cielo y felicidad [...]

¡Cariño mío! Toda la riqueza de la vida se presenta ante mis ojos, toda la vida late en mi corazón, querida mía. Y quiero vivir, con la época, con Stalin, contigo, amor mío, querida mía.

¡Y venceremos!

¡Y seremos felices!

¡Te quiero! ¡Amor mío!

(IV)

He aquí la voz de Liúbov Vasílievna Shaporina (nacida en 1879), fundadora del Teatro de Marionetas de Leningrado y esposa del compositor Yuri Shaporin:

[10 de octubre de 1937.] La náusea me sube por la garganta cuando oigo decir a la gente con toda tranquilidad: Lo han fusilado, han fusilado a otro, fusilado, fusilado. Las palabras [...] resuenan en el aire. La gente pronuncia las palabras con toda tranquilidad, como si se estuviera diciendo: «Ha ido al teatro.» [...]

[22 de octubre de 1937.] La madrugada del día 22 desperté a eso de las tres y no pude volver a dormirme hasta pasadas las cinco [...] De repente oí una descarga de armas de fuego. Y luego otra, diez minutos más tarde. Las descargas continuaron [...] hasta poco después de las cinco [...] Esto es lo que llaman campaña electoral. Y nuestra conciencia está tan embotada que las sensaciones se limitan a resbalar por su dura y lisa superficie, sin dejar ninguna huella. Pasar toda la noche oyendo cómo matan a tiros a personas vivas, sin duda inocentes, y no perder la razón. Y después nos quedamos dormidos, seguimos durmiendo como si no hubiera sucedido nada. Qué horrible [...]

[2 de noviembre de 1937.] Pobres muchachas, lo que habrán tenido que pasar: por la mañana se llevan a su madre, luego las cogen y se las llevan a un lugar que no es mejor que una cárcel [...]

No entiendo nada, todo me parece un sueño. Por la mañana éramos todavía una familia y ahora no hay nada, todo se ha hecho pedazos.

[6 de febrero de 1938.] Ayer por la mañana detuvieron a Veta Dmítrieva. Llegaron a las 7 de la mañana, las encerraron en su habitación y practicaron un registro [...] Veta se despidió de Tanechka (4 años) diciéndole: «Cuando vuelva, ya serás mayor.»

[11 de marzo de 1938.] La gente de Moscú tiene tanto miedo que me dan ganas de vomitar, literalmente [...] La tía de Irina, abogada, dijo que todas las noches se llevan detenidos a dos o tres letrados defensores de su oficina. Morloki fue detenido el 21 de diciembre, y al simplón de Leva, nuestro tramoyista y entusiasta del teatro, lo desterraron a Chita el 15 de enero. Con este ritmo, acabarán deteniendo la mesa o el sofá [...]

[24 de enero de 1939.] La ciudad se congela por falta de carbón y leña. Nuestro teatro utiliza el edificio del Parque de Trabajadores de Tranvías. Lo lógico es que, aunque no nos den libros, por lo menos nos den algo de carbón. Pero no hay ni una esquirla, y no se consigue ni siquiera por conductos oficiales, y no habrá nada antes del verano. No hay leña. No hay servicio de electricidad, no hay

medias, no hay tela, no hay papel. Quien quiera comprar un producto manufacturado tiene que pasarse todo el día haciendo cola, y quedarse toda la noche también [...]

[19 de febrero de 1939.] I. I. Ribakov ha muerto; en la cárcel. Mandelstam ha muerto en el exilio. Por todas partes la gente está enferma o muriéndose. Tengo la sensación de que el país entero está tan agotado que no puede combatir las enfermedades, es una situación desahuciada. Es mejor morir que vivir en un terror continuo, en una pobreza abyecta, desfallecidos de hambre.

Las «elecciones» que se mencionan el 22 de octubre de 1937 («Irina llegó del colegio y dijo: “Nos han dicho que hoy mismo va a haber detenciones en masa. Necesitamos deshacernos de los elementos indeseables antes de las elecciones.”») fueron una farsa para exaltar la nueva Constitución de Stalin. Liúbov Vasílievna Shaporina fue a votar el 12 de diciembre:

¡Qué comedia! Entré en la cabina, donde en teoría había que leer la papeleta electoral y elegir al candidato al Sóviet Supremo, aunque «elegir» significa que se tiene una alternativa. Allí figuraba sólo un nombre y ya estaba señalado. Rompí a reír sin poder contenerme, igual que una niña. Tardé un rato en recuperar la compostura. Salí de la cabina y veo que llega Yuri con cara imperturbable. Me subí el cuello y hundí la cabeza para que sólo se me vieran los ojos; era realmente divertido.

Fuera me encontré con Petrov-Vodkin y con Dmítriev. V. V. no paraba de hablar de algo irrelevante y reía como un loco. Deberían avergonzarse por poner a gente adulta en una situación tan absurda y estúpida. ¿A quién creemos que estamos engañando? Todos nos partíamos de risa.

Jamás ha habido un régimen igual en toda la historia del universo. Conseguir que los súbditos tiemblen a la vez de miedo, de frío, de hambre... y de risa.

«ECH»...

Veinticuatro horas antes de que Liúbov Vasílievna Shaporina se tumbara «al sol de la gran Constitución de Stalin», Stalin en persona había hablado a los votantes y candidatos que se habían reunido en la amplia platea del Teatro Bolshói:

Hasta este momento no había habido en todo el mundo unas elecciones realmente libres y realmente democráticas, ¡jamás! La historia no conoce ningún otro caso [aplausos]... nuestras elecciones son las únicas realmente libres y realmente democráticas en todo el mundo [aplausos]...

Fue un detalle inesperado la aparición de Stalin en el Bolshói aquella noche. «Todos se pusieron en pie como un solo hombre mientras él se dirigía a la tribuna», dice Volkogónov, y la «salva de aplausos duró varios minutos.» Stalin comenzó la alocución con jovialidad:

Camaradas, debo admitir que no tenía intención de hablar. Pero nuestro respetado Nikita Serguéievich [Jrushov] me ha traído como quien dice a la fuerza [...]

Naturalmente, podría decir cualquier cosa ligera sobre todo lo humano y lo divino [risas]. Sé que hay maestros en esas cosas, no sólo en los países capitalistas, sino también aquí, en nuestro país soviético [risas, aplausos]. Pero, en fin, puesto que estoy aquí ahora, realmente debería decir algo [fuertes aplausos]. Se me ha presentado como candidato a diputado [...] En fin, no está bien que los bolcheviques declinemos la responsabilidad. Acepto de buen grado [calurosa y prolongada ovación]. Por lo que a mí respecta, camaradas, quiero aseguraros que podéis contar con el camarada Stalin [calurosa y prolongada ovación].

Fue una escena. El nivel cero del Gran Terror, y allí estaba el Partido, solidarizado en un ataque pánico de complicidad con otra gigantesca mentira. Aplaudían, reían. ¿Reía él? ¿Oímos la «risa sorda, astuta, suave», la «risa lúgubre y sombría que surge de las profundidades»?

Mientras leía el montón de libros que tenía sobre él, hubo cuatro ocasiones en que Stalin me hizo reír. Reír sin asco y con sinceridad, como si fuera una invención cómica que divirtiera con sus patochadas y batacazos. Fue por cosas que dijo. En lo que hizo no hay nada que dé risa.

Una. Al enterarse de que la campaña de recogida de grano de 1927 había quedado por debajo del nivel preestablecido, Stalin determinó que la situación era «un boicoteo kulak», buscando, con formalidad encantadora, no una categoría execrativa, sino dos.[29]

Dos. Hay algo inimitablemente Stalin en una observación que tenía «la costumbre de repetir» desde la guerra, según Svétlana. Tenía la costumbre de repetir: «Ech, aliados con los alemanes habríamos sido invencibles.» No es el escandaloso cinismo (ni el libertinaje ideológico) del sentimiento que se expresa; pero uno tiembla ante la infinita realpolitik que hay concentrada en esa humilde, provinciana, montañesa interjección de tres letras, Ech...

Tres. Éste se refiere al terrible caso de Pável Morozov. Pável («Pavlik») era un campesino de catorce años que a principios de los años treinta denunció a su padre (por tendencias kulaki). El padre fue fusilado. Y Pavlik fue asesinado poco después por un grupo de aldeanos entre los que se dice que estaban su abuelo y su primo. Stalin interrumpió brevemente los preparativos para proclamar a Pavlik héroe y mártir del socialismo (estatuas, canciones, historias, inscripción en el «Libro del Heroísmo» de los Pioneros, el Palacio de la Cultura de Moscú rebautizado en su honor), y comentó en privado: «Qué cabrón, denunciar a su propio padre.»[30]

Cuatro. El 29 de junio de 1941, una semana después de comenzar la invasión nazi, Stalin se reunió con los militares y conoció las verdaderas dimensiones del desbarajuste; y las verdaderas dimensiones de sus errores de cálculo, su parálisis, su miopía voluntaria y su falta de valor. «Lenin nos dejó una gran herencia y nosotros, sus herederos –dijo Stalin «en voz alta», buscando la inflexión

apropiada para aquella coyuntura histórica–, nos la hemos cargado totalmente.»†

EN LA PESADILLA DE LA NOCHE / LADRAN TODOS LOS PERROS DE EUROPA

A estas alturas ya deberíamos considerarlo no una entidad política o ideológica, sino un sistema físico, una voluntad, una complexión, un organismo palpitante.

El resumen de la situación que hizo Stalin el 29 de junio era bastante certero, y lo habría sido del todo si hubiera repetido la frase en primera persona del singular. Que la invasión nazi fuera una sorpresa para los soviéticos es un mito, naturalmente. Y que Stalin se negara a creer en su inminencia no fue obstinación ni negligencia: fue el resultado de una fortísima hipnosis autoinducida. Apostó su ser a que sería así; y perdió. Cuando se recibieron las primeras noticias («bombardean nuestras ciudades»), la psique de Stalin se hundió. Quedó abatido; se volvió un saco de huesos con guerrera gris; no era más que un vacío de poder.

A pesar de que supuso un escándalo internacional, el pacto nazi-soviético de 1939 fue para Stalin un movimiento deducible, incluso lógico, dada la altivez dilatoria de los contactos aliados con Moscú. Lo que para Volkogónov es «el mayor error de Stalin» es el acuerdo posterior y complementario, el Tratado sobre Fronteras y Amistad. Para la URSS, el nazismo había sido siempre

un régimen terrorista, militarista y despótico, y la unidad más peligrosa del imperialismo mundial. Para la mentalidad soviética, era la encarnación concentrada del enemigo de clase [...] Hoy resulta difícil determinar quién sugirió introducir la palabra «amistad» en el título del tratado. Si fue el bando soviético, es muestra de rutina política.

Desde el punto de vista de Stalin, las potencias imperialistas se harían trizas en Europa y el fortalecido Ejército Rojo trataría de apoderarse de algunas ruinas.

Este sueño sufrió una violenta sacudida cuando Hitler derrotó a Francia en seis semanas; Stalin se puso a dar vueltas por la habitación profiriendo sartas de obscenidades «selectas» (el adjetivo es de Jrushov). En junio de 1941, la trayectoria bélica de Hitler había sido como sigue: Polonia en veintisiete días, Dinamarca en veinticuatro horas, Noruega en veintitrés días, Holanda en cinco, Bélgica en dieciocho, Francia en treinta y nueve, Yugoslavia en doce y Grecia en veintiuno. Hitler nunca había ocultado sus planes sobre la URSS. Ya en Mein Kampf (1925) había propuesto correr hacia el este a sangre y fuego y esclavizar a los infrahombres eslavos. Después de llegar al poder, Mein Kampf se reeditó agresivamente «íntegra». Incluso Stalin admitía que era sólo cuestión de tiempo. En un sentido muy general, la URSS se estaba preparando a una escala descomunal, pero eran preparativos poco centralizados y fatalmente a medio plazo.

Stalin recibió no menos de ochenta y cuatro avisos por escrito sobre la inminencia del ataque; procedían de fuentes tan variadas como Richard Sorge (su principal espía, destinado a la sazón en la Embajada de Alemania en Tokio) y Winston Churchill (que disponía del aparato descodificador de Bletchley Park). Cualquier viajero sensato y observador que hubiera ido en tren de Moscú a Berlín habría presagiado guerra; hombres y pertrechos se habían desplazado hacia el este durante semanas, formando la mayor concentración de violencia en ciernes de toda la historia. En los primeros meses de 1941 hubo 324 violaciones del espacio aéreo soviético por aviones alemanes de reconocimiento (a veces se veían obligados a aterrizar y eran reparados por mecánicos soviéticos que, si hacía falta, además les llenaban el depósito). El embajador alemán en Moscú pulverizó todos los precedentes dando el día exacto; un desertor alemán fue ejecutado en el acto (por agente provocador) por dar la hora exacta. Los mandos militares rusos que alertaron a sus hombres recibieron serias amenazas de arriba (incluso de hombres tan relativamente realistas como Yúkov). El 14 de junio, una declaración oficial desmintió los rumores de guerra tachándolos de «torpes mentiras». Aquel día, todos los barcos alemanes abandonaron los puertos rusos. El 21 de junio, Lavrenti Beria exigió el cese del ministro soviético en Berlín por «bombardearle» con información falsa, prometiendo, además, que «le haría morder el polvo» en el gulag.

Poco después de la medianoche del 22 de junio, cruzaba la frontera, rumbo a Berlín, el tren de mercancías cargado de pertrechos de donación soviética.[31] Los guardias de la frontera soviética oyeron los motores de los tanques que se iban colocando en posición... A las tres de la madrugada, Stalin se dejaba caer en la

cama de su dacha de Kuntsevo, en las afueras de Moscú. La cena de aquella noche había sido quizá más ligera y breve que de costumbre; muchos capitostes iban ya camino del sur, para dar comienzo a las vacaciones estivales. «Apenas apoyó Stalin la cabeza en la almohada», dice Volkogónov, cuando Yúkov llamó a la dacha y dijo al oficial de guardia: «Despiértalo inmediatamente. Los alemanes bombardean nuestras ciudades.» Cuando Stalin se puso al habla, Yúkov le habló de los ataques aéreos sobre Kiev, Minsk, Sebastopol, Vilna... «¿Entiendes lo que te digo, camarada Stalin?» Oyó la respiración de Stalin al otro lado del hilo. Repitió: «Camarada Stalin, ¿lo has entendido?» Sólo cuando la Embajada alemana confirmó que los dos países estaban en guerra («¿Qué hemos hecho para merecer esto?», exclamaba Mólotov) dio Stalin la orden de iniciar el contraataque.

Antes de repasar las peculiaridades psicológicas del caso habría que hacer hincapié en la gravedad de la equivocación de Stalin y en el precio de su obstinación en el error. En las primeras semanas de guerra la Unión Soviética perdió el 30 por ciento de las municiones y el 50 por ciento de sus reservas de comida y combustible. En los tres primeros meses la aviación perdió el 96,4 por ciento de los aparatos (esta asombrosa cantidad es de Volkogónov). A fines de 1941 Leningrado estaba sitiado y las tropas alemanas se acercaban a los arrabales meridionales de Moscú. A fines de 1942 había 3,9 millones de prisioneros de guerra rusos, el 65 por ciento del Ejército Rojo. Unos días después de iniciarse la Operación Barbarroja (nombre en clave original, y más brutal: Operación Fritz), opiniones informadas sostenían en Londres y Washington –y en Moscú– que la guerra estaba ya perdida.

¿Cómo se explica la actitud de Stalin ante la inminencia del peligro? Resulta fácil, pero también acertado, aducir que entre 1933 y 1941 el único ser humano en quien confiaba Stalin era Adolf Hitler. (Es de suponer asimismo que el segundo le daría garantías personales de que cualquier problema que estallase en la frontera sería obra de generales amotinados; esto encontraría eco favorable en el susceptible Stalin, que seguía practicando purgas en el ejército.) Cada historiador da su versión particular. Por ejemplo, Stalin creía que la movilización rusa repetiría el error de 1914, forzando a Alemania a dar un ultimátum y a declarar la guerra (Conquest); la rapidez de la victoria alemana sobre Francia dejó a Stalin deprimido y mentalmente vacío (Tucker); el acercamiento de Stalin al fascismo produjo una confusión generalizada en sus reflejos políticos (Volkogónov). En su desigual pero informativo Blood, Tears and Folly: An Objective Look at World War II, Len Deighton señala que Stalin fue el objeto de

su propia paranoia, de su paranoia inversa. Creía que los imperialistas trataban de meterlo en un atolladero con engaños; por lo menos era lo que había querido hacer él con los imperialistas. Todos los autores están de acuerdo en que Stalin subestimó el fanatismo de Hitler. Pensó que Alemania no se arriesgaría a tener una guerra de dos frentes. Pero no hubo dos frentes hasta 1944.

En Russia's War (¡y en qué medida fue una guerra rusa!), Richard Overy dice que en 1941 Stalin estaba enzarzado en «una batalla personal con la realidad». Esto es indiscutible e incluso podemos ir más allá. Durante años había parecido que la batalla iba bien, gracias a las innumerables aunque pequeñas victorias de 1937-1938. Stalin, recordémoslo, era una figura inconteniblemente agigantada por el poder. Se había convertido en Saturno. Y deseaba con todas sus fuerzas que Hitler se abstuviera de atacarle en 1941. Y lo que él deseaba con todas sus fuerzas tenía por entonces la costumbre de suceder. Stalin creía que la realidad obedecía a su voluntad; como el rey Lear, pensaba que el trueno se amansaría cuando él se lo ordenase. Hitler era estrafalario, desmedido, indigno de crédito. Pero era adustamente real.

Al acabar la Gran Guerra, Churchill había dicho que había derrotado a todos los leones y tigres y que no tenía intención de ser derrotado por «los mandriles». Se refería a los bolcheviques. Siempre es un error moral comparar a los adversarios con los animales; las animalizaciones componen un nutrido tema vigesimosecular; Lenin hablaba ya de los «insectos» y «alimañas» que se le oponían en 1917. Sin embargo, la conducta de Stalin a comienzos de 1941 guarda cierto parecido con determinadas maniobras de la praxis mandril. Cuando un mandril débil es atacado por un mandril fuerte, en ocasiones, y de manera simbólica, enseña las posaderas al agresor, como para ser sodomizado. Lo que en realidad hace el mandril débil es revelar un poco de sentido común. Stalin lo intentó, y solamente recibió lo que al parecer andaba buscando. Puede que también fuera medio mandril y medio avestruz y tuviera la impresión de que si no veía la realidad, entonces la realidad no le veía a él.

ZOYA KOSMODEMIÁNSKAIA

Una de las fotos más extraordinarias de The Russian Century: A History of the

Last Hundred Years[32] es la del cadáver de Zoya Kosmodemiánskaia.

Zoya Kosmodemiánskaia fue una joven guerrillera capturada por los alemanes durante la batalla de Moscú. Cuando los rusos contraatacaron, descubrieron su cadáver en la horca de una aldea. Pravda contó su historia en enero de 1942. Hubo además un poema, una obra de teatro y un culto. En la obra teatral, Zoya Kosmodemiánskaia tiene una visión poco antes de morir en la que se le aparece Stalin y la consuela con la noticia de que Moscú se ha salvado (aunque no le explica, por ejemplo, por qué su padre y su abuelo habían sido fusilados durante el Terror). De todos modos, basta echar un vistazo al cadáver de Zoya Kosmodemiánskaia para comprender la naturaleza del enemigo al que se enfrentaban. La política nazi de lo que podría llamarse barbarie innovadora encendió un odio furibundo en una población titubeante en la que, a pesar de la situación, hubo casi un millón de cambios de actitud. Stalin sabía que los rusos no combatirían por él. Pero combatirían por Zoya Kosmodemiánskaia. Ella les haría «embestir bramando como toros».

Hay dos fotos de esta joven en The Russian Century. En una la vemos marchar al cautiverio con un rótulo colgado del cuello y que sin duda describe su delito (piromanía); es una cara excepcionalmente hermosa, a la vez pálida y morena, y con un corte suavemente judío. Las caras de sus captores revelan indiferencia, sentido práctico, incluso un callado pesar... En la otra foto tiene en el cuello el nudo corredizo de una cuerda, pero la han mutilado. El pelo negro yace en la nieve. El «perfecto» seno derecho es perfectamente visible, aunque esto no es del todo exacto, porque un seno debe parte de su perfección al otro, y el otro lo han cortado de un hachazo. La cabeza cuelga doblada de un modo antinatural. Y su cara es inolvidable, la de una mártir. Tiene los ojos cerrados, la boca hinchada y los dientes muy apretados. La cara expresa suficiencia sobrenatural y una superioridad totalmente espontánea sobre sus asesinos y mutiladores. Es la cara de otro mundo, de otro cosmos. Tenía dieciocho años.

Al retirarse los rusos en las primeras semanas de conflicto, dejaron tras de sí, en Polonia, los países bálticos y Ucrania, cárceles de la Checa abarrotadas de «sospechosos habituales», es decir, cualquiera que tuviese educación formal. Se mataba a los presos de manera casi invariable, incluso a los presos comunes y a los detenidos que simplemente esperaban el juicio. Se entiende la lógica de dinamitar una celda llena de sospechosos (o de sospechosas: esto ocurrió en Ucrania). Pero lo normal era administrar una muerte lenta. Hay muchas anécdotas sobre suelos carcelarios sembrados de genitales, pechos, lenguas, ojos

y orejas. Arma virumque cano, y Hitler y Stalin nos dicen, entre otras cosas, que, dado un poder total sobre otro, el pensamiento del ser humano se centrará en la tortura.

Para explicar desde su punto de vista católico su creencia en el mal como en una fuerza viva, el novelista Anthony Burgess dijo en cierta ocasión: «No caben explicaciones al estilo de A. J. P. Taylor sobre lo que pasó en Europa oriental durante la guerra.» No cabe ninguna. Pero entre las muchas características que tienen en común las dos ideologías, una en concreto resultó totalmente corrosiva: la idea de que la falta de piedad es una virtud. En la confrontación milenaria de los anticristos, hijos gemelos de la perdición, la crueldad se volvió competitiva, entre ellos y dentro de cada campo. Muy cerca de aquí se cruza una línea y nos acordamos del juicio de aquel torpe animal que confesó que había apuñalado a su víctima noventa y tres veces (u otra cantidad descabellada). La primera se justificará con la segunda. Las restantes se justificarán con las inmediatamente anteriores.

Hitler contó los pormenores. En marzo de 1941, casi tres meses antes de que comenzara la campaña, dijo a los altos mandos que la guerra contra Rusia sería diferente de la librada contra Francia. La guerra contra Rusia sería de aniquilación: Vernichtungskrieg. Bajo esta superficie, al amparo de su niebla y de su noche, de su aliento fétido, se establecerían los Vernichtungsläger, los campos de la nada de Auschwitz-Birkenau, Maidanek, Treblinka, Belzec, Chelmno, Sobibor.

EL SABOR DE BOCA DE STALIN

El día que comenzó la Operación Barbarroja, Stalin estaba tan inseguro de su estómago que no probó más que un vaso de té. No le quitó el «sabor a ajenjo» que (según dijo a su secretario, Poskrébyshev) tenía en la boca el 22 de junio de 1941. Cuando preguntó a su gran general Yúkov, héroe de la guerra, por las posibilidades de conservar Moscú, Stalin comentó: «Te lo pregunto con el corazón dolorido...» Dolor en el corazón, retortijones en las tripas y otro sabor de boca. Ajenjo: hierba perenne, de sabor amargo, del género Artemisia. La flor del ajenjo: la flor de la amargura.

Cuando los generales le dijeron la verdad sobre el frente occidental, Stalin el gobernante se vino abajo. Unas versiones lo quieren escondido una semana o más en Kuntsevo, en un estado de semiletargo. En la de Volkogónov se nos presenta una figura repentinamente deseosa de reclusión que aparecía a veces en el Consejo de Defensa profiriendo una sarta de insultos obscenos y luego desaparecía. El 1 de julio se presentó una delegación en la dacha. «¿Por qué habéis venido?», preguntó Stalin con una cara «rarísima». Está claro que esperaba el derrocamiento o la detención; y se habría ido sin rechistar. Ante su evidente sorpresa, Mólotov, Kaganóvich y los demás le explicaron con toda paciencia que el país podía resistir a los alemanes y que Stalin debería dirigir la campaña. Se suele decir que dijo: «Estupendo», pero el robótico «Está bien» de Conquest le rinde más justicia (pega más con el ajenjo a que le sabía la boca). La batalla de Moscú no había comenzado. La batalla con la realidad duraría hasta Stalingrado, hasta el invierno de 1942-1943.

Al principio trató de hacer la guerra con el terror: el conocido psicocaos de miedo y fantasía. Empleó los métodos y el personal de la guerra civil.[33] La innovación de Trotski, la «unidad de bloqueo» (que garantizaba una muerte deshonrosa a cuantos quisieran eludir la posibilidad de morir con honor), se reintrodujo en todas partes. Los oficiales eran conscientes de que si caían prisioneros sus familias serían detenidas.† Stalin siguió ordenando a sus fuerzas enceguecidas, diezmadas, atrapadas o en fuga que emprendieran contraataques destructivos; el fracaso se premiaba con juicios sumarísimos y ejecuciones. En un momento en que se peinaban los campos en busca de militares competentes, Stalin se tomó la molestia de fusilar a 300 oficiales que ya estaban en prisión. Mientras Kiev caía, desestimó todos los consejos y se negó por principio a permitir que el ejército se retirase: cayeron prisioneros 650.000 soldados, que, según la Orden 270 (agosto de 1941), pasaron a ser «traidores a la madre patria». En otros países, los prisioneros de guerra que regresaban eran recibidos con banda de música y banderitas: en la URSS, los soldados que conseguían romper el cerco eran premiados con la súper o con el gulag. En 1941 y 1942 fueron acusados de cobardía y ejecutados «no menos de 157.593 hombres, el contingente de dieciséis divisiones» (Volkogónov).

Stalin fue toda su vida un hombrecillo coherente con su maldad. Jamás tuvo nada parecido a un momento feliz, aunque en la batalla de Moscú lo vemos en su precario apogeo. En una crisis tan seria que hasta el gobierno y la administración corrían hacia los Urales (la «Carretera de los Entusiastas», que conducía al este, estaba llena de funcionarios que huían entre los abucheos de las multitudes) y se

trazaban planes para minar todas las propiedades e instalaciones importantes de la capital (incluido el metro), Stalin optó por no retirarse. El tren le esperaba, pero se quedó. Por si fuera poco, dejó boquiabierto al Politburó proponiendo que el Desfile de Octubre se hiciera como siempre, y se hizo, en medio de una ventisca; los alemanes estaban a unos kilómetros del extrarradio; y ya estaban preparadas las camillas para llevarse a los muertos y heridos de la Plaza Roja si atacaba la Luftwaffe. Stalin aguantó, como suele decirse. Sabía lo que era el fracaso; no hay duda de que el artífice de la Colectivización sabía algo del fracaso. Pero ¿aquello? Todos los historiadores dicen que el fracaso estalinista de 1941 es quizá el más abominable de la historia universal. Pero aguantó, aguantó firme, y lo encajó, como el aguanieve en la cara.

LA VALENTÍA BOLCHEVIQUE

No deja de ser indicativo que Stalin, para aumentar sus deméritos, cuestionara el valor del soldado ruso, que no tardaría en asombrar al mundo con su furor heroico. Tal vez convenga echar un vistazo al valor físico de los principales políticos.

Trotski era valiente, pero nunca he leído a nadie que dijera que Lenin, delante del peligro, fuera otra cosa que un corredor de cien metros lisos (y Zinóviev tenía fama de ser «el pánico personificado»). Trotski era físicamente valiente. Un ingrediente de su carisma era cierto sentido de la invulnerabilidad. Aún lo tenía el 20 de agosto de 1940, en México. Cuando el terrorista Ramón Mercader hundió el punzón en la cabeza de Trotski, se oyó un grito, un grito que se ha descrito de varias maneras, pero que al parecer fue de indignación, de una indignación infinita y llena de incredulidad. Trotski opuso resistencia y luchó con su agresor.[34] Cuando Mercader le atacó, Trotski estaba sentado ante su mesa, trabajando en una biografía del hombre que había ordenado matarle.

Stalin. En una desenfadada exhibición de fuerza, Tujachevski, en cierta ocasión, lo levantó del suelo y lo sostuvo en el aire; se dice que la cara de Stalin era la viva imagen de la cólera y el terror. Fue la viva imagen del terror durante el vuelo que hizo a Teherán en 1943. Cuando el avión oscilaba a causa de los baches de aire, los nudillos de Stalin, aferrado a los brazos del asiento, se ponían

blancos, y su cara se deshacía en muecas de miedo. Con el avión iba una escolta de veintisiete cazas. Era la primera vez que volaba. Fue la última.

Para asistir a la tercera y definitiva cumbre de los Tres Grandes, Stalin fue a Potsdam en tren, protegido por 1.500 soldados del ejército y 17.000 hombres de la Checa. Sus desplazamientos nocturnos a Kuntsevo fueron siempre operaciones militares de primer orden. Si Stalin salía a pasear con su hija por los jardines del Kremlin, solía haber un tanque guardándoles las espaldas y esperándolos un poco por delante.

En Teherán, Churchill lo llamó «Stalin el Poderoso». Y ése era el problema. Como combatiente, o como político que azuzaba a los combatientes en la guerra civil, Stalin dio grandes muestras de «desprecio por la vida», sin llegar nunca tal vez al refinamiento radicalizador de ese espíritu, que es el desprecio por la muerte. Su comportamiento fue muy oscilante, pero no he visto nunca ninguna sugerencia de que se asustara ante el peligro.

El problema era el poder, y los efectos inflacionarios del poder. Ése fue el problema en el avión de Teherán: todo aquel peso, todo aquel tesoro, todo aquel yo, sometido a la física ingobernable del clima y la aeronáutica.

En compensación, el miedo a la muerte pasó a ser su pesadilla íntima. Cuando murió Lenin, sus embalsamadores recibieron el nombre de Comisión de la Inmortalidad. Stalin quería la inmortalidad en vida y una de sus últimas «injerencias» adoptó la forma de interés creciente por la gerontología; al igual que Mao, agotó diversos curanderismos con los resultados previsibles.[35]

La tanatofobia de Stalin llegó, como estaba mandado, a su apoteosis negativa. Hacia el final, se puso a matar médicos.

AMA LA SANGRE / LA TIERRA RUSA

Así escribía Anna Ajmátova, que, al acabar la guerra, tuvo que ganarse la vida fregando suelos. Y amaba la sangre la tierra rusa.

La batalla de Moscú fue la primera derrota alemana de la Segunda Guerra

Mundial; coincidió aproximadamente con Pearl Harbor (7 de diciembre) y con la declaración de guerra a Estados Unidos por parte de Hitler (11 de diciembre); para Hitler, desde luego, fue el momento del exceso irreversible. Estos acontecimientos produjeron una expansión enorme y complementaria en la psique de su adversario: en 1942 el Ejército Rojo sufrió una serie de derrotas catastróficas. Dmitri Volkogónov dice que el pensamiento militar de Stalin era «primitivo» (indiferente a las bajas); aprendía «por el método del ensayo ensangrentado y el error»; pero aprendía. Hablando grosso modo, desistió de matar a sus generales y se puso a su servicio; Yúkov le hablaría muy pronto «con brusquedad», como si fuera un subordinado. En octubre de 1942, Stalin apartó a los comisarios políticos («analfabetos en cuestiones militares», según Volkogónov) del «doble mando» que tenían en el frente. Instituyó nuevas condecoraciones y restauró los grados y jerarquías zaristas; los galones que en la guerra civil se cosían a la piel de los oficiales blancos aparecían ahora en el uniforme de los rojos.

La mente de Stalin, en 1943, viajaba en dirección opuesta a la de Hitler. Una avanzaba hacia la realidad; la otra se alejaba de ella. Se cruzaron en Stalingrado. Y conforme la guerra giraba en los goznes de aquella batalla (y de acuerdo con la nueva polarización psicológica), es posible que Stalin pensara con preocupación en una hipótesis: si en vez de decapitar a su ejército, hubiera sido inteligente y lo hubiese preparado para la guerra, Rusia habría podido derrotar a Alemania en cuestión de semanas. Aunque sin duda habría acarreado graves consecuencias propias, este curso de los acontecimientos habría salvado 40 millones de vidas, comprendidas casi todas las víctimas del Holocausto.

He dicho que la invasión obligó a Stalin a adoptar una apariencia de salud mental. Sin embargo, en agosto de 1945 terminó la remisión y la cordura del paciente volvió a deteriorarse. Incluso durante la guerra encontró tiempo para cometer una atrocidad doméstica que combinaba de manera característica (es decir, patológica) la gratuidad con la literalidad. Ya en verano de 1941 había desalojado a los alemanes del Volga de las tierras que llevaban ocupando durante dos siglos, y los había deportado a Asia central y a Siberia. En 1943-1944 les siguieron otras poblaciones: calmucos, chechenos, ingushi, karachai, balkares y tártaros de Crimea; luego, Crimea y el Cáucaso se limpiaron parcialmente de griegos, búlgaros, armenios, turcos meshjetianos, kurdos y khemshins. Desde el punto de vista de Stalin, estas poblaciones eran sospechosas porque probablemente colaborarían con los nazis; le dijo a Jrushov que quería hacer lo mismo con los ucranianos, pero –a pesar de los esfuerzos que invirtió en los años

treinta– había demasiados ucranianos (unos 40 millones).[36] Los efectivamente deportados fueron alrededor de 1,2 millones, la mayoría mujeres, niños y ancianos; todos los hombres estaban en el ejército (donde los chechenos y los ingushi dieron treinta y seis Héroes de la Unión Soviética). La Checa, en sus informes sobre estas operaciones, no deja de elogiar su propia «eficacia»; y las deportaciones no se llevaron a cabo con la ruidosa brutalidad de la deskulakización. Todas las familias fueron despojadas de sus bienes (Solzhenitsyn dice que por lo general se les daba una hora para hacer el equipaje); se les transportaba por ferrocarril, vías fluviales y carretera;[37] durante los tres o cuatro primeros años, su índice de mortalidad estuvo entre el 20 y el 25 por ciento. Los deportados engrosaron con los kulaki esa categoría omnímoda que es la de los «especialmente desplazados»: eran refugiados del interior, esclavos itinerantes, invitados a adaptarse a tierras desconocidas, idiomas desconocidos, climas desconocidos...

Estos hechos, como es lógico, representaron un importante contratiempo militar para la URSS. La absoluta e intensiva extirpación de los alemanes del Volga se produjo en el momento en que se desintegraba el frente occidental; la primera circular de Beria se comunicó el día en que los alemanes llegaron al Neva (y comenzó a consolidarse el sitio de Leningrado). Es verdad que Stalin estaba aún en proceso de frenarse; pero en 1943-1944 –la edad de oro de su equilibrio mental– sentía aún necesidad de un teatro de poder y sufrimiento del mayor tamaño posible. Poblaciones traidoras, etnias traidoras: estas suspicacias reaparecerían después de la guerra, forjando la más dilatada y negra ironía de todo el período.

Mientras tanto, al otro lado de la frontera, empezaba a verse que el problema psicológico de Hitler era clínico, era orgánico. A principios de 1941 tenía ya «confianza» suficiente para emprender la invasión de Rusia, a) sin una economía de guerra, y b) sin anticongelante. Es decir, que se jugó la victoria en una sola campaña: una imposibilidad material. Hemos visto que los observadores internacionales de la Cancillería se dejaron engañar por la racha de éxitos de Hitler; el propio Hitler fue el que más se dejó engañar, por decirlo suavemente. Los recientes trabajos de Kershaw y otros sugieren que el «caos autoritario» de la política de Hitler fue básicamente irracional y autodestructivo, y sus planes para el este un delirio.[38] Después de Stalingrado gritaba a los portadores de malas noticias con espuma en las comisuras de la boca. «Si alguna vez hubo un edificio que simbolizara una situación –diría Albert Speer–, fue aquél»: los muros del búnker hitleriano de Prusia oriental tenían cinco metros de grosor;

«allí estaban a buen recaudo él y su delirio». Después del atentado del maletín-bomba (julio de 1944), Hitler acabó creyendo que la purga estalinista del Ejército Rojo había sido un acto de justicia y precisión filantrópicas. Hitler empezó donde se había detenido Stalin: reimpuso la disciplina de Partido introduciendo funcionarios políticos en todos los centros de mando militares. Ya se había quedado sin voz. Tras el atentado de la bomba perdió la audición. Su aislamiento fue total.

Ama la sangre la tierra rusa. Las grandes batallas fueron fabulosas concentraciones de odio. Stalingrado, donde el frente se reducía a una calle, a una casa, una habitación, un techo, una pared, una ventana; donde legiones de ratas «corrían como un río caliente por encima de los vivos y los muertos»; donde en realidad los alemanes se enfrentaban a una Rattenwaffe, a un ejército de ratas[39] compuesto por infrahombres eslavos (los «animales de los pantanos» de Hitler) que combatían en las acequias y las cloacas (la «guerra profunda», según Iliá Ehrenburg) y acabaron venciendo. O la desquiciada megabatalla de Kursk (julio de 1943), donde en medio de una terrible tormenta el fascismo y el comunismo se enfrentaron con «furia y horror indescriptibles», en palabras de Alan Bullock: grandes masas blindadas «chocaron unas contra otras y formaron una rugiente y gimiente maraña de más de mil tanques enzarzados en combate durante más de dieciocho horas», en un área de ocho kilómetros cuadrados. O el sitio de Leningrado, que comenzó durante la batalla de Moscú y no se levantó durante 900 días, con un millón de muertos el primer año, la «carretera de la vida» por encima del helado lago Ladoga (los primeros camiones se hundieron entre los hielos; muchos caballos murieron por el camino y se aprovecharon como comida), los vehículos de socorro volviendo con refugiados, el director del Ermitage llorando en el andén mientras los primeros cargamentos artísticos se alejaban hacia el este, y Shostakóvich, entre el fragor de los cañones, componiendo la sinfonía que reflejaba la violencia criminal que estrangulaba a la ciudad...

Tras la Guerra de Invierno, contra Finlandia (1940-1941), casi todos los observadores, como sabemos, menospreciaban al Ejército Rojo como si fuera un dinosaurio desdentado. Pero había al menos un oficial alemán que veía las cosas de otro modo:

[...] observadores imparciales apreciaron además características muy positivas en el soldado soviético: su increíble resistencia en la defensa, su inmunidad al miedo y a la desesperanza y su casi ilimitada capacidad para sufrir.

Fueron estas cualidades, sobre todo la última, las que dieron la vuelta a la guerra, junto con la onda expansiva de la energía y el significado comprimidos hasta entonces en el pecho ruso. El esfuerzo fue nacional, típicamente a gran escala, exaltado y autónomo: típicamente «sacrificial». Se transportaron al este alrededor de 6 millones de obreros con sus familias, y también sus fábricas, que por lo general se reconstruían y se ponían a punto y en marcha en cuestión de días. A estas hazañas contribuyó un revuelto inframundo de campos de trabajo donde las condiciones eran a veces peor que las del gulag. Los zeki pasaron privaciones inesperadas: la ración de carne se recortó y el espacio habitable se redujo a la mitad, y no porque el archipiélago hubiera encogido. De los 5,7 millones de soldados capturados por los alemanes murieron 4 millones en cautiverio (la URSS no había firmado la Convención de Ginebra; el soldado ruso era el que más sufría, siempre y en todas partes). Stalin quiso los 1,7 millones restantes. Y los tuvo. La Checa exculpó al 20-25 por ciento. Los demás fueron ejecutados o enviados a los campos.

La ciudad de Stalin, Stalingrado, había sido antes Tsaritsin: escenario de algunas de sus actividades más polémicas durante la guerra civil. Que la victoria decisiva se produjera allí debió de ser ferozmente gratificante.[40] Cuando besó la Espada de Stalingrado en Teherán (noviembre de 1943), cuando oyó el homenajeante «Stalin el Poderoso» de labios de Churchill: qué extravagante reivindicación. La segunda reunión de los Tres Grandes, en Yalta, catorce meses después, con un achacoso primer ministro y un presidente agonizante que tuvieron con él el detalle de desplazarse hasta Crimea, fue otra ocasión para sentirse enormemente satisfecho. Y la cumbre final de julio, en Potsdam, entre los escombros del Reich. Roosevelt había muerto y Churchill, camino de la conferencia, perdió el cargo y fue sustituido por Clement Attlee.[41] Hitler también había muerto y en Nuremberg iba a comenzar el minucioso desmantelamiento del hitlerismo. Stalin podía ya mirar a su alrededor y ver exactamente dónde estaba. Dueño de un imperio mayor que el de ningún zar, era ya, sin discusión posible, el personaje más importante del planeta.

LA HISTORIA MÁS TRISTE

Stalin fue un dirigente muy popular dentro de la URSS durante todo el cuarto de siglo que duró su gobierno. Resulta un poco humillante poner por escrito una cosa así, pero no hay forma de evitarlo. También Hitler fue un dirigente popular; pero, a diferencia de Stalin, consiguió algunas victorias económicas y persiguió a minorías relativamente pequeñas (los judíos eran el 1 por ciento de la población). Las víctimas de Stalin fueron grupos mayoritarios, como el campesinado (85 por ciento de la población). Y aunque la vigilancia que ejercía Hitler sobre la población fue intimidatoria y persistente, no se excedió, como Stalin, para crear un clima de náusea y miedo. En un país donde «la gente que iba a trabajar se despedía de la familia todos los días, porque nadie estaba seguro de regresar por la noche» (Solzhenitsyn), Stalin fue siempre muy popular.

Como es lógico, la popularidad de Stalin fue totalmente –la de Hitler sólo en gran medida– fruto de la manipulación. Para el ciudadano, el proceso comenzaba en la guardería, y se aplicaba por todos los medios posibles, en todos los sentidos y en todo momento. Como en Alemania, fue el comienzo de la propaganda de los medios informativos; la gente no sabía entonces que la propaganda era propaganda; y la propaganda funcionaba. Amar a Stalin, sugiere Volkogónov (que amaba a Stalin), era una forma de «defensa social»: condicionaba a la gente a evitar los problemas. Incluso Sájarov amaba a Stalin y al morir éste se sintió consternado, lo mismo que Volkogónov. «Pasaron años –contaría después– hasta que comprendí la medida en que el engaño, la explotación y la estafa eran inherentes a todo el sistema estalinista. Esto pone de manifiesto la fuerza hipnótica de la ideología de masas.» Stalin consiguió hacer creer hasta límites absurdos que la Checa trabajaba independientemente del Kremlin. Hay una anécdota célebre: dos hombres se encuentran en una calle de Moscú, en pleno Terror: «¡Si al menos contaran a Stalin lo que está pasando!», etc. No era un chiste y los interlocutores no eran Ivanes cualesquiera. Eran Iliá Ehrenburg y Borís Pasternak.

El amor por Stalin: es probablemente la historia más triste de todas. Podemos imaginar a Dmitri Volkogónov cabeceando lentamente mientras escribe: «Ningún otro hombre ha conseguido lo que él: exterminar a millones de compatriotas y obtener a cambio la veneración incondicional de todo el país.» ¿Qué ha hecho Stalin aquí? ¿Cuál es la naturaleza de su delito particular? ¿Cuál

su contenido? Se diría que es una forma de violación: una parodia de amor, puesta en práctica por la fuerza. Además, acosaba a edad muy temprana, cuando la víctima llevaba uniforme escolar. Así pues, otra mentira colosal y contagiosa, implantada en el corazón de la infancia.

El amor representó la consumación de su victoria. 1984 termina del siguiente modo:

Levantó los ojos hacia la gigantesca cara. Había tardado cuarenta años en averiguar qué clase de sonrisa se escondía debajo del oscuro bigote [...] Pero no pasaba nada, todo estaba perfectamente, la lucha había terminado. Había conseguido derrotarse a sí mismo. Amaba al Gran Hermano.

EN LA MARCHITA, AMARILLENTA HOJA

Nadie nos hablará nunca de la fisiología del gobierno autocrático, de la adicción al poder ni de cómo afecta ésta al sistema. Pero parece lícito suponer, en el caso de Stalin, que tenía las marcas de una adicción generosamente satisfecha. Ser responsable del régimen que sin ningún riesgo a equivocarse se puede considerar el menos relajante de la historia de la humanidad es una experiencia que no puede haber sido relajante. (El miedo constante a sufrir un atentado tampoco podía ser saludable, imagino.) Entonces hubo que contender con la Segunda Guerra Mundial: para Stalin significó cuatro años de jornadas diarias de veinte horas. ¿Qué pasaba detrás de aquella cara de Kremlin en particular? Tenía ya sesenta y cinco años.

La guerra liberó grandes muestras de energía y talento en la población soviética. Pero también liberó emociones, facultades, estados mentales (responsabilidad, empeño, iniciativa, orgullo) medio olvidados o desconocidos; y éstos ganaron la guerra. Pasternak habla del ferviente y generalizado deseo de que el Estado dejara respirar a los ciudadanos, después de treinta años de (por este orden) guerra mundial, revolución, guerra civil, hambre, colectivización forzosa, más hambre, terror y otra guerra mundial. Stalin se apresuró a garantizar a su pueblo que la «exigencia total» que le hacía no iba a reducirse. Estoy seguro de que

intuyó que el pueblo comprendía por fin; y estoy seguro de que no le gustó. Por entonces advertimos además en Stalin la aparición de un fuerte sentimiento de inferioridad nacional, cuya conciencia se manifestó en forma de xenofobia agresiva mezclada con altivez panrusa. Se sentía inferior, no ya a Occidente, sino a los países satélites de Europa central, y mataba a los veteranos del ejército que habían visto lo que ocurría en Bulgaria o en Yugoslavia. Su resentido aislacionismo, político y personal, estaba estrechamente relacionado con sus remozadas sospechas sobre la gente, la gente en general, que según él volvía a estar agitada.

Entre 1945 y 1953 discurrió la fase de crápula y rancidez del estalinismo. El viejo adicto empezaba a pagar las consecuencias de sus «abusos». La Unión Soviética venía siendo un reflejo de la mente de Stalin desde 1929. Y esa mente se estaba descomponiendo: infartos, ataques menores, vértigos, desmayos. A semejanza de otro autarca agotado, Macbeth, el estilo de vida de Stalin ha caído en la marchita, la amarillenta hoja. Arrugado, manchado, agarbanzado («de color o aspecto semejante al del garbanzo»), demacrado, fantasmal, llamativo, chabacano, sensacionalista y aterrador. Y al nivel del arroyo: el nivel de la esquina de la calle y el de la caja de botellas de leche. Habría más ejecuciones, deportaciones, conspiraciones para confirmar «conspiraciones»; el congestionado gulag absorbería más millones. Pero el tema del período pierde fuerza, tiembla, vacila. Los atavismos y estupideces primitivistas estaban listos para reactivarse. Aunque los años de posguerra carezcan de la fantasmagórica coherencia de los años treinta, alcanzan una inesperada y sórdida simetría. Incluso en sus últimos entusiasmos se las arregló Stalin para consumar la vergüenza histórica.

Volkogónov dice que Stalin emplazó al ministro del Interior, Kruglov, en enero de 1948:

Le ordenó que tomara «medidas concretas» para construir más campos de concentración y prisiones con fines especiales [...] «Preséntame los anteproyectos en febrero –dijo a Kruglov–. Necesitamos tener en condiciones especiales a trotskistas, mencheviques, socialistas revolucionarios, anarquistas y blancos.» «Así se hará, camarada Stalin, así se hará», le prometió Kruglov.

Más campos, más prisiones, para delitos muy antiguos (Lenin ya había borrado del mapa a los anarquistas en 1918). Stalin, de manera esporádica, reveló algunas cualidades humanas en sus últimos años (en su mesa reapareció una foto de Nadezda Alilúyeva), entre ellas un temor irritado y senil a los cambios.[42] Este miedo se alió entonces con un rencoroso esfuerzo por conseguir la autarquía. Había delitos antiguos, pero también delitos nuevos. PZ, por ejemplo (Humillación ante Occidente), o VAD (Elogiar la Democracia Americana), o VAT (Elogiar la Técnica Americana), que presumiblemente era menos grave. De pronto, de una dirección que en principio se habría dicho inesperada, surge otro delito de nuevo cuño: ser judío.

Nada podría explicar cabalmente este hundimiento en la inmundicia, aunque el antisemitismo de Stalin tiene una historia larga y vistosa. Jrushov decía que tenía raíces profundas; y hay ejemplos de sus brutalidades antisemitas que se remontan a la segunda década del siglo. Lenin había decretado escuetamente que «el antisemitismo es contrarrevolucionario». Sin embargo, el Partido tenía ya una vena antisemita en los años veinte. Parece haberse reflejado en una política guetificadora de baja presión con la que se animó a emigrar a Crimea a los judíos más pobres de la antigua Reserva de Colonos de las llanuras de Europa oriental. Con la ascensión de Stalin se produjo un cambio de destino: la nueva Región Autonómica Judía estaría en Birobidyán, una zona desolada próxima a la frontera con China.

Dice Richard Overy:

La propaganda soviética armó mucho ruido con la idea de que el régimen protegía la cultura y la identidad de los judíos. Pero Birobidyán estaba tan lejos de los centros tradicionales de la cultura judía [...] que la perspectiva carecía de atractivo. Birobidyán fue un experimento fallido de apartheid soviético.

En los años treinta, el antisemitismo fue parte de la política de la Checa y durante el Terror comenzaron a aparecer en sus fábulas expresiones como «en contacto con círculos sionistas». El carácter del prejuicio de Stalin se pone de manifiesto en una anécdota sobre una fiesta a la que asistieron funcionarios de los organismos punitivos en 1936, poco después de la ejecución de Zinóviev y

Kámenev (los dos judíos). Conquest lo cuenta así:

Después de beber todos mucho, K. V. Pauker, que había estado presente en la ejecución de Zinóviev porque era director del Departamento Operativo de la NKVD [la Checa], dio una versión cómica del suceso. Él mismo hizo de Zinóviev y entraba a rastras, tirado por otros dos funcionarios. Colgaba de sus brazos gimiendo: «Por favor, por el amor de Dios, llamad a Iósif Vissariónovich.» Stalin se partía de risa, y cuando Pauker repitió la interpretación, añadió algo de su cosecha: «¡Escucha, Israel, nuestro Dios es el único Dios!» A Stalin le dio un pasmo y tuvo que decirle por señas que parase.

Entre los dieciocho acusados del juicio Bujarin/Iagoda de 1938 había trece judíos, entre ellos Trotski y su hijo Sedov, juzgados en rebeldía. Fue, entre otras cosas, un gesto de cara a Berlín. «Mólotov no es Bronstein», señaló certeramente Ribbentrop.

Hay que preguntarse si el odio de Stalin por Trotski, uno de los más fuertes de la historia (con tres plantas de la Lubianka consagradas a su aniquilación), tuvo algo de «racial». De todos modos, son del mismo pelaje. El antisemitismo es una declaración de inferioridad y una queja contra la limpieza del terreno de juego, una protesta contra el talento.[43] Y esto es válido también para las versiones más histéricas, demonizadoras y milenaristas de la leyenda que dice que una pequeña minoría, los judíos, planeaba dominar el mundo. ¿Y cómo iban a conseguirlo sin unas dotes extraordinarias? Se dice que el antisemitismo se diferencia de otros prejuicios porque es además una «filosofía». También es una religión, la religión de los incompetentes. Cuando repasemos la fatídica sinergia habida entre Rusia y Alemania (a un paso de la apoteosis), haremos bien en recordar que Los protocolos de los sabios de Sión, la «justificación del genocidio», como la llama Norman Cohn en el libro del mismo título[44] fue una patraña urdida por la policía política zarista.[45]

En los años en que estuvo vigente el pacto, 1939-1941, hubo colaboración antisemita entre los dos regímenes. Los judíos alemanes que esperaban encontrar cobijo en la URSS fueron encerrados y luego entregados a la Gestapo. Y los judíos que huían de los países ocupados por Alemania fueron encarcelados o

deportados a Asia central o a Siberia. En su parte de la repartida Polonia, Stalin combinó la decapitación general con incensantes ataques contra la cultura judía, prohibiendo las festividades religiosas (incluido el sábado), los bar mitsvot y las circuncisiones, y desmantelando los poblados judíos. Después de junio de 1941, la política soviética dio marcha atrás durante un tiempo, como lo confirma el apoyo que dio Stalin, diez meses después, al Comité Antifascista Judío. Pero el impulso atávico seguía creciendo. Conquest señala que «se trataba muy mal» a los activistas judíos interrogados por la Checa en 1939, pero «los insultos e imprecaciones nunca tenían cariz racial. Cuando se les volvió a interrogar en 1942-1943, el insulto antisemita era ya la norma». El cambio de acento, como todo lo demás, fue verticalista.

Después de la guerra había unos 3 millones de judíos en la Unión Soviética; 1,2 millones habían muerto en el Holocausto. Que los judíos corrían peligro de sufrir otro genocidio, en décadas sucesivas, se percibe en las anquilosadas maniobras de Stalin en este período y, sobre todo, en su decisión de 1951: el antisemitismo encubierto quedó al descubierto y pasó de las murmuraciones de Pravda contra «los cosmopolitas desarraigados» a una campaña de propaganda por todo lo alto. Stalin estaba ya preparado para movilizar el atavismo. Las detenciones, ejecuciones, asesinatos, purgas y proscripciones por motivos raciales se habían practicado casi en secreto hasta 1951. En la primavera de aquel año comenzó a incubar el caso Slansky en la dependiente Checoslovaquia (catorce estalinistas de alto nivel, entre ellos once judíos, fueron juzgados y ejecutados, tras haber sido acusados primero de «nacionalismo burgués» y luego de «sionismo»). Hubo más publicidad en 1952 a causa de una banda de «saboteadores» judíos de la industria ucraniana. Luego vino «la Conspiración de los Médicos» y el monstruo de la propaganda preparó a la población para un pogromo a escala nacional. Solzhenitsyn cree que se estrenó a comienzos de marzo con el ahorcamiento de los «médicos-asesinos» en la Plaza Roja. Pero entonces, a comienzos de marzo, ocurrió algo más: Stalin falleció.

Los historiadores suelen decir que probablemente habría habido «otro terror», de magnitud indeterminada; pero ¿de qué clase? No sería como el Gran Terror, en el que la participación pública se limitó al envío de denuncias. El terror judío habría tenido que modelarse según la idea o táctica bolchevique de incitar a una clase a destruir a otra. Habría tenido que parecerse al Terror Rojo de 1918, con los judíos, muy aproximadamente, en el papel de la burguesía. El Terror Rojo de 1918, repite Orlando Figes, fue participativo, impuesto desde arriba pero también desde abajo. Es una tentación ver aquí una regresión deformada,

mientras Stalin se dispone a excitar los más bajos impulsos de las masas, y nostalgia de los días de lucha, los días que Lenin llamaba de «caos y entusiasmo».

Hay explicaciones racionales de la claudicación de Stalin ante el vudú de cloaca. Conquest las resume (y juntas forman un brebaje repelente):

Su actitud desde 1942-1943 parece que se basó en parte en la eficacia con que, según él, utilizaba Hitler la demagogia antisemita. Seguramente se debió también a su creciente nacionalismo ruso, en el que pensaba que pocos judíos podrían integrarse. Y la idea de la especial predilección del judío por el capitalismo, como se sabe, se encuentra ya en Marx.

La última causa de delirio definitivo fue, evidentemente, la fundación del Estado de Israel, en 1948, y la llegada, en aquel mismo año, de la embajadora Golda Meir, que atrajo a una multitud de 50.000 judíos delante de la sinagoga de Moscú. Fue una exhibición de «espontaneidad» escandalosa; además ponía a Stalin frente a una minoría activa que era leal a algo que no era «el poder soviético». Dicen que dijo: «No puedo tragarlos ni escupirlos.» Parece que al final decidió hacer ambas cosas. Los judíos que sobrevivieron al desafío estaban destinados a acabar en Birobidyán y en otros puntos de Siberia, donde, según Solzhenitsyn, «ya se les había construido barracones».

Tal vez resulte polémico sugerir que Iósif Stalin pudo seguir decayendo espiritualmente durante sus últimos años. Pero es que llama la atención la pérdida, la evaporación total de su conciencia histórica, lo cual sugiere la presencia de una especie de tachadura o borrón en una parte razonablemente amplia de su cerebro. «El antisemitismo es contrarrevolucionario.» El antisemitismo era la religión de los rusos blancos, de los zaristas, y también de las Centurias Negras, las bandas reaccionarias armadas con cuchillos y puños de hierro (y a veces con pistolas –y vodka– que les daban las fuerzas de seguridad) a las que parece que se enfrentó el joven Stalin en las calles de las ciudades rusas. El antisemitismo era cosa de la chusma y de la derecha. Cayendo en él, el principal estadista del mundo, cosa que era entonces, despilfarraba el abundante capital moral que la URSS había acumulado durante la guerra: el vencedor de

Hitler, por increíble que parezca, acabó siendo el protegido de Hitler. Las diversas prohibiciones que pesaron sobre el judaísmo soviético eludían las obscenas minucias de algunas de las leyes de Nuremberg de los años treinta,[46] pero la firma de Stalin figura en todas. Mientras el socialfascismo se ampliaba para abarcar el etnofascismo, Stalin añadió a su lista personal de patentes el ser el primer negador del genocidio nazi. Era peligroso hablar del «martirio judío» (era «egotismo nacional») y el régimen, de común acuerdo, salía al paso de la idea de que la suerte de los judíos fuera un aspecto significativo de la Segunda Guerra Mundial.† También fue caóticamente estalinesca la detención de varios judíos bajo el cargo (seguramente con pruebas falsas) de acusar al Estado de antisemita.

De la extraña danza, del pas de deux interpretado por el bigote pequeño y el bigote grande surge una deforme ironía final. En su última convulsión, «la Conspiración de los Médicos», los detenidos (casi todos judíos) fueron (falsamente) acusados de cometer el delito nazi quintaesencial, definitorio y antonomástico: el asesinato clínico.

LA CHINCHE

Cuando adoptó la «política de reconciliación» en el Congreso de los Vencedores, de 1934, Máximo Gorki se equivocó de medio a medio al creer que la «terapia biográfica» era una forma de llegar al alma de Stalin. La supremacía planetaria no lo ablandó en 1945. Un ligero incremento de las adulaciones no lo habría ablandado en 1934. Stalin era un animal de otra clase.

Los bolcheviques obligaban a los escritores, unas veces física, otras espiritualmente, a encajar en toda clase de moldes. Isaac Bábel fue fusilado en 1940, Osip Mandelstam perdió la razón en 1938, camino de Kolymá («¿Soy real y llegará la muerte realmente?»): estos hombres podrían contar que fueron mártires de su arte; y lo fueron, y también centenares como ellos. Algunos escritores, más o menos auténticos, se esforzaron por trabajar «para» los bolcheviques. Su triunfo fue inversamente proporcional al tamaño de su talento. Los escritores sin talento sabían adular al régimen. Los que lo tenían no sabían adularlo, al menos mucho tiempo. Pensemos en Maiakovski. Sus versos de tío

curtido sobre bayonetas y estadísticas siderúrgicas dejan ver una sonrisa en algún lugar del fondo; y su obra teatral La chinche (una sátira sobre el burocratismo) se consideró subversiva hasta el punto de que la marginaron discretamente. Pero comprometió su talento, aunque era de menor cuantía. Y parece que eso es algo que no se puede hacer. Se suicidó en 1930.[47] Pero el destino más extraño y quizá el más amargo de todos fue el de Máximo Gorki.

«Cada vez los odio y los desprecio más», dijo de los bolcheviques en junio de 1917. Gorki no era un «proletario hereditario», aunque sin duda era un plebeyo hereditario: tras una infancia pobre se quedó huérfano; empezó a trabajar a los nueve años. Hacia 1895 era mundialmente famoso y no tenía más que veintitantos años. Su historial revolucionario era, además, excelente. Era enemigo del antiguo régimen y había estado en la cárcel. Amigo de Lenin desde 1902, había llevado el chaquetón de cuero negro y las botas hasta la rodilla durante la fracasada revolución de 1905.† Durante la guerra, el amplio piso que tenía en San Petersburgo pasó a ser el centro de operaciones de los bolcheviques. La decepción de Gorki fue gradual pero irrevocable. Dos semanas después de Octubre escribió lo siguiente:

Lenin y Trotski no tienen ni la menor idea de lo que significan la libertad o los Derechos Humanos. Están ya intoxicados por el nauseabundo veneno del poder y esto se ve en su vergonzosa actitud ante la libertad de expresión, el individuo y todas las restantes libertades civiles por las que luchaba la democracia.

En A People’s Tragedy, Orlando Figes se sirve de Gorki como de un ancla moral. En el tifón de la sinrazón, su voz es la voz de la salud mental que sufre.

Fue asimismo un filántropo hiperactivo que salvó muchas vidas y aligeró muchas privaciones durante el Terror Rojo y la guerra civil. Lenin lo escuchó durante un tiempo, aunque el periódico de Gorki, Novaia yin (Nuevo mundo), se había prohibido en 1918. Es extraordinario cuántas citadísimas frases de Lenin se encuentran en su correspondencia con Gorki: la que habla de la «abyección indescriptible» de todas las religiones; la que dice que los intelectuales son la «mierda» de la sociedad; la de «mi fabuloso georgiano». Lenin, una vez en el poder, se volvió más intransigente con su amigo. Las cartas de Gorki son ya

peticiones de tolerancia para cosas concretas y de moderación en general. Lenin defiende su causa con su estilo habitual, con trucos dialécticos que habrían ruborizado incluso a la Oxford Union [Sociedad de Debates de la Universidad de Oxford], y encima pavoneándose:

Leyendo tus sinceras opiniones sobre este particular, recuerdo una observación que me hiciste: «Los artistas somos personas irresponsables.» ¡Precisamente! Dices unas palabras increíblemente irritadas, pero ¿por qué este alboroto? Por unas docenas (quizá unos centenares) de cadetes o semicadetes de clase alta que pasan unos días en la cárcel para que no haya conspiraciones[48] [...] que ponen en peligro la vida de miles de obreros y campesinos. ¡Sí, una calamidad tremenda! ¡Qué injusticia. ¡Unos días o unas semanas de cárcel para los intelectuales, y todo para impedir la matanza de miles de obreros y campesinos! «Los artistas somos personas irresponsables.»

Así de fácil.[49] Las cartas de Lenin comenzaron a introducir amenazas. «Me veo obligado a decirte: cambia radicalmente de circunstancias, de ambiente, de domicilio, de ocupación; de lo contrario, la vida te asqueará eternamente» (julio de 1919). La cursiva es mía. Para llegar a la inevitable ruptura tuvieron que morir dos poetas y pasar hambre un país.

Cuando Moscú acabó por admitir que la cuarta parte del campesinado se estaba muriendo de hambre, se eligió a Gorki para que dirigiera las peticiones de ayuda. Cuando pasó el hambre, Lenin detuvo a todos los miembros del comité de ayuda, menos a dos, y a Gorki le dijo que se fuese al extranjero «por motivos de salud». Luego murieron los dos poetas, Aleksandr Blok y Nikolái Gumiliov. Tras un breve período de entusiasmo por Octubre y dos poemas famosos con que lo celebró, Blok no escribió nada después de 1918 y murió de hambre y desesperación en agosto de 1921. Unos días después, Gumiliov (ex marido de Anna Ajmátova) fue detenido por la Checa de Petrogrado, por profesar simpatías monárquicas, lo cual era cierto. Gorki se dirigió inmediatamente a Moscú y consiguió que Lenin le diera una orden de libertad para Gumiliov. Pero cuando volvió a Petrogrado, se enteró de que ya habían fusilado a Gumiliov, sin juicio previo. Gorki escupió sangre mientras se lo contaban. Estaba muy mal de salud. Emigró en octubre.

En 1932 Stalin convenció a Gorki, que estaba en Italia, de que volviera a la URSS. Fue un triunfo propagandístico para el régimen, que hizo mucho ruido diciendo que se le había liberado de la «Italia fascista». Fue condecorado con la Orden de Lenin; se le facilitó un palacete moscovita y una dacha (en la que Stalin, con toda delicadeza, instaló un ascensor al enterarse de que a Gorki le costaba subir escaleras); la calle Tverskaia pasó a llamarse calle Gorki y su Niznyi Novgorod natal se llamó Gorki desde entonces; fue una canonización a gran escala.[50] Stalin debía de tener muy claro que Gorki acabaría creándole problemas. Estoy convencido de que a Stalin le atraía la idea de destruir a aquel tigre: destruir su talento, destruir su integridad, destruir al hombre.

Ya en junio de 1929, durante el segundo de sus cinco viajes estivales de reintroducción en Rusia, Gorki se envileció totalmente. Para desmentir la información de un libro recientemente publicado en Inglaterra sobre Solovki (An Island Hell: A Soviet Prison in the Far North), invitaron a Gorki a que viera la cuna del gulag. El campo se potemkinizó a toda prisa. Pero como dice Solzhenitsyn, Gorki sostuvo una conversación no vigilada de noventa minutos con un chico de catorce años de la Colonia Infantil. Salió de los barracones «deshecho en lágrimas».† En el Libro de Visitas elogió a «los incansables centinelas de la Revolución, capaces de ser al mismo tiempo notables y audaces creadores de cultura»; estas opiniones se difundieron por todo el mundo. «Apenas se alejó el vapor [de Gorki] del muelle, fusilaron al chico» (Solzhenitsyn).

El segundo envilecimiento espectacular se produjo en 1933-1934, período en que Gorki trabajó en la edición de El Canal Blanco-Báltico (entre los demás editores estaba el subdirector del gulag). Una delegación de escritores visitó el canal, que acababa de terminarse, en el verano de 1933; treinta y seis colaboraron en el volumen, que elogiaba el proyecto alegando que era «un esfuerzo único y victorioso para la transformación colectiva de los antiguos enemigos del proletariado». Construido por mano de obra esclavizada (sobre todo por kulaki), el objetivo era comunicar las dos flotas por una amplia vía de agua. Al final costó unas 150.000 vidas y no sirvió para nada.[51] Gorki era amigo desde hacía mucho tiempo del duro pero franco y realista Kírov, el jefazo de Leningrado en cuyo feudo se había construido el canal. El libro fue una prueba más que suficiente: manifiesta y monótonamente falso, empalagoso y cobarde. Las declaraciones ocasionales de Gorki por aquellas fechas son ya irreconocibles. Habla el dialecto del régimen con un acento de triunfalismo helado.

El asesinato de Kírov (diciembre de 1934) sacó a Gorki de su coma espiritual. Stalin se lo esperaba. Horas después del asesinato, los hombres de la Checa acordonaban la villa crimeana de Gorki: ¿para protegerlo o para impedir que hablara? Las rutas paralelas entraron en la fase de las estratagemas. Apremiado por Stalin para que se uniera a la condena del terrorismo individual (por el asesinato de Kírov), Gorki replicó que también condenaba el terrorismo de Estado: aquello equivalía a una acusación de homicidio. Cuando Gorki volvió a Moscú, los organismos estrecharon el cerco. Dijo a sus amigos que estaba en «arresto domiciliario». Símbolo grotesco de su cuarentena fue que los ejemplares de Pravda que vio se compusieron especialmente para él («las noticias sobre detenciones –señala Tucker– se sustituyeron por noticias sobre la pesca del cangrejo y cosas por el estilo»). Su aislamiento se intensificó en mayo de 1935, cuando su hijo adoptivo, Maxim Peshkov, que le hacía de intermediario, falleció misteriosamente tras una dolencia menor. Los pulmones de Gorki empeoraron. Stalin, en compañía de Mólotov y Voroshílov, fue a visitar al enfermo. Murió el 18 de junio de 1936 y fue enterrado con toda ceremonia. Dos meses más tarde, su antiguo amigo Kámenev se sentaba en el banquillo (y era condenado a muerte) en un juicio que se había esperado que Gorki denunciara.

Creo que ningún personaje histórico tiene menos derecho al beneficio de la duda, pero Stalin, en términos generales, estuvo menos complicado en la muerte de Gorki (y en la del hijo de Gorki) que en la de Kírov. Al pasar del «terror silencioso» de las expulsiones del Partido a la percusión del Gran Terror propiamente dicho, Stalin estaba ya en su vena improvisadora más anárquica, era un maestro loco del engaño múltiple, tapando un agujero aquí, eliminando una grieta allí, en el temblequeante edificio de su realidad. En el juicio de Bujarin y otros (1938) se dijo que a Gorki lo habían matado sus médicos, que estaban al servicio del jefe chequista Iagoda. Iagoda, como es lógico, fue ejecutado; y lo mismo los doctores Levin y Kazakov.[52] El «asesinato» de Gorki es una historia vacilante y poco coherente (los médicos le recomendaban acercarse al fuego y visitar a personas resfriadas), parece traída por los pelos y hace que el acontecimiento quede impregnado de una inverosimilitud inmerecida. Todo se nota improvisado: la conspiración de Iagoda se presentó como un acto terrorista contra la jefatura y Gorki (para amargura de su espíritu en el más allá) fue eliminado por ser uno de los estalinistas más acérrimos. En cualquier caso, parece que había una ley que casi podría ser metafísica: cuando Stalin quería una muerte, el deseo tenía que hacerse realidad.

Gorki, pues, estaba tratando de recuperar su integridad. Pero ¿por qué la perdió? Solzhenitsyn no se muerde la lengua:

Yo solía atribuir a la fantasía y la locura la lamentable conducta que tuvo Gorki desde que volvió de Italia hasta el día de su muerte. Pero en su correspondencia de los años veinte, recientemente publicada, hay un motivo que lo explica todo de un modo más sencillo: el interés material. Gorki se quedó atónito en Sorrento al averiguar que su fama internacional no había aumentado ni su dinero tampoco [...] Quedó claro que tanto para conseguir dinero como para resucitar su fama tenía que volver a la Unión Soviética y aceptar todas las condiciones adjuntas [...] Y Stalin lo mató sin ningún fin concreto, por exceso de cautela: Gorki también habría entonado himnos de alabanza a 1937.

Entendemos la ira de Solzhenitsyn (su última frase contiene dos ofensas concluyentes), pero no podemos suscribirla. Vanidad, venalidad, tal vez; pero Gorki andaba a ciegas, dando traspiés, con el corazón en un puño. Volvió a Rusia porque hasta cierto punto creía, quizá presuntuosamente, que podía moderar el sistema –moderar a Stalin– desde dentro. Empeñó su alma y luego quiso recuperarla.

Cosa rara, se le permitió emprender un último viaje a Crimea; por motivos de salud. Una noche, eludiendo la vigilancia de los médicos, escapó por una ventana y se internó en el jardín. Tucker dice (parafraseando a su fuente de información): «Gorki levantó los ojos al cielo. Se acercó a un árbol, se abrazó a sus ramas y se quedó allí llorando.» Tenía mucho por lo que llorar. Por lo general, los escritores no acaban de conocer la fuerza de su talento: esta investigación comienza con su necrológica. Los escritores de la URSS se enteraban de su calidad todavía en vida. Si el talento era mucho, sólo la suerte o el silencio podía salvarlos. Si el talento era escaso, podían hacer tratos y sobrevivir. Así pues, los bolcheviques tenían un poder prometeico para los escritores; convocaban a la posteridad y la instalaban en el aquí y el ahora.

Entre los papeles de Gorki se encontró cierto documento. Al leerlo, Iagoda lanzó un exabrupto y dijo: «Por mucho que des de comer al lobo, siempre tirará hacia el bosque.» (Es un episodio aislado: Iagoda es aquí más generoso que

Solzhenitsyn.) En el documento, Gorki comparaba a Stalin con una pulga, una pulga que había crecido hasta adquirir dimensiones ingobernables, «con una sed insaciable de sangre de la humanidad» (según la glosa de Conquest), «pero básicamente era un parásito». Y tal vez deberíamos hacer de la pulga gigante una chinche gigante, porque Stalin ansiaba, y consiguió, la politización del sueño. Él mató el sueño.

Con una solemnidad que puede imaginarse fácilmente, Stalin en persona encabezó la comitiva fúnebre de Gorki. La cálida amistad que unía a los dos hombres se convirtió en leyenda soviética. Quince días más tarde, los tres periódicos que dirigía Gorki fueron clausurados y el personal detenido, con otros personajes de su entorno.

Demian Bedny: Damián el Pobre. Máximo Gorki: Máximo el Amargado. Iósif Grozny: Iósif el Terrible.

EL FINAL

Esto es lo que le pasó a Iván en 1584: «empezaron a hinchársele desmesuradamente las partes con las que había pecado del modo más horrible durante más de cincuenta años seguidos, ya que alardeaba de haber desflorado a un millar de vírgenes».[53] Se llamó a los adivinos e Iván buscó consuelo manoseando alhajas. Murió mientras trataba de comenzar una partida de ajedrez:

Coloca a sus hombres† [...] el Emperador, con la bata abierta, camisa y calzas de lino, se desmaya y cae de espaldas. Gran alboroto y conmoción, uno va en busca de un cordial, otro a la botica en busca de «agua de caléndulas y rosas», y a avisar a su confesor y a los médicos. En el ínterin se estrangula y muere.

«Se estrangula» quiere decir aquí «se ahoga», porque Iván falleció de muerte natural. Lo mismo que Stalin, por escandaloso que parezca. Stalin tardó algo más en irse. Y era tan increíble su talento para la muerte que demostró que podía

matar incluso desde el ataúd.

Entre el centenar largo de artistas judíos ejecutados entre 1948 y 1953 estaba el legendario actor Solomon Mijoels. No fue detenido; fue atraído a un encuentro, asesinado y abandonado en la calle, donde un camión de la Checa le pasó por encima. El régimen, al principio, se alegró de poder decir que había sido un accidente, pero más tarde se difundió que en realidad había sido asesinado... por la CIA, para impedirle que delatara a una red de espías norteamericanos. Mijoels había hecho teatro en privado, en el Kremlin. Había representado a Shakespeare para Stalin. Había hecho de Lear para Stalin. Yo sostengo que fue un gran momento histórico. Lear, como se sabe, fue totalitario desde la cuna –hay diferencias–, pero Lear sigue siendo la más importante reflexión visionaria sobre el espíritu totalitario. ¿Arrugó Stalin la nariz mientras oía a Mijoels, su futura víctima, despellejarlo vivo desde el escenario?

Me agasajaban como a un perro [...] ¡Decir «sí» y «no» a todo lo que yo decía! [...] Cuando cierta vez me empapó la lluvia y el viento me hizo tiritar, cuando el trueno no se amansó con mis órdenes, entonces los descubrí, entonces me los olí. Quita, quita, estos no son hombres de palabra; me decían que yo lo era todo: esto es mentira, no estoy hecho a prueba de calenturas.

Tampoco Koba. Jrushov dice que estaba insólitamente alegre la noche del 28 de febrero (e insólitamente borracho);[54] otras versiones hablan de una noche de tétricas denuncias desde la cabecera de la mesa y de la silenciosa y asqueada partida de Stalin (a la hora habitual: las 4 de la madrugada). Ser invitado permanenente en las cenas de Kuntsevo siempre había sido un honor dudoso. En tiempos más juveniles, los amiguetes del Kremlin se habían entretenido con meriendas colectivas, canciones, chistes y bromazos. Una broma típica era poner un tomate maduro en la silla del borracho Poskrébishev (¿antes o después de que fusilaran a su mujer... o antes y después?). A Stalin le gustaban los espectáculos de humillación: hacer que Jrushov bailara al estilo cosaco, por ejemplo. Pero aquellos hombres ya habían sido humillados, y mucho antes de 1953. Por entonces Poskrébishev ya no estaba allí (lo habían despedido, nada más), y los otros, sobre todo Beria y Malenkov, estaban bajo sospecha. Hacía poco habían oído murmurar a Stalin para sí: «Estoy acabado. No confío en nadie, ni siquiera

en mí mismo.» Svétlana dice que visitar a su padre por aquella época la dejaba físicamente deshecha durante varios días; y Svétlana no temía por su vida.

El 1 de marzo, Stalin despertó a mediodía, como de costumbre. En la cocina se encendió la luz de PREPARAR TÉ. Los criados esperaron en vano la orden de LLEVAR TÉ. Hasta las once de la noche no se atrevieron los oficiales de guardia a hacer averiguaciones. Koba, con el pijama manchado, yacía en el suelo del comedor, junto a una botella de agua mineral y un ejemplar de Pravda. Había mucho terror en sus ojos implorantes. Cuando quiso hablar, sólo le salió «un zumbido»: la pulga gigante, la chinche, reducida a un zumbido de insecto. Es indudable que había tenido tiempo para meditar una incómoda circunstancia: a todos los médicos del Kremlin los estaban torturando en la cárcel, y Vinográdov, su médico personal de muchos años, estaba, además (por insistencia del mismo Stalin), «con grilletes».

Beria, que acababa de salir de alguna orgía, hizo una visita rápida el 1 de marzo por la noche. Pero hasta la mañana siguiente no se pudo reunir a un equipo de médicos (no judíos), que se pusieron a trabajar espoleados por las obscenidades y amenazas de Beria, mientras los miembros del Politburó se paseaban en la habitación contigua. Es un poco inevitable demorarse en los documentos médicos (¿por la novedad de una muerte natural?) y en su descripción de la impotencia absoluta. Extractos:

[...] el paciente estaba echado de espaldas en un diván, con la cabeza vuelta hacia la izquierda, los ojos cerrados, con moderada hiperemia en la cara; ha habido una micción involuntaria (tenía la ropa empapada en orina) [...] Los latidos cardíacos eran apagados [...] El paciente está en estado de inconsciencia [...] No hay ningún movimiento en las extremidades derechas, sí agitaciones ocasionales en las izquierdas.

Diagnóstico: hipertonía, arteriosclerosis generalizada con principales daños en los vasos cerebrales, hemiplejia derecha a consecuencia de hemorragia arterial en cerebro izquierdo; cardiosclerosis arteriosclerótica, nefrosclerosis. El estado del paciente es muy grave.

Porque al paciente, por decirlo de otro modo, le había dado un ataque

fulminante. Los médicos le pusieron sanguijuelas, cuatro detrás de cada oreja, que alegre e inocentemente le chuparon la sangre a la chinche. Le administraron sulfato de magnesio con lavativa y jeringuilla. Stalin tenía todo el lado derecho paralizado; el izquierdo sufría sacudidas aleatorias. En el transcurso de los cinco días siguientes, mientras los trémulos médicos se afanaban en lo suyo, Vasilii Dyugashvili se removió ocasionalmente, gritando: «¡Han matado a mi padre, los muy bastardos!» A las 9.50 de la noche del 5 de marzo empezó a sudar copiosamente. La cara azul se le puso más azul. Svétlana miraba y esperaba. He aquí su despedida:

Durante las últimas doce horas la falta de oxígeno se agravó. Su cara y sus labios se ennegrecieron [...] Su agonía fue terrible. Literalmente murió asfixiado ante nuestros ojos. Cuando ya parecía haber llegado el último momento, abrió los ojos y miró a todos los que estábamos en la habitación. Fue una mirada terrible, de locura o quizá de cólera, y llena de miedo a la muerte [...] De pronto levantó la mano izquierda, como si señalara algo situado arriba y lo maldijera todo. Fue un gesto incomprensible y muy amenazador.

¿Qué hacía? Buscar a tientas su poder.

Stalin había muerto, pero aún no se había ido. Siempre le había gustado amontonar a la gente, apretujarla, no dejarle aire ni espacio ni recursos; siempre le había gustado recluirla y emparedarla, acorralarla y enjaularla: la «perrera» de recepción de la Lubianka, con tres presos por cada metro de suelo; Ivánovo, con 323 hombres en celdas ideadas para veinte, o Strajóvich, con 28 hombres en celdas pensadas para reclusiones individuales; o 36 en un solo compartimiento de tren, o un furgón celular tan abarrotado que los urka ni siquiera podían meter la mano en bolsillo ajeno, o los zeki atados por parejas y amontonados como troncos en la parte trasera del camión, camino de la muerte... El día del entierro de Stalin, multitudes ingentes, presas de una consternación falsa y de un falso amor, desfilaron por Moscú en densidad peligrosa. Cuando, estando en una apretada multitud, nuestros movimientos dejan de ser nuestros y tenemos que esforzarnos por respirar, una triste idea se impone en medio de nuestro pánico y es que si sobreviene la muerte, llegará de la mano de la vida, del exceso de vida, de la sobreabundancia de vida. De todos modos, ¿qué hacían allí aquellas

personas? ¿Llorarle? Aquel día murieron asfixiadas más de cien personas en las calles de Moscú. Así pues, Stalin, embalsamado en el ataúd, siguió haciendo lo que realmente sabía hacer: matar rusos.

LA PERFECCIÓN NEGATIVA

Durante los preparativos para el juicio de propaganda de los socialistas revolucionarios, Lenin escribió al ministro de Justicia (mayo de 1922):

¡Camarada Kurski!

Continuando con nuestra conversación, te envío el esquema de un apartado complementario para el Código Penal [...] La idea básica, espero, está clara [...] proponer abiertamente una ley a la vez basada en principios y políticamente veraz (y no sólo jurídicamente estricta) que aporte motivos para la esencia y justificación del terror, su necesidad, sus límites.

El tribunal no debe excluir el terror. Sería engañoso o falso prometer esto, y con objeto de proporcionarle una base y legalizarlo como un principio, con claridad y sin hipocresías ni adornos, es necesario formularlo del modo más general posible, pues sólo la corrección y la conciencia revolucionarias aportarán las condiciones para aplicarlo más o menos generalmente en la práctica.

Saludos comunistas,

LENIN

«El terror es un medio poderoso de hacer política –decía Trotski– y hay que ser un hipócrita para no comprenderlo.»

Los dos hombres, como vemos, están deseosos de no ser hipócritas.[55] No, no caigamos en la hipocresía. Terror, si hace falta. Pero no caigamos en la

hipocresía. La carta de Lenin a Kurski amplía una sugerencia anterior: «¡Camarada Kurski! En mi opinión, deberíamos ampliar la aplicación de los fusilamientos (autorizando su sustitución por la expatriación) a todas las actividades de mencheviques, socialistas revolucionarios, etc.» Y añade: «Debemos encontrar una fórmula que relacione estas actividades con la burguesía internacional.» La cursiva es suya; la hipocresía también. El terrorismo de Estado es histeria de Estado; cualquier intento, por muy fríamente que se acometa, de «legalizarlo como un principio y sin hipocresías», pecará de hipócrita. ¿Y cómo interpretamos el dictamen de Trotski? «Hay que ser un hipócrita –dice– para no comprender» que «el terror es un medio poderoso de hacer política.» «No comprender» es aquí un eufemismo por «no obrar en consecuencia»: a fin y al cabo, a sus rivales políticos les da igual que lo comprenda o no. Trotski debería haber dicho «sentimental» en vez de «hipócrita». Todo el mundo sabe que el terror es antisentimental. Pero aún tenemos que convencernos de que el terror es antihipócrita. En un plano más general, tenemos que hacernos a la idea de que Lenin y Trotski estaban atentos al peligro de la hipocresía.

La verdad es que la hipocresía hizo su agosto con los bolcheviques, como la hiperinflación. No trato de ser ocurrente si digo que la hipocresía acabó siendo la esencia misma del Partido, ya que esto es quedarse corto. La hipocresía no supo la que le había tocado en Octubre de 1917. Hasta entonces había tenido sus momentos, en política, en religión, en el comercio; había desempeñado su papel en innumerables interrelaciones sociales; y había protagonizado muchas novelas victorianas, etc.; pero nunca se le había dicho que empapase a la sexta parte del planeta. Al mirar atrás, puede que la hipocresía se sonriera al recordar sus titubeos iniciales, porque se acostumbró muy pronto a las alturas desde las que se domina todo.

Esta lacra prolifera cuando se interrumpe la relación directa entre las palabras y los hechos. Antes de analizar la palabra «revolución» (casilla uno), pensemos en la casilla dos, la «dictadura del proletariado». Los bolcheviques convirtieron en símbolo de la «vanguardia» esta expresión que ocupa poco más que una nota a pie de página en Marx; los revolucionarios de élite fundan una dictadura en nombre del proletariado; el proletariado, con el tiempo, supera la simple «conciencia sindical» y empalma con la vanguardia; la vanguardia, el Estado, «se disuelve» y entonces «se realiza» el comunismo total. Hoy sabemos que los bolcheviques se quedaron en la primera fase del proceso y nunca pasaron de allí (aunque en cierto modo se las arreglaron para disolverse, casi un siglo más tarde,

sin dejar nada). Lenin era hipócrita por lo tanto cuando prohibió los sindicatos alegando que el proletariado ya tenía el poder dictatorial.

Rusia no tuvo nunca dictadura del proletariado.

Lo que tuvo Rusia fue dictadura del proletario.

Rusia tuvo a Stalin y tuvo la perfección negativa.

1) Durante el hambre de 1933, Moscú prosiguió su política de rusificación en Ucrania, purgando todas las instituciones (entre ellas la Oficina de Pesas y Medidas y el Instituto Geodésico). Un funcionario, Skripnik, que había sufrido una agresión, reaccionó con ingenio: replicó y a continuación se pegó un tiro. La necrológica oficial dijo que el suicidio había sido «un acto de pusilanimidad particularmente indigno de un miembro del Comité Central del Partido Comunista de la Unión».

2) Tomado de El gran terror: «La forma más segura de que fusilaran a un acusado era negarse a declararse culpable. Así ni siquiera tenía que someterse a un juicio público, ya que o perecía con los rigores de la investigación preliminar o lo mataban, como a Rudzutak, tras un juicio de veinte minutos a puerta cerrada. La lógica de los tribunales de Stalin era distinta de la que es normal en el resto del mundo. La única posibilidad de eludir la muerte era admitirlo todo y dar la peor interpretación posible a las propias actividades. La verdad es que esto no salvó prácticamente a nadie.»

3) Durante la Colectivización, cuando los campesinos exterminaron su propio ganado, el jefe de la adquisición de cereal en Ucrania, del que podía esperarse que viviera a cuerpo de rey ante la lucha que se avecinaba (es decir, el Terror del Hambre), dijo según algunos: «Por vez primera en su miserable historia, los campesinos rusos se han atracado de carne.»

4) Habla Robert Tucker, a propósito de la ejecución de Kámenev y Zinóviev, a quienes Stalin, al principio, había prometido no matar: «No sólo los humilló, los explotó y los destruyó, sino que hizo que murieran sabiendo que se habían escarnecido y mancillado públicamente, a sí mismos y a muchos otros, que habían cargado con la responsabilidad de Stalin en el asesinato de Kírov, con la duplicidad sistemática de Stalin y la conspiración terrorista de Stalin contra el partido estatal. Habían confesado que representaban una variedad del fascismo cuando él mismo estaba introduciendo en Rusia precisamente eso con aquella

parodia de juicio, entre otras cosas; y ellos terminaron postrándose a los pies de su asesino y glorificándolo... únicamente por servir a sus intereses personales.»[56] Decía Bujarin en la cuadragésima tercera carta sin respuesta que escribió a Stalin: «Sólo siento por ti, por el Partido y por la causa un amor grandioso e infinito. Te abrazo en mis pensamientos...» Pocos asesinos han solicitado esto de sus víctimas, que afronten la muerte con expresiones afectuosas en los labios. Pero era tal el tamaño de la derrota, el tamaño del déficit, que Stalin siguió insistiendo.

5) De vez en cuando, los jefazos, sentados a la mesa, se pasaban las peticiones de clemencia. Al pie de una, de un mando militar inocente al que iban a fusilar al día siguiente, escribieron: «Un montón de mentiras. Fusiladlo: I. Stalin»; «Estoy de acuerdo. ¡Canalla! Un perro debe de morir como un perro: Beria»; «Un chiflado: Voroshílov»; «¡Cabrón!: Kaganóvich».

6) En 1948, Stalin hizo la siguiente adición a su biografía oficial, el Cursillo: «En las diversas etapas de la guerra, el genio de Stalin encontró la solución correcta que explicaba todas las circunstancias [...] Su dominio del arte militar se puso de manifiesto tanto en la defensa como en el ataque. Su genio le permitió adivinar los planes del enemigo y derrotarlo.» A esta adición hizo otra adición: «Aunque desempeñó su misión de dirigente del Partido con consumada destreza y contó con el apoyo incondicional de todo el pueblo soviético, nunca dejó que la vanidad, el engreimiento o la autoadulación entorpecieran su labor.»

7) Conforme apretaba el Terror del Hambre, los campesinos robaban trigo en medida creciente. Una ley politizó este delito declarando que aquellos rateros eran enemigos del pueblo y que serían castigados con los diez o con la súper. «A comienzos de 1933 –dice Volkogónov– ya se había condenado a más de 50.000 personas, muchas medio muertas de hambre.» Pronunciar la palabra «hambre» se castigaba con la misma pena. Los «dignos segadores» de la graciosa observación de Stalin no sabían que pasaban hambre a causa de la política del gobierno. Pero sabían que pasaban hambre. Y señalarlo era un delito castigado con la pena máxima. En otras palabras, se mataba con rapidez a la gente por decir que se la mataba poco a poco.

Ahora entendemos por qué Solzhenitsyn utiliza interjecciones, cursivas, signos de admiración y sarcasmos demoledores. En la cuerda de presos había que cantar:

Somos gente curtida los soldados del Canal.

Pero no es ése nuestro rasgo principal.

Una gran época nos ha reclutado

para que el porvenir quede allanado.

O en las funciones teatrales de aficionados, a pleno pulmón:

Ni siquiera la canción más hermosa

haría justicia a este país,

que no hay tierra más gloriosa

que la tierra en que todos vivís.

[...] Ah, apretaban hasta tal punto que se lloraba por olver con el jefe de compañía Kurilko [«¡Voy a ponerte a sorber moco de cadáver!»], que se paseaba por la breve y sencilla carretera de las ejecuciones, entre la esclavitud sin tapujos de Solovki.

¡Dios mío! ¿Qué canal tendrá profundidad suficiente para que ahoguemos en él todo este pasado?[57]

Tercera parte

Cuando los muertos despertemos

CARTA A UN AMIGO

Chalet La Galana

C/ Los Picaflores, esquina Los Biguá

José Ignacio Maldonado

Uruguay

10 de febrero de 2001

¡Camarada Hitchens!

Me gusta cómo se saludaban los bolcheviques en las cartas y me llevaría una decepción si resultase que los signos de admiración eran una costumbre nacional,[1] del mismo modo que los americanos prefieren los eficientes dos puntos, mientras los británicos se aferran a la tímida pero íntima coma. Me gusta el saludo «de choque» de los camaradas, que parece contemplar la posibilidad de que el destinatario esté pensando en las musarañas desviacionistas y de que haría bien en despertar y volver a prestar atención a sus cupos, so pena de muerte. Me gusta su aire de amenaza, de vigilancia, de vigilia. Teniendo en cuenta dónde estoy actualmente, vienen como anillo al dedo los usos españoles, en los que es normativo el signo de admiración abierto, para obligar al camarada a ponerse en guardia antes.

El hemisferio norte, por lo menos en los meses que nosotros llamamos invierno, es, me temo, un engañabobos. Aquí todos vagamos por el lugar con la agradecida y confiada sonrisa de un Bambi recién rescatado. Es una tierra con playas de miles de kilómetros, tormentas espectaculares y escarabajos saltarines y revoloteantes del tamaño de Gregorio Samsa. Fernanda ha aprendido a nadar, Clio ha aprendido a hablar y yo he aprendido a pronunciar una versatilísima frase en español: Lo siento mucho, no puedo ayudarle (ah, y la igualmente

socorrida Yo no sé nada). Sólo me falta la presencia de mis otros hijos. Los echo de menos. Y echo de menos a mi hermana Sally, a la que conocías. De un tiempo a esta parte, ignoro el porqué, he perdido completamente la alegría. Ahora ya sé el porqué, aunque tardé en averiguarlo. «De un tiempo a esta parte, ignoro el porqué, he perdido completamente la alegría, he abandonado todas mis habituales ocupaciones, y, la verdad sea dicha, todo ello me pone de un humor tan sombrío que esta admirable fábrica, la tierra, me parece un estéril promontorio; este dosel magnífico de los cielos, la atmósfera, ese espléndido firmamento que allí veis suspendido, esa majestuosa bóveda tachonada de ascuas de oro, todo eso no me parece más que una hedionda y pestilente aglomeración de vapores.» Tardé un rato en encontrar este pasaje, porque estaba convencido de que Hamlet hablaba con Horacio y no con Rosencrantz y Guildenstern, lo cual hace que el desánimo del príncipe parezca aún más descuidado y arrastrado... La frase clave es «ignoro el porqué». Hamlet no acaba de entender que sus desdichas metafísicas son un síntoma subliminal de duelo; y éste era exactamente mi caso. Creía que me encontraba mal, pensaba que me estaba muriendo (quizá sea esto lo que el pesar quiere de nosotros). La literatura nos avisa de los grandes acontecimientos, pero no reconocemos los avisos hasta que los acontecimientos llegan y se van. Isabel, que supo antes que yo lo que era perder a un hermano, me dijo que hay que aceptarlo sin más, como el clima..., sí, como el aguanieve en la cara. Otros cielos formulan otras preguntas. Incluso el azul natural de Uruguay. Pero lo mismo otra vez, y habrá más de lo mismo, mucho más, y luego más y más.

Inmediatamente antes de partir tuvimos un par de estupendas veladas nocturnas con los Conquest. Bob me dijo: «¿Recuerdas que hace mucho te sugerí que titularas Proezas de Cupido tu siguiente novela?» Le dije que había seguido su consejo y aduje el parentesco que tenía con «Proezas con sentido» de Nabokov (¿no está en Cosas transparentes?). Entonces (sobrio, profesoral) dijo: «Claro que también está Purezas sin vestido.» Le pregunté: «¿Qué es Purezas sin vestido?» Y dijo: «Una novela del realismo socialista sobre los niños de los barrios bajos de Lancashire afectados por el hundimiento de la industria textil...» Si Nietzsche tiene razón y un chiste es un epigrama sobre la muerte de un sentimiento, aquél fue una masacre. Reí durante tanto rato que acabé por contagiarle; cuando se nos pasó, se quitó las gafas y se limpió una lágrima con el meñique. Creo que yo le recordaba a Kingsley, porque los Amis varones se doblan por la cintura cuando ríen, y cierran los ojos con fuerza para eliminar toda distracción posible. Más curioso resulta que él me recuerde a Kingsley a mí. Porque la verdad es que no ha cambiado en absoluto. ¿Recuerdas, en las Letters

de mi padre, cuando Kingsley y Larkin cambian sinceras y elocuentes quejas sobre la vejez, y Kingsley dice sin poder creerlo que «Bob se va sin más, como si nada hubiera ocurrido»? (Liddie[2] dice que es que «se levanta contento». Señor, Señor, ¿es eso lo que hay que hacer?) En su limerick de las Siete Edades† está todavía entre los versos tres y cuatro, y eso que ya es octogenario. ¿Cómo le irá con sus memorias? ¿Nos enteraremos de lo que pasó en su período Pierce Brosnan en el Ministerio de Asuntos Exteriores? Cuando lo veas, dale recuerdos y dile que estaré allí en junio. Ahora volvamos al asunto.

¡Camarada Hitchens! Probablemente habrá poco en estas páginas que no sepas ya. Sabrás entonces que el bolchevismo tiene un récord de bajezas y estupideces que agota todos los diccionarios. La verdad es que ni el cielo quiere mirarlo. Por eso se me hace cuesta arriba entender por qué no pones más distancia entre tú y esos actos que organizas, con tu veneración por Lenin y tu impenitente discipulado de Trotski. Estos dos hombres no se limitaron a preceder a Stalin. Crearon un Estado policial que funcionaba a la perfección para que él lo utilizara después. Y le enseñaron algo notable: que se podía gobernar un país con una receta a base de libertad muerta, mentiras y violencia... y pretensiones de superioridad moral sin costuras. Durante una de las cuatro o cinco veladas que dedicamos al tema, subrayaste tranquilamente que el comportamiento de Lenin «no fue hipócrita». Me asombras. ¿No es automáticamente hipócrita la pretensión de superioridad moral en un hombre que era responsable del imperfecto mundo de la Unión Soviética, 1917-1924?

Por cierto, Lenin era capaz de decir verdades y admitir anodinamente que determinadas medidas políticas habían producido determinados resultados (desagradables). Pero nada de esto merma el juicio de Bunin, con el que cada vez estoy más de acuerdo: Lenin, «aquel imbécil moral congénito». Volveré luego sobre Trotski, si es posible.

El arco que traza el finado Dmitri Volkogónov es interesante, ¿verdad? Su Stalin: Triumph and Tragedy apareció en 1989; y aunque la cubierta de mi edición de bolsillo está aureolada de citas como «una acusación tremenda», etc., en realidad es relativamente indulgente. Volkogónov, en 1988, no sabía que Stalin había sido responsable de la suerte que habían corrido sus padres (y dos tíos). Lo averiguó más tarde, y personalmente, en los archivos: su padre fue fusilado durante el Terror por tener una obra de Bujarin y su madre murió «en el exilio», es decir, como una vagabunda hostigada por la policía. Dmitri tenía nueve años en 1937; ya intuía lo que era la vida, pero ya había engullido la ideología... Su Stalin tiene

puntos ciegos y presupuestos tácitos (casi resulta gracioso cuando habla de la represión del clero). Porque todavía era un creyente: un creyente político. La desaparición de su fe fue compleja y hasta cierto punto independiente de su indignación filial, dado que llegó «como la melancolía de una resaca espiritual».[3] Una intranquila contrarrevolución de la mente, el corazón, el alma, las entrañas. Los libros posteriores de su trilogía, Trotsky: The Eternal Revolutionary (1992) y Lenin: A New Biography (1994),† prolongan la curva con asco y desesperación crecientes. «Puede que lo único que haya conseguido en esta vida –escribió hacia el final de la misma– fuera romper con algo en lo que había creído durante tantos años.» Desconozco por completo el funcionamiento de la perestroika interior de Volkogónov, pero este sereno y magnífico comentario es un estímulo para la imaginación.

Sin duda conoces el proceso mejor que yo, dado que lo has experimentado, al menos en parte. Tu reestructuración sigue siendo incompleta. ¿Por qué? La admiración por Lenin y Trotski carece de sentido si no se admira el terror. Ellos no querrían tu admiración si ésta no incluye la admiración por el terror. ¿Admiras el terror? Sé que admiras la libertad. Hace mucho que te dije que 1989 fue un momento decisivo en tu evolución como escritor. Hasta entonces tu prosa me había dado la impresión de una apertura incompleta, la sensación de que tenían que aplazarse ciertas verdades. Entonces perdiste esa inhibición y tu voz escrita adquirió una cualidad nueva: la libertad.

Visto desde el punto de vista de la libertad y sólo de ella, Octubre no fue una revolución política impulsada por una revolución popular (febrero). Fue una contrarrevolución. La «inquietud» de 1921 –en las fuerzas armadas (amotinamientos en Kronstadt y otros lugares), en los restos del proletariado tras la guerra civil (huelgas, manifestaciones, disturbios) y en el campo (rebelión campesina de millones de personas)fue una revolución popular mucho más profunda que las de 1917 y 1905.[4] Los bolcheviques, como es lógico, la llamaron contrarrevolución y la reprimieron de manera sangrienta. Cuando la verdad es que su revolución era la contrarrevolución. Tal era el elefante –el barritante, resoplante y pedorrero mamut– que había en la sala del Kremlin. Levantado sobre un abismo de mentiras, el bolchevismo se lanzó a una carrera de bufonadas e imposturas hasta que alcanzó la falsedad universal ideal con Stalin. La frágil libertad del período interrevolucionario fue sustituida por la antilibertad, la libertad muerta, que dice Vassili Grossman. Y eso es lo que importa:

La historia de la humanidad es la historia de la libertad humana [...] La libertad no es, como creía Engels, «el reconocimiento de la necesidad». La libertad es lo contrario de la necesidad. El progreso es, básicamente, el progreso de la libertad humana. Sí, al fin y al cabo, la vida misma es libertad. La evolución de la vida es la evolución de la libertad.

¿Podría pues hacer una sugerencia? Leamos otra vez los veinticuatro volúmenes de las obras completas de Lenin del siguiente modo: cada vez que veamos las palabras «contrarrevolución» y «contrarrevolucionario», quitémosles el «contra»; y cada vez que veamos «revolución» y «revolucionario», restituyámosles el «contra».

Tu querido Trotski. No, no he leído la trilogía de Isaac Deutscher El profeta armado, El profeta desarmado y El profeta desterrado, pero he leído Trotsky: The Eternal Revolutionary de Volkogónov (hagámoslo «contrarrevolucionario». ¿Y qué es eso de «eterno» y de «profeta»? ¿De qué fue profeta? ¿De una Inglaterra comunista? ¿De unos Estados Unidos comunistas?). A diferencia de lo que sucede con Lenin (no hace mucho lancé un gemido de comprensión al enterarme de que no sabía pronunciar la letra erre: mal comienzo para un revolucionario ruso), la atracción por Trotski es comprensible y tiene cierta base humana. Por ejemplo, tenía talento literario; siempre hay una cualidad arrulladora en sus ritmos; y sintetizaba muy bien. Cuando los marineros de Kronstadt (su «flor y nata de la revolución», y que sea «contrarrevolución») iniciaron su coherente rebelión de principios, Trotski dijo: «Ahora el campesino medio nos habla con cañones navales», porque las fuerzas armadas habían empezado a responder al terrorismo de Estado en el campo. (Como medida preventiva reprimió a los marineros con ejemplar crueldad bolchevique y en ninguna de sus diversas memorias mencionó esta verdad aplazable.) La consigna de Trotski en Brest-Litovsk («Ni guerra ni paz») fue grave, insubordinada y contraproducente, pero también original: todavía oigo a aquel general alemán exclamando: «Unerhört!» Etcétera. Pero Trotski no ambicionó nunca el poder. En esa lucha fue simplemente un figurón (leía novelas francesas durante las reuniones del Comité Central); en las elecciones al Congreso de 1921 quedó el décimo (y no quedó en décimo lugar porque fuera más humano que los otros nueve). A un nivel más básico, Trotski fue un cabrón asesino y un embustero de

mierda. Y lo fue con entusiasmo. Fue un matamonjas; todos lo fueron. Lo único que puede anotarse en la otra columna de su libro mayor es que pagó un precio que casi saldó la diferencia. La muerte se cebó en él y en todo su clan. Estremece leer la lista de los Bronstein y allegados a los Bronstein que aniquiló Stalin. Cuando Trotski ofreció públicamente a Stalin el papel de «sepulturero de la Revolución» (y que sea «Contrarrevolución»), se dijo que aquello no se lo perdonarían «hasta la cuarta generación». Y pudo haberse cumplido. Casi todos los que lo conocían, o habían hablado con él alguna vez, o lo habían visto de cerca, fueron asesinados; cientos de miles, millones de inocentes perdieron la vida por haber tenido alguna hipotética relación con él y con su nombre. En los escritos de Trotski que he leído no hay ninguna referencia a lo que pensaba al respecto. Parece que se limitó a aceptarlo, que se convirtió en pararrayos de la muerte. Pero todos estaban cargados con la electricidad de la violencia.

Volvamos al punto de partida. Como muy bien intuiste, la parte más grave de la acusación es que el valor de la vida humana se hundió durante el bolchevismo. Tú dices que el valor de la vida humana ya se había hundido, a causa de la guerra mundial. Bien, este argumento tendría más peso si a) hubiera habido un hundimiento parecido (es decir, total y durante treinta y cinco años) en cualquier otro país beligerante, y si b) un solo bolchevique de la vieja guardia hubiera pasado un solo día en el frente o al menos en el ejército (aunque es verdad que Stalin al menos consiguió que lo declarasen inútil: el brazo izquierdo atrofiado más «un pie defectuoso»). Los «revolucionarios a tiempo completo» pasaron los años de la guerra en el extranjero, o confinados en algún punto del país, sin vigilancia y con un subsidio del Estado, o en las cárceles zaristas (vergonzosamente cómodas), releyendo al subnormal de Chernichevski. (Trotski dijo que le había gustado estar en la Fortaleza de Pedro y Pablo: vivía cómodamente y no tenía que preocuparse por que lo detuvieran.) Los a tiempo completo explotaron su impotencia hasta aquella noche de octubre en que vieron que el poder estaba en las calles de Petrogrado y lo recogieron «como una pluma». La consigna del Partido de aquel verano había sido: «¡Abajo la pena capital, restablecida por Kerenski!» La verdad es que los bolcheviques no pensaban en la pena capital. «Tenemos que poner fin de una vez para siempre –dijo Trotski– a las paparruchas cuáquero-papistas sobre la santidad de la vida humana.» En lo que pensaban era en la violencia de vanguardia: una violencia «como no se había visto en siglos» (Conquest); una violencia «cuyo alcance y cuya inhumanidad superaron todas las cotas de la historia nacional» (Malia).

Conozco un poco el jacobinismo ruso, los escritos de Serguéi Nechaev y otros

(matar a todos lo que tengan más de veinticinco años, etc.), pero no me queda claro cómo pudo abrirse camino ni siquiera durante un instante esta idea de ir al paraíso a través del infierno. Hagamos un esfuerzo e imaginemos que el «paraíso» que Trotski prometió «construir» apareció de súbito en el solar apisonado de 1921. Sabiendo que para su creación se habían sacrificado 15 millones de vidas, ¿querrías vivir en él? Un paraíso adquirido de este modo no es paraíso. Doy por hecho que no quieres secundar el desdichado «sí» de Eric Hobsbawm a un paraíso ganado de este modo. Los medios definen los fines, como dijo Kolakowski, pero en la URSS nunca se pasó de los medios. Y la contradicción de la contradicción es ésta: el utopista activo, el perfeccionador, desde el comienzo mismo, siente una furiosa animadversión por la ineludible realidad de la imperfectibilidad humana. Nadezda Mandelstam habla de la «arrogancia satánica» de los bolcheviques. Están también la inseguridad y desafección infernales, y la desesperación infernal.

Bujarin tiene razón cuando derriba la teoría de la Revolución Permanente, defendida por Stalin (y, con variantes, por Trotski):

Esta extraña teoría convierte el hecho real de que la lucha de clases se está intensificando en una especie de ley necesaria de nuestro desarrollo. Según esta extraña teoría, parece que cuanto más lejos vayamos en el camino del socialismo, más dificultades habrá y más intensa será la lucha de clases, de tal modo que a las puertas mismas del socialismo, por lo que se ve, tendremos que dar comienzo a una guerra civil o morirnos de hambre y dejar nuestros huesos al sol.

Bien, Hitch, quiero despedirme con dos imágenes. No recuerdo de dónde las he sacado y es posible que sean un producto injustificado de mi imaginación. Es igual.

En los primeros meses de la Gran Guerra Patriótica se habló de batallas campales entre los soldados y las «unidades de bloqueo» de la Checa.[5] Imagina una batalla así, con ametralladoras (sin duda), tanques (tal vez) y un tercer ejército al otro lado del campo de batalla...

La segunda imagen es más conceptual. La otra teoría trotskista de la revolución

permanente (deberíamos llamarla Revperm) se basaba en la vana esperanza de que estallaran revoluciones en otros países, en un proceso que culminaría en el socialismo mundial. Un destacado camarada señaló además que sólo entonces, cuando el comunismo dominase la tierra, comenzaría en serio la fase caliente de la lucha de clases... Y al instante me imaginé a un escorpión matándose a aguijonazos. Todo el mundo sabe que los escorpiones hacen esto, por ejemplo, cuando están rodeados por el fuego. Pero en un planeta comunista, ¿dónde está el fuego? Hay un fuego en el yo. Es el odio a uno mismo y el odio a la vida. Al fin y al cabo, el escorpión tiene una excelente razón «objetiva» para matar al escorpión: está vivo, ¿no?

No con saludos anticomunistas, pues, porque estas reflexiones no forman parte de ningún paquete de medidas, sino con afecto fraternal, como siempre,

MARTIN

LOS COMIENZOS DE LA BÚSQUEDA DE LA DIGNIDAD

Una tarde de otoño de 1999, mi mujer, yo y los Conquest fuimos a un mitin político que se celebraba en Conway Hall, de Red Lion Square (Holborn, Londres), casi delante, cruzando la avenida, de la antigua redacción de New Statesman, que estaba en Lincoln’s Inn Fields. Fuimos a oír hablar a los hermanos Hitchens, Christopher (pro) y Peter (anti), sobre la Unión Europea. Así pues, un tema realmente aburrido. Pero el debate fue animado y el público estuvo muy interactivo: se oyeron preguntas terribles formuladas con acentos regionales terribles, rebuznos de borracho en boca de periodistas famosos, y, en boca de diversos políticos de oronda constitución, ocasionales y resonantes «sí señor, sí señor», que, si recuerdo bien a mi James Fenton (él evocaba una plúmbea tarde en la Cámara de los Comunes), sonaban aproximadamente «ssnr, ssnr» y hacían pensar en un estómago gigantesco digiriendo una comilona. En cierto momento, recordando el pretérito, Christopher dijo que conocía bien el edificio en que estábamos, porque había pasado allí noches incontables con muchos «antiguos camaradas». El público respondió como Christopher sabía que respondería (hizo el comentario con cierto aire de entendido): el público

respondió con una carcajada afectuosa.

Luego le pregunté a Conquest:

–¿Tú te reíste?

–Sí –dijo.

–Yo también –dije.

¿Por qué la risa? ¿Por qué? Si Christopher se hubiera referido a sus incontables noches con muchos «antiguos camisas negras», el público... Bueno, con un historial así, Christopher no sería Christopher, ni nadie con un mínimo de distinción. ¿Es ésa la diferencia entre el bigote pequeño y el bigote grande, entre Satanás y Belcebú? ¿Que uno suscita espontáneamente la furia y el otro la risa? ¿Y de qué clase de risa hablamos? Hablamos, naturalmente, de la risa de la afición universal a la antiquísima idea de la sociedad perfecta. Es además la risa del olvido. Olvida la energía demoníaca incrustada inconscientemente en esa esperanza. Olvida a los Veinte Millones.

Esto no es exacto:

Todo el mundo ha oído hablar de Auschwitz y Belsen. Nadie sabe nada de Vorkutá ni de Solovetski.

Todo el mundo ha oído hablar de Himmler y Eichmann. Nadie sabe nada de Yeyov ni de Dzeryinski.

Todo el mundo ha oído hablar de los 6 millones del Holocausto. Nadie sabe nada de los 6 millones del Terror del Hambre.[6]

Pero yo sí sé; y me reí. Y Conquest se rió. ¿Por qué la risa no hace lo que es debido? ¿Por qué no se excusa y abandona la sala?

Volvamos un instante con Tibor Szamuely. Condenado a ocho años en el gulag por decir en privado que Georgui Malenkov era un «cerdo seboso», Tibor fue encerrado, camino de Vorkutá. Reproduzco la versión de las Memoirs de mi padre:

En una cárcel soviética, el gran acontecimiento del día es el reparto de ejemplares de Pravda, y Tibor, dado que era el profesor, tenía el derecho y la obligación de leer los artículos en voz alta al resto de la celda [que contenía varias docenas de reclusos] [...] Por lo visto, Stalin en persona se había quejado ante la ONU o ante una de sus filiales de las condiciones inhumanas en que vivían ciertos comunistas griegos encarcelados en Grecia al final de la guerra civil: falta de ejercicio, raciones escasas, paquetes de comida sólo una vez a la semana, superpoblación a una escala comparable (digamos) con el zarismo, tiempo de visita insuficiente y otros problemas igual de graves. Tras un momento de estupor, todos los presos rompieron a reír con carcajadas histéricas, con las lágrimas corriéndoles por las mejillas, encogiéndose, doblándose, rodando por el suelo, olvidando por unos minutos las viejas rencillas. La verdad es que la euforia no duró unos minutos, sino días, aunque a intervalos. Si al orinar en el cubo se salpicaba por descuido al que dormía más cerca, en vez de oír un rugido de cólera o algo peor, se oía exclamar al infractor: «¡Venga, venga, camarada! Acuérdate de nuestros compañeros griegos que luchan por la paz contra el opresor occidental», y el otro se echaba a reír.[7]

Rusia 1917-1953: ¿a qué género pertenece? No es una tragedia, como Lear, no es una anticomedia, como Troilo y Cresida, ni una comedia problema como Medida por medida. Es una farsa negra, como Tito Andrónico. Y la farsa negra es muy rusa, desde Las almas muertas hasta Risa en la oscuridad... Parece que no se puede expulsar al humor del espacio que hay entre las palabras y los hechos. En la URSS, ese espacio abarcaba once zonas horarias. El enemigo del pueblo era el régimen. La dictadura del proletariado era mentira; Unión era mentira, de Repúblicas era mentira, Socialistas era mentira y Soviéticas era mentira. Camarada era mentira. La Revolución era mentira.

NOCHES DE BUTIRKI

También yo tengo que confesar, no una mentira, sino un pecado, un pecado crónico.

Butirki era la mejor cárcel de Moscú. (Una afirmación curiosa, podría pensarse;

pero ésta es una confesión en la que creo que tengo que entrar marcha atrás.) O, por decirlo de otro modo, había en Moscú peores cárceles que Butirki (llamada también Butirka). Butirki era la mayor de las tres grandes cárceles de presos políticos y era menos temida que las otras dos, la Lubianka y (sobre todo) Lefortovo. Más temida que Lefertovo era Sujanovka, llamada «la dacha» (por casualidad estaba cerca de la finca de Lenin en Gorki). Solzhenitsyn sólo da cuenta de un superviviente cuerdo de Sujanovka, un lugar, al parecer, de silencio obligatorio e incesantes torturas.[8] Butirki, construida por los zares para encerrar a los rebeldes de Pugachev, era más limpia y estaba mejor dirigida que Taganka y otras cárceles donde los políticos cohabitaban con los comunes y los urka. Solzhenitsyn pasó interesantes temporadas en Butirki. El nivel cultural de los presos era asombrosamente elevado, había académicos y científicos (y novelistas) paseando en las celdas. Era como la sharashka (un laboratorio protegido por alambradas en el gulag) descrita en El primer círculo; cualquier físico se habría sentido orgulloso de trabajar allí.

Quiso la suerte que cierta noche me encontrara solo en casa con mi hija de seis meses. (Otra afirmación curiosa, quizá, a estas alturas, pero me cuesta entrar en materia.) Sin el menor aviso, le entró un ataque de llanto que comenzó en el límite exterior de la desesperación primordial y siguió subiendo de manera uniforme. Lejos de tranquilizarla, mis besos y murmullos producían el mismo efecto que pinzas al rojo vivo, aplicadas con habilidad. Al cabo de una hora me relevó la niñera, a la que había llamado. El llanto cesó inmediatamente. Me fui al jardín y también yo me eché a llorar. Los gritos de mi hija me habían hecho recordar la angustia, clínicamente inexplicable, de mi hijo menor, que con un año de edad tenía un asma atípica. Me había hecho recordar el perfecto equilibrio de náusea y dolor de un padre sumido en una aflicción indecible.

–Los sonidos que emitía –le dije muy serio a mi mujer, cuando volvió– no habrían desentonado en las mazmorras más lóbregas de la cárcel Butirki de Moscú durante el Gran Terror. Por eso me desesperé y llamé a Caterina.

Si hubiera tenido entonces mejor información, habría dicho Sujanovka y no Butirki, y allí se habría acabado la historia. Pero me temo que Butirki ha acabado por ser un sobrenombre de mi hija, al igual que sus diminutivos en inglés, Butirklet, Butirkster, Butirkstress, etc. La familia se ha acostumbrado al cognomen; la hermana de Butirki, que tiene cuatro años, lo utiliza con un excelente acento ruso que no sé de dónde habrá salido (últimamente, incluso Butirki sabe decir «Butirki»); y qué suspiro se oyó en casa una mañana cuando

llamé la atención sobre el capítulo que Eugenia Ginzburg titula «Noches de Butirki»...

Esto no está bien, ¿verdad? Mi hija menor tiene ya más de dos años, sus llantos ya no son aterradores y yo la sigo llamando Butirki. Porque el nombre está trenzado con sentimientos hacia ella. Casi siempre, cuando lo empleo, me imagino a un «cabeza rapada» de ojos de pez en una colmena de viviendas de Alemania (estoy seguro de que tal persona existe) con una hija llamada Treblinka. Treblinka fue uno de los cinco campos dedicados exclusivamente al exterminio y sin ninguna otra función (a diferencia de Auschwitz). Yo no soy tan malo como el «cabeza rapada» de ojos de pez. Pero Butirki fue un lugar de aflicción indecible. En 1937 contenía 30.000 presos hacinados entre sus muros. Y no está bien. Porque mi hija se llama realmente Clio, y Clío es la musa de la historia.

LOS CUARENTA DÍAS DE KENGIR

Fue en diciembre de 1975, cuando V. S. Pritchett (quizá cruzándose con Oleg Kerenski en las escaleras) entró en la redacción de New Statesman de Lincoln's Inn Fields, con su crítica de Archipiélago Gulag (las partes III-IV, que abarcan el volumen segundo de la trilogía)[9] bajo el brazo. El artículo de Pritchett lo vio primero la directora literaria, Claire Tomalin, y luego yo, el subdirector literario. Después de leer la conclusión...

El objetivo de Solzhenitsyn es la precisión y una exigente e incesante ironía: los campos lo obligaron a buscarse a sí mismo y cuando la gente le dice: «¿Por qué destapar lo que pasaba en los malos tiempos?», su respuesta es que cuando un país o una doctrina elude enfrentarse a su propio pasado con un pretexto u otro, el efecto es tan mortal para la calidad de vida como para el corazón de cada cual. No es un activista político; carece de retórica y de planteamientos con dobles verdades; es un despertador, volví atrás para ver si Claire le había puesto algún título. Se lo había puesto: «Cuando los muertos despertemos» (por referencia a la obra de Ibsen). Recuerdo que asentí con la cabeza y que pensé: la discusión ha terminado. Podemos ir más allá. ¿Adónde? Pues al recuerdo, naturalmente. Y

quizá también a la búsqueda de dignidad.

En la página 13 del volumen I, con un humor autoflagelante, dice Solzhenitsyn: «No amábamos bastante la libertad.» Luego: «Lisa y llanamente, merecimos todo lo que ocurrió.» En el prefacio del volumen III es menos severo y más persuasivo: el régimen comunista se mantuvo «no porque no hubiera ninguna oposición interior, no porque la población se rindiera dócilmente ante él, sino porque es inhumanamente fuerte, hasta un punto imposible de imaginar en Occidente». Entre los componentes de la fuerza del Estado estaba su capacidad para asombrar y aturdir, y por lo tanto para engañar. Como dice Conquest, «a menudo se dudaba de la realidad de los actos de Stalin porque parecían increíbles. El estilo básico de Stalin consistió en hacer lo que hasta entonces se consideraba moral o físicamente inconcebible».

En 1949, Stalin decidió aislar parcialmente a los presos políticos, los «fascistas», en campos especiales (conocidos como los Campos Especiales), al parecer para defender de contagios ideológicos a los delincuentes comunes. El tiro le salió por la culata, porque «todo el sistema de opresión de su reinado –dice Solzhenitsyn– se basaba en la separación de los descontentos, para impedirles que se hablasen con la mirada». En los Campos Especiales los presos políticos se convirtieron en políticos y el resultado fue la rebelión. Su primer movimiento fue de una lógica aplastante: mataron a todos los soplones. Ellos hablaron de suprimir, pero el proceso fue quirúrgico y a sangre fría: un encapuchado con un cuchillo en mitad de la noche. Ya no hubo más soplones acercándose al buzón del campo con denuncias, nadie dio más nombres a los guardianes (ni siquiera bajo coacción violenta). Y el terror desde abajo prosiguió: «Los que no tengáis la conciencia limpia, ¡moriréis esta noche!» Los presos de confianza «empezaron a refugiarse en los Barracones Disciplinarios», donde buscaban la seguridad de los aisladores, aceptando con gratitud «no volver a respirar aire puro ni ver la luz del sol». Las autoridades respondieron con una medida típica: se apartó a los probables cabecillas y se les dejó en manos de los soplones, para que los apalearan y torturaran en la cárcel interior de la cárcel.

El mismo Solzhenitsyn, que estaba en Ekibastuz en 1952, participó en una protesta insólita: huelga laboral y de hambre. Incluso los desahuciados –los devoradores de basura– se unieron a este ayuno de los famélicos. A falta de un año para salir en libertad y ya casi seguro de que volverían a juzgarlo y

condenarlo, Solzhenitsyn, pese a todo, fue víctima de una inspiración indescifrable: desafío, desesperación, euforia y lo más embriagador, una náusea moral, un miedo malsano a la libertad. Al finalizar el tercer día se oyó un grito por la ventana: «¡El barracón nueve! ¡El nueve se ha rendido! ¡El nueve se dirige al comedor!» Solzhenitsyn prosigue con esplendidez:

Doscientas cincuenta figuras pequeñas y conmovedoras, más sombrías que nunca con el sol poniente detrás, acobardadas y alicaídas, cruzaban el campo en diagonal [...] A algunos, más debilitados que los demás, los llevaban de la mano o cogidos del brazo; andaban con tanta inseguridad que parecían ciegos conducidos por lazarillos. Muchos tenían en la mano la lata del rancho o la taza, y aquellos mezquinos utensilios carcelarios, llevados con la esperanza de recibir una cena demasiado abundante para caber en los estómagos encogidos, aquellas latas y tazas que empuñaban como el platillo de las limosnas, eran lo más degradante, lo más servil, lo más lamentable de todo.

Me eché a llorar. Miré a mis compañeros mientras me secaba las lágrimas y vi las suyas.

El barracón N.º 9 había hablado y decidido por todos nosotros [...]

Nos apartamos de las ventanas sin decir nada.

Fue entonces cuando supe lo que significaba el orgullo polaco y comprendí sus temerarias rebeliones. El ingeniero polaco Jerzy Wegierski [...] estaba entonces en nuestro equipo. Cumplía su noveno y último año. Aunque era capataz, nunca le había levantado la voz a nadie. Siempre guardaba la calma y era educado y amable.

Pero en aquel momento tenía la cara contraída por la cólera, el desprecio y el dolor, y cuando apartó los ojos del desfile de mendigos, exclamó con voz fuerte e irritada:

–¡Encargado! ¡No me despiertes para la cena! ¡No pienso ir!

Subió a la cama superior de la litera, se puso cara a la pared... y no se levantó. Aquella noche fuimos a cenar, pero él no se levantó. Nunca recibía paquetes, estaba totalmente solo, siempre andaba escaso de comida, pero no se levantó. En

su imaginación, el calor del tazón de papilla no eclipsaba el ideal de libertad.

Tras la muerte de Stalin, en marzo de 1953, llegó la «amnistía de Voroshílov»; «con absoluta fidelidad al espíritu del fallecido», liberó no a los presos políticos, sino a los urka. Hubo un alboroto en la División N.º 12, en Karlag, y una «rebelión de importancia» en Norilsk. Pero las agitaciones sísmicas comenzaron en realidad con la caída (y ejecución) de Beria, en julio.[10] Aquel mes hubo una huelga gigantesca en Vorkutá. Se montaron las ametralladoras; los hombres volvieron al trabajo; pero la Mina 29, separada del resto del campo por una colina, se negó a creer que la huelga hubiera terminado. Se llamó a estos hombres al campo de desfiles, donde les aguardaban once camiones llenos de soldados. Amenazados con «medidas radicales» si no recogían las herramientas, los presos de la primera línea se engancharon de los brazos y se quedaron inmóviles. Hubo tres descargas y sesenta y seis muertos.

La caída de Beria y su ejecución por criminal fue una ofensa a la dignidad de todos los chequistas, lo mismo que el espectacular recorte de salarios que le siguió. La réplica fue nuevamente de una simetría brutal: para demostrar su utilidad, los chequistas empezaron a fomentar desórdenes matando presos inocentes abiertamente y al azar. Este terror de medio pelo –el terror del conserjerado– parece que fue especialmente llamativo en el complejo carcelario de Kengir, cerca de Karaganda, en Kazajstán. Mataron a una joven que había tendido unas medias «cerca» de la alambrada. A otros presos los atraían, por ejemplo prometiéndoles tabaco, y los mataban a tiros. Acribillaron con balas explosivas a un equipo de trabajo que volvía. Y dio resultado. El capítulo de Archipiélago Gulag que se titula «Los cuarenta días de Kengir» tiene cincuenta páginas. Aquellos altercados produjeron la rebelión más grande y heroica de la historia de los campos.

Una vez más, y como siempre, las autoridades reaccionaron con la máxima astucia, con la máxima perfidia y con el máximo error de cálculo,[11] aunque todavía no con la máxima violencia. Recordemos que estamos en 1954. Introdujeron a 650 urka en la conflictiva Sección Tres. Para ponerla patas arriba, para que robaran, violasen (un campo de mujeres se había unido a la rebelión por entonces), hiriesen, matasen, enfrentaran a unos con otros, lo cual era siempre el objetivo básico. Pero esta vez fue diferente, en los campos, en Kengir (y otros lugares); el deseo de reventar flotaba en el aire; la vieja moral del campo,

pragmática y magníficamente expresada en el dicho «Tú muérete hoy, yo esperaré un poco», estaba sufriendo una revolución. Y lo que apareció fue, precisamente, una pequeña utopía universalista (al menos en apariencia), con igualdad y respeto entre todas las personas, y sin que las promociones personales entrañaran ningún beneficio. Evidentemente, esta utopía en ciernes, que estaba encarcelada y corría peligro de sufrir el máximo castigo, tenía una baza fuerte. Cuando llegaron los urka en los camiones, sus dirigentes recibieron la visita de una delegación del ala militar de los presos políticos. Sois muchos menos que nosotros, les dijeron, y nosotros hemos cambiado. Uníos a nosotros u os mataremos a todos. Los urka se unieron y se purificaron. En mayo-junio de 1954, la Sección Tres se transformó en una sociedad civil.

Todos los de Kengir sabían lo que les aguardaba. Y enfrentarse al enemigo, al Estado, a aquel nivel, de segunda generación, seleccionado hacia abajo y en aquel momento encolerizado, un enemigo de plomo y acero. El 22 de junio se anunció que se satisfarían las exigencias de los rebeldes. El 25 de junio, al despuntar el alba, llegó la Checa con tiradores, artillería, aviación, ametralladoras y tanques. Hubo más de 700 bajas entre muertos y heridos. Luego, el procedimiento normal de dictar nuevas sentencias y más ejecuciones...

Recordemos, como Solzhenitsyn, a los socialistas revolucionarios de la prisión de Viatka en 1923, que «se atrincheraron en una celda, rociaron de queroseno todos los colchones y se quemaron vivos». Y al huelguista de hambre Arnold Rappaport, que «ayunó hasta que se le transparentaron las manos». Y en Kengir, a los dos jóvenes que se arrojaron debajo de la oruga de un tanque, a las mujeres que formaron un escudo humano alrededor de los hombres y recibieron los bayonetazos, los viejos zeki de la barricada, que se rasgaron la camisa, «se señalaron el magro pecho y las costillas y gritaron a los de las ametralladoras: “¡Vamos, disparad! ¡Abatid a vuestros padres!”»

Y tratemos de recordar a las víctimas totalmente invisibles cuya cantidad nadie contará nunca. En la «antigua y lenta» aldea de Kady, en la lejana provincia de Ivánovo, en 1937, unos funcionarios de poca monta fueron acusados de querer derrocar al gobierno soviético por haber interrumpido el suministro local de pan. Entre los fusilados (tras un ridículo proceso público) estaba el director de las Cooperativas de Consumidores del Distrito, Vasilii Vlasov: sincero, valiente e inocente. Solzhenitsyn añade a pie de página con letra pequeña:

Una breve nota sobre Zoya Vlasova, que tenía ocho años. Amaba mucho a su padre. Ya no podía ir al colegio. (Se burlaban de ella: «¡Tu papá es un saboteador!» Se peleaba: «¡Mi papá es bueno!») Murió un año después del juicio. Hasta entonces nunca había caído enferma. Durante aquel año no sonrió ni una sola vez; siempre estaba con la cabeza gacha y las adultas profetizaban: «No deja de mirar a la tierra; morirá pronto.» Murió de meningitis; mientras agonizaba, repetía: «¿Dónde está mi papá? Dadme a mi papá.» Cuando contamos a los millones que perecieron en el campo, olvidamos multiplicarlos por dos, por tres.

COMO LA NOCHE CONOCE A LAS ESTRELLAS

En la búsqueda de la dignidad, nuestros sentimientos deben tener acceso al estilo elevado. La risa, como hemos visto, nunca se irá de la farsa negra del bolchevismo; la risa nunca se besará la yema de los dedos para decirnos adiós. Ahora sabemos ya la clase de risa que oímos; la oímos cuando presenciamos la aparición de la sordera moral. Pero hay además un plano emocional que excluye la risa. El estilo elevado excluye la risa.

En noviembre de 2000 me tocó ayudar a preparar el entierro de mi hermana menor. Mi padre, que no pasaría del año siguiente, me dijo que en sus insomnios más indefensos tendía a pensar en Sally con preocupación y en lo que sería de ella cuando él hubiera muerto: la pérdida de apoyo general, la pérdida de objetivos, de razones. Y así fue. Tras una larga depresión vino una súbita enfermedad. Cuando llegué al hospital estaba en cuidados intensivos e inconsciente. No volvió a despertar y murió cuatro días más tarde. Me di cuenta de que había muerto, no porque hubiera algún cambio en la postura de mi hermana, sino por las líneas gemelas del monitor. Ella, o el respirador que le habían puesto, siguió respirando con ansia: un cadáver con el pecho en movimiento. La desconectaron y pude acercarme a ella y besarla sin horror. Y le hice una pregunta que le había hecho muchas veces, pero que en aquellos momentos no tenía ningún sentido: «Sally, ¿qué has hecho?» Cuando era pequeña me había prometido a mí mismo en muchas ocasiones que la protegería. Y no la había protegido. Nadie, seguramente, habría podido protegerla. Pero aquellas promesas, nunca expresadas, siguen dentro de mí y todavía forman

parte de mí.

En la iglesia parroquial de St. Dominic, en Kentish Town, mi mujer y yo concertamos los detalles de la misa con el padre John Farrell (Sally se había hecho católica unos años antes). La música (Bach), las lecturas (Romanos 8, Mateo 11), los himnos («Ser un peregrino», «Jerusalén»... Blake, con su ardiente utopismo: «No cejaré en la lucha mental, / ni se me dormirá la espada en la mano, / hasta que hayamos construido Jerusalén / en la verde y plácida tierra inglesa»). También acordamos que yo recitaría el poema que Philip Larkin había escrito para Sally, «Nacida ayer» («Capullo prietamente plegado, / he deseado algo para ti / que ninguna otra...»), que lleva la fecha escandalosamente cercana de 20 de enero de 1954.

Entramos en la iglesia propiamente dicha y mi mujer (que en realidad fue quien lo hizo todo) habló con el padre Farrell mientras yo me quedaba, lleno de aprensiones, en la puerta. Había vuelto con el pensamiento a los consuelos de la rutina (el estudio, el escritorio), cuando me fijé en la placa que recordaba a los muertos de la parroquia durante la guerra, y en la poesía, la poesía bélica de sus apellidos (Bellord, Cody, Gubbins, Lawless, Notherway, Scrimshaw). Debajo, esculpida en la piedra, había una estrofa:

No envejecerán, como nosotros los que quedamos:

no les pesará la edad ni les condenarán los años.

Al ponerse el sol y por la mañana

nos acordaremos de ellos.

Mientras los versos me recorrían por dentro, lo primero que hice, como es lógico, fue relacionarlos con mi hermana. Pero una vez más el asentimiento inesperado, y la idea, sí, la idea de que aquélla podría ser la respuesta a los Veinte Millones.

Hacía poco había visto este poema en una de las antologías de mi padre y lo busqué aquella noche: «Para los caídos», de Laurence Binyon. Los caídos son

los británicos que murieron en la Primera Guerra Mundial.[12]

Y no sería impropio ni indigno que encontraran eco en la poesía de guerra nuestras meditaciones sobre los Veinte Millones. Se libró una guerra contra ellos y contra la naturaleza humana, y la libró su propia gente. Poesía de guerra, que se resume en un solo verso de Wilfrid Owen, de «Extraño encuentro», donde el poeta muerto se encuentra con su doble o rival del otro bando, que le dice: «Soy el enemigo al que mataste, amigo mío...»

Binyon fue un estudioso y traductor distinguido (tradujo La divina comedia en los años treinta), y un poeta atractivo y agradable, pero indiscutiblemente menor. Pero aquí ocurrió algo, una expansión no estipulada. A pesar de su sonora introducción, «Para los caídos» no es una glorificación de la guerra; es un intento de máxima consolación en estilo elevado; y responde a nuestro tema:

No envejecerán, como nosotros los que quedamos:

no les pesará la edad ni les condenarán los años.

Al ponerse el sol y por la mañana

nos acordaremos de ellos.

Ya no estarán rodeados de los alegres compañeros;

ya no se sentarán a las mesas de los suyos;

ya no tendrán parte en nuestros afanes diurnos;

duermen lejos de las costas de Inglaterra.

Pero si nuestros deseos y esperanzas profundos

son como un manantial oculto a las miradas,

el secreto corazón de su tierra los conoce

como la Noche conoce a las estrellas.

Como estrellas que seguirán brillando cuando seamos polvo,

avanzando por la llanura celestial;

como estrellas que alumbran nuestros períodos de tinieblas,

permanecerán, permanecerán hasta el final.

POSFACIO: CARTA AL ESPÍRITU DE MI PADRE

Queridísimo papá:

He probado a poner «Queridísimo Kingsley», en reconocimiento a tu nueva condición; pero he pasado mucho tiempo en tu compañía mental, ¿y por qué romper la costumbre de toda una media vida?

Si pudieras echar aunque sólo fuera una ojeada a la dedicatoria de mi último libro, sabrías inmediatamente que lo que tanto temías te ha sucedido y que aquello que temías ha ido contra ti. La dedicatoria dice:

Para Kingsley

y Sally

Porque éstos son mis Amis muertos. Sally vivió cinco años más que tú. Sus últimos años fueron serenos y discretamente cómodos (administró tu legado con celo). No hubo ningún detonante inesperado. Sus últimos días fueron apacibles y

no hubo sufrimiento físico. No desesperes: la historia tiene un final más feliz. Supongo, también, que hay una posibilidad entre un gigatrillón de que esté ahora a tu lado. Suponiendo que no esté, y suponiendo además que realmente me oigas, sugiero que pases unos años de tu eternidad recuperándote del golpe y luego vuelvas a esta carta. Descansa, descansa, espíritu agitado.

Volveré sobre el final más feliz. Pero antes de que lleguemos a eso... «No quiero personalizar», escribió Nabokov a Edmund Wilson, antes de pasar, muy amablemente, a analizar el utopismo de su amigo, disculpable, incluso simpático, pero al final mortalmente vago. Tampoco yo quiero personalizar (no te gustaba la gente que personalizaba), pero quisiera hablar brevemente de un par de diferencias entre tú y yo. En tanto que padre e hijo tenemos algo inusual en común: «los dos somos novelistas ingleses –como tú mismo dijiste una vez– y somos un poco buenos». Pero tú, además, eras poeta. Y eso explica la principal diferencia entre mi prosa y la tuya. Las otras diferencias podrían ser casi totalmente generacionales. Si hubiéramos intercambiado nuestra fecha de nacimiento, puede que yo hubiera escrito tus novelas y que tú hubieras escrito las mías. Recuerda la ley (más verdadera en tu caso que en la mayoría): tú eres tu padre y tu padre eres tú. Para terminar de una vez: en tu ficción escribiste ampliamente sobre la burguesía, quiero decir sobre las clases medias, una categoría que aparece poco en la mía, donde me las entiendo con la aristocracia, la intelectualidad, el lumpenproletariado y los urka.

Eres tu padre y tu... Pero no del todo. La otra diferencia es política, y fundamental. Tenías una ideología y yo no. En fin, creías, y creíste en el comunismo soviético durante quince años. No había, como dice Bob, ninguna explicación racional para que fuera así. Pero puedo darte algunas buenas excusas: culpabilidad de clase media; «una dispersa insatisfacción porque las cosas sean como son» (como tú mismo dijiste) o un odio fuera de lo común a la situación en general; un deseo de escandalizar el conservadurismo parental, o paterno; y la sensación, no del todo equivocada, de que te estabas involucrando directamente en los asuntos del mundo. Era además, para Stalin, una ventaja complementaria que una descripción fidedigna de la Unión Soviética pareciera exactamente una calumnia furiosa contra la Unión Soviética. Como dijo el admirable y desdichado Víctor Kravchenko en Yo escogí la libertad (1946: nota bene): «Nunca he podido borrar de mi memoria esta imagen de la puerta [del edificio de la Checa, donde lloraban y gritaban los familiares de los detenidos]. Un genio del teatro que quisiera expresar la desesperación de las masas, el lúgubre e infinito sufrimiento, no habría podido inventar nada más aterrador.»

Pero no quiero echarte en cara tu credulidad: no eras el único que creía en ello. Lo que me interesa es esto de «creer en».

En tu artículo «Por qué Lucky Jim se hizo de derechas», escrito cuando tenías cuarenta y cinco años, dijiste, para explicar tu anterior filiación política:

Hablamos de un conflicto entre los sentimientos y la inteligencia, de una forma de autoengaño deliberado en la que una parte de la mente sabe muy bien que su convicción global es falsa o defectuosa, pero la necesidad emocional de creer es tan fuerte que el conocimiento queda, por así decirlo, enquistado, aislado, incapacitado para influir en las palabras y los hechos.

Bien dicho. Pero ¿cuál es la base de la «necesidad emocional»? Cotejaré ahora dos frases de los dos últimos párrafos del artículo:

No podemos decidir que haya fraternidad; si empezamos por imponerla, al cabo de muy poco tiempo veremos que estamos imponiendo algo muy distinto y mucho peor que la simple falta de fraternidad.

Y:

El ideal de la fraternidad entre las personas, la construcción de la Ciudad Justa, no se puede descartar sin toda una vida de decepciones y pérdidas.

La frase uno me parece tan obvia y tan elemental que la frase dos carece de sentido, de contenido. ¿Qué es exactamente esa Ciudad Justa? ¿Qué aspecto tendría? ¿Qué se dirían y harían diariamente sus habitantes? ¿Cómo sería la risa en esa Ciudad Justa? (¿Y de qué podría escribirse en ella?) He aquí el momento

de empezar a preguntarse por qué. Dsachtó? ¿Por qué? ¿Para qué? ¿Con qué fin? Tu «necesidad emocional» no es una fuerza afirmativa, sino negativa. No es romántica. No es idealista. La «nobleza misma» de ese ideal, dices, «hace que el resultado de su descomposición sea doblemente horrible». Pero la descomposición, la innobleza, es inherente al ideal. Aquí está la broma, ¿no crees? Y es una broma sobre la naturaleza humana: el celo absurdo, la graciosa diligencia, aquello por lo que la utopía se convierte en distopía y el cielo en el infierno... El «conflicto» que describes no es, en última instancia, un conflicto entre «los sentimientos y la inteligencia». Es, y no deja de ser curioso, un conflicto entre la esperanza y la desesperación.

Cito lo siguiente con una complacencia exclusivamente simbólica:

«... aunque el Edén es la "meta" de la vida humana, estrictamente hablando es una meta imaginaria, no un invento social, ni siquiera como posibilidad. El argumento es aplicable también a las utopías literarias, que no son los deprimentes Estados fascistas en que quieren convertirlas los divulgadores, sino más bien símiles de la mente bien templada: rígidamente disciplinadas, muy selectivas en lo que se refiere al arte, etc. Así, Blake, al igual que Milton, entendió el mundo oculto, el mundo animal en que estamos condenados a vivir, como complemento inevitable de la imaginación del hombre. El hombre nunca ha tenido intención de eludir la muerte, los celos, el dolor, la libido, eso que en palabras de Wordsworth es "el corazón humano por el que vivimos". Puede que por esto pinte Blake al recién creado Adán con una serpiente enroscada ya en su muslo.»

Así terminaba mi breve, adocenado y diccionariado artículo...

Cuando escribí lo anterior tenía alrededor de veintidós años; y mi aprendiz de narrador diecinueve, la misma edad que tú cuando te afiliaste. Y así, papá, probablemente en perjuicio mío, yo nunca sentí la llamada de la fe política (y probablemente habría que sentirla, que ser fanático, una temporada). Nadie puede estar «en contra» de la Ciudad Justa. Es una de las razones por las que las personas se creen con derecho a matar a otras personas que se cruzan en su camino. Pero cuando te uniste a los agnósticos, a los gradualistas (y además

encontraste otra ideología: el anticomunismo), te alineaste con quienes tienen más fe en la naturaleza humana que los creyentes. Más fe en y más afecto por. Basta. Vayamos ahora al final más feliz.

La hija de Sally estuvo presente, de manera anónima, en el entierro de Sally. Acuérdate, tú y yo la vimos cuando era muy pequeña (en el verano de 1979), poco antes de su adopción. La niña, que era perfecta, se llamaba Heidi, por la última y antiestimulante mentora de Sally. Ya no se llama Heidi. Sally tenía entonces veinticuatro años. Catherine tiene ahora veintidós.

No llegó a conocer a su madre. El entierro era en teoría una despedida de su identidad natal. Sin embargo, según lo reconstruimos después, vio nuestro clan en la iglesia y pensó: éste también es mi clan. Escribió a «la familia Amis» por mediación del director de la funeraria. Le contesté: nos vimos. Un poco después, cuando todo empezaba a hacérseme demasiado cuesta arriba (lo que tenía en la garganta sabía a una decisiva reducción del amor a la vida), volví a escribirle. Le dije que pronto me iría a pasar tres meses al otro lado del mundo; y que antes necesitaba ver el rostro de mi hermana. Acudió (con sus padres de acogida) y era perfecta. Tendrías que imaginar la extraña exactitud con que ocupaba físicamente el espacio que Sally había dejado vacío, el mismo peso de su presencia, y también cierta sonrisa, y cierta forma de mirar.

La primavera pasada me la llevé a España para que conociese a su abuela, a su abuelo político y a sus tíos Philip y Jaime. Catherine iba además acompañada por cuatro primos: mi Louis y mi Jacob, a los que recordarás, y mi Fernanda y mi Clio, dos de las tres nietas que no llegaste a conocer. Todos tus nietos estaban allí, menos dos: mi Delilah Seale y la Jessica de Philip. El clan tiene sus pérdidas pero sigue ampliándose. Ha habido cuatro adquisiciones en estos seis años. Mamá dijo que si seguíamos cargándola de nietos tendría que asfixiarlos como a los gatos recién nacidos. Catherine dijo después: «Fue como un sueño.» Sé que la habrías querido mucho, y sobre todo y sin dudarlo por esta prueba de su naturaleza y de su educación: es una de las treinta o cuarenta personas que quedan en el mundo anglófono que no dicen «entre tú y yo».

El invierno pasado, en Uruguay, cuando estábamos a punto de empezar nuestro partido vespertino de pelota, Fernanda, que acababa de cumplir cuatro años, cogió la pelota con cara de triunfo recatado. La pelota era un globo hinchado; en su superficie había caído una abeja muerta. Las abejas mueren por centenares conforme termina el verano en el hemisferio sur. Se ponen a revolotear con

avidez alrededor de las lámparas de la terraza y caen a plomo. Era lo que querían hacer antes de morir... Como es lógico, una abeja muerta todavía puede picar. Fernanda deshizo bruscamente la sonrisa y dijo con voz fuerte, orgullosa y expositiva: «Algo me hace daño muchísimo.» Bien, así es como yo me sentí cuando Sally murió. Recordarla a ella, y a ti, y a ti con ella, me ha dejado con un cansancio que ninguna cantidad de sueño podría reparar. Pero no es un cansancio pesado. Es como debe ser. Se parece a la dignidad. También se parece a la autocompasión, naturalmente. Pero la compasión y la autocompasión son a veces la misma cosa. La muerte lo propicia. ¿No crees?

Stalin (a quien, por increíble que parezca, serviste durante doce años, de manera discreta, de manera mínima, pero de todos modos increíble) dijo una vez que mientras que una muerte es una tragedia, un millón de muertes es simple estadística. La apódosis del aforismo es falsa: un millón de muertes es, como mínimo, un millón de tragedias. La prótasis en cambio es totalmente válida, pero nada más. En realidad, también todas las vidas son una tragedia. Todas las vidas se dirigen a la curva trágica.

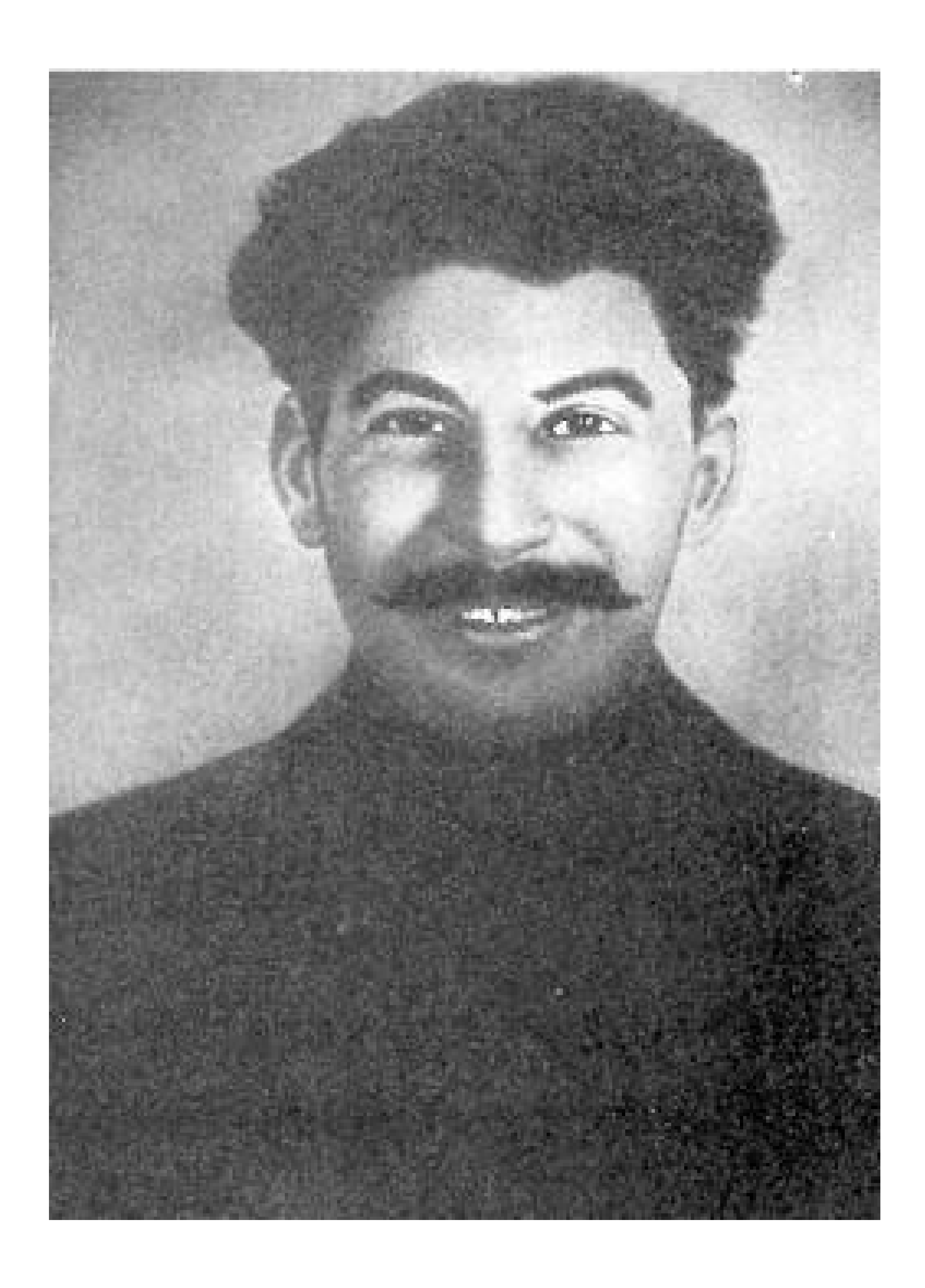
Esta carta concluye un libro subtitulado «La risa y los Veinte Millones». Tal vez te parezca una conclusión curiosa. Sally no tiene absolutamente nada en común con los Veinte Millones. Nada excepto la muerte y quizá una apariencia de redespertar.

Tu hijo mediano que te saluda y abraza.

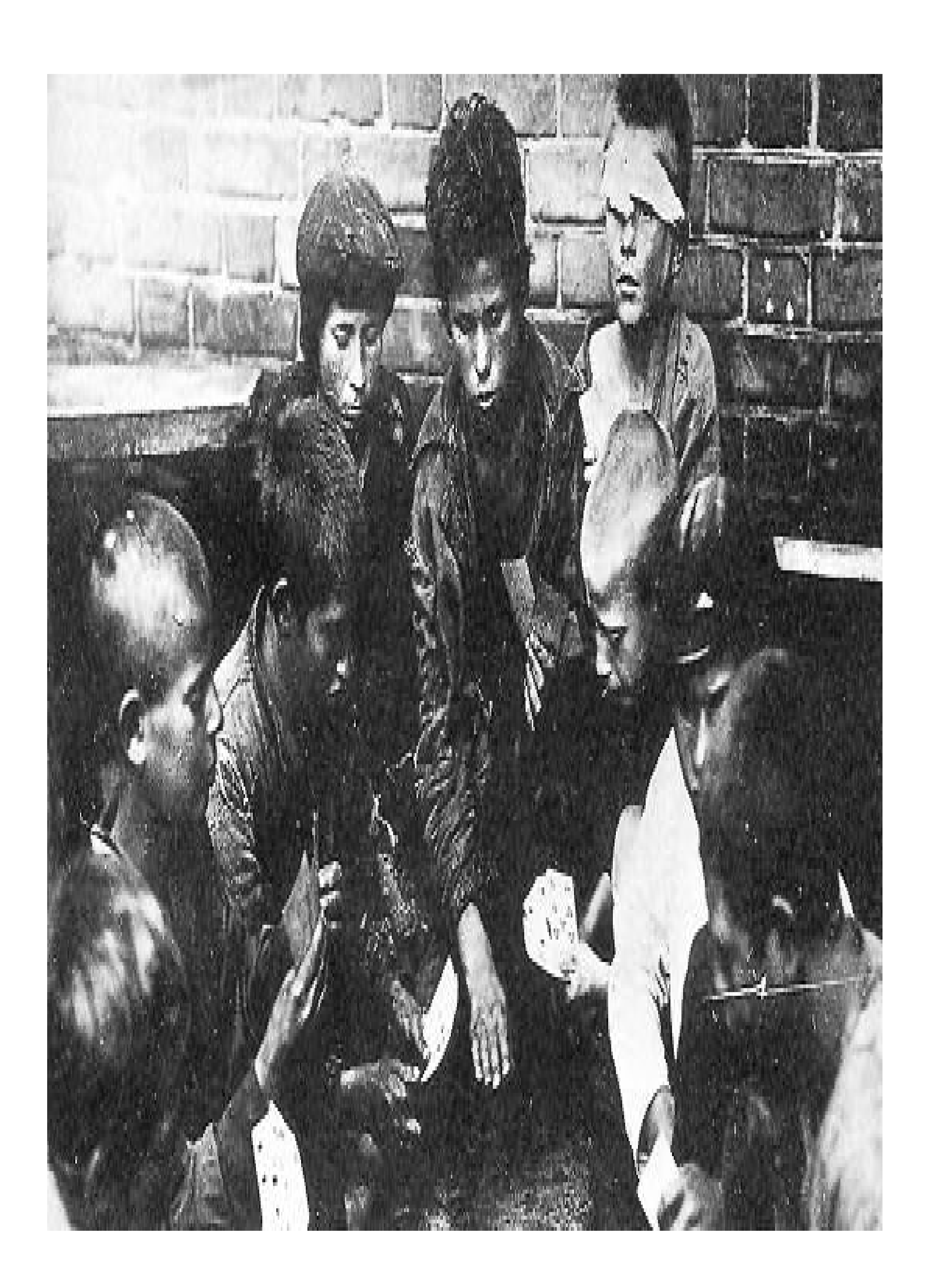




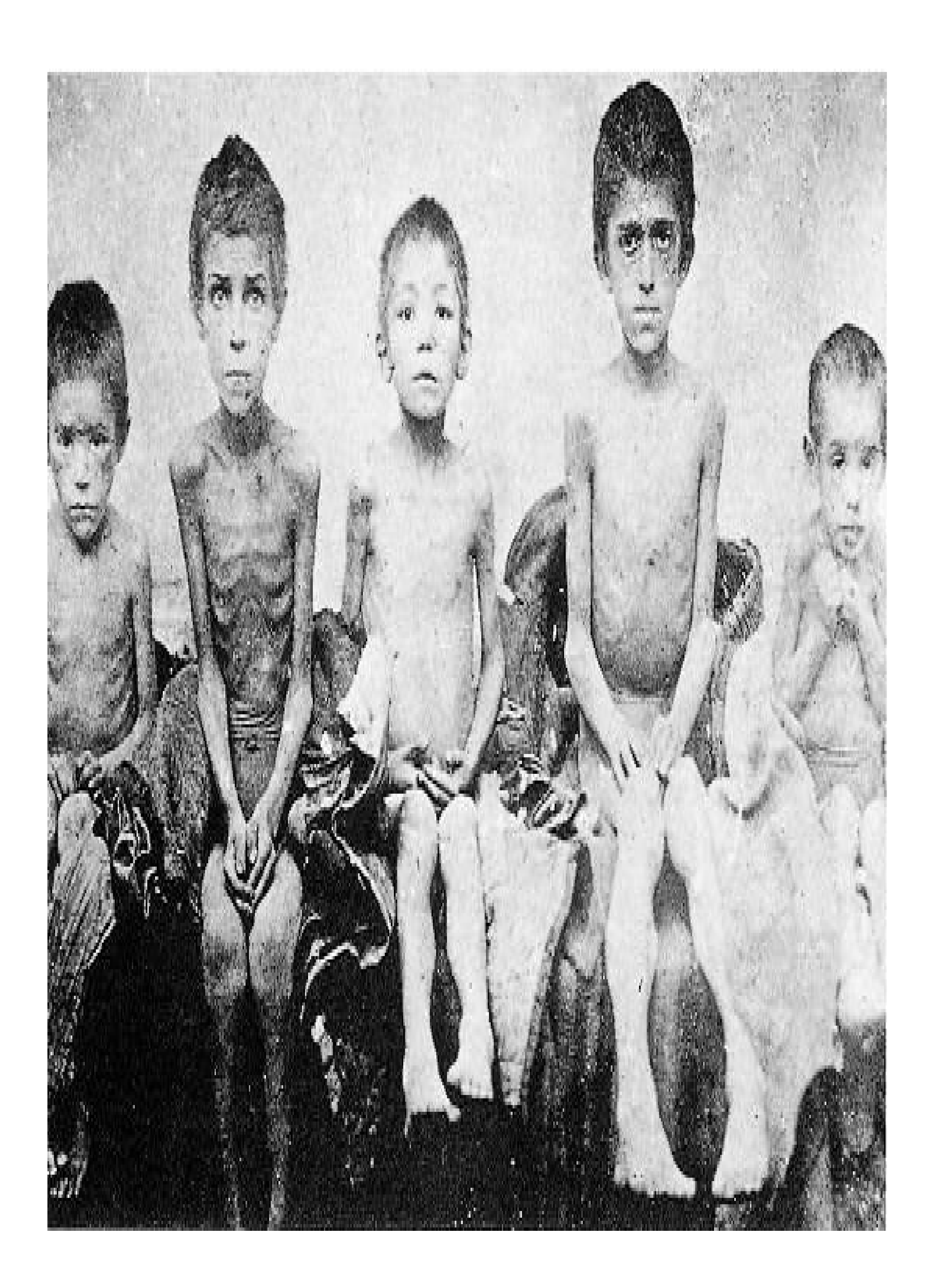
Lenin disfrazado (julio de 1917) Krúpskaia







Besprizornie: un grupo de millones de indigentes





La Checa recoge pruebas para una investigación literaria





Gorki con Iagoda, el jefe de la Checa (a su derecha)



Lenin llega al Smolni la noche del 24 de

octubre, de Evgueni Kibrik. Stalin estaba en otra parte en aquel momento




SZTALIN

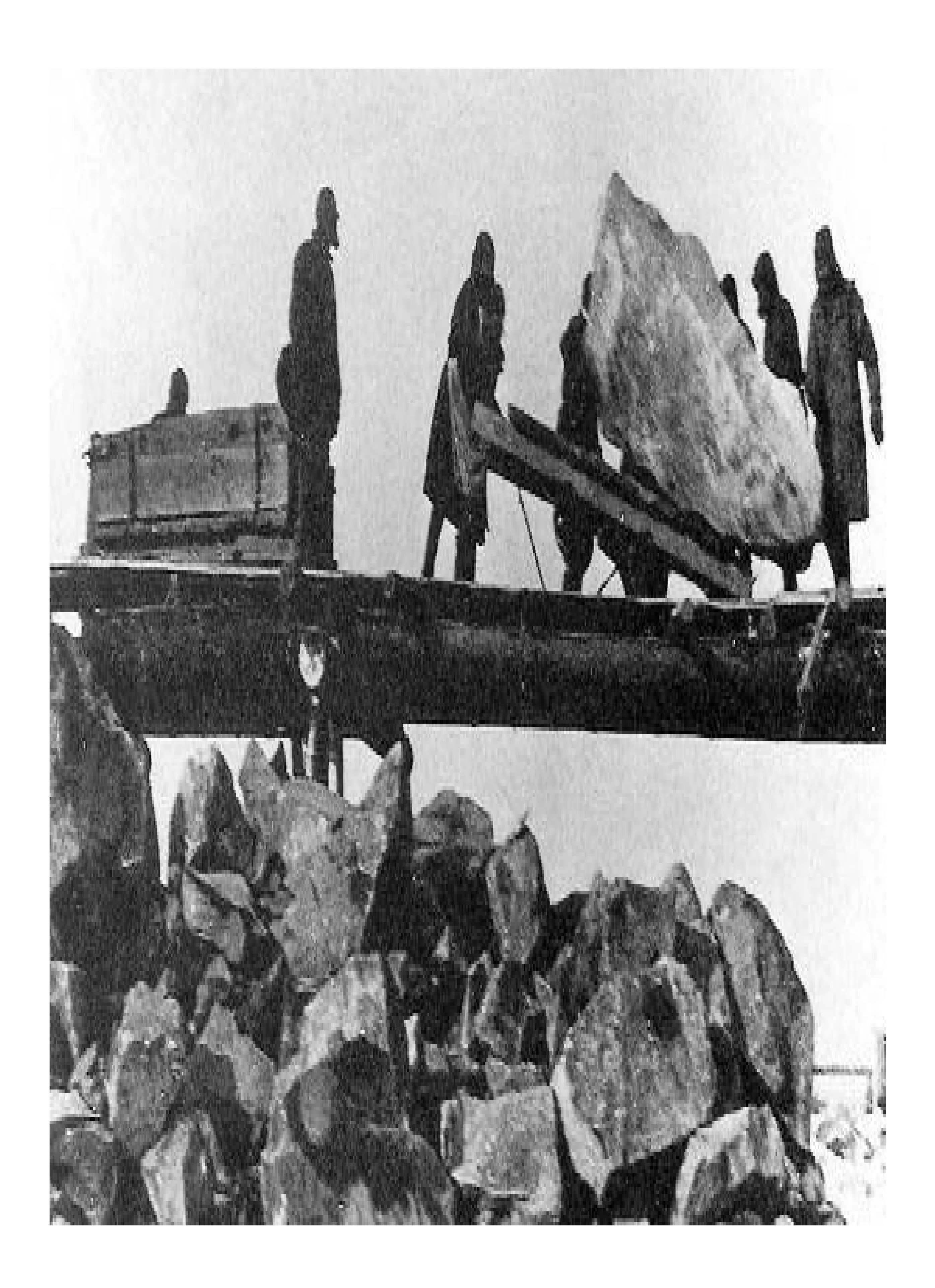
Dos finalistas derrotadas en una competición patrocinada por el Partido de los Trabajadores de Hungría. La ganadora, una estatua de bronce de veinte metros, fue destruida durante la



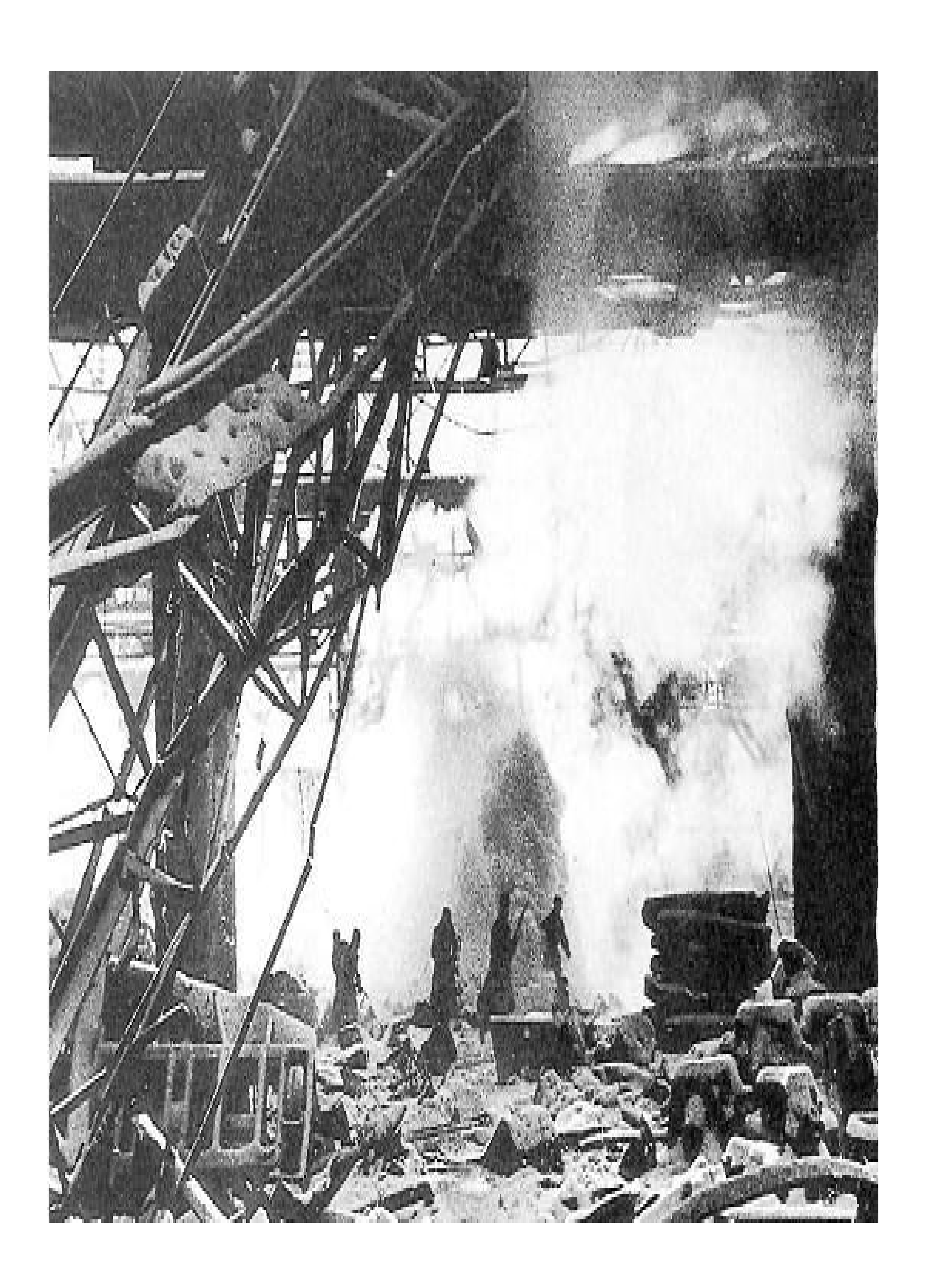
Lenin en 1923



Trotski agonizando en un hospital de Ciudad de México, 21 de agosto de



El canal de los mares Blanco-Báltico



SLAVERY IN RUSSIA.

Opening of

INTERNATIONAL CAMPAIGN

against

BRUTALITIES IN SOVIET PRISON CAMPS.



"CHEAP TIMBER."

[Drawn by G. D. Armour and reproduced by permission of "The Morning Post."]

MASS MEETING

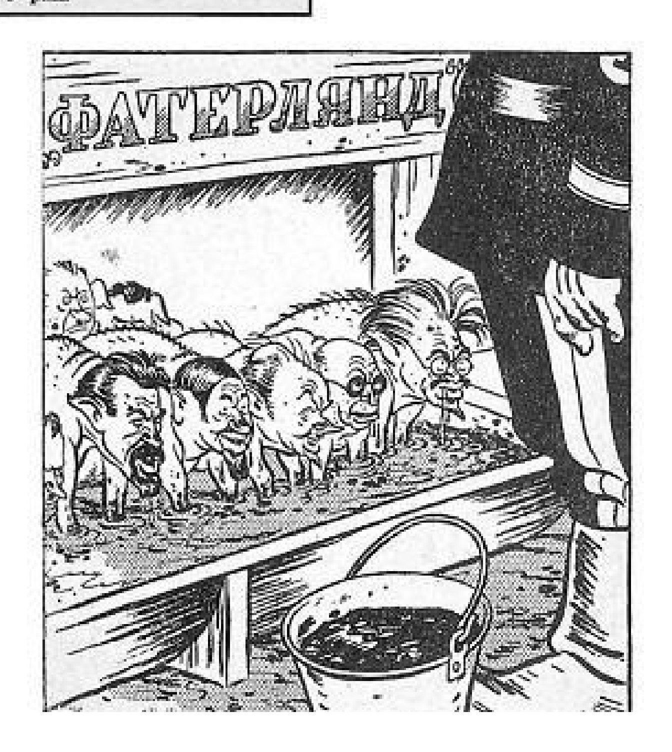
at the

ROYAL ALBERT HALL

on

FRIDAY, MARCH 6th, 1931

at 8 p.m.



Caricatura (1938) de Borís Efimov en la que Trotski y otros hozan en una pocilga llamada (en caracteres cirílicos) «Vaterland», la Madre Patria



Antropófagos, 1920

Notas

Primera parte

[1] El cambio de milenio se produjo a medianoche del 31 de diciembre de 2000. Esto se debe a que pasamos del cómputo «antes de Cristo» a la cronología «después de Cristo» sin que hubiese un año 0. Vladímir Putin dijo que el (pseudo)cambio de milenio era «el 2000.o aniversario del nacimiento del cristianismo».

[2] También se podría ver aquí un anticipo de su rigor. La suerte de Mijaíl Tujachevski, un famoso militar del Ejército Rojo durante la guerra civil, fue algo corriente, y lo mismo la de su familia. Tujachevski fue detenido en 1937, torturado (las actas del interrogatorio estaban manchadas con salpicaduras de sangre, como si la cabeza del interrogado estuviera moviéndose rápidamente en aquel momento), chapuceramente juzgado y puntualmente ejecutado. Más aún (es el resumen que hace Robert C. Tucker en Stalin in Power: The Revolution from Above, 1928-41): «Su mujer volvió con su hija a Moscú, donde un par de días después fue detenida con la madre, las hermanas y dos hermanos de Tujachevski, Nikolái y Aleksandr. La esposa y los dos hermanos fueron eliminados por orden de Stalin, tres hermanas fueron enviadas a campos de trabajo, y la hija, la pequeña Svétlana, fue ingresada en un asilo de hijos de "enemigos del pueblo", detenida y enviada a un campo de trabajo cuando cumplió diecisiete años; la madre y una hermana de Tujachevski murieron en el exilio.»

3. Literalmente, «Hombres del tiempo». Grupo radical que operaba en Estados Unidos en los años setenta, parecido al Ejército Simbiótico de Liberación, de Patricia Hearst. Luego se llamó Weather Underground Organization, Organización Climatológica Clandestina. (N. del T.)

[4] Conquest era un decidido adversario del Vietcong, pero su apoyo a la política bélica de Estados Unidos no fue entusiasta en ningún momento, y con el paso del tiempo se fue desentusiasmando aún más. (Me gustaría recordar aquí que, a

pesar de su acento y comportamiento de profesor oxoniense, Conquest es norteamericano. Bueno, de padre norteamericano y madre inglesa; nacido en el Reino Unido; con doble nacionalidad; y hoy vecino de California.) Kingsley siempre se mantuvo firme en el tema de Vietnam, al ciento por ciento, hasta que falleció, en 1995.

[5] Fundado en 1913 por las cuatro inocentonas víctimas de la URSS más extravagantes del siglo, entre otras (y estas otras incluyen a John Maynard Keynes): H. G. Wells, George Bernard Shaw y Sidney y Beatrice Webb. Wells, tras una entrevista con Stalin en 1934, dijo que jamás había «conocido a un hombre más sincero, justo y honrado»; gracias a estas cualidades había conseguido tener una «notable autoridad sobre el país, ya que nadie le teme y todos confían en él». Shaw, tras un poco de diplomacia de banquete, afirmó que el pueblo ruso estaba insólitamente bien alimentado, y lo dijo en un momento en que alrededor de 11 millones de ciudadanos (Martin Malia, The Soviet Tragedy: A History of Socialism in Russia, 1917-1991) se estaban muriendo de hambre. Los Webb, tras una amplia investigación, escribieron un libro que se consideró «la última palabra de la erudición occidental seria, tenía más de 1.200 páginas, resumía una cantidad ingente de trabajo e investigación, y todo para nada. Al principio se tituló El comunismo soviético: ¿Una nueva civilización?, pero los signos de interrogación se suprimieron triunfalmente en la segunda edición, que apareció en 1937, precisamente cuando el régimen estaba en la peor etapa» (Conquest). Sidney y Beatrice Webb se creyeron la farsa de los Procesos de Moscú de 1936-1938 y New Statesman no fue más escéptico: «No negamos [...] que las confesiones puedan haber contenido un sustrato de verdad»; «es indudable que se había conspirado mucho en la URSS»; etc.

[6] Lo que Nabokov llama Com-pom-pom: Sovnarkom y Narkomindel, etc.; el monopolio estatal de bebidas alcohólicas se llamaba Soyuzsprit; el departamento que mandaba a los Mandelstam de aquí para allá a principios de los años veinte tenía el deprimente nombre de Centroevac.

[7] Los ejércitos sediciosos de la Guerra Campesina (1918-1922). Lenin pensaba, y con razón, que los Verdes eran una amenaza más peligrosa que los Blancos para la supervivencia del régimen.

[8] Entre el 1 de enero de 1917 y el 1 de enero de 1923, los precios se multiplicaron por 100 millones.

[9] Doctrinalmente tenía sentido. Los bolcheviques eran internacionalistas; la Unión Soviética no era más que el puesto de mando del comunismo mientras se esperaba la revolución planetaria. Durante su avance hacia Varsovia, en julio de 1920, el mariscal Tujachevski repetía la consigna oficial: «Por encima del cadáver de la Polonia Blanca pasa el camino de la conflagración mundial». (Cuando el Ejército Rojo –gracias sobre todo a Stalin, por lo que parece– fue derrotado, los bolcheviques empezaron a temerse que no iban a producirse las revoluciones solidarias.) En cuanto a los rusos propiamente dichos, Lenin los desdeñaba con un talante abiertamente racista. Eran idiotas y torpes, y «demasiado blandos» para dirigir un Estado policíaco eficaz. No ocultaba su preferencia por los alemanes.

[10] Aunque no inmediatamente: el futuro presidente norteamericano Herbert Hoover venía haciendo campaña desde 1919 para conseguir ayuda alimentaria para la URSS. Lenin siguió exportando grano durante todo este período (y, desde luego, siguió invirtiendo grandes sumas en fomentar revoluciones en otros países).

[11] «En todo el amplio muestrario de material que figura en los archivos no hay ni un solo indicio de que [Lenin] sintiera remordimientos por ninguna de la larga lista de medidas destructivas que tomó» (Volkogónov, Lenin: A New Biography). «No hay nada en las notas, observaciones y resoluciones de los últimos años [de Stalin] que sugiera otra cosa que una fe inquebrantable en que el trabajo de toda su vida era imperecedero» (Volkogónov, Autopsy for an Empire).

[12] Restablecida por el gobierno provisional de Kerenski para castigar las deserciones del frente. Los bolcheviques habían hecho campaña anteriormente con la consigna «Abajo la pena capital, restablecida por Kerenski».

† Orlando Figes, A People’s Tragedy: The Russian Revolution 18911924.

[13] Busqué esta palabra sin resultado en cinco glosarios de sendas monografías. Su obstinada «internacionalización» duró pues muy poco (aunque Hitler y Mao la adoptaron). Piatiletka significa «plan quinquenal».

[14] No dejaría Nabokov de observar que el centenario de Chernichevski (1928) fue motivo de mucha ceremonia lúgubre en la Unión Soviética. Chernichevski fue aclamado como archipadre del «realismo socialista» que Stalin quería

imponer a los escritores que quedaban en el país.

[15] Se cree que «Lenin» procede del río Lena. «Stalin»: hombre de acero. «Kámenev»: hombre de piedra. «Mólotov»: martillo. «Trotski» (de soltero Liev Bronstein) figuraba en uno de sus pasaportes falsos; y se le quedó.

[16] Christopher afirma actualmente que «nunca» habría hablado a la ligera del hambre. Yo recuerdo (y vivamente) lo contrario. Teníamos alrededor de veinticinco años. Pocas veces se hablaba con respeto de este asunto (la verdad es que pocas veces se quería respetar) y mis aportaciones solían ser crueles e inmaduras. Me gustaría subrayar que Christopher (como James Fenton y todos los demás trotskistas que conocía) era ferozmente antiestalinista. Pero como socialista necesitaba creer que Octubre no había sido una catástrofe, ni inmediata ni intrínseca. Todavía en 1975 se consideraba de mal gusto o mezquino ser demasiado inflexible con la Unión Soviética. Nadie quería pasar por «cazarrojos»; nadie salvo mi padre.

[17] Sylvain Boulouque en El libro negro del comunismo: «De una población de 15,5 millones aproximadamente, más de 5 millones han emigrado a Pakistán e Irán, donde hoy viven en condiciones lamentables [...] Casi todos los observadores están de acuerdo en que en la guerra murieron entre millón y medio y dos millones de personas, el 90 por ciento de las cuales eran civiles. Los heridos oscilaron entre 2 y 4 millones.» Estas cantidades deben revisarse después de 2001.

[18] Lo que sigue se ha tomado de The Russian Revolution, 1917, de la siempre fascinante colección Uncovered Editions. He respetado la puntuación y las convenciones estilísticas de la editorial. Lo presento al lector para que se fije no en los detalles, sino en el efecto general.

[19] Parece que los Románov tenían dos perros en Ekaterinburgo. Al macho, Jemmy, lo mataron en el sótano. Joy, en cambio, sobrevivió, a pesar de su raza: era una spaniel del rey Carlos.

† Llama la atención, leyendo a Trotski, la cantidad de falsedades que podía concentrar en un solo párrafo. Por lo que se refiere a los detalles de los asesinatos: «Nunca sentí curiosidad por saber cómo se ejecutó la sentencia [sic] y, francamente, no entiendo tal curiosidad». Bueno, la jefatura bolchevique sí sintió curiosidad por el cómo: de aquí los ocho años de secreto y encubrimiento;

de aquí el ácido sulfúrico.

[20] La nota de Pipes dice: «Declaración de P. V. Kujtenko en Expediente Solokov I, fechado en 8 de septiembre de 1918: la omisión es del original.»

[21] «Este grupo había ejecutado hacía poco al príncipe Dolgorukov, al general Tatischev, a la condesa Gendrikova y a Yekaterina Schneider, que habían estado con los Románov» (Volkogónov, Lenin).

[22] En Catherine Merridale, Night of Stone: Death and Memory in Twentieth Century Russia. Le doy las gracias por su impresionante capítulo sobre «Fosas comunes y fuera de lo común», al que debe mucho este apartado.

[23] Véase más abajo, pp. 166-170.

[24] Esto suponía un problema logístico en el purgadísimo Petrogrado/Leningrado durante los largos días del verano ártico. Los testigos dicen que las dos o tres horas de oscuridad nocturna eran como un rally de Montecarlo con furgones celulares. La Checa prefería la noche, pero era necesario que creyéramos que no estábamos seguros en ningún momento. Podían venir por nosotros a cualquier hora, en cualquier lugar: por la calle, en un hospital, en la oficina o en la ópera.

[25] Conquest subraya el caso de una celda con capacidad para 8 hombres en la prisión de Yitomir que contenía 160 presidiarios. «Cinco o seis morían cada día», escribió un superviviente. Los cuerpos «continuaban de pie porque no había sitio para que cayeran». Era conocida como «celda de tortura».

[26] Estas personas «especialmente desplazadas» solían ir a parar a un peñasco o un campo nevado, donde había una estaca clavada en el suelo (con un número) y nada más. Jonathan Glover, en su reciente libro Humanity: A Moral History of the Twentieth Century, cuenta sucintamente el siguiente caso: «En 1930 se envió a 10.000 familias por las aguas heladas del río Vasyugan. Muchos, sobre todo niños, murieron durante la travesía. Los supervivientes fueron abandonados, sin comida ni herramientas, en islotes que sobresalían en medio de los pantanos. Los caminos de regreso se cerraron con nidos de ametralladoras. Murieron todos.»

[27] Es imposible que estas palabras se escribieran para complacer a Moscú. El vértigo de Ginzburg (Nueva York, 1967), un libro más demoledor que Un día en la vida de Iván Denísovich de Solzhenitsyn (Novy mir, 1962: época de Jrushov), no tenía ninguna posibilidad de publicarse en la Unión Soviética.

[28] Para saber lo que era la vida carcelaria sin cubo sanitario, véase el primer volumen de Archipiélago Gulag.

[29] Las circunstancias eran muy distintas, pero se puede deducir respetuosamente una interesante diferencia sexual en las dos breves iluminaciones. Tras algunas burdas manifestaciones de solidaridad, los compañeros de celda de Solzhenitsyn (uno, por cierto, era un chivato) le conminaron a guardar silencio: «¡Mañana! La noche es para dormir.» La señora Ginzburg y sus nuevas amigas, por el contrario, hablaron por los codos –y sin escucharse– hasta quedar exhaustas: «Sí, es enternecedor estar con personas, ¡pero qué fatigoso!»

[30] La policía política tuvo varios nombres: Checa (1917-1922), GPU (1922-1923), OGPU (1923-1934), NKVD (1934-1943), NKGB (19431946), MGB (1946-1953), MVD (1953-1954) y KGB desde entonces.

† Con Kathleen Gleeson (y el nombre de los dos aparece con el mismo tamaño en la cubierta de las ediciones en tapa dura y de bolsillo). Bardach trabajó en su autobiografía siendo ya setentón (en la actualidad vive en Iowa City y es un cirujano plástico de fama internacional), una experiencia ya notable de por sí, si se tiene en cuenta que el gulag casi siempre corroía la memoria de las personas. Nadezda Mandelstam tuvo tres meses en su casa al periodista amnistiado Kozarnovski (que huía de la Checa). Durante tres meses, la anfitriona le estuvo preguntando sistemáticamente por la suerte de su marido. No representó para ella ninguna sorpresa (aunque sí un doble golpe) averiguar que la memoria de Kozarnovski «era como un gigantesco y rancio pastel de carne en el que la realidad y las fantasías de su temporada carcelaria se habían mezclado y cocido, formando una masa inseparable».

[31] En la celda de Bardach el agua llegaba hasta el tobillo. Cf. Archipiélago Gulag. Solzhenitsyn habla de todo un bloque de castigo donde el agua llegaba a la rodilla: «En otoño de 1941 entregaron a todos los del 58-14 –contrarrevolución económica– y los fusilaron.» Tortura preparatoria para la muerte: he aquí un tema que se repite. Unas veces la tortura era, por así decirlo, circunstancial; otras era severa y programada.

[32] It Happens in Russia, publicado en Inglaterra en 1951.

[33] Todavía circula la arraigada superstición de que es derechista dar cifras elevadas. Conquest y Pipes eran combatientes de la guerra fría (Conquest

asesoró a Thatcher, Pipes a Reagan); sus cifras, por lo tanto, son cifras de la guerra fría, hinchadas con fines propagandísticos. Pero Conquest y Pipes son historiadores de fama internacional; están bajo juramento. Cuando Conquest me mandó un ejemplar de su libro sobre Kolymá, en la dedicatoria me puso: «NB capítulo 9 no está actualizado». Y bajo el título del capítulo en cuestión («La lista de la muerte»), añadió: «Hoy se sabe que son menos de los que dan estos informes.» Por el contrario, la cifra de Conquest para las ejecuciones del Gran Terror ha aumentado y se acerca a unos horribles 2 millones para el período 1937-1938... Las fosas comunes que se están descubriendo en la actualidad pueden complicar mucho el cálculo. Dice Catherine Merridale en Night of Stone: «Los cadáveres, una masa confusa en la muerte, se han descompuesto y es imposible reconstruir los esqueletos. Es desaconsejable confiar en el recuento de cráneos porque casi todos están dañados, cuando no reventados, por los proyectiles de los verdugos [...] Una vez que se ha terminado, se cuentan los fémures y se divide por dos. En casi todos los casos, el resultado final está en la franja de los miles.»

† La Asociación por los Caídos, un departamento dedicado a la memoria rusa, publica las listas de muertos en volúmenes del tamaño de una guía telefónica.

[34] Excepto al nivel más alto. Hay información sobre las costosas curas de reposo a las que se sometía Dzeryinski en balnearios europeos.

[35] Esto es más o menos cierto en el caso de Yago, Claudio y Edmundo (por fijarnos sólo en las tragedias principales). Pero no podemos olvidar el hecho de que Macbeth no se detiene, sino que pasa a ser un usurpador y un dictador que gobierna mediante el terror (y el terror, quizá, es siempre una confesión de ilegitimidad). «Cada nuevo día / chillan más viudas y lloran más huérfanos.» La descripción más cabal de una sociedad aterrorizada la da Ross, un personaje secundario y articulador; pero tiene su miga:

¡Ay, pobre patria!

A sí misma casi teme conocerse. No puede

llamarse nuestra madre, sino nuestra tumba; donde nadie

sonríe nunca sino el que nada sabe;

donde los suspiros, lamentos y gritos que rasgan el aire

se profieren pero no se advierten; donde la tristeza más negra

pasa por emoción vulgar: doblan las campanas

y casi nadie pregunta por quién; y la vida de los hombres buenos

se apaga antes que las flores de sus sombreros.

Macbeth, por cierto, contiene una demoledora definición de la realidad del bolchevismo (y de la consigna de Lenin, «Cuanto peor, mejor»). Consta de siete palabras y la cantan las brujas a coro: (I, 1, 11): «Lo limpio es sucio, lo sucio limpio».

[36] No podemos abandonar el hospital sin echar al menos un vistazo a Vladímir Ilich. Es una cara enfadada que de vez en cuando se permite reír con campechanía. Lenin era amable con los buenos bolcheviques que estaban de acuerdo con él y era más que amable con su mujer, su hermana y su «amante» (las tres eran buenas bolcheviques que estaban de acuerdo con él). Otras personas, en cambio, no sólo no revestían el menor interés para él, sino que era como si no existiesen. Lenin era un afásico moral, un autista moral... Cuando leo la prosa de alguien capto un perfil de su vida moral. El espíritu literario de Lenin parece bizco a causa de la intensidad de su enfoque, dolorosamente constreñido y encorsetado, con una infatigable tendencia a la comicidad y la repetición, y continuamente malogrado por pedanterías microscópicas.

[37] De In Siberia, de Colin Thubron. Se sabe que durante las ventiscas morían campos enteros. Incluso los guardianes. Incluso los perros.

† Esto es etimológicamente la «agonía»: la incesante lucha del mártir voluntario. El islam combativo es clara y declaradamente agonista.

Segunda parte

[1] En la misma circunstancia, durante el proceso de Bujarin, dos años más tarde, el «poeta tradicional» D. Dyambul colaboró con un trabajo parecido que se

titulaba «Aniquilad».

[2] Sólo se le menciona de pasada dos veces en Diez días que estremecieron al mundo de John Reed, motivo por el que este libro fue prohibido luego en la URSS. «Su nombre no figura en ningún documento relacionado con aquel período histórico» (Volkogónov).

[3] Podría alegarse retrospectivamente que Stalin no era, ni mucho menos, el primer candidato en el que se habría pensado para este papel. Su verdadero cometido fue mantener a Lenin apartado del vacío de poder que el Politburó trataba de llenar ya, con muchas rivalidades y ningún miramiento.

[4] A mediados de los años ochenta, David Remnick, con la cruel insistencia que correspondía al caso, acosó a Kaganóvich para que le concediera una entrevista. Encontró lo que esperaba: un amnésico lleno de temblores que vivía de una pensión del Estado. He aquí de qué se acusaba a Mijaíl: de que Hitler lo había elegido para gobernar una Rusia fascista. Los Kaganóvich eran judíos.

[5] ¿Supieron morir? Tucker cita a un testigo de la siguiente conversación, sostenida mientras los dos hombres estaban ante sus verdugos. Zinóviev: «¡Esto es un golpe fascista!» Kámenev: «Déjalo, Grisha, cállate. Muramos con dignidad.» Zinóviev: «¡No! [...] En la hora de la muerte afirmo categóricamente que lo que ha habido en nuestro país es un golpe fascista.» (Tucker arguye a continuación que «golpe fascista» no era un mal análisis.) Volkogónov cuenta lo siguiente, basándose en el testimonio de un guardián de la cárcel: «Aunque los dos habían escrito muchas veces a Stalin pidiéndole clemencia, y al parecer la esperaban (a fin de cuentas se les había prometido), intuían que se trataba del fin. Kámenev avanzó por el pasillo en silencio, frotándose las manos con nerviosismo. Zinóviev se puso histérico y hubo que arrastrarlo.»

[6] Bujarin murió con desafiante dignidad. A fin de cuentas, quizá merezca las frases de la conclusión literaria que pone Arthur Koestler a El cero y el infinito:

Una figura sin forma se inclinó sobre él y él olió el cuero nuevo del cinturón del revólver; pero ¿qué insignia llevaba la figura en las bocamangas y hombreras del uniforme, y en cuyo nombre alzaba el negro cañón del arma?

El segundo golpe le alcanzó en la oreja. De pronto se hizo el silencio. Volvieron a oírse los rumores del mar. Una ola lo levantó lentamente. Llegó de muy lejos y avanzó muy despacio, como un encogimiento de hombros de la eternidad.

La mujer de Bujarin pasó seis meses en una pequeña celda con un palmo de agua y en total estuvo dieciocho años en la cárcel. Su hija sobrevivió. La primera esposa y toda su familia inmediata fueron eliminados.

[7] Los campesinos, atados ya a las granjas colectivas, siguieron siendo tachados básicamente de «antisocialistas» hasta los años sesenta.

[8] Viene a ser la opinión más extendida. Malia no está de acuerdo; según él, la Colectivización tenía un papel estructural en el continuo LeninStalin, y resulta convincente. «Para un partido bolchevique, la verdadera disyuntiva en 1929 no era entre la vía de Stalin o la vía de Bujarin; era entre hacer aproximadamente lo que hizo Stalin o renunciar a toda la aventura leninista» (The Soviet Tragedy). Sigue existiendo una duda: cómo hay que entender aproximadamente el adverbio «aproximadamente».

[9] Un poema de 1936, sobre la Colectivización, retrataba a Stalin en un corcel negro:

Más allá de los lagos, por las colinas, bosques y campos,

por el camino cabalga

con su capote gris y su pipa.

Guía erguido en la montura.

Se detiene y habla

con los campesinos

de todo el país,

y tras tomar las notas imprescindibles,

prosigue su camino.

Citado por Tucker. Stalin no iba en aquel caballo. Volkogónov: «En toda su vida no visitó más que una zona agrícola una sola vez, en 1928, cuando fue a Siberia para ver las partidas de cereal. No volvió a poner los pies en una aldea.»

[10] «En 1930, cerca de 2,5 millones de campesinos participaron en unos 14.000 disturbios, revueltas y manifestaciones contra el régimen» (Nicolas Werth).

[11] Y también Jrushov, cuyo «discurso secreto» de 1956 se tituló «Sobre el culto a la personalidad y sus consecuencias» (y trataba sólo de las purgas del Partido, no del país). Jrushov, que había sido uno de los agentes más enérgicos de Stalin (en 1937 fue enviado a Ucrania para matar a 30.000 personas), demostró sin embargo que era posible volver a cruzar el «umbral» de Solzhenitsyn y recuperar los restos de su humanidad.

[12] Eran tiendas del mercado negro dirigidas por el gobierno. Sus precios eran elevados.

[13] John Scott vio un solo caso en todo el tiempo que pasó en Magnitogorsk; unos kulaki que se marchaban inutilizaron una turbina.

[14] Al final se sabría que la agricultura no costeó la industria, sino que fue la industria lo que costeó la agricultura. También la deskulakización fue una sangría económica. Con lo que se sacó esquilmando a los presuntos plutócratas rurales no se llegó a cubrir los gastos de su deportación.

[15] Según la imparcial An Economic History of the USSR: 1917-1991, de Alec Nove. La cubierta de mi volumen en rústica trae un aviso sorprendente: «Última y definitiva edición».

[16] Esta palabra merece una consulta en el diccionario: «Morganático: dícese del matrimonio contraído entre un hombre de posición elevada y una mujer de rango inferior cuya condición social no varía y que no tiene derecho a reclamar el patrimonio.» O sea: una especie de contrato prematrimonial. [El Diccionario de la Real Academia Española, edición 2001, da una versión algo diferente: «matrimonio morganático: matrimonio de la mano izquierda (porque en la ceremonia nupcial el esposo daba a la esposa la mano izquierda): el contraído entre un príncipe y una mujer de linaje inferior, o viceversa, en el cual cada cónyuge conservaba su condición anterior». (N. del T.)]

[17] J. Arch Getty y R. T. Manning (eds.), Stalinist Terror: New Perspectives. Getty califica de «folclórica» la versión tradicional. Las revisiones engendran revisiones. (Un libro aún más reciente dice todo lo contrario.) Si Getty sigue revisando a su velocidad actual, acabará contándonos que en el Gran Terror sólo murieron dos personas y que en la Colectivización resultó herido

superficialmente un agricultor muy rico.

[18] Nos consuela saber que Uday, que tiene fama de haber violado y asesinado al por mayor, va actualmente en silla de ruedas, a raíz de un atentado frustrado. Al igual que Uday, Vasilii era el típico joven que encontraba divertido ponerse a disparar contra las lámparas de los restaurantes.

[19] Esta fina descripción es también de Robert Tucker. Ha hecho suyo el tema del zar Stalin y en esta sección le debo mucho a su Stalin in Power.

[20] «¿El Papa? ¿Cuántas divisiones tiene?» es la más conocida manifestación estalinista de esta indiferencia.

[21] La película era Huracán sobre la isla (1937), de John Ford. «¡En medio de un vasto y furioso océano, se enfrentó a las leyes del hombre!» («La sencilla vida de una isla del Pacífico Sur se ve alterada por un gobernador vengativo y encima por un tifón. Tolerable melodrama isleño», Halliwell.)

[22] Es decir, desde 1928, el año del primer caso, el caso «Shajti» (cincuenta y tres técnicos e ingenieros acusados de sabotaje industrial). Los Procesos de Moscú fueron aportación personal de Stalin; fueron distintos de los juicios leninistas de propaganda de comienzos de los años veinte, que estuvieron amañados, pero no preparados de antemano. Las dos modalidades de proceso recurrieron a la tortura.

[23] Es posible que sólo Stalin fuera responsable de la deformidad sistémica que había creado. Su duplicada mente era experta en la metodología de «las dos verdades», como la llamaba la burocracia del Partido. Malia evoca la omnipresente irrealidad como sigue: «En pocas palabras, el socialismo no existe y la Unión Soviética lo construyó.»

[24] A título de comparación: en el último medio siglo de régimen zarista hubo 14.000 ejecuciones en todo el país.

[25] Stalin trabajaba con estos hombres y pasaba casi todas las noches con ellos. Las cenas solían terminar hacia las cuatro de la madrugada. El día se convertía en noche para todos los miembros del aparato político, para mayor deterioro de su cara de Kremlin.

[26] Para desesperación de Serguéi Nikítich Jrushov, que era científico aeronáutico

y no dejaba de decirle a su padre que el lysenkismo carecía de base racional. Véase su libro de recuerdos Khrushev on Khrushev, un libro parcial, limitado y extrañamente honorable.

† En estos procesos de 1922 hubo docenas de prelados acusados de poner obstáculos a la confiscación de bienes eclesiásticos. Lenin estaba empleando otra vez el hambre de 1921 como herramienta política: alegó que aquellos bienes se utilizarían para costear la ayuda humanitaria. No se utilizaron para esto. Solzhenitsyn nos permite ver un momento de hipocresía trascendental durante el juicio del patriarca Tijón: «Era un sacrilegio según las leyes de la Iglesia –dijo el presidente del tribunal–, pero ¿qué era desde el punto de vista de la piedad?»

[27] Guénrij Iagoda (fusilado en 1938) fue sustituido en la dirección de la Checa por Nikolái Yeyov (fusilado en 1940), que fue a su vez sustituido por Lavrenti Beria (fusilado en 1953). El mandato de Yeyov (1936-1938) y el Gran Terror propiamente dicho se denominan a veces Yeyóvshina: época de Yeyov... Las citas del presente capítulo proceden todas de Intimacy and Terror: Soviet Diaries of the 1930s, edición a cargo de Véronique Garros, Natalia Korenevskaya y Thomas Lahusen. El libro es unas veces aburrido, otras asombroso, escalofriante e inspirador. Unas lo saben y otras no, pero todas las voces están gravemente afectadas.

[28] A Stavski se le llamaba «el verdugo de la literatura soviética». Por ejemplo, fue él quien denunció a Osip Mandelstam. Además, tenía un historial alcohólico (los responsables de la edición de Intimacy and Terror hablan de su «caligrafía tortuosa», que consiguió «descifrarse con muchas dificultades»). Aquí lo vemos en un momento sensible (la Nochevieja de 1938); y aunque sólo sea por las pruebas internas, salta dolorosamente a la vista que Stavski chorrea alcohol.

[29] Más tarde leí que Stalin se limitó a repetir a Lenin, que, al verse en una situación igual de decepcionante, se refirió un poco menos sucintamente a «un boicoteo de trigo kulak».

[30] Conquest señala entre paréntesis que Stalin, por lo que parece, no le guardaba ningún rencor determinante a su propio padre. Iósif Vissariónovich era tal vez un poco sensible a las verdades que se había propuesto erradicar en interés de la seguridad política.

† Sigo la lección de Volkogónov. La más sencilla «Lenin fundó este Estado y

nosotros nos lo hemos cargado» es la que dan casi todos los historiadores (he llegado a ver «Todo lo que creó Lenin lo hemos perdido», que probablemente procede de una versión provisional de los acontecimientos). Pero el teniente general Volkogónov es una autoridad natural en el período de guerra. Sus páginas abundan en anécdotas de sobremesa de tres generaciones de jefazos.

[31] En conformidad con los intercambios comerciales contemplados en el pacto. Los envíos alemanes fueron por lo general mezquinos y llegaban con retraso. Los envíos rusos llegaron siempre con una puntualidad germánica (y a menudo engrosados por orden directa de Stalin). Como es lógico, este transporte concreto fue el último.

[32] Es algo más que un libro de fotos. El texto de Brian Moynahan es una síntesis innovadora y convincente.

[33] Viejos camaradas de la época de Tsaritsin (luego Stalingrado, luego Volgogrado): el salvaje factótum Mejlis, el ex sastre Shadenko, el quasimodiforme Kulik y el siempre incompetente Voroshílov. En Teherán, en 1943, cuando Churchill, en un ambiente de emoción histórica, entregó a Stalin («por orden del rey») la Espada de Stalingrado, Voroshílov consiguió que se le cayera mientras se la llevaba de la sala con toda solemnidad.

† La tropa, por su lado, sabía que a sus familias les «negarían la ayuda estatal», es decir, las cartillas de racionamiento, la asistencia médica y el derecho de voto (una privación «platónica», según Moshe Lewin).

[34] Trotski vivió hasta el día siguiente. Mientras agonizaba en el hospital, recibió una extraña visita: Saul Bellow, a la sazón con veinticinco años (y que aún recuerda las manchas de sangre y yodo en la barbita gris de Trotski). Bellow evoca al Trotski vivo en Las aventuras de Augie March (1953); en un libro lleno de pasajes extraordinarios, éste es un pasaje superextraordinario, y muy romántico, que refleja la intensidad de la esperanza que nuestros artistas y pensadores pusieron en 1917... Cuando Ramón Mercader salió de la cárcel y viajó a Moscú, ya en los años sesenta, heredó formalmente el premio que Stalin había entregado a su madre. Era ni más ni menos que la Orden de Lenin.

[35] El principal asesor de longevidad de Stalin fue durante un tiempo el doctor Aleksandr Bogomolets, que afirmó que el dictador podía llegar a vivir 150 años (hoy tendría 122). El doctor Bogomolets falleció de muerte natural a los sesenta

y cinco años.

[36] Cuando Jrushov mencionó este comentario de Stalin en su Discurso Secreto de 1956, los delegados del XX Congreso del Partido estallaron en carcajadas. Cuesta un poco entender por qué los bolcheviques lo encontraron divertido. ¿Les hizo gracia la elefantiásica y demente precaución de la paranoia de Stalin? Es posible. Es más probable, sin embargo, que la risa fuera una reacción moral postraumática, una expresión de alivio porque tales enormidades pertenecieran al pasado. Rieron porque podían reír. Pero imagino que el ruido de aquella risa fue turbadoramente confuso.

[37] En 1944, entre los camiones empleados para las deportaciones había muchos Studebaker cedidos (no para este fin) por los norteamericanos, dentro del programa de ayuda Lend-Lease.

[38] Hitler planeaba transformar Rusia en un «imperio de esclavos». Sí, parece un delirio. Aunque, bien mirado, Rusia era ya un imperio de esclavos.

[39] Anthony Beevor, Stalingrad: The Fateful Siege: 1942-1943.

[40] Las satisfacciones de Stalin durante la guerra fueron realmente feroces. A principios de 1944, mientras despejaba el frente meridional, el general Iván Konev tendió una emboscada a 30.000 alemanes que se retiraban por terreno descubierto. Después de machacarlos con los tanques y la artillería, una unidad de caballería cosaca llevó a cabo una de esas matanzas (en palabras de un testigo) «que no se pueden interrumpir hasta que terminan». El Kremlin no emitió al respecto ningún comunicado churchilliano sobre la inevitable degeneración moral de la guerra. «Se dice que Stalin quedó encantado con la matanza» (Overy) y Konev fue ascendido a mariscal.

[41] Los misterios de la democracia dejaron muy perplejo a Stalin en esta coyuntura.

[42] Con 25 millones de muertos y otros 25 millones sin casa, tras haber perdido 70.000 aldeas, 1.700 pueblos, 32.000 fábricas y un tercio de la riqueza nacional; con «bandolerismo» (insurrección armada) en toda la frontera occidental (la guerra de guerrillas continuaría hasta los años cincuenta) y una carestía terrible aunque no reconocida, la URSS, en 1945, dio un salto atrás en el tiempo. El siguiente y cachazudo Plan Quinquenal, bocetado aquel año, tenía en realidad el mismo objetivo que el primero, la industrialización, y hacía las habituales

exigencias de sacrificio, disciplina y vigilancia. Seguramente complacería a Stalin, a su nostalgia de la lucha.

[43] No hay que olvidar, sin embargo, que a Hitler lo apoyaron amplísimos sectores ni que el nazismo tenía muchos admiradores distinguidos (entre ellos Martin Heidegger y dos premios Nobel de física).

44. Título en español: El mito de la conspiración judía mundial . (N. del T.)

[45] «En el siglo XII –dice Cohn– empezaron a ser acusados [los judíos] de matar niños cristianos, de pisotear la hostia consagrada y de envenenar los pozos. Es cierto que los papas y los obispos solían condenar estos infundios, pero el bajo clero seguía propalándolos y al final acabaron por creerse.» Al igual que en otro clásico suyo, En pos del milenio, Cohn ve en el clero semianalfabeto la cantera de la que brotan los utopistas activos y los antisemitas, una cantera a la que Stalin (o la madre de Stalin) había esperado integrarse en otros tiempos. A ella perteneció también Chernichevski.

[46] Para estimular la natalidad, a las mujeres alemanas se les premiaba tras cada parto con un crucifijo al que daban el soso nombre de Mutterkreuz, «cruz de la madre». Por entonces estaba prohibido que las casas arias contrataran criadas judías de menos de cuarenta y cinco años. No había Mutterkreuze para ellas.

† Hasta 1989, el Museo de Auschwitz era por sí solo un monumento a la negación del Holocausto. El papel de los judíos se desestimaba en favor de la Lucha Contra el Fascismo. De idéntico modo: «El informe que se elaboró en Kiev sobre Babi Yar hablaba de la muerte de “pacíficos ciudadanos soviéticos”, no de judíos» (Overy).

[47] Después del suicidio de Maiakosvki, su obra «empezó a introducirse a la fuerza, como las patatas en los tiempos de Catalina la Grande», señalaba Pasternak: «Fue su segunda muerte.» Pasternak sobrevivió sin componendas. Su amante, Olga Ivinskaia, fue interrogada y enviada al gulag. Estaba embarazada y la criatura nació muerta en la cárcel.

† Los bolcheviques siguieron llevando este atuendo hasta mucho después de tomar el poder. Por lo visto, todos los golpistas de la primera mitad del siglo XX sintieron predilección por el look del charol y el crujido.

[48] Tal es la reseña leninista del Terror Rojo. Una vez más, para dar perspectiva (y

esto es válido también para los años 1917-1924): «es posible que muriera más gente a manos de la Checa que en las batallas de la guerra civil» (Figes). [Los «cadetes» eran los miembros del Partido Demócrata. (N. del T.)]

[49] Esta carta de Lenin tiene una hermana gemela en el archivo Stalin: la que éste escribió a Mijaíl Shólojov (que, según Solzhenitsyn, no fue el autor de El Don apacible) a propósito del campesinado. Con un acento un poco más lánguido, Stalin asegura a su «apreciado» camarada que los «dignos segadores», a los que había molestado muy poco, no eran tan dignos como parecían: hacían terrorismo para matar de hambre a las ciudades.

[50] Hubo más cosas rebautizadas con el nombre de Gorki: una fábrica textil, por ejemplo, y un avión (el mayor del mundo) que acabó estrellándose. Solzhenitsyn, que trata a Máximo lo peor que puede, se apresura a decir que también hubo campos con su nombre; después de su muerte, sin duda. Una de las escasas bromas de Stalin.

† El chico le habló, entre otras cosas, del «castigo de los mosquitos»; estos insectos, semejantes a pirañas aerotransportadas, podían dejar a un hombre en los huesos en cuestión de horas. También se ataba a los presos a unos maderos y se les arrojaba por los escalones de piedra de la fortaleza.

[51] No tenía suficiente profundidad. Solzhenitsyn visitó el lugar muchos años después. Estuvo allí todo el día y vio dos barcazas.

[52] Hubo otros médicos complicados, y en tal cantidad (nos cuenta Conquest) que en las cárceles y en los campos se les llamaba «los gorkistas».

[53] Esta cita y la siguiente proceden de una descripción de sir Jerome Horsey, de la Muscovy Company de Londres.

† «Todos guardando a su rey, que de ningún modo podría resistir en su posición con todos los demás encima del tablero» (nota de Horsey, que suena demasiado bien para ser verdad).

[54] Parece que Stalin bebía moderadamente, en comparación con lo que era normal en Rusia. Pero pospuso el abandono del tabaco (cigarrillos y pipa) hasta el infructuoso y tardío año de 1952.

[55] N. V. Krylenko (que fue fiscal en el juicio de los socialistas revolucionarios y

en algún momento ministro de Justicia) sostenía que el derecho era hipócrita. «Uno de los más extendidos sofismas de la ciencia burguesa es mantener que el tribunal [...] es una institución cuya misión es ejercer cierta clase de "justicia" especial que está por encima de las clases [...] "Que prevalezca la justicia en los tribunales", pero difícilmente se podría concebir una burla más cruel de la realidad.» En julio de 1938 entregaron a Stalin una lista de 138 nombres; las palabras «fusilad a los 138» aparecen con su firma. El nombre de Krylenko figuraba en la lista. Su juicio duró veinte minutos (el trámite mínimo) y las actas ocuparon diecinueve líneas. ¿No querías que no hubiera hipocresía?

[56] Esta escalada de infamias podría continuar. La mujer de Kámenev fue detenida en 1935 y fusilada en 1941; su hijo mayor fue detenido en 1937 y fusilado en 1939 (el hijo menor estuvo en un orfanato de la Checa y en el gulag, pero sobrevivió). Tres hermanos y una hermana de Zinóviev fueron fusilados; otras tres hermanas, junto con tres sobrinos (uno de los cuales fue fusilado), una sobrina, un cuñado y un primo fueron enviados a los campos; su hijo Stefan fue fusilado.

[57] Archipiélago Gulag, vol. 2, pp. 119-120 de la edición inglesa.

Tercera parte

1. Hay una historia de Anton Chéjov sobre el empleo de este signo ortográfico en ruso, «El signo de admiración» (de 1885), del que en castellano existen por lo menos dos versiones: en Cuentos completos, Aguilar, Madrid, 1957, y en Obras, I, Planeta, Barcelona, 1963. (N. del T.)

[2] Liddie Neece, cuarta señora de Robert Conquest. «Liddie y yo vamos a casarnos», le dijo a mi padre. «Bob, no puedes hacer eso, otra vez no.» «Bueno, me dije: la última y se acabó.» De eso hace veintidós años.

† Las siete edades: una de vómitos y gritos,

otra de fastidio en el colegio,

otra de echar polvos, otra de peleas,

otra de juzgar a los demás,

otra de ponerse zapatillas, otra de babear.

[3] Estos sentimientos se describen en Autopsy for an Empire. Volkogónov murió poco después de terminarlo, en 1995.

† Fechas de publicación en Rusia. En Occidente aparecieron en orden inverso.

[4] Los marineros de Kronstadt y otros grupos se llamaban a sí mismos revolucionarios y lucharon enarbolando la bandera roja.

[5] «Fue sobre todo Trotski –dice Niall Ferguson en The Pity of War– quien en diciembre de 1918 ordenó la formación de "unidades de bloqueo" armadas con ametralladoras, cuya misión consistía únicamente en disparar contra los soldados de primera línea que retrocedían.»

[6] Cuando el austriaco Heider elogió una de las medidas de Hitler para crear empleo, Europa le escupió con asco. El ruso Putin elogia a Stalin, repite a Stalin («liquidar a la oligarquía como clase»), propone acuñar monedas con el perfil de Stalin, lo reciben en Downing Street y toma el té con la reina... Más significativo es señalar que entre 1945 y 1966, según dice Solzhenitsyn, «en Alemania occidental se ha procesado a ochenta y seis mil criminales nazis [...] Mientras que en nuestro país, en el mismo período (según informes del Colegio Militar del Tribunal Supremo), se ha condenado a unos diez hombres». En los años ochenta, Mólotov y Kaganóvich, dos Eichmann ya ancianos, vivían en Moscú con una pensión del Estado.

[7] Solzhenitsyn habla de un escritor griego que pronunció un trémulo y emocionado discurso en Moscú, en favor de los comunistas encarcelados. Puede que «no entendiera la desvergüenza de su petición o que en Grecia no conocieran el proverbio que dice: "¿Por qué te afliges por otros cuando tienes llanto en tu casa?"».

[8] Archipiélago Gulag: «Sujanovka era la cárcel más terrible que tenía [la Checa]. Incluso se utilizaba su nombre para asustar a los presos; los interrogadores lo susurraban amenazadoramente. Y no se podía preguntar a los que habían estado allí: o estaban desquiciados y sólo decían tonterías inconexas o estaban

muertos.»

[9] En la introducción a la edición abreviada en un solo volumen (publicada en 1999 y recomendada sólo como una especie de chuleta), Edward E. Ericson da las siguientes cifras de ventas en Estados Unidos: 2.244.000 del volumen I, 500.000 del volumen II y 100.000 del volumen III. Estas cifras son representativas de todo el mundo y señalan los límites de nuestra resistencia y nuestra voracidad. La verdad es que Archipiélago Gulag mejora conforme avanza y consigue una unidad innegable.

[10] El Politburó atacó a Beria con mucha cautela. El hombre elegido para detenerlo fue nada menos que el vencedor de la guerra, el mariscal Yúkov.

[11] A riesgo de caer en lo trivial, deberíamos tener en cuenta, como ejemplo de lo que era la personalidad chequista, el asunto del coche de Jrushov. Cuando la conspiración encabezada decorativamente por el trémulo Breznev (que se desmayó cierta vez que Kaganóvich se puso furioso) consiguió expulsarlo, Jrushov vivió en un deshonroso y vigiladísimo retiro (le pusieron micrófonos hasta en el cuarto de baño y Jrushov acusó con firmeza al Politburó de gastar valiosos rublos en «escuchar mis pedos a escondidas»). Le dieron un coche. Habían meditado mucho aquel asunto del coche. Era regular tirando a malo y casi siempre estaba estropeado (expresamente para humillarlo). Pero la cuestión era que el coche tenía matrícula privada, no matrícula oficial. Y esto se hizo para dar a entender que Jrushov estaba corrompido. Dan ganas de decir: «Pues tienes razón.» O una asquerosa cafetera con matrícula oficial o una resplandeciente limusina con matrícula privada.

[12] «El tono [del poema, dice la nota de mi padre] podría dar la impresión de que es un comentario posterior al acontecimiento; en realidad, Binyon lo escribió durante las primeras semanas del conflicto.» Al igual que Kipling en la misma etapa, parece que captó las dimensiones de lo que estaba a punto de producirse.

Título de la edición original:

Koba the Dread: Laughter and the Twenty Million

Edición en formato digital: noviembre de 2017

© de la traducción, Antonio-Prometeo Moya, 2004

© Martin Amis, 2002

© EDITORIAL ANAGRAMA, S.A., 2015

Pedró de la Creu, 58

08034 Barcelona

ISBN: 978-84-339-3873-2

Conversión a formato digital: Newcomlab, S.L.

anagrama@anagrama-ed.es

www.anagrama-ed.es